Viuda de Pinal

HISTORIA

GENERAL

DE ANDALUCIA,

DESDE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS

HASTA 1870,

POR JOAQUIN GUICHOT.

1.ª PARTE.

HISTORIA GENERAL.

TOMO I.

E. PERIÉ.
SEVILLA.
Lib. de Hijos de Fé, Tetuan 25.

F. PERIÉ.
MADRID.
Calle S. Andrés 1, duplicado 3.º

1869.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.

R. I. 101, 016

INTRODUCCION.

I.

La admirable y profunda evolucion que ante nuestra vista viene efectuándose en el órden social, en el político y en el religioso, no es, ni puede ser, un movimiento aislado, ni producto de la casualidad, sino que ha nacido necesariamente y como indeclinable consecuencia de otro movimiento, de otra evolucion que se ha verificado antes en las ideas. La evolucion filosófica precede siempre á la evolucion social. El movimiento se efectua en las ciencias, antes de que en las masas y en las naciones se traduzca por hechos: sin tener conocimiento esacto del estado intelec-

tual y moral de un pueblo, al propio tiempo que del material, en vano procuraríamos comprender la causa de sus sacudimientos y esplicar el objeto de sus aspiraciones.

Si este aserto necesitase para algunos de demostracion, á poco trabajo la encontramos, sin salir de la historia contemporánea, con acudir á la revolucion francesa de 1789, suceso que tan importante fué en la historia de Europa, y cuyas consecuencias no han llegado todavia á su último desarrollo.

Grandemente se equivocaria el que creyese que aquella revolucion profunda fué hija del acaso, ó que estalló por causas políticas que produjeran el descontento popular... No: en vano luchará por comprender aquel cataclismo el que no aprenda el estado del pueblo, y del trono, y de la nobleza en Francia durante un siglo, ó mas atrás de aquella época; el que no abarque con su mirada la dilapidacion monárquica, tan pródiga de la sangre y de los tesoros del pueblo, y el empobrecimiento de las clases productoras por consecuencia de aquellas prodigalidades y del sistema anti-económico que sobre todos pesaba, abrumándolos á todos; el que no observe como se formó la revolucion en las obras de los filósofos que prepararon el remedio de aquellos males con la destruccion de las cau-

sas que los producian, y con la ruina de las instituciones que eran el sosten de aquellas causas.

Del conocimiento de tales antecedentes se puede presumir cuales habrian de ser las consecuencias. Lo que la filosofía fijaba en principios, habia de ser proclamado y establecido en sistema al término de la lucha..... Despues del combate, la victoria; tras de la victoria, la conquista de los derechos que han servido de bandera.

Esto fué entonces. Mas como la humanidad camina siempre hácia la perfeccion, y las conquistas jamás han sido ni serán completas en ningun terreno, tanto en el físico y material como en el moral y político, el espíritu humano continúa incansable en el ejercicio de su prodijiosa actividad. El movimiento intelectual y filosófico prosiguió sus adelantos en Alemania, rodeado de asechanzas, en medio de la opresion y de la tiranía, pero dando muestras á pesar de ella, de asombrosa profundidad y de grande espíritu de propaganda, que á un tiempo estendía sus doctrinas por la Francia, la Inglaterra, Italia y España, preparando el advenimiento de nuevas conquistas por medio de teorías nuevas. Para comprender los sacudimientos actuales, los deseos de libertades políticas y religiosas, las

aspiraciones socialistas y hasta los delirios del comunismo que conmueven, perturban y derrocan á los gobiernos nacidos del sistema doctrinario, se hace indispensable comenzar el estudio por el de las ramificaciones de la revolucion francesa, por el desarrollo de las ideas filosóficas hasta llegar á las últimas exageraciones; conociendo lo que los pueblos europeos saben, lo que sufren, lo que creen y lo que desean.

Esta verdad inconcusa, que es la base mas sólida de la filosofía de la historia, se siente, y hasta se toca, por decirlo así, en esas épocas de transformacion por las que pasan periódicamente las naciones como los individuos. Y de aquí la vehemente aficion á estudios sérios, el anhelo de lecturas históricas que el pueblo español siente hoy, con mayor intensidad que otras veces. Y es que, sin darnos cuenta de ello, aspiramos todos á comprender las causas y antecedentes del malestar que nos aqueja; queremos conocer las premisas para adivinar las consecuencias, y alcanzar un rayo de luz que nos permita vislumbrar el fin probable de nuestro largo y trabajoso período revolucionario.

El pueblo español, harto mas ignorante de lo que seria de desear, muestra hoy señalada predileccion por los estudios históricos; y á la

verdad, que ya era tiempo. Nuestra raza meridional y ardiente, es mas dada á lo maravilloso y poético que á lo grave; tal vez está mejor dotada de imajinacion que de entendimiento; es de mas facilidad en la concepcion que profunda en las reflecciones; de aquí el que España abunde mas en poetas que en filósofos é historiadores; que los españoles hayan sobresalido en la ficcion, y no tanto en las ciencias; que estudiemos poco, aunque deseemos aprender mucho. Si el pueblo español desea aprender historia necesita libros escritos espresamente para él.

Pero si este es un mal grave, hay otro que es mucho mayor. La historia de España no está escrita. Tenemos algunos de esos que Hegel llamó historiadores primitivos ó contemporáneos; escritores que narraban lo que veian, que vivian en los sucesos, tomando en ellos parte activa; testigos presenciales que consignaban en sus crónicas sus sensaciones, y cuya comunicacion es de grande aprovechamiento, por el conocimiento que suministran de las diversas épocas.

Tenemos tambien la historia reflecionada ó erudita, la historia académica que estudia, reune y colecciona los hechos por órden de fechas; historia escrita por el sábio en su gabinete á vista de los monumentos primiti-

vos, en la que el historiador juzga con el criterio propio y con las leyes de su época á las edades que pasaron, y en la que por lo tanto se deducen á veces consecuencias equivocadas y erróneas de premisas ciertas. Sin embargo, muchas veces tampoco pueden narrarse los hechos con fidelidad; faltan los datos para la apreciacion, porque gran porcion de la historia de España duerme todavia en los archivos generales y particulares, y en las Bibliotecas públicas ó de corporaciones civiles, militares y eclesiásticas. A esto nos referíamos al afirmar que nuestra historia no está escrita. En nuestro sentir no lo está, ni puede serlo por el trabajo de un solo hombre.

Los escritores eruditos de España comprendiéndolos á todos desde el Sábio Rey D. Alonso, hasta D. Antonio Cabanilles, deben ser leidos con desconfianza por lo que falta en sus obras. Mucho hicieron, y dignos son de grande alabanza, especialmente D. Alfonso, Ambrosio de Morales y el P. Mariana por haber reducido á cuerpo proporcionado y metódico lo que en crónicas, canciones de gesta, memorias y escrituras estaba diseminado; pero el trabajo de los obreros posteriores ha hecho conocer que aquellos no fueron perfectos, que falta mucho todavía para comprender en toda su estension los sucesos, pa-

ra poder darles su verdadero carácter en una historiá general.

No basta para el conocimiento de las edades pasadas el estudio detenido de los cronicones contemporáneos ó primitivos. Esa es una parte, pero no es el todo. El desarrollo y adelanto de las ciencias económicas y sociales exije hoy que á la historia política y exterior de cada pueblo vaya unida la de su vida interior, la de su particular manera de ser; queremos abarcar en una ojeada la existencia de la nacion con la de la familia y el individuo. La vida privada de los pueblos no está en las crónicas. Se encuentra mucho mejor en los documentos que por tantos siglos descuidados duermen en los archivos municipales y notariales. Las contratas sobre abastecimientos, los privilegios, los documentos que consignan transacciones entre particulares, son datos preciosísimos que importa conocer y estudiar.

Y esta labor, repetimos, no está hecha; ni puede ser el trabajo de un solo individuo. Nuestra cultura en las diferentes épocas que abraza el desarrollo de la civilizacion española, ha sido muy vária; han sido múltiples las causas que han venido á impulsarlas, á detenerlas, y á hacerlas cambiar de rumbo, y por eso creemos que las monografías his-

tóricas, políticas, literarias, científicas, artísticas, y todas cuantas puedan imaginarse, habrán de preceder al trabajo de escribir la historia general filosófica de la nacion española.

La historia escrita bajo la forma y con el criterio que Hegel señalaba á la que coloca en la tercera categoría, es la verdadera ciencia, la que nos demuestra los pasos de cada pueblo en la senda de su perfeccionamiento, enseñándonos su cultura absoluta y su cultura en relacion con los demás pueblos y con la humanidad entera. En ella podremos examinar las partículas, los átomos que se van reuniendo para constituir un todo; las evoluciones de ese todo como sujeto social, sus adelantos en la marcha histórica, su influencia en los adelantamientos de otros entes sociales, de otras naciones, con las que los azares del camino las pone en contacto, y en una palabra, la importancia del trabajo que cada colectividad trae al adelanto, al perfeccionamiento comun del ser humano.

No quisiéramos apartarnos del objeto de esta introducion, pero tal manifestacion de la filosofía histórica pide alguna esplicacion y ciertas aclaraciones; con tanto mayor fundamento, cuanto que entre nosotros es por desgracia muy poco conocida.

Para el filósofo la historia no es mas que la demostracion por medio de los hechos de que la razon rije los destinos humanos, cuál sea esta razon, es discutible entre las escuelas y sistemas; pero el estudio demuestra que los cuerpos sociales y la humanidad en jeneral estan en contínua ajitacion, en perpétua marcha, y preciso es investigar la razon de este movimiento. El filósofo aspira á demostrar que esos movimientos, esas ajitaciones, esos cambios marcan un adelanto progresivo hacia el perfeccionamiento, y admira siempre á la inteligencia que dirije en su marcha á la humanidad. Esta consideracion del espíritu, es el objetivo. El sujetivo comprende el desenvolvimiento de la vida, de la actividad. El primero es la libertad; el segundo la accion; aquella la idea, esta la forma. La historia filosófica debe abrazarlas á ambas. Pero la historia escrita así, es una profunda elucubracion científica, y sus condiciones nos llevarian muy léjos de nuestro intento. Démonos ahora por satisfechos con la enunciacion, para venir á comprender que esta historia no es posible todavia entre nosotros, y que los escritores deben limitarse á ir preparando el advenimiento del gran dia en que pueda escribirse. Faltan para este trabajo los datos, los precedentes necesarios; fal-

tarian tambien los lectores; que no está preparada la inteligencia de nuestro pueblo á recibir esa instruccion compleja, sintética, que abarca en sí tantas y tan profundas variedades.

Si cada rejion, cada provincia, cada pueblo de España se dispusiera á coleccionar y dar á luz los primitivos monumentos de su historia; si la arqueolojía por una parte y por otra la geolojia se esforzáran en presentar los descubrimientos que revelan los diversos grados de civilizacion de nuestras comarcas, se iria allanando el camino y podríamos vislumbrar el dia en que la historia filosófica de España pudiera escribirse y leerse con aprovechamiento.

Mucho tiempo hace que en la sagaz Inglaterra se ha comprendido esta verdad, y dado la importancia debida á los trabajos parciales. Profundos y famosos escritores han consagrado allí sus estudios á la historia de los diversos Condados, para poder presentar en cada uno el progreso de todo linaje de investigaciones sin prescindir de lo mas minucioso, sin dejar á un lado nada de cuanto puede ayudar á que se forme idea completa de cada uno de ellos.

Dicho se está, por lo tanto, cuán oportuna consideramos en las actuales circunstan-

cias la formacion de la Historia General de Andalucía. Viene á tiempo; nace porque ha debido nacer. Satisfará á la vez esa necesidad de estudios sérios que la generalidad de los españoles sienten en estos momentos en que la lucha se renueva, en que las aspiraciones no están bien definidas; al derrocarse gran porcion de lo que en nuestro edificio restaba de tradicional, con el deseo de levantar algo mas armonioso y en terreno mas científico, preparará el camino á otros trabajos análogos y allegará los materiales para la historia filosófica de la nacinn española.

II.

Viniendo á lo particular de la historia, habremos de reconocer que el autor como práctico y sabedor de la época en que escribe y del pueblo á que destina su libro, no ha pensado en hacer una crónica, una desnuda narracion de hechos mas ó menos averiguados, ni tampoco ha tenido el intento de escribir la historia filosófica.

La historia de Andalucía es de la segunda categoría Hegeliana, historia reflexionada, erudita, crítica hasta cierto punto... y nada

mas. La eleccion es acertada. En la primera parte de esta Introduccion hemos indicado que nuestro pueblo español no tiene generalmente el grado de instruccion necesario para emprender cierto género de estudios; que es preciso darle la ciencia en forma tal que pueda serle agradable, porque la entienda fácilmente. Mucho es que se comience á estudiar, y el escritor tiene la noble mision de fomentar, de estender esa aficion, plegándose al desarrollo intelectual de los lectores para quienes escriba. Importa saber mucho; pero importa tambien saber lo que se debe decir y lo que no puede decirse.

Qui ne sut se borner, ne sut jamais ecrire.

Además la historia erudita no carece de ventajas. Cuando la narracion, encerrada dentro de los rigorosos límites de la verdad, se hace con galanura, con claridad, con brio y rapidez, el interés que despiertan los sucesos hace agradable la lectura; el ánimo se embelesa, y el lector sigue ansioso el curso de los sucesos históricos, tomando parte en ellos, por decirlo así, inclinándose á un lado ú otro segun las peripecias, y lleno de emociones tanto mas gratas y tanto mas profundas cuanto que tienen por base la verdad. Y cuando el atractivo de lo verdadero se ha apoderado de un lector, ya está cautivado, ya podrá ase-

gurarse que ha entrado en la buena senda, y que su entendimiento dará alguna vez todo el fruto de que sea capaz; fruto precioso que nunca veríamos madurar si el que se instruye en el estudio de la historia quedase sumido en la ignorancia ó se entregase á lecturas frívolas, á la ficcion y á la fábula. El estudio de la narracion histórica engrandece el corazon despertando la pasion por la verdad, y ennoblece de intelijencia poniéndola en la senda de lo verdadero que es el único camino de llegar á lo bello y á lo bueno.

Otra ventaja de la historia erudita consis- en el juicio que de la buena narracion puede resultar acerca de los sucesos, de sus causas y de sus consecuencias. No se elevará el escritor á la alta concepcion de la historia filosófica, pero en esfera mas reducida en mas estrecho círculo, hará apreciaciones de localidad, de familia, digamoslo así, que preparan el ánimo para mas elevados cálculos y mas levantadas calificaciones.

Abundan en la historia de Andalucía las demostraciones críticas, hasta el punto de que en mas de una ocasion pueda decir el lector, si esta no es en toda su estension la filosofía de la historia, muy poco le falta para merecer este nombre. Y creemos que en justo elojio del autor no podrá decirse menos.

La division de la historia es la mas acomodada á las circunstancias de la época y á las condiciones de nuestros lectores. En la *primera parte*, en un pequeño espacio ha encerrado el autor á grandes rasgos la historia jeneral de la rejion andaluza, dividida en tres grandes periódos. En la *segunda parte*, la historia particular de cada reino y de cada ciudad con sus antigüedades, sus glorias, sus hijos ilustres. En aquella todo es comun; son las historias de las dominaciones que sufrió la Andalucía, la condicion de los andaluces en todos los tiempos á que alcanzan las memorias históricas. En esta todo se circunscribe á la influencia que aquellos sucesos jenerales tuvieran en cada localidad. Son lo jeneral y lo particular de los sucesos de Andalucía.

Mucho trabajo ofrecia el presentar con la claridad y la novedad apetecibles las diversas faces de nuestra historia. El libro que ahora sale al público, satisface cumplidamente, en nuestro sentir, todas las condiciones que la crítica moderna exije. Hay claridad en el método, dividiéndose la historia en tres periódos, de los cuales el primero comprende desde la edad pre-histórica hasta la estincion del imperio godo; la segunda comienza en la batalla del Guadalete y viene á

concluir bajo los muros de Granada, en el momento de cerrarse el importantísimo periódo llamado Edad Media, al salir las carabelas de Colon del pequeño puerto de Palos para descubrir un nuevo é ignorado hemisferio; la tercera desde aquel acontecimiento grandioso, único en los anales de la humanidad, conduce al lector rápidamente hasta nuestros dias.

Graves dificultades, algunas de ellas insuperables todavía, ofrece al historiador la investigacion de los orígenes de las naciones europeas, pero esas dificultades son mayores al tratarse de Andalucía, cuya poblacion se remonta á la mas fabulosa antigüedad. No eran los iberos, ni los celtas, ni otros pueblos venidos por tierra desde la Armenia los que poblaron primitivamente la España, «muchos sostienen ser Sevilla lo primero que hombres acá moraron» decia ya en su tiempo Florian de Ocampo, y esta opinion que era la del célebre y sábio autor de la *Crónica general*, encuentra hoy fortísimo apoyo en el resultado de esos estudios mitad jeológicos, mitad arqueológicos que se van estendiendo prodijiosamente y acrecentando su importancia bajo el nombre de arqueolojía prehistórica.

No estamos del todo conformes con que

tal época tenga la estension que los adeptos de la nueva ciencia quieren atribuirle; tal vez con el ardor de neófitos conceden á la edad de piedra atributos y resultados que no pertenezcan á ella, ni mucho menos; pero de cualquier modo, y aunque en su dia se los despoje de la ecsajeracion actual, los estudios pre-históricos han traido descubrimientos interesantes y proporcionado datos para justificar lo que antes eran meras hipótesis.

Con sagacidad y con lucidez estremas se entra en la historia jeneral de Andalucía, discurriendo por el periódo fabuloso, á través de las ficciones con que la imajinacion ha revestido y abultado los sucesos de aquellos tiempos. El autor procura mostrar al lector alguna cosa cierta en medio de aquella oscuridad, bien así como el que caminando entre tinieblas aguza los sentidos para descubrir la senda, y cuando esto no le sea posible, para fijar la planta sobre terreno firme, aunque solo conozca el lugar bastante para conservarse de pié y en seguridad.

No es menor el trabajo al llegar á tiempos históricos. La incuria, la ignorancia de los pueblos primitivos, su empeño en hacerse proceder de edades remotísimas, de los Dioses cuando tanto es posible, y cuando menos de causas sobre-humanas, la falta de histo-

riadores contemporáneos, todo concurre á entorpecer el camino. La luz de la razon guia siempre al historiador erudito, que procura separar lo cierto de lo que es problemático, y lo probable de lo que evidentemente es falso ó supuesto.

Y como no queremos privar á los lectores del placer de entrar por sí mismos, y hábilmente conducidos por el autor á través de estos laberintos históricos; solamente diremos que están fielmente retratadas en la Historia jeneral de Andalucía las diversas dominaciones de los pueblos que sobre ella pasaron, sin olvidarse de investigar el oríjen de aquellos, ni las instituciones que traian, pero cuidando escrupulosamente de poner siempre aparte y muy en relieve la condicion de los naturales del país, de los españoles, de los andaluces. Así corren sin tropiezo las épocas fabulosas, la fenicia, griega, cartajinesa y romana; pero al llegar al fin de los tiempos de la República, cuando el Imperio rayó en su mayor gloria, y Octaviano Augusto cerraba el templo de Jano gritando ¡Paz!, el autor se detiene un momento, para dar una ojeada al mundo romano, á la venida de la nueva era, y poner ante nuestra vista que la paz no habia de descender de la punta de la espada de un Emperador que se creia om-

nipotente, sino que el que habia de darla nacia entonces en una humilde cabaña de la aldea de Bethlen en la Palestina.

Interesantísima es bajo muchos aspectos la última época que comprende este primer periódo. El imperio que se disuelve, los pueblos septentrionales que le arrebatan sus mejores provincias, el Evanjelio que se estiende infiltrándose por todas partes y preparando la rejeneracion de la humanidad, y sobresaliendo siempre en primer término la Andalucía cristiana, dando emperadores á Roma, y paso á los vándalos, alanos y godos que se disputaron su posesion, hasta que los últimos establecieron en ella su córte. Cierra el volúmen la dominacion gótica, muriendo ante otros nuevos invasores.

Periódo muy digno de estudio es el que comprende este tomo primero, y el autor le ha consagrado mucha atencion y mucho trabajo. Pero no lo es menos el que comienza. La dominacion árabe, elevada hoy á tanta altura por los orientalistas modernos, necesitaba especial trabajo, labor mas delicada, por cuanto nuestros antiguos historiadores no pueden ser estudiados para adquirir el necesario conocimiento de aquella epopeya de ocho siglos, si se esceptúa la *Crónica jeneral* del Rey Sábio. La diferencia de relijion

hizo á todos nuestros autores tratar con ódio, ó cuando menos con desden a los sectarios de Mahoma, y llamándolos siempre *moros*, los califican á su placer de bárbaros sin cuidarse de hacernos conocer sus artes, su manera de vivir, sus ciencias y sus letras. El silencio de los historiadores españoles ha hecho de necesidad el acudir á las crónicas arábigas, y allí se encuentra hoy la historia de la edad media de España.

Rejistrándolas hemos aprendido la naturaleza de aquella invasion, mucho menos horrible y sangrienta que la pintaban nuestros escritores, guiados por la pasion y viviendo á muchos siglos de distancia de los sucesos; y hemos podido conocer que no era tan intolerante la raza árabe, que permitió á los cristianos el uso de su relijion como tambien á los judios. En ellas encontramos descritas las invasiones repetidas de los hombres del Norte, (Normandos y Magogs) con pormenores que acreditan la importancia de aquellas luchas; y vemos la cultura del pueblo árabe con sus filósofos, sus poetas, sus historiadores, dejando muy atrás los ponderados adelantos de otros pueblos, á pesar del círculo de hierro en que bajo algunos aspectos los encerraba su creencia.

La condicion del pueblo vencido, tan im-

portante para nosotros, la vemos en los libros de los historiadores cordobeses y sevillanos, hoy en manos de todos, merced á los científicos trabajos de Conde, de Dozy, y de Gayangos, y descubrimos con asombro que el pueblo cristiano conservó iglesias, nombró obispos, gozó libertades y dió culto, que aun duraba al cabo de seis siglos en Córdoba y Sevilla cuando fueron recuperadas, como en Toledo y en Valencia; y al ver la tolerancia de aquel pueblo, al leer los libros de sus sábios, al contemplar sus maravillosas obras de arquitectura, y saber el número de sus escuelas, comprendemos muy bien que por la antipatía religiosa se les ha pintado con negros colores, y que como dice un célebre poeta

Siete siglos de su prez testigos
Los dan por caballeros, si enemigos.

Con el llanto de Boabdil al abandonar para siempre á su ciudad querida, termina el importantísimo periodo árabe, que cierra tambien casi por completo la Edad Media española.

En el descubrimiento de las Américas, representa brillante papel toda la Andalucía que albergó á Colon durante largos años, le vió salir de uno de sus puertos, le dió compañeros para su atrevida esploracion y le

aplaudió al volver triunfante, para regresar en repetidos viajes á aquellas rejiones que su jénio adivinó. Con este grandioso hecho da principio la Edad Moderna, y el autor de la historia deAndalucía le consagra toda la atencion que se merece, por sus inmensas consecuencias.

Pero dada la unidad nacional y entrando estos antiguos reinos á formar partes de un gran todo, la historia andaluza se confunde con la jeneral, y el autor pasa rápidamente sobre los hechos comunes, procurando hacer resaltar los que tuvieron influencia directa en Andalucía, como las venidas de los reyes D. Felipe II, D. Felipe IV, D. Felipe V y Don Fernando VII, las espulsiones de moriscos y judios que hoy la ciencia juzga severamente como medida anti-económica, y que causó la despoblacion y el empobrecimiento de muchas provincias, y el establecimiento de la Inquisicion con los célebres autos de fé de Sevilla y Córdoba.

Al comenzar el periodo, se da por el autor la noticia debida de una familia cuya ilustre historia es en mas de una ocasion la historia de Andalucía, y que desde tiempos muy antiguos venia teniendo gran influencia en todos los sucesos. Era la casa de Medina Sidonia. Con el señorío de una preciosa porcion

de nuestro suelo, dada por D. Sancho IV al héroe de Tarifa, que vió inmolar á su hijo por no faltar á su pátria, tenían muy bastante los Guzmanes para ocupar preeminente lugar en Andalucía, pero acrecentado el poderío de su casa con otros muchos Estados, ya por enlaces, ya por otros títulos, llegaron á ser una verdadera potencia, y cuando en tiempos en que la potestad real estuvo sometida á la nobleza y menos preciada por todos, estallaron las disensiones entre los duques de Medina-Sidonia y los marqueses de Cádiz, los bandos de Andalucía tuvieron tanta importancia que todos los historiadores se ocuparon de ellos, y fué necesario todo el prestigio y fuerza de voluntad de los Reyes Católicos para avenir y apaciguar á aquellos temibles rivales.

Uno de los mas notables acontecimientos de la grandiosa epopeya que comenzando en Zahara terminó al tremolar el pendon de España en las torres de la Alhambra, fué el socorro que Enrique de Guzman llevó á don Rodrigo Ponce de Leon, sitiado en Alhama por Muley-Hacen, porque fué la verdadera reconciliacion de los dos célebres caudillos, que al darse fraternal abrazo depuestos ahtiguos rencores, hicieron posible á los reyes la conquista de Granada, que tal vez sin aque-

lla no se hubiera llevado á feliz término.

Tanto fué el poderío de aquellos Duques, que hay autores que afirman que Cristobal Colon fué en una ocasion á ponerse bajo su amparo y solicitar de ellos los medios necesarios para llevar á cabo su descubrimiento; así como otros aseguran, que el principio de la desgracia de esa ilustre casa procedió de los celos y envidia que produjeron en el ánimo del rey Felipe IV las ostentosas fiestas, con que el duque le obsequió cuando en la jornada á Andalucía pisó el monarca los Estados de *Medina-Sidonia*; fiestas que fueron en efecto, tan magníficas y deslumbradoras que al leer hoy la descripcion de lo ocurrido en el coto de Oñana, frontero á la ciudad de Sanlúcar de Barrameda, creemos tener ante los ojos un fantástico capítulo de *las mil y una noches*.

No pudo ser muy del agrado del rey Felipe la escesiva prodigalidad del sucesor de Guzman el bueno, y tal vez influiria algo en su ánimo la envidia para inclinarle á cortar el vuelo á nobles que tan alto le remontaban; pero la verdadera causa de la desgracia de los duques fué á no dudar la conspiracion en que entraban con el marqués de Ayamonte y otros para formar reino independiente en Andalucía, al propio tiempo que se efectuara

la separacion de Portugal, conspiracion á la que tal vez no fué estraño el mismo conde duque de Olivares, y que descubierta, tuvo por resultado la ejecucion del de Ayamonte y el ridículo desafío al de Braganza que por carteles hizo el de Medina-Sidonia para sincerarse.

Tienen tal importancia local estos sucesos, que por mas que en sus pormenores quedon reservados para las historias particulares de Sevilla y Cádiz, que vendran en la *parte segunda*, el autor ha debido consagrarles atencion muy preferente.

Y saltando, cuanto es posible hacerlo para que no se pierda la ilacion de los sucesos, por los hechos jenerales, viene la historia á detenerse un poco en los cinco años que el primer Borbon, el nieto de Luis XIV tuvo su corte en Andalucía; de allí pasa á la espulsion de los jesuitas de las ciudades andaluzas; y de aquí á los graves sucesos de las dos invasiones francesas de este siglo; que la primera fué vencida, si así puede decirse, en nuestros campos de Bailen, al rendir sus armas los invencibles soldados de Dupont para ir á embarcarse mansamente en el Puerto de Santa María; y la segunda vino sobre Andalucía para sacar á Fernando VII de entre las manos de los constitucionales, que despues de las

declaraciones de las cortes reunidas en Sevilla, se habian encerrado en Cádiz.

Memorables invasiones, por muchas causas dignas de atencion, y con las cuales cerrariamos nosotros el libro, si hubieramos tenido la fortuna de concebir y ejecutar esa obra. El estudio de esas épocas, la observacion del espíritu que guiaba á los soldados franceses en su primera entrada en España á propagar el espíritu liberal y filosófico del siglo XVIII, destruyendo la antigua manera de ser de nuestra nacion, introduciendo la sávia de nuevas teorias, y nuevos derechos; y su contraposicion con la segunda de 1823, en la que venían guiados por el ódio de la corte á restablecer un sistema imposible ya en Francia, como en España, daba digno remate y corona á la obra.

Pero el autor de esta es mas audaz, mas atrevido, y con la decision que dá la fuerza de las ideas, se propone traer hasta nuestros mismos dias la continuacion de su trabajo. Ardua tarea é ingrata, en la cual no es posible dejar de remover un suelo todavía caliente por la lucha política, por las encontradas pasiones y por la jenerosa sangre derramada. La empresa es difícil; el resultado dudoso; que no se puede hacer historia verdadera, imparcial y justa, cuando todavía se

aspira la atmósfera de los sucesos que han de referirse y juzgarse.

Señalando al autor el peligro, nos alegramos, sin embargo, de su audacia, porque fruto de ella vemos consignadas en su libro las pájinas de la historia andaluza que se refieren á la proclamacion de Isabel II, á la lucha civil que ensangrentó por siete años el suelo español, narrándose la célebre espedicion del general carlista Gomez á Andalucía; los sucesos locales de los años últimos de la guerra, cuando célebres generales, hoy difuntos, bajaron á ella; la campaña gloriosa de nuestro ejército en África, dirijida por nuestro mejor caudillo, y hasta los últimos sucesos que han producido la caida de la dinastía.

Audacia es, y grande en nuestro sentir. ¡Ojalá recoja el autor la gloria que merece, esponiendo con lucidez y buena fortuna tan recientes peripecias!

Oiga nuestros desinteresados y amistosos consejos, ya que en tan difícil camino ha puesto el pié. En la historia de nuestros dias es necesario desechar mucho, no dar cabida á cuanto dá que hablar, que tales cosas abulta hoy la pasion que nunca deberán entrar en la historia; y es preciso además ser severo con todos, sin distincion, que todos tene-

mos nuestra parte de culpa en los males que á la madre pátria aquejan.

Resultado de las elocuentes lecciones de la historia general de Andalucía, como de todas las historias fielmente escritas, que aquellos pueblos son grandes y poderosos, donde arde en todos los pechos el amor pátrio, donde todos miran como propios y con vivo interés los males de la nacion. El patriotismo, el desinterés, la fé, esos son los elementos de la grandeza y prosperidad; cuando el egoismo y la indiferencia por los asuntos públicos dominan en un pueblo, la degradacion es inmediata, la ruina inevitable; y entonces es cuando ocurren esas grandes transformaciones, esos cataclismos que entregan a las naciones en brazos de conquistadores, haciéndolas desaparecer del cuadro de las que tienen vida propia. En los cuerpos decrépitos, se necesitan nuevos jérmenes de vida.

¡Plegue á Dios que con la lectura de esta historia se despierte entre el noble pueblo español una jenerosa emulacion, que conmovidos todos los corazones al recordar lo que fuimos sientan el vivo deseo de igualar las glorias de nuestros mayores, sin incurrir en sus defectos!

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

HISTORIA GENERAL

DE ANDALUCÍA.

I.

TIEMPOS PRE-HISTÓRICOS.

El orígen de los primitivos pobladores de la region de España que desde los primeros siglos de la Era cristiana se llamó *Andalucía*, así como la procedencia de los primeros hombres que arribaron á ella, se pierde en la noche de los tiempos. Temeraria empresa es, pero necesaria para el buen desempeño del asunto que nos hemos propuesto, investigarlo siquiera sea por meras conjeturas, ó tal cual señal que podamos rastrear en medio de las fábulas y exageraciones de los escritores griegos y latinos, y de las escursiones fantásticas de la imaginacion de nuestros historiadores de la edad media y primeros siglos de la moderna.

Procuraremos, pues, penetrar á tientas por en-

tre aquella densa oscuridad, á fin de separar el elemento histórico de interés social, de las relaciones confusas, de las fábulas poéticas, y del inmoderado deseo de lisonjear el orgullo nacional, que caracteriza literariamente á los escritores á quienes acabamos de aludir.

Afirman los historiadores pertenecientes á los primeros siglos de la Era cristiana, y los posteriores que bebieron en aquellas fuentes, que los españoles, y desde luego los andaluces, descienden de TARSIS, hijo de *Javan*, nieto de *Jafet*, y biznieto de *Noé*. ¿Cuáles son los fundamentos de su afirmacion? Hélos aquí:

Moisés dice (Génesis, c. x. v. 4 y 5) «que los hijos de Javan, Elisa y TARSIS, Cethim y Dodanim, propagaron la especie humana *en las islas*, cada uno conforme á su lengua y sus familias, en sus naciones.»

Polibio, historiador griego que murió por los años de 128, antes de J. C., en sus *Fragmentos de historia general*, llama TARSEYO á una region de España situada en las costas de la Bética; region que los mas antiguos historiadores griegos y romanos llaman TARTESO, y que corresponde á las ISLAS *que el Guadalquivir forma* antes de precipitarse en el mar, y á los paises contiguos al estrecho de Gibraltar.

Así, pues, de la asercion de Moisés, y de la indicacion geográfica de Polibio, ha nacido la tradicion de que TARSIS, biznieto de Noé, vino á España y pobló todo el pais que se estiende desde y con

las dos islas del Guadalquivir hasta el mar, y dió el nombre de *tartesos* á los pueblos de la Bética, de quienes desciende la nacion española.

No nos detendremos en refutar opiniones que descansan en tan débiles cimientos, ficciones que se desvanecen á la luz de la sana crítica; ni en acusar la falta de criterio especulativo, de los autores griegos y latinos, que desfiguraron la verdad histórica de los orígenes del pueblo español; así como tampoco motejaremos la facilidad con que D. Alonso X consignó aquellas y otras fábulas en su *Crónica general de España;* la credulidad con que el buen Florian de Ocampo las recibió como artículos de fé; y la *complicidad* de nuestro primer historiador general, el Padre Mariana, en el hecho de propalar los *cuentos, habillas* y *consejas,* que llevan la duda y la confusion al espíritu del lector.

De la misma manera, haremos caso omiso de ese enjambre de semi-dioses, reyes y héroes, bellísimas ficciones mitológicas con que nuestros historiadores mas antiguos convierten el suelo español en el escenario de un teatro de Atenas de los tiempos de Esquilo, Sófocles y Eurípides; pero sin la sublimidad, la grandeza y el lirismo que caracterizó las obras de los tres grandes trágicos griegos.

Sírveles de disculpa, á nuestros ojos, su empeño en realzar las glorias antiguas de la pátria; no precisamente á espensas de la verdad histórica, que á su diligencia, erudicion y claro talento no se podia ocultar, sino á espensas de la fama de sus maestros los historiadores griegos y latinos, á quienes toma-

ron por modelo, y á quienes pretendieron eclipsar aventajándolos en esa especie de adivinacion fantástica, con que intentaron penetrar á través de la niebla caliginosa que envuelve los primeros siglos, buscando orígenes que se han perdido para no volverse á encontrar. Los disculpamos, además, por los tiempos en que escribieron, y por la escuela histórica á que pertenecian; es decir, *la escuela popular de la Edad media*, como la llama el ilustre Thierry.

Y, sin embargo, diremos, á riesgo de que se nos coja en flagrante contradiccion, que en medio del artificio de la fábula, entre la invencion poética y á través de las consecuencias ideales é ilegítimas que se pretenden deducir de un hecho cierto, pero que no se puede racionalmente aplicar, al menos en la forma que lo hacen nuestros primeros historiadores, á España, colúmbrase un reflejo de luz, semejante al fenómeno físico llamado *espejismo*, que hace aparecer sobre el horizonte de los albores de nuestra historia, la verdad que la fábula desnaturalizó vistiéndola con su mas brillante ropaje.

Con objeto de depurar esa verdad que se nos habia aparecido, relativa al orígen de los primeros pobladores de Andalucía, tan desfigurado por las ficciones poéticas y por las interpretaciones notoriamente erróneas, hemos consultado cuantos historiadores y comentadores, que hablan con estension ó por incidencia de las cosas de España, pudimos haber á la mano. Hicimos mas; fatigamos nuestra imaginacion estudiando muchos escritores

estraños á nosotros y para quienes fuimos completamente desconocidos, si nó geográficamente, al menos como pueblo ó nacion, á fin de rastrear nuevos indicios sobre los cuales nos fuera permitido fundar un sistema entre racional é hipotético, que nos acercase á la verdad que anhelamos, dentro de las condiciones que marca la sana crítica.

Pues bien, por mas doloroso que nos sea confesarlo, debemos decir, que toda nuestra perseverante diligencia ha sido vana; y que solo hemos obtenido por resultado de tan improbo trabajo, el triste y desconsolador convencimiento de que, ó debemos dejar bajo la losa del olvido la HISTORIA DE ANDALUCÍA desde los tiempos primitivos hasta la época de la dominacion romana, ó debemos resignarnos á que la crítica nos coloque en la fila de los que por temerario afan ó pueril orgullo, pretenden hacer alguna luz entre las tinieblas del pasado, si intentamos levantar el velo que le cubre.

Acaso hubiéramos debido atenernos al primer estremo, dado que no es la historia general de España la que nos proponemos escribir, sino la de Andalucía, cuyo interés, por contenerse en límites relativamente estrechos, y cuya influencia, por no alcanzar mas allá de las fronteras convencionales de una provincia, nos eximiria de profundizar en la lobreguez de los tiempos primitivos, para arrancar á aquellas recónditas edades secretos cuyo conocimiento interesa á la ciencia y á la sociedad.

Empero un hecho estraordinario, ó mas bien diremos una ráfaga de luz que brota, no del choque

de pareceres encontrados, sino á resultas de la conformidad de opiniones entre los historiadores de mas crédito en la antigüedad, que han tratado de las cosas de España, nos ha hecho ver, entre las ficciones de la fábula un embrion que, diestra y críticamente manejado, puede derramar alguna claridad sobre los orígenes del pueblo andaluz.

Hélo aquí.

Los historiadores griegos y romanos que desde los antiguos hasta los primeros siglos de la Era cristiana, trataron con mas ó menos estension de España, estan contestes en afirmar que los TURDETANOS, pueblos los mas poderosos de la BÉTICA, poseian, á la llegada de los romanos, un grado máximo de civilizacion.

Estrabon, Polibio y Estéfano de Bizancio, describen en términos pomposos, y hemos de suponer que imparciales, porque no les cegaria el amor pátrio, ni el instinto de raza, *la civilizacion, las leyes, la literatura y la riqueza*—nótese bien, la riqueza, que es la espresion de la cultura intelectual y de la cultura material—de aquellos pueblos.

Refiere Estrabon, que los TURDETANOS poseian LEYES ESCRITAS EN VERSO, cuya antigüedad se remontaba á 6,000 años. El insigne geógrafo se fundaba, indudablemente, en el testimonio del griego Asclepiades, que permaneció en España por los años 48, poco mas ó menos antes de J. C. practicando la medicina que estudió en Roma, y *enseñando humanidades en el país de los* TURDETANOS, cuyas costumbres y particularidades historió.

Esto se escribia en Roma en el siglo de Augusto, ó llámese de *las letras*, á cuyo esplendor contribuyeron el elocuente Lucano, autor de *la Farsalia*, Márco Anneo Séneca, famoso orador latino y profesor de retórica en Roma, y su hijo Lucio Anneo Séneca, célebre filósofo á quien Agripina confió la educacion de su hijo Neron, *hijos los tres de Córdoba, ciudad de la Bética*.

Es evidentemente exajerada la cifra de 6,000 años señalada á la existencia de las leyes escritas en verso en el país de los TURDETANOS; empero siendo lo mas verosímil que aquellos pueblos no contaran por años solares de doce meses, sino que, á la manera de otros muchos pueblos de la antigüedad, lo hicieran por divisiones de cuatro y tres meses, resulta, hecho un cálculo prudente, y tomando por norma el periodo de tres meses por año turdetano, que la civilizacion de aquel pueblo se remontaba á la época de la primera llegada de los fenicios á las costas de la Bética; esto es, por los años de 1500 antes de J. C.

De aquí se deduce, que esta pudo ser la primera region de Europa que se civilizó. ¿De qué manera? Veremos si nos es dado rastrearla por una série de conjeturas, partiendo del dato que nos suministran los historiadores griegos y latinos, que hacen remontar los orígenes de aquella civilizacion á los años 848 despues del Diluvio (2348 antes de J. C.) y unos 700 despues de la dispersion de los hombres, á resultas de la confusion de las lenguas en la torre de Babel.

Haremos notar episódicamente, en el curso de esta narracion, que los mismos escritores que asignaban, en el primer siglo de nuestra Era, una antigüedad de 6,000 años (lease 1,500) al primer código de leyes conocido en la *Turdetánia*, estan contestes en afirmar, que *Licurgo*, el gran legislador de Lacedemonia, vivia hácia los años 866 antes de J. C., *Numa Pompilio*, en Roma, por los de 714, y *Solon*, en Atenas en 594 es decir, que nuestros tiempos lejislativos, precedieron de muchos siglos á los de Grécia y Roma.

Ahora bien; dada la lentitud con que debia progresar la civilizacion—y aquí tomamos la palabra en su acepcion mas lata y completa, es decir, los diversos grados de perfeccion moral, intelectual y física, por los cuales pasa periódicamente un pueblo hasta llegar á su perfeccion relativa, en tiempos en que tanto escaseaban los medios de difundirla, é impulsar el desarrollo de los intereses morales y materiales, ¿no es verdaderamente corto el período de los 700 años trascurridos entre la infancia y la virilidad del pueblo turdetano?

Creemos que sí; y en tal virtud, si damos crédito á las aseveraciones de los historiadores griegos y latinos, referentes á que la Bética daba ya señales de cultura 700 años, próximamente, despues de la dispersion de los hombres al pié de la torre de Babel, fuerza nos será convenir en la posibilidad de que la region bañada por el Guadalquivir, region que los antiguos llamaron TARTESO, fué la primera que se pobló en España; ya fuera por

Tarsis y su familia, ya por otro cualquiera gefe de los que salieron de las llanuras del Sennaar para venir á poblar la Europa.

Hé aquí como entre las ficciones de la fábula, y entre las temerarias interpretaciones de un pasaje indeterminado y nada esplícito del libro de Moisés; partiendo de un dato que nos suministra el historiador Asclepiades, que habla, no por referencia, sino por lo que ha visto, rastreamos algo de cierto acerca de los orígenes del pueblo andaluz.

Vamos á robustecer nuestra racional hipótesis con una nueva observacion.

La civilizacion turdetana, ¿nació de los gérmenes que importaron los primeros pobladores de esta region, ó fué traida por estos ya en un estado de madurez? En una palabra, aquella civilizacion se formó en la Bética, ó llegó formada?

Creemos que llegó formada, y que vino por mar.

Fundamos esta creencia en que no pudo ser importada por tierra, dada la inmensa distancia que separa las márgenes del Guadalquivir de las llanuras del Sennaar, donde tuvo su origen, ó donde reunió los elementos dispersos de la que le precedió, y estuvo á pique de desaparecer completamente, entre las aguas que produjeron la gran catástrofe universal, y considerando que aquella inmensa distancia hubiera obligado al pueblo, tribu ó familia emigrante á hacer frecuentes y largas estaciones en un viaje á través de la Mesopotamia, de la Armenia, de la Albania, del Cáucaso; cruzando el

COLEC

Tanais para entrar en la Sarmacia, el *Boristenes*, para atravesar la Esclavonia, el Danubio, Dios-rio de los Getas, de los Dacios y de los Tracios, para atravesar la Germania, el pais de los Celtas, la Galia, los Pirineos, y en fin, la España toda para llegar á su estremidad mas occidental, durante cuyo largo viaje de años, acaso de un siglo, caminando á jornadas cortas, sufriendo grandes penalidades é imposibilitada de toda espansion, hubiera esperimentado profundas alteraciones que la hubiesen hecho retroceder á la barbarie; pues es sabido que los pueblos nómadas son refractarios á las luces de la civilizacion.

La de los Turdetanos, pues, debió ser importada por mar.

Toda emigracion verificada por mar, revela un grado muy adelantado de cultura en los emigrados. Los pueblos bárbaros no construyen buques de gran porte, ni emprenden largas navegaciones.

La distancia entre las costas de la Bética y las de la Fenicia, navegando el Mediterráneo, es infinitamente mas corta que la que separa la Andalucía del Eufrates viajando por tierra.

Dentro de un buque los hombres conservan mejor sus tradiciones, y se mantienen mas estrechamente unidos por la mancomunidad de intereses, de esperanzas y de peligros, dado que no existen agentes bastante numerosos ó fuertes, para romper brusca ó sistemáticamente esos lazos, sobre todo si han sido formados por la civilizacion. Embarcados no hay que atravesar dilatadísimas regiones,

cruzar rios caudalosos, abrirse paso entre espesos bosques, acampar todos los dias, detenerse durante las malas estaciones, arrastrar un inmenso bagaje para trasportar los ancianos, los enfermos, las tiendas, los víveres y los utensilios; y por último gastar las fuerzas de la inteligencia en una lucha incesante contra la barbárie que tiende á ocupar el lugar de la cultura.

Admitiendo, pues, que la civilizacion que caracterizó los pueblos Turdetanos, fué importada por mar, todo queda satisfactoriamente esplicado, y no causa admiracion que 48 años antes de J. C. un retórico griego, contemporáneo de Ciceron y de Pompeyo, viniese á dar lecciones de filosofía entre los Turdetanos, y que encontrase en la Bética una civilizacion tan antigua, que, á juicio suyo, remontábase á una fecha tan lejana, que apenas si la separaban 700 años de la época en que fué repoblada la tierra por los biznietos de Noé.

Siendo así, la civilizacion Turdetana ¿procedió inmediatamente, y vivió con las primitivas del mundo postdiluviano? Creemos que sí, y vamos á indicarlo tan breve y compendiosamente, cuanto lo permiten lo exiguo é incierto de los datos que tenemos, y la falta absoluta de medios de persuacion.

Desde luego acude á la imaginacion una pregunta que es consecuencia precisa de nuestra proposicion, y que nos causa muy grande embarazo:

¿Qué civilizacion fué aquella, y cuáles fueron sus manifestaciones y su espresion?

No podemos responder categóricamente, visto que no existe, que sepamos, monumento alguno literario ó de piedra, ninguna medalla, ningun documento ó testimonio fehaciente, ni siquiera una tradicion continuada por la série de los siglos, sin desviarse del hecho principal que le dió orígen ó le sirve de fundamento, y solo tenemos un dato indeterminado, seco, descarnado, sospechoso de fábula ó cuando menos de abultada exageracion, para resolver el intrincado problema.

Este dato es, ya lo hemos dicho y lo repetimos, á riesgo de evidenciar la pobreza de nuestra imaginacion y la total carencia de recursos para persuadir, las palabras de Polibio y Estrabon, que dijeron, probablemente con referencia al griego Asclepiades, que vivió en la Bética y describió las costumbres y particularidades de sus pueblos 48 años antes de J. C. que los Turdetanos eran los más poderosos de esta region, que cultivaban las letras, y que se distinguian por su riqueza y civilizacion. Dato exiguo, incierto, que la exéjesis acepta con dificultad, para levantar sobre él un edificio que no sea deleznable, pero que tiene un valor inestimable, no solo por ser único, sino por el crédito que el mundo científico ha dado y dá á los historiadores que nos lo suministran.

En efecto, una civilizacion que elojian los hombres más doctos del siglo de Augusto, y una riqueza, en la acepcion que los romanos daban á esta palabra, citada por ellos, no pueden menos de haber existido, y si han existido, pruebas concluyen-

tes son de la antiguedad del pueblo que poseyó ambas cosas.

Enumeremos ahora, aunque sea brevemente, los principales monumentos legislativos, históricos y literarios que dan testimonio de la cultura del mundo entonces conocido; señalemos los pueblos ó razas que la poseyeron, y limitándonos, no á hacer meras conjeturas, sino á mencionar los hechos de más bulto, los que están perfectamente controvertidos y dilucidados ya, veremos cómo no hay exajeracion en afirmar que la civilizacion Turdetana, fué contemporánea de las más antiguas que registra la historia.

Trasladémonos con la imaginacion á la época que, admitida la existencia de las leyes escritas *en verso* de los Turdetanos, la crítica filosófica les señala, esto es, 1,500 años próximamente, y no 6,000 antes de J. C. ó sean 2,000 años antes de la creacion del mundo segun el cómputo eclesiastico y la Escritura, y veremos aparecer, en primer lugar:

El *Pentatéuco*, ó los cinco libros de Moisés, monumento histórico y legislativo el más antiguo y el más completo que se conoce (1645 años a. de J. C.) La doctrina contenida en él, es un milagro en el órden moral que atestigua lo divino de la mision del gran legislador, historiador y hombre de Estado del pueblo hebreo. El Pentatéuco, además de ser un código de leyes religiosas, lo es tambien de leyes políticas, civiles y sociales.

En segundo lugar, *El libro de Job*, que unos comentadores suponen contemporáneo y otros ante-

rior á Moisés. Este libro que, segun la version mas acreditada, fué compuesto por un opulento patriarca habitante de la tierra de Hus, situada entre la Idumea y la Arabia, es un admirable poema de filosofía moral sublimemente cantada, discutida y razonada, en el que se compendian todas las verdades teológicas, filosóficas y metafísicas que puede comprender una civilizacion casi adulta, como se revela además en la descripcion que en él se hace de las artes, costumbres y usos de los hombres entre quienes se escribió.

En tercer lugar, *La historia de Fenicia*, escrita en ocho libros, por *Sanchoniaton*, historiador el más antiguo despues de Moisés. Eusebio, obispo de Cesarea, refiere, tomándolo del filósofo fenicio Porfirio, que Sanchoniaton, escrita su historia, se la dedicó á Abibal, rey de Fenicia, y que no solo este príncipe, sino tambien los encargados por él de examinar la obra, se manifestaron convencidos de la escrupulosa fidelidad con que estaba escrita una historia que habia sido sacada de los *archivos de cada ciudad*, y de los que se conservaban cuidadosamente en *cada templo;* por último, que Sanchoniaton y el rey Abibal, vivieron en un siglo poco distante del de Moisés, segun era fácil convencerse examinando la cronología de los reyes de Fenicia.

Finalmente; Los Vedas, ó libros sagrados primitivos de la India, cuya antigüedad la sana crítica hace subir á unos 1,500 años antes de nuestra Era. Los *Vedas*, forman una coleccion de himnos consagrados á las divinidades simbólicas de aquellos

tiempos primitivos. «Son, dice Mr. Barthelemy de Saint-Hilaire, entre el mismo pueblo indio, el fundamento de una literatura que es mas rica y mas estensa que la literatura griega.» Sabido es, que quien dice *literatura*, dice civilizacion.

Hé aquí cuatro monumentos literarios, cada uno de los cuales nos da la medida de la cultura de los pueblos que los vieron nacer, y que se reflejan en ellos como en un espejo.

Ahora bien; dando por sentado que los historiadores griegos y romanos que trataron con mas ó menos estension, ó por incidencia de las cosas de España, merezcan el crédito que no es posible negarles en cuanto se refieren á hechos probadamente históricos, ¿no es verdaderamente asombroso encontrar entre los *Turdetanos*, pueblo de Andalucía, un código de leyes, monumento literario que por la forma en que está escrito revela una civilizacion muy adelantada, y que aparece ser contemporáneo del libro de Moisés, del de Job, de las obras de Sanchoniaton, y de los *Vedas* de la India?

¿Dónde estaban todavía Licurgo, Solon, Numa, y la Ley de las doce Tablas? ¿Dónde el Parthenon, el Capitolio, Fidias, los bronces, las medallas y los vasos etruscos?

¿No es evidente, pues, (partiendo siempre de la suposicion racional que hicimos anteriormente) que la region de España que hoy, y desde el comienzo del siglo v de nuestra era se llama ANDALUCÍA fué LA PRIMERA DE EUROPA QUE SE CIVILIZÓ, y

que su cultura es anterior en algunos siglos á la que produjo el siglo de Pericles en Grecia y el de Augusto en Roma?

La circunstancia de ser única en la Europa, bárbara entonces, desde el mar Sarmático hasta las columnas de Hércules; su contemporaneidad con la del Egipto, que es la que se refleja en los libros de Moisés, con la de los árabes, de los fenicios y de la India; la imposibilidad de señalarle un origen europeo, y el no encontrarse ningun rastro ni vestigio de ella en las regiones comprendidas entre las orillas del Guadalquivir y la cordillera de montañas que forman un itsmo entre el mar Negro y el mar Caspio, ¿no justifica nuestra opinion de que debió llegar por mar á las costas de la Bética, traida, en tiempos que se remontan á la época de la dispersion de los hombres al pié de la torre de Babel, por una ó mas familias de emigrados, procedentes del Asia, cuna del género humano?

No faltará quien diga que á imitacion de los que hacen á los españoles descendientes de TUBAL, hijo de Jafet y nieto de Noé, ó de TARSIS, hijo de Javan y nieto de Jafet, hemos levantado, aprovechando un momento de reposo de la naturaleza, un edificio de pórfido sobre las movedizas arenas del Gran Desierto.

A esto contestaremos, que las aseveraciones de Asclepiades, Polibio y Estrabon, por ser claras, precisas, terminantes y referirse directamente, señalándolos por sus nombres y situacion geográfica á los pueblos de la Bética, merecen mas crédito que

las interpretaciones arbitrarias que algunos historiadores han dado á los vers. 4 y 5, cap. x del Génesis, y á un pasaje del historiador de los judíos, Flavio Josefo, que cita á los IBEROS ASIÁTICOS situados al pié del Cáucaso entre la Cólquida y la Albania, y no á los *Iberos* españoles; además, diremos, que nuestro objeto no ha sido tanto desentrañar el oscuro orígen de los primeros pobladores de Andalucía, como hacer mérito de la antigüedad que los historiadores griegos y latinos conceden á su civilizacion.

Ciertamente no hemos adelantado un solo paso en la cuestion crítico-histórica del orígen del pueblo andaluz; pero hemos reivindicado para él la gloria de haber sido el primero que se civilizó en Europa despues de la tremenda catástrofe del Diluvio universal.

¿Y será temerario reivindicar tambien la prioridad de poblacion para un suelo que fué el primero que se civilizó, y afirmar que sus primeros pobladores no fueron Iberos, ni Celtas, sino una colonia ó emigracion procedente de las costas del Asia menor ó de la Siria?

Para contestar cumplidamente á esta pregunta, seria necesario tener noticias exactas del grado de cultura en que los fenicios encontraron la Bética, en los tiempos de su verdadera emigracion; de otra manera: si encontraron civilizados aquellos pueblos ó si les llevaron una civilizacion que se arraigó en el país.

A falta de datos, recurriremos al método conje-

tural; método que si no resuelve nada de una manera definitiva puede ayudar á rastrear el embrion de la verdad.

La época de la verdadera emigracion fenicia á las costas de la Bética, puede fijarse por los años de 1500 antes de J. C.

Pero la tradicion oriental y las conjeturas tradicionales, estan contestes en que en el siglo décimo nono antes de J. C., los pueblos comerciantes y marinos de las costas de la Siria y Asia menor entablaron por primera vez relaciones con los *Turdetanos*, y quelos encontraron ya civilizados. Se sobreentiende que aquella civilizacion seria rudimentaria; pero así y todo era un progreso.

Si sustraemos 1900 años de los 2348, época en que tuvo lugar el Diluvio Universal, tendremos, que unos 448 años despues de la gran catástrofe de la humanidad, la rejion que baña el Bétis á pocas léguas de su desembocadura en el mar, comenzó á civilizarse. ¿Quién llevó aquellos gérmenes de cultura? Seguramente no fueron los *Iberos* ni los *Celtas*.

¿Fueron los fenicios, dado que en aquella época y acaso en otras anteriores, es notorio que traficaban con los Estados y pequeños reyezuelos de la Grécia, y visitaban las islas del Mediterráneo, la Europa Oriental, las costas del Asia menor y las del Egipto?

Puede muy bien ser así, y tambien puede no ser; sin que sirva de argumento lo que dicen la Sagrada Escritura y los historiadores mas antiguos, respecto á que los fenicios fueron los primeros y

los únicos pueblos que durante una larga série de años, emprendieron dilatadas navegaciones por el Mediterráneo.

Recuérdese, en apoyo de nuestra conjetura, que en la época del descubrimiento y poblacion de la América del Norte por los ingleses, y aun todavia en nuestros dias, llamáronse todos los establecimientos europeos de aquellas costas, *colonias inglesas;* por mas que algunos de ellos, y no ciertamente los menos importantes, debieron su fundacion y los comienzos de su actual increible prosperidad, á los holandeses, á los franceses, á los suecos y á los alemanes.

Aquí terminamos nuestra rápida y claudicante escursion por los siglos mas remotos y desconocidos de la historia de Andalucía; trabajo que no nos atrevemos á llamar crítica conjetural, porque no hemos producido ni la mas ténue luz suficiente á iluminar aquellas edades pre-históricas, sino meras conjeturas sobre señales que se adivinan mas bien que se vislumbran. Trabajo estéril y ocioso, si se quiere, porque los tiempos que hemos evocado, antes que á la historia propiamente dicha, pertenecen á la ciencia arqueolójica, única que puede hablar allí donde los libros y las tradiciones dignas de fé, permanecen completamente mudos; pero trabajo que no quisimos escusar por darnos la satisfaccion de comenzar la HISTORIA DE ANDALUCIA consignando un hecho fundado en el testimonio de autores que escribieron sobre el mismo teatro de los sucesos, del cual deben envanecerse los hijos de

Andalucía; esto es: Que la cultura del privilegiado suelo que los vió nacer, cuenta una antigüedad que se pierde en la noche de los tiempos mitolójicos.

Solo nos resta ya describir compendiosamente una época que pertenece todavía á la historia crítico-conjetural, pero que viene á ser como la amanecida del dia verdaderamente histórico, para entrar de lleno y desembarazadamente en él.

II.

ÉPOCA DE LOS FENICIOS.

La primera raza del Oriente que entabló relaciones comerciales con los pueblos que habitaban la region de Andalucía, fué la fenicia. Esta circunstancia, así como el órden cronológico de la sucesion de los grandes acontecimientos históricos, nos obliga á separarnos momentáneamente de nuestro asunto principal, para consagrar unas pocas líneas á la historia de un pueblo que tanta influencia ejerció en los destinos de Andalucía, y al cual debió esta region siglos de una paz, prosperidad y bienestar, que no ha vuelto á disfrutar desde 2400 años, próximamente, que hace se vió arrojado de este suelo por las vicisitudes de la guerra y la deslealtad de otro pueblo hermano suyo.

En la Siria, pais situado en las costas occidentales del Asia á orillas del Mediterráneo, y que se estendia desde la Palestina y la Arabia al S. hasta el monte Taurus al N., entre el Gran mar y el Eufrates, existian dos provincias notables, la *Fenicia* y la Celesiria, separadas por la cordillera del Líbano.

De la *Fenicia*, la mas importante region del Asia en la antigüedad, solo tenemos una *Cosmogonia* fabulosa y algunos fragmentos de los libros que sobre la historia y antigüedades de este pais, escribió *Sanchoniaton*, y tal cual noticia apuntada por historiadores posteriores, para formarnos una idea muy incompleta de aquel pueblo.

Desde los tiempos mas remotos que describe la historia, vemos á los Fenicios dedicados á las especulaciones mercantiles y á la navegacion. Su comercio terrestre alcanzó inmensas proporciones y se hacia por medio de caravanas. Sus principales mercados estaban en la Arabia de donde sacaba especies y gomas; tejidos de seda de Babilonia y Palmira; esclavos, caballos y objetos de cobre de la Armenia y paises limítrofes.

Su comercio de esportacion consistia en productos de sus fábricas y manufacturas; vidrio, púrpura de Tiro, y tegidos. Atribúyenseles inventos y descubrimientos importantes, tales como el alfabeto griego primitivo, que se componia de once consonantes y cinco vocales; la astronomía aplicada á la navegacion; las artes navales, y de la guerra y el comercio.

Fundaron numerosas colonias, siendo las mas importantes la mayor parte de las islas del Archipiélago, de donde fueron espulsados por los griegos.

En la costa N. del Africa, *Utica*, *Cartago* y *Adrumetun*.

En la N-E. de Sicilia, *Panormus* (Palermo).

La isla *Melita* (Malta).

Y al medio dia de España, *Gaddir* (Cádiz) *Carteya* (Calpe) y *Malacca* (Málaga).

Es probable que fundaran establecimientos en el golfo Pérsico, y que navegaran las costas de la Gran Bretaña y del Báltico de donde sacaban estaño y ámbar amarillo.

La Fenicia no formaba nacion propiamente dicha, sino una confederacion de ciudades y sus territorios unidas por los lazos del origen y del interés comun. *Sidon*, sobre el Gran Mar, fundada por Sidon hijo mayor de Canaan, y *Tiro*, construida primero sobre el continente y trasladada luego á una isla inmediata que se unió á este por una calzada mandada construir por el rey Hiram, fueron grandes emporios de comercio, y estuvieron consideradas en diferentes épocas como *metrópolis*.

Terminada esta breve reseña histórica del primer pueblo estrangero que en la edad remota asentó su planta en Andalucía, llegamos inmediatamente á los tiempos en que se camina con alguna mas certidumbre por entre las dudas y las contradicciones de los historiadores griegos y latinos; y haciendo caso omiso de todas las fábulas que se refieren á las anteriores espediciones de los navegantes

y comerciantes fenicios á las costas de Andalucía fijamos en el siglo XV antes de J. C. la época de la emigracion y definitivo establecimiento de aquel pueblo en nuestro suelo.

Es demasiado importante para la historia del mundo la causa que motivó aquel acontecimiento para que la pasemos en silencio.

Habian llegado los tiempos del cumplimiento de las promesas hechas por Dios á Abraham. El gran historiador y legislador del pueblo hebreo, habia muerto sin pisar la tierra *Prometida* á la posteridad del *Patriarca* hijo de Tharé, y padre de las naciones hebrea y árabe, es decir la tierra de Canaan; y esta tierra fué el rico país de los *Fenicios*. Josué, sucesor de Moisés y caudillo del pueblo escojido por Dios, llevó á cabo la conquista (1452 años antes de J. C.) y espulsó de aquellos lugares á los *Filisteos ó Palestinos* descendientes de Misraim, hijo de Cham, nieto de Noé.

Tomadas por fuerza de armas las principales ciudades fenicias del interior, y devastado el país, sus habitantes hubieron de huir arrollando la poblacion canánea hácia la costa, y aglomerándola en las grandes metrópolis marítimas *Tiro, Biblos y Arada*.

El esceso de poblacion y los males que de ello podian originarse, debió hacer nacer el pensamiento de fundar colonias en los paises frecuentados hasta entonces por los fenicios con el simple carácter de comerciantes. Estos paises fueron las regiones boreales del Atica y del Peloponeso, y los es-

tremos occidentales del Mediterráneo hasta el medio dia y poniente de España.

Puédese, pues, fijar con alguna certeza la época de la fundacion de la primera colonia fenicia en las costas del S. de España, entre los años de 1550 á 1400 antes de J. C.

Una prueba de que aquel establecimiento tuvo por causa la conquista de la tierra de Canaan por el primer caudillo del pueblo hebreo, la encontramos en la existencia en Tánger de un monumento Fenicio, descrito por Procopio, historiador de la guerra de los Vándalos, quien dice haberlo visto personalmente. El secretario del general Justiniano, se espresa en estos términos:

«Vénse allí dos columnas de piedra junto á »una gran fuente, las cuales tienen grabados carac»téres fenicios que dicen así: *Nosotros llegamos aquí »huyendo del bandolero Josué, hijo de Nave.*»

A quien estrañe lo injurioso del epiteto dado por aquellos infelices espatriados al primer caudillo de los israelitas, recordaremos que durante aquel primer periodo de la historia del pueblo hebreo, los libros santos nos lo pintan con todos los signos de la degradacion intelectual, moral y física, consecuencia de la dura opresion en que vivió durante dos siglos de abyecta esclavitud.

La historia de los primeros establecimientos formales de los fenicios en Andalucía, aparece envuelta en conjeturas, opiniones y versiones distintas y frecuentemente encontradas, entre las cuales no es fácil rastrear la verdad, si no es partiendo de

un punto sobre el cual están contestes la mayor parte de los historiadores. En tal virtud, vamos á esponer lo que nos parece mas verosímil, y creemos estar mas justificado.

Los fenicios se establecieron en la costa de Andalucía antes de llegar al Estrecho de Gibraltar, y echaron los cimientos de las ciudades de Málaga y Adra, que tanta celebridad acordaron andando el tiempo. Ya fuera por lo penoso de la infancia de la colonizacion, ó por otra circunstancia que no menciona la historia, acordaron buscar mejor establecimiento; y al efecto, resolvieron emprender un nuevo viaje de esploracion por la costa occidental hasta llegar al rio *Anas* (Guadiana) donde parece encontraron obstáculos que dificultando su pacífica permanencia, les obligaron á retroceder.

Poco tiempo antes habian descubierto dos islas pequeñas y deshabitadas, pero perfectamente situadas, de las cuales la mayor tendria unas cuatro leguas de circunferencia. Estableciéronse en ella; diéronle el nombre de *Eritya* ó *Eritrea*, y trasladáronse luego á la otra donde edificaron un templo, y la nombraron *Gadir*, (Cádiz.)

Solo una de aquellas dos islas subsiste todavia en nuestros dias, y se cree sea la llamada *Santi-Petri*, situada al Oriente y cerca de Cádiz, y cubierta en su mayor parte por las olas del mar. En efecto, descúbrense en ella, cuando las mareas son muy bajas, vestigios de un templo y de otros edificios que revelan el imperio del hombre vencido al fin por la soberania del mar.

Es opinion admitida que la primitiva colonia fenicia debió establecerse en la citada isla, y que más tarde se fundó la ciudad conocida todavía con el nombre de Cádiz.

La ventajosa situacion de aquella su semejanza con la del mar de la Siria desde donde la renombrada Tiro estendia su comercio por la mayor parte del mundo entonces conocido, movieron á los Fenicios á elegirla para asiento de su naciente imperio en Andalucía. Al efecto edificaron, segun su costumbre, un templo al Semi-Dios ó Dios, Hércules, símbolo particular de aquel pueblo, y muy luego una ciudad en la parte occidental á la entrada de la bahía de Cádiz.

Una vez asegurado su establecimiento, y puesto al abrigo de los ataques del pueblo indígena, que pudiera un dia reivindicar sus derechos á la posesion del territorio usurpado por los mercaderes fenicios, estos comenzaron á estender y multiplicar sus colonias por el litoral de la Bética, y en el pais de los *Turdetanos*, formando alianzas con los naturales, y fundando factorías, almacenes, pueblos y ciudades, algunas de las cuales llegaron á tener un comercio floreciente.

El sin número de ciudades de fundacion fenicia destruidas las unas y existentes todavía las otras en Andalucía, dan testimonio elocuente de la política sagaz y prudente, y del carácter y condiciones colonizadoras de aquel pueblo comerciante é industrioso, que introdujo é hizo prosperar entre nosotros las artes de la paz cultivadas en las fera-

ces regiones de Andalucía, durante una larga série de siglos.

Los beneficios de aquella sábia política, fueron inmensos para todos; para el pueblo colonizador porque logró tantas riquezas que en su tiempo adquirió la ciudad de Tiro aquella suma nombradía que tan célebre y famosa la hizo en la antigüedad; y para el pueblo indígena, y sobre todo para las regiones bañadas por las aguas del Bétis, desde Córdoba hasta su desembocadura en el Occéano, porque le debieron sus dias de prosperidad, sus adelantos en las artes liberales, el perfeccionamiento de su primitiva cultura y sus relaciones con otros pueblos y naciones.

Los fenicios se mostraron siempre apacibles y generosos; pueblo comerciante, ponía su mayor empeño en alejar todo motivo ó pretesto de guerra; y atento solo á su beneficio comercial, que pagaba comunicando á sus vecinos y aliados sus costumbres, sus artes, su culto y hasta su lengua, no pretendió imponerse ni enseñorearse á título de conquistador ó soberano de los pueblos de la Bética.

Respetando la autonomía y la sagrada independencia de sus vecinos, amigos ó aliados, raza belicosa y difícil de domeñar por la fuerza, y rigiéndose políticamente por un sistema de república federal, ó mas bien diremos, de confederacion de las colonias entre las cuales la mas rica y floreciente, sin duda alguna, fué la de Cádiz, los Fenicios vieron pasar la larga série de siglos que trascurrieron

desde el décimo quinto, antes de J. C., época de su primer establecimiento formal en las costas de Andalucía, hasta el sesto antes de nuestra era, en que por primera vez aparecieron los cartagineses en la Península.

Corrian los años del mayor auje y prosperidad de los establecimientos fenicios en Andalucía; el tiempo y la no interrumpida paz habian identificado los intereses de la raza indígena con los de la raza colonizadora; nada anunciaba la catástrofe, sino esa ley, que no nos atrevemos á llamar fatal, que mantiene constantemente la Roca Tarpeya junto al Capitolio, cuando un funesto accidente produjo una contienda que dió por resultado la espulsion, el esterminio de aquel primero y único pueblo cuyo establecimiento, que no dominacion, en España, ha dejado solo recuerdos de cultura y leal generosidad.

Son várias las opiniones acerca de las causas que motivaron la guerra entre la colonia fenicia de Cádiz y los pueblos Turdetanos sus vecinos. Unos autores las suponen leves, otros, como Justino, historiador latino del siglo II de nuestra era, afirman que el engreimiento hijo de la prosperidad arrastró á los Fenicios á cometer actos de superioridad y orgullo, que irritaron el ánimo levantado y la varonil entereza de los Turdetanos, quienes indignados declararon la guerra á la Colonia, resueltos á lanzarla fuera de su territorio.

Lo que aparece fuera de duda es, que la acometida de los indígenas fué tan briosa y tan afortunados los primeros encuentros para los acometedores,

que los Fenicios, perdida la esperanza de poder resistir con sus solas fuerzas, pidieron auxilio á Cartago, ciudad importantísima de la costa de Africa, y Colonia, como Cádiz, oriunda de Tiro.

Este suceso viene á corroborar la opinion que venimos sosteniendo desde el comienzo de nuestra narracion, referente á que los pueblos *Turdetanos* alcanzaron desde tiempos muy remotos un grado verdaderamente notable de cultura moral y material.

Demostrémoslo. Mas antes fijemos la situacion de uno de los beligerantes.

Cádiz, en tiempos del asedio por los turdetanos, estaba edificada en una isla separada del continente por un brazo de mar, escelente fondeadero para los buques que defendian la plaza de todo ataque ó asalto repentino. Sus fortificaciones debieron ser de primer órden, y además reputadas inespugnables segun lo demostrará un hecho posterior. El pueblo que se amparaba de ellas era rico y poderoso, como pueblo que comerciaba con la mayor parte del mundo entonces conocido, y descendia de los primeros inventores de las artes de la guerra y de la navegacion. Sus escuadras serian formidables atendido que ejercia la soberanía del mar, origen de su prosperidad y grandeza. Sus recursos debian ser cuantiosos y le pondrian en situacion de reunir rápidamente un ejército bastante numeroso para atender á su defensa. La comunidad de origen y la mancomunidad de inteseses y de peligros, seria causa á proporcionarle poderosos aliados entre las

demás colonias de la misma procedencia; y por último, sus relaciones comerciales con los pueblos del continente debieron mover á algunos de estos á ayudarle moral ó materialmente en la contienda belicosa.

Si, pues, con tantos elementos de estabilidad y de fuerza, y con tantos medios de resistencia, productos de una civilizacion adulta, la poderosa colonia fenicia de Cádiz, no pudo vencer ni aun rechazar al pueblo que le acometia dentro de sus inespugnables fortificaciones, protegidas además, por numerosos buques armados en guerra ¿qué opinion deberemos formar de los sitiadores?

Que estos tambien tenian marina, sin la cual les hubiera sido imposible tomar tierra en la isla y estrechar á los sitiados en términos de obligarles á impetrar auxilios de allende el mar; que esta marina no seria insignificante cuando pudo hacer frente y por lo visto vencer la del primer pueblo marítimo de aquellos tiempos, y en suma, que sus conocimientos militares debieron ser muy adelantados, cuando así practicaban el arte de atacar las plazas, parte tan importante de la ciencia de la guerra.

Quien dice marina militar dice marina comercial; quien dice ciencia de la guerra dice adelanto en otras muchas ciencias. El asedio, pues, que los *Turdetanos* pusieron á Cádiz y el aprieto en que se vió la plaza, son testimonios irrecusables de la civilizacion de aquel pueblo; civilizacion tan antigua, que los historiadores griegos y latinos mas dignos de fé, la hacen remontar á una época fabulosa.

El grito de angustia de Cádiz, conmovió al Senado Cartaginés, que decretó inmediatamente el socorro que pedian sus hermanos establecidos en la Bética. Hízose á la mar, rumbo á Cádiz, una escuadra poderosa, con tropas de desembarco, que á los pocos dias dió vista á la plaza sitiada por los Turdetanos.

Esto aconteció hácia el siglo sesto antes de nuestra era, época y acontecimiento memorables, porque data el comienzo del período verdaderamente histórico de España, y porque dió principio á la transformacion profundamente radical, política, social y religiosamente considerada, que sufrió la Península Ibérica, y á esa no interrumpida série de irrupciones de pueblos y razas estranjeras, que unas en pós de otras, y con intérvalos de siglos, se lanzaron como avalanchas sobre su suelo, que fecundaron con su sangre y con el polvo de sus huesos, y que modificaron moralmente imprimiéndole cada uno el sello de su peculiar civilizacion, cuyos principales rasgos se conservan todavía mezclados pero no confundidos.

Aquí pues, repetimos, comienza la verdadera historia de Andalucía, es decir de España; puesto que durante veinte siglos el suelo andaluz fué el teatro donde se representaron los grandes, los memorables acontecimientos de esa inmensa epopeya, de ese sublime canto heróico que tuvo principio entre las rizadas olas del mar que baña á Cádiz, y terminó sobre los muros de Granada, azotados por las frescas brisas que se desprenden de los altos ventisqueros de Sierra-Nevada.

III.

DOMINACION CARTAGINESA.

Salidos de los tiempos desconocidos que la fábula y la poesia quisieron reconstruir á su antojo, y despues de bosquejar conjeturalmente la época de la venida y establecimiento de los fenicios en Andalucía, cuyo recuerdo conserva la historia sin mancha alguna que lo empañe, vamos á ver esta magnífica y privilegiada region de España en poder de los cartagineses, cambiar su situacion tranquila, su naciente prosperidad, en una existencia ajitada y turbulenta, obligada á tomar parte, como instrumento en manos de un pueblo sin corazon, aleve y codicioso, en todas las combinaciones militares de las dos grandes naciones preponderantes en aquellos siglos, y sufrir las modificaciones politicas, so-

ciales y geográficas que á sus opresores les plugo imprimirla.

Mas antes cumple á nuestro propósito decir algunas palabras acerca de aquel pueblo memorable, que fué para los españoles lo que estos fueron veinte siglos despues para los indios occidentales; á diferencia que los hijos de España llevaron á America, en pago de los tesoros que estrajeron de sus entrañas, una civilizacion adulta, religion, leyes, lengua y costumbres que nunca perecerán en tanto que los mercaderes de Cartago, solo dejaron en nuestro suelo recuerdos de su rapacidad, á cambio de las lejiones que sacaron de Iberia para vencer en Sicilia é Italia, y de las enormes riquezas que estrajeron para satisfacer su insaciable sed de oro.

Además, bien merece que historiemos, aunque sea de pasada, su origen, un pueblo que dió ocasion á los romanos para estender sus conquistas por toda la península; que disputó á Roma el imperio del mundo, y que ha dejado un rastro indéleble de su paso en la tierra; rastro ó rasgo que se conserva en nuestros dias, y que se percibe distintamente en las relaciones diplomáticas de los gobiernos entre sí, y en la política, que él inventó, ó que al menos elevó á la categoría de ciencia.

¿Quién no vé subsistir á través de las edades, y aparecer á cada paso, la *fé púnica*, en la política internacional de los grandes pueblos del mundo civilizado?

La historia de la fundacion de Cartago, la pri-

mera República conquistadora y comerciante simultáneamente, de que nos hablan los historiadores; de aquella república que supo hermanar y conservar hasta el dia en que perdió su gloria y su independencia, la riqueza y la libertad, se pierde como la de todos, en el caos de la fábula. Apiano fija su fundacion 50 años antes de la toma de Troya; Patérculo 65, antes de la de Roma, y Tito Livio 93.

Pasaremos por alto la poética y vulgar tradicion que nos pinta á Dido, ó Elisa, huyendo de Sidon para librarse de las asechanzas de su fratricida cuñado Pigmalion, rey de Tiro, que queria apoderarse de sus tesoros, y su llegada, acompañada de sus servidores, á la costa setentrional de Africa, donde fundó una ciudad que llamó Cartago *(Kartha Hadath*, ciudad nueva, en lengua fenicia) sobre un terreno que le cedió el enamorado *Yarbas*, rey de Getulia (Africa) para fijarnos en el hecho probadamente cierto de su comun orígen con la colonia Fenicia de *Gades;* es decir, su procedencia de las grandes ciudades marítimas de la Fenicia, que á cada revolucion ó acontecimiento que trastornaba su órden interior, lanzaban enjambres de emigrados que fundaban colonias en las costas que bañan las aguas del Mediterráneo.

Partiendo, pues, de este dato, comenzaremos por fijar su situacion geográfica, dada la importancia que tuvo para nuestro país, y á la que debió el renombre que ha dejado en los anales del mundo.

Al norte de la Libia, en frente y á unas cien millas de Sicilia, en un dilatado golfo formado por

los cabos Bueno y Zibib, y en una península entre Tunez y Utica, se fundó la memorable República de Cartago, que poseia un vasto territorio, rodeado de pequeñas monarquías africanas con las cuales se fundó, en época posterior, el gran reino de Numidia.

La República africana no solo precedió de unos cien años á la Romana, sino que se hizo mucho mas poderosa, adelantándola en las artes del comercio, de la industria y sobre todo en la navegacion. Politica y constitucionalmente considerados ambos paises, su forma de gobierno venia á ser la misma salvo la division de los poderes, que en Cartago era más perfecta, dado que la autoridad se repartia entre los *Suffetes*, el *Senado* y el *Pueblo* que se contrabalanceaban unos á otros y se auxiliaban mútuamente; lo que hizo decir á Aristóteles, que el gobierno de Cartago era el modelo de las Repúblicas.

Los Cartagineses tuvieron durante largos años, el imperio del mar; su situacion les favorecia estraordinariamente. A cien millas de Sicilia y en frente de Italia; á siete dias de navegacion, con viento favorable, de España, y á menor distancia de Grecia, llegaron á monopolizar el comercio marítimo con los estranjeros y con sus propias colonias, en términos, que hubieran dado celos á la misma Inglaterra del tiempo de Cromwel, cuya famosa *Acta de navegacion*, parece haber sido calcada sobre los reglamentos marítimos de Cartago.

Si no consiguieron ser los únicos comerciantes

en el Mediterránco Occidental, fueron sin disputa los mas poderosos. Su marina mercante frecuentaba todos los puertos y mercados marítimos conocidos á la sazon; su comercio terrestre se hacia en grandes caravanas que, segun Herodoto, recorria los mismos caminos que hoy todavía mantienen las comunicaciones entre el alto Egipto y el Fezan, y entre Cartago y los paises del otro lado del Niger; en suma, su marina militar fué tan poderosa que en el combate naval que abrió á Régulo las puertas del Africa, pusieron en línea 350 galeras en las que iban embarcados 150,000 hombres.

Tal era, en resúmen, Cartago, cuando en hora menguada para ellos, los Fenicios de Cádiz recurrieron á sus hermanos de Africa para salvarse de la ruina con que los amenazaban los Turdetanos.

Hemos dicho en un párrafo anterior, que el Senado de la República africana respondió ejecutivamente al llamamiento de los fenicios de Cádiz, enviando en su auxilio una poderosa armada. No podia obrar de otra manera, un pueblo que aspiraba a abrirse mercados y á establecer factorías en todas las regiones del mundo conocido á la sazon. Los Cartagineses habian establecido en la costa de Africa una línea de colonias paralela á la gran cordillera del Atlas, desde donde pudieron apreciar la prodigiosa riqueza que atesoraba España, y calcular los inagotables recursos que en hombres aptos para la guerra y en metales preciosos podian obtener de aquel suelo, que habia hecho ricos hasta la opulencia y prósperos hasta dar celos á la soberbia

Cartago, á unos cuantos mercaderes fenicios. En su vista, los cartajineses debieron concebir mas de una vez el pensamiento de estender su dominacion á un pais de tan privilegiadas condiciones, fácil de esplotar y no difícil de avasallar, dada la natural sencillez de sus habitantes.

Acudieron, pues, en álas de su insaciable sed de lucro; y como eran á la vez pueblo comerciante, guerreros y conquistadores, lograron en poco tiempo, despues de salvar á Cádiz, hacerse dueños de varios puntos importantes en las riberas de la Bética, venciendo unas veces á los naturales y otras haciéndoselos amigos por medio de las artes de su fementida política.

Durante aquella primera correría por el territorio de Andalucía, hubieron de ver confirmado lo que su imaginacion soñaba, lo que la tradicion repetia, y lo que las relaciones de los navegantes y viageros contaban de la riqueza de aquel suelo. En su virtud resolverian convertirlo en un gran feudo de Cartago. Mas ya fuese que su política no estimase todavía oportunos aquellos momentos, ó que empeñados en otras empresas árduas no quisiesen dividir sus fuerzas, es lo cierto que por entonces no fundaron ningun establecimiento formal, y se limitaron á quedar, como vulgarmente se dice, con un pié en el país.

Sin duda que los habitantes de Cádiz adivinaron sus intenciones, ó que cumplido el objeto de su espedicion, presentarian unas cuentas galanas de los gastos de la guerra, ó que, y esto es lo mas

probable en el terreno conjetural en que nos encontramos, faltos de datos verdaderamente históricos, los Fenicios de España y los Cartagineses á título de pueblos marinos y comerciantes, aspirasen cada uno en su particular provecho, á ejercer sin rival la soberanía del mar, y el monopolio de los mercados; siendo en aquellas remotas edades lo que en el siglo XVI fueron Inglaterra y Holanda, es decir, dos pueblos enemigos irreconciliables por instinto de conservacion, que no cabian juntos en el mar ni en los mercados, en idénticas condiciones de primeras potencias marítimas y de primeros pueblos comerciantes, fuera cualquiera de estos tres estímulos lo que moviera su ánimo, es lo cierto, que apenas finalizada la campaña contra los turdetanos, comenzaron á enfriarse las relaciones entre los fenicios y cartajineses, en términos que muy luego apelaron á las armas para hacer buena cada uno su razon.

Sin tener en cuenta los vínculos de su parentesco, olvidando su comun orígen y atentos solo á su particular y esclusivo provecho, que es la condicion de toda política que se funda principalmente en los intereses comerciales, cambiaron una declaracion de guerra, y los cartagineses pusieron sitio á Cádiz.

Largo y porfiado debió ser el empeño de sitiadores y sitiados; bríoso el ataque y tenaz la defensa; récias hasta la inespugnabilidad debieron ser las fortificaciones de la plaza, cuando el cerco se prolongó algunos meses, viéndose al fin los carta-

gineses obligados á *inventar*, para abrir brecha, la formidable máquina de batir llamada por los antiguos, *ariete*, la cual, dice la historia, se usó por primera vez en el asedio de una ciudad de *Andalucía*.

Posesionados, al fin, los cartaginesesde la plaza, y lanzados para siempre de ella los fenicios, los primeros hicieron de ella la base de sus futuras operaciones militares en Andalucía, su primer puerto comercial en España y la metrópoli de las numerosas colonias que establecieron en sustitucion de las fenicias en todo el litoral de la Bética desde Cádiz hasta Málaga.

Los primeros años de su establecimiento, fueron para los naturales del pais, una continuacion de los tiempos prósperos y bonancibles de la dominacion fenicia. La comunidad de orígen, de religion y de costumbres; una misma forma de gobierno y el carácter esencialmente comercial de los dos pueblos hizo que los naturales de la Bética no echasen de ver el cambio de dominadores, tanto mas, cuanto que los cartagineses no se mostraron, á la sazon, en ánimos de conquistar el pais por la fuerza de las armas, sinó de seguir una política que les granjease el aprecio de sus moradores por los medios insinuantes del comercio de buena fé.

Engreidos con aquel triunfo, estimulados con los tesoros que les ofrecia el suelo de la Bética, y cediendo á los impulsos de su política fria y calculadamente previsora, los cartagineses pensaron formalmente en dilatar ó asegurar su imperio maríti-

mo, á cuyo fin volvieron los ojos airados hácia las colonias griegas establecidas en el Mediterráneo, cuya prosperidad irritaba su orgullosa codicia.

Así pues, vémoslos, en la série de años comprendidos entre 550 y 480 antes de J. C., apoderarse de la Cerdeña; formar alianza con los tirrenos de Italia para arrojar de Córcega á los griegos focenses, y apenas terminadas ambas conquistas, revolverse contra sus mismos aliados á quienes arrebatan casi todas sus posesiones insulares del Mediterráneo, y á quienes vejan incesantemente en el mismo continente, terminando aquella larga lista de venturosas empresas con la conquista de las islas Gimnesias (Mallorca y Menorca.)

Tanta fortuna y tan inmenso y avasallador poderío alarmó las colonias griegas de España, que temiendo para sí la misma suerte que cupo á las Fenicias de Andalucía, á los tirrenos y á sus hermanas mediterráneas, buscaron un aliado poderoso que las protegiese contra la insaciable ambicion y la crueldad de Cartago.

Este aliado fué el pueblo de Roma, que ya poderoso á la sazon, miraba con envidioso recelo la supremacía adquirida en el mar por la república africana.

Por entonces aparece, segun refiere Polibio, el primer tratado que celebraron ambas repúblicas, en el cual no se hace mencion de España, por mas que figurasen en él pueblos mucho menos importantes.

En 480, antes de J. C. tuvo lugar la *segunda guerra médica*, ó sea la famosa espedicion de Jerges

contra Grecia. Estimando los cartagineses oportuna la ocasion para destruir el poderío de los griegos tanto en el Asia como en Europa, hicieron alianza con el gran rey de Persia, le suministraron tropas y naves, y llevaron á cabo una espedicion, en nombre de Jerges, en Sicilia, cuya posesion codiciaban, y en cuyo suelo dieron comienzo á aquellas largas y sangrientas guerras Sicilianas, en las que los españoles sirviendo á sueldo de Cartago, se dieron á conocer como los mejores soldados de Europa.

Por los años de 360 antes de J. C., época del mayor esplendor de la República africana, su Senado decretó los dos largos y memorables viajes de descubrimiento, conocidos por los *Periplos* (derroteros ó diarios de navegacion) de Himilcon y Hanon. Estos dos célebres navegantes emprendieron sus espediciones marítimas *desde Cádiz, en buques construidos en aquellos arsenales*, partiendo ambos al mismo tiempo del puerto de Gades, el primero hácia el norte para esplorar las costas de Europa occidental y septentrional, y el segundo hácia el sur navegando las del Africa, desconocidas hasta entonces.

El año 264, antes de J. C., sobrevino en Sicilia una guerra que tuvo, andando el tiempo, los mas desastrosos resultados para España. Nos referimos mos á la primera *guerra púnica*, que duró 24 años y que costó á Cartago un mar de sangre, inmensos tesoros, y la pérdida de la Sicilia y la Cerdeña.

Humillada pero no abatida la soberbia República, pensó en indemnizarse ejecutivamente de la

pérdida de Sicilia y vengarse de los romanos. Desgraciadamente España le brindaba con una y otra cosa, y en su virtud dispuso abrir en seguida la campaña.

Un suceso horrible, baldon eterno para aquella sanguinaria y despiadada República, le obligó á aplazar hasta el año 238 sus proyectos. Aquel suceso fué la guerra llamada *de los mercenarios*, en la que Cartago, por vía de represalias, arrojó á las fieras todos sus prisioneros, mandó crucificar diez jefes que habian acudido en demanda de perdon, y degollar *cuarenta mil* rebeldes que se le habian entregado.

Desde el siglo VI hasta el año 238 de nuestra Era, Cartago se habia limitado en sus relaciones con España, á comerciar y á tomar á sueldo numerosas tropas españolas, á las que debió sus mas grandes y memorables triunfos; mas á partir de la última fecha, pensó sériamente en la conquista de la Península, para resarcirse de la pérdida de Sicilia y vengarse de Roma.

Decretada la guerra, el Senado no rrecurrió á pretestos, ni adujo mas razon para llevarla á cabo, que la elástica y acomodaticia razon de Estado. Cartago era fuerte, España estaba desunida; Cartago se veia al borde de su ruina, España brindaba con los ricos tesoros de su suelo; Cartago era un pueblo civilizado, España era un conjunto de pueblos sencillos, ignorantes, y semi-bárbaros; ¿qué mas se necesitaba para intentar el cumplimiento de una *mision providencial*?

La fuerza, la codicia y el deber de propagar la civilizacion, hé aquí los mismos pretestos que habian de invocar, andando los siglos, los españoles para conquistar la América, los portugueses para conquistar el África y los ingleses para apoderarse de la India.

Los cartagineses han espiado su crimen.

Decretada, repetimos, la guerra de España, el Senado, conociendo toda su importancia y las inmensas dificultades que habria que vencer, envió á Cádiz sus *mejores tropas* al mando de Amílcar Barca, general que se habia labrado una gran reputacion, primero en las guerras de Sicilia, y luego en la de África, conocida por la *de los mercenarios*.

Otra vez Andalucía tuvo el triste privilegio de ser la primera region de España, que sufriera el peso y el rigor de las armas estrangeras.

Amílcar correspondiendo á las esperanzas que el Senado habia puesto en él, realizó en una sola campaña la conquista de la Bética, é hizo tributaria de Cartago todo el país que forma hoy dia, las provincias de Sevilla, Córdoba y Málaga.

Al año siguiente llevó sus armas por la costa oriental, y sujetó á los bastetanos y contestanos, (pueblos de Almería, Murcia y Valencia. En esta campaña dió oidos á una embajada que le enviaron los saguntinos, antes de que pisara su territorio, recordándole que eran aliados de Roma; y la terminó echando los cimientos de una ciudad que llamó Barcino, (Barcelona) nombre patronímico de su linaje.

Atajóle en su proyecto de llevar la guerra á Italia, la noticia que recibió de haberse sublevado aprovechando su ausencia, los pueblos de la Bética, tartesios y célticos del cunéo, celosos de su libertad é independencia. Acudió diligente Amilcar; derrotólos en el primer encuentro, hizo morir en el suplicio de la cruz á su caudillo Istolacio, taló su territorio y dispersó toda la nacion.

Vencidos los tartesios y célticos del cunéo, Amilcar dispuso una espedicion contra los pueblos del interior que, rebeldes á todo yugo, rechazaban la alianza de Cartago. Corrió la tierra de los lusitanos y vetones, hasta que le salió al encuentro un ejército fuerte de 50,000 hombres, con el que empeñó una sangrienta batalla en la que la ciencia militar y la disciplina de los soldados cartajineses triunfó, á duras penas, del valor y feróz desesperacion de los *bárbaros*.

Cubierto todavía con el polvo del campo de batalla, Amilcar retrocedió aceleradamente hácia la costa oriental, mermado y atemorizado su ejército; pero arrastrando un riquísimo botin, arrebatado principalmente del país de los tartesios, cuyas riquezas eran tantas, al decir de los historiadores que consultó Estrabon, que todos los utensilios del menaje de sus casas eran de plata.

Desde la *pacificacion*—palabra que han usado en todos tiempos los tiranos ó conquistadores favorecidos por la fortuna—del país de los tartesios, célticos, lusitanos y vetones, hasta los principios del siglo II antes de J. C. la historia general de España

no hace mencion de acontecimiento alguno digno de nota, acaecido en la Bética.

Sin embargo; el órden que nos hemos propuesto seguir en el curso de la narracion, nos obliga á distraer la atencion de nuestros lectores del asunto principal, enumerando, sea sumariamente, aquellos sucesos de mas bulto que trajeron fatalmente los grandes resultados históricos que señalaron un lugar preferente á nuestra pátria en los fastos de la historia de Europa, desde aquellos remotos siglos hasta los primeros años de la edad contemporánea. Enciérranse en ellos lecciones harto elocuentes para que nos sea lícito pasarlos por alto; lecciones que tenemos constantemente á la vista, pero que, desgraciadamente no sabemos aprovechar..... Cartagineses, Romanos, Godos, Musulmanes, razas todas diametralmente opuestas á la raza española, dominaron una despues de otra y durante largos siglos, un suelo que las aborrecia y las repelía tenazmente. ¿Por qué? Porque la indisciplina y el espíritu selváticamente independiente de los españoles, hizo siempre imposible la unidad, y dificultó obstinadamente la formacion de una nacionalidad, que hoy, despues de tantos siglos, contrariando hasta las mismas leyes de la naturaleza, todavia está lejos de haberse realizado.

Despues de sus costosísimos triunfos sobre los tartesios, lusitanos, y vetones, Amilcar se retiró á la fortaleza de Acra-Leuka, ciudadela edificada sobre un peñon tajado á la vista del mar, y frente á la mas pequeña de las Pityusas, donde tenia es-

tablecido la base de sus operaciones militares, sus cuarteles, sus almacenes, y donde crecia educándose en el ódio á los romanos y amaestrándose en el arte de la guerra, su hijo Anibal.

El año noveno de su mando en España, Amílcar puso sitio á una ciudad próxima á Acra-Leuka, nombrada *Helice*. Acudió un numeroso ejército celtíbero en socorro de los sitiados, y valiéndose de un originalísimo estratagema, derrotó completamente á los cartagineses. Amilcar murió en la refriega, y sus soldados huyeron á la desbandada á guarecerse detrás de los muros de Acra-Leuka,

Muerto Amilcar, el ejército eligió por general á Asdrubal, su yerno, quien vengó cruelmente la muerte de su suegro, despues que el Senado de Cartago confirmó su eleccion.

En su tiempo las colonias griegas establecidas en España, temerosas de los azares á que las esponía la peligrosa vecindad de los cartagineses, solicitaron el protectorado de Roma. Admitiolas el Senado bajo su amparo, y envió una embajada á Cartago para celebrar un tratado en el cual se estipuló: 1.°, que los cartagineses limitarian sus conquistas hasta el Ebro; 2.°, que respetarian el territorio y ciudad de Sagunto, y demás colonias griegas.

Asdrubal, segun Polibio, echó los cimientos de una ciudad que se llamó *Cartago nova* (Cartagena). Duró su mando en España unos ocho años, y murió á manos de un esclavo, cosido á puñaladas, en venganza de la muerte que hizo dar á un caudillo español.

Sucedióle en el mando del ejercito, por eleccion de los soldados, que fué confirmado por el Senado y pueblo de Cartago, ANIBAL, hijo de Amilcar, joven á la sazon de 25 años, que desde su mas tierna infancia hubiera jurado odio mortal al nombre romano.

Inauguró su mando con una espedicion al interior de España, llevando sus armas victoriosas hasta el pais que hoy dia se conoce con el nombre de Castilla la Nueva.

Al año siguiente, despreciando los tratados, se apoderó de Sagunto, ó por mejor decir, de las ruinas calcinadas de aquella heróica ciudad, admiracion del mundo, que despues de un sitio memorable, que duró nueve meses, entregó al vencedor solo cadáveres y escombros humeantes.

Indignada Roma, y encendido el rostro por el rubor de la vergüenza que le causaba la insigne *cobardía* con que habia pagado la inmortal lealtad de aquellos mártires de su fé, declaró la guerra á Cartago.

Aceptada por el Senado, las dos repúblicas se dispusieron á emprenderla ejecutivamente. Viendo Anibal llegado el momento de poner en ejecucion el atrevido plan que meditaba desde muchos años, esto es, de combatir á los romanos en Roma, púsose en marcha con un ejército fuerte de 80,000 hombres de infanteria y 12,000 caballos. Cruzó el Ebro y llegó sin encontrar resistencia hasta los Pirineos, donde tuvo que combatir con los naturales del país. De los Pirineos pasó á las márgenes del

Ródano, mermado su ejército que ya solo contaba 59, 000 infantes, 9,000 ginetes y 37 elefantes. Con ellos salvó los Alpes, (218 antes de J. C.) desde cuya cima mostró á sus soldados las ricas comarcas regadas por las aguas del Pó. Entre este rio y el Tesino, derrotó al Consul Escipion; en las márgenes del Trébia batió con pérdida de 30, 000 hombres al Consul Sempronio; á orillas del lago Trasimeno venció un nuevo ejército romano, acaudillado por el Consul Flaminio, por último, en las márgenes del Aufidos cerca de *Cannas*, pasó al filo de la espada el cuarto ejército, mandado por el Consul Varron.

Segun Polibio, los romanos perdieron 70, 000 hombres en esta memorable batalla; entre ellos los dos cónsules del año anterior, 80 senadores, 2 cuestores, 29 tribunos de legiones, y mas de 6, 000 caballeros. con cuyos anillos, arrancados á los cadáveres, se llenaron tres módios que fueron enviados á Cartago.

Sagunto quedaba vengada...

Anibal, que *sabia vencer, mas no aprovecharse de la victoria*, en lugar de marchar sobre Roma despues de la victoria de Cannas, fué á establecer sus cuarteles de invierno en Cápua, cuyas *delicias* fueron fatales á su estrella.

Roma en medio de sus desastres no desfallece, ni se abandona a un cobarde temor; reune tres ejércitos, uno para resistir á Anibal, otro para sitiar á Siracusa y el tercero para combatir en España.

El año 556 de Roma, 218 antes de J. C., llegó

Cneyo Escipion, hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español que pisaron los ejércitos romanos. Salióle al encuentro el general cartaginés Hannon, á quien Anibal dejára confiado el gobierno de España; mas fué completamente derrotado en una batalla campal que se dió entre Lérida y Fraga. Asdrúbal intentó reparar el desastre, y perdió otra batalla inmediata á Tarragona y un combate naval cerca de las bocas del Ebro.

Aquellos primeros triunfos y la sábia política de los romanos, les grangeó la admiracion y el respeto de los naturales, que por primera vez veian en su suelo un estranjero, cuyos levantados pensamientos aspiraban á otra cosa que á esplotarle y esquilmarle con sórdida avaricia. Así que mas de 120 pueblos y particularmente los celtiberos, se confederaron con ellos para espulsar á los cartagineses.

Pocos meses despues llegó con refuerzos á Tarragona Publio Escipion hermano de Cneyo. Los cartagineses se reconcentraron en las regiones de Valencia y Murcia donde se abrió el teatro de la guerrra, que muy luego debia trasladarse á la Bética.

Seria larga y difusa, y por lo tanto ajena al plan de nuestra obra, la enumeracion de las batallas, sitios, acciones de guerra y encuentros parciales que se sucedieron sin interrupcion, durante los años que duró la contienda que trabaron los romanos y cartagineses en el suelo de la península para conquistar el imperio del mundo. Pasarémos-

la, pues, en silencio, remitiendo á aquellos de nuestros lectores que deseen saber mas ámplios pormenores, á la historia general de España; limitándonos, por lo tanto, á continuar narrando lo que se refiere mas inmediatamente á Andalucía.

No bien Publio hubo desembarcado en Tarragona, dispuso apoderarse de Cartagena, metrópoli de la España cartaginesa, y primer puerto militar y comercial del Mediterráneo. Venida la primavera atacó la plaza, aprovechando la ocasion de encontrarse lejos de ella los generales y el grueso del ejército enemigo. Tomóla por asalto, y pasó al filo de la espada la guarnicion, esceptuando los españoles al servicio de los cartagineses, á quienes puso en libertad.

Asdrubal quiso vengar el desastre de Cartagena y al efecto salió de nuevo á campaña. En *Bécula* no lejos de *Castulon*, (ruinas de Cazlona, provincia de Jaen) encontró el ejército romano mandado por Escipion. Empeñóse la batalla, y de nuevo la suerte de la guerra fué adversa á los cartagineses.

Una série no interrumpida de reveses y de señaladas derrotas, unida á la animadversion del pais, redujo á los cartagineses á tal estremo, que el año 206 antes de J. C. solo quedaban en España dos generales de la república africana, Asdrubal y Magon, que con las reliquias de sus grandes ejércitos tuvieron que replegarse al pais de los turdetanos donde primero se establecieron despues de haber lanzado á los fenicios de España, en tanto que las costas del Mediterráneo, y toda la parte oriental de

la Bética, se encontraban ya en poder de los romanos.

Allí fué á buscarlos Escipion; pero los cartagineses no osaron esperarlo en campo abierto y se encerraron dentro de los muros de Cádiz.

No juzgando el romano la ocasion oportuna para emprender una campaña formal en la Bética, provincia á la sazon enteramente sometida á los carcartagineses, regresó á Cartagena, dejando á su hermano Lucio Escipion con un cuerpo considerable de tropas sobre *Orinjis* (hoy Jaen). La plaza se defendió bizarramente, mas al fin fué tomada por asalto.

Los cartagineses de Cádiz, viéndose próximos á ser bloqueados en sus últimos atrincheramientos, auxiliaron generosamente á Asdrubal, Gisgon y Magon, quienes reunieron un numeroso ejército con el que tomaron inmediatamente la ofensiva, yendo á poner sitio á Silipa (ciudad que se cree estuvo situada entre Córdova y Sevilla). Esta campaña, como las anteriores, fué desgraciada para los cartagineses.

La siguiente en la Bética no les fué menos adversa. Lucio Marcio, general romano que debió su elevacion á las grandes dotes militares que le adornaban, se apoderó una en pos de otra y ejecutivamente de las últimas plazas que ocupaban todavia los cartagineses en la Bética. Córdova, Ilipula, Sevilla con todos sus territorios, cayeron en poder del afortunado general. Solo la memorable Astapa, (cerca de Estepa) dentro de cuyos muros no se abrigaba á la sazon *un solo soldado cartaginés*, fiel á

su alianza con ellos, se preparó á la resistencia, dispuestos sus habitantes á perecer á ejemplo de los saguntinos antes que rendirse. Estrechamente cercados por Marcio, agotados todos sus medios de defensa, y desesperanzados de ser socoridos, sus heróicos moradores resolvieron morir antes que ser esclavos. Al efecto levantaron una inmensa pira en medio de la plaza pública de su ciudad; pusieron sobre ella sus ancianos, sus hijos, sus mujeres y todas sus albajas; rodeáronla con cincuenta hombres determinados armada la diestra de la espada, y la siniestra con una tea encendida, y despues de hacerles jurar que en el caso de asomar las cohortes romanas sobre el muro de la ciudad, darian muerte á las prendas queridas de su corazon y fuego á la leña, á fin de salvar sus cadáveres de la profanacion estrangera, salieron al campo y acometieron gallardamente las trincheras del enemigo. La refriega fué porfiada; el valor sucumbió ante el número, y los héroes de Astapa murieron todos cubriendo con sus cuerpos los cadáveres romanos que sus espadas habian amontonado.....

Cuando los soldados de Marcio penetraron en la ciudad, solo encontraron ruinas, huesos calcinados y cenizas para erigir un trofeo á su bárbara victoria.

El heroismo de Astapa ha sido menos ensalzado que el de Sagunto; y, sin embargo, es una gloria mas pura de la historia de España. Sagunto fué una colonia griega; Astapa una ciudad española; Sagunto luchó con virtud inmortal y sucumbió co-

mo solo en España se sabe sucumbir; pero tenia por aliado al Senado y al pueblo romano, y en este aliado veia un socorro ó un vengador. Astapa luchó y sucumbió de la misma manera por conservarse fiel á un aliado reducido á la impotencia, próximo á desaparecer de la haz de la tierra, y que no podia darle ni siquiera un historiador ó un poeta, que gravára su nombre en las páginas de oro de la historia de los héroes.

Destruida Astapa y sin enemigos que en parte alguna distrajese su atencion, los romanos volvieron los ojos á Cádiz, último baluarte de los cartagineses en España, y fueron á plantar sus reales en frente de la plaza con ánimo resuelto de tomarla. Mas hubieron de desistir de su empeño, vistas las inmensas dificultades que á su empresa oponia la ventajosa situacion de la plaza y los cuantiosos recursos con que contaban los sitiados para defenderla; levantaron, pues, el sitio, y ejército y escuadra romana se dirigieron á Cartagena.

Repuesto Escipion de una enfermedad que en aquel tiempo le acometió y le puso á las puertas del sepulcro, y vencida la insurreccion de la Celtiberia, que estuvo á punto de destruir el poderio romano en España, el victorioso general decidió espulsar de una vez á los cartagineses, á cuyo efecto envió sobre Cádiz una parte de su ejército al mando de Marcio, yendo él mismo en persona poco tiempo despues para activar las operaciones del sitio de la plaza.

Llegado el procónsul con un ejército sobre Cá-

diz, tuvo una entrevista secreta diestramente preparada con Masinisa, soberano de una parte de la Numidia, que se encontraba, á la sazon en la plaza en calidad de aliado de los cartagineses y al frente de una numerosa hueste de caballería númida; y en ella se convino la entrega de la ciudad.

Afortunadamente no fué necesario consumar la traicion, por haber dispuesto el Senado de Cartago, preocupado con la guerra de Italia, que el gobernador Magon abandonase con la escuadra la plaza y pasase á Génova para coaligarse con los Galos y los Ligurios, á fin de marchar sobre Roma. El general cartaginés se dió prisa á cumplimentar la órden del Senado, y salió de Cádiz despues de haber saqueado á los habitantes, y apoderándose del tesoro público, y del de los templos sin respetar el famoso de Hércules.

Dueños de Cádiz los romanos, lo fueron muy luego de todas las ciudades de la Bética, que se apresuraron á aliarse á la gran República, no solo en ódio á los cartagineses, cuya dominacion quedó por siempre aniquilada, sino por gratitud hácia Roma que declaró ciudad franca á Cádiz, y se manifestó mas bien amiga que conquistadora en aquella region de la Península.

Aquí empieza una nueva era para España, desde cuyos albores vemos aparecer, principalmente en *Andalucía*, los signos inequívocos que anuncian la sustitucion de una civilizacion bárbara, con otra civilizacion mas perfecta, que andando el tiempo ha de llamarse latina.

En el corto periodo de nuestra historia, que comprende la dominacion cartaginesa, se encierra una elocuente enseñanza para todas las naciones que aspiran á ser conquistadoras, y que se arrogan la mision de civilizar los pueblos que conceptúan mas débiles ó mas atrasados que ellas.

Cartago, la potencia militar mas importante en aquellos siglos, la República modelo que citó con envidia Aristóteles, el gran pueblo que monopolizó durante largos años el imperio y el comercio de los mares entonces conocidos, pasó casi como un relámpago por nuestro suelo, entre los doce siglos que duró la dominacion fenicia y los siete que se conservó la romana. ¿A qué fué debido tan rápido tránsito? Pregúntese á los monumentos literarios ó de piedra, pregúntese á la tradicion y á la verdad histórica que conservamos de aquellas edades, y ellos dirán cómo los cartagineses no dejaron otro recuerdo de su dominacion en España, que la insigne deslealtad con que trataron á sus hermanos los fenicios de Cádiz; las ruinas de Sagunto; *los pozos de Aníbal* abiertos para estraer las riquezas que encerraba el suelo español, y las lágrimas de innumerables familias cuyos hijos y deudos llevaron á morir á Italia, al Africa y á Sicilia; sin dejar como grata memoria que atenue los escesos de su codicia y de su fria crueldad, ni un dogma religioso, ni un dogma político, ni una institucion social, ni un código, ni mas monumento que algunas ciudades en nuestro litoral del Mediterráneo, no fundadas para civilizar al pais ó vivir de los intereses morales y

materiales del mismo, sino para ser otros tantos depósitos de sus depredaciones en España, otras tantas bases de operaciones militares y marítimas, otras tantas colonias dependientes en absoluto de Cartago.

Cartago, pues, gobernada por un Senado de mercaderes, República codiciosa y egoista, sin fé, ó con una fé de recuerdo imperecedero en la hisotria, fué mas estrangera en España que otro alguno de los pueblos que han dominado la Península.

A diferencia de los fenicios, pueblo religioso, leal, pacífico y comerciante de buena fé, que enseñó á los españoles el alfabeto que inventó; la ciencia del *cálculo* y de la *navegacion*; sus *prácticas* religiosas, y hasta sus costumbres, que llegaron á arraigarse de tal manera, que el poeta Cayo Silio Itálico, que murió á fines del siglo primero despues de J. C., asegura que en su tiempo existian en España muchas costumbres de origen fenicio: á diferencia de los romanos cuya hábil política, cuyos grandes vicios y virtudes y cuya relevante cultura, moral y material, logró asimilarse el español en términos que este cambió su nombre por el de romano, que conservó hasta el siglo octavo despues de J. C.; á diferencia, repetimos, de estos dos pueblos, que pueden considerarse como el *alfa* y el *omega* del primer período de la historia de España, el cartaginés desapareció sin dejar rastro ni señal de su paso por la península Ibérica.

Pueblo de mercaderes, solo supo comprar, vender, cambiar, monopolizar el comercio, esplotar

minas y convertir en oro todo cuanto tocaba. En política fué egoista; su aspiracion la de lucrarse á toda costa; y si es verdad que tuvo grandes generales, debiólo á que sus masas de infantería se formaban con soldados españoles, y sus escuadrones con ginetes númidas. De su literatura, barómetro el mas seguro para medir el grado de cultura intelectual de un pueblo, solo nos ha quedado una muestra; el *Periplo de Hannon;* y este es un diario de navegacion por costas desconocidas, en busca de puntos para establecer factorías y colonias comerciantes.

No es posible perpetuar una dominacion con semejantes elementos. No hay pueblo que consienta en enagenar su libertad á cambio solo de productos de la industria. Ofreced al mas refractario á todo progreso los de la inteligencia mezclados con los de las artes, de la industria y del comercio; respetad en él todo aquello que debe ser respetado, hasta sus preocupaciones; mejorad su condicion moral y material; fiad en la accion lenta pero irresistible del tiempo, y la conquista, medio brutal, llegará á ser próvido elemento de civilizacion, que venza todas las resistencias y acabe por fundir en uno el pueblo conquistado y el conquistador.

No fué esta, ciertamente, la conducta de los cartagineses en la península Ibérica.

No hay que preguntar, pues, por qué de aquel pueblo solo el nombre nos ha quedado en España.

Su primer establecimiento formal en Andalucía, fué debido á un acto de fé *púnica;* su total espulsion de ese mismo establecimiento fué debido á un

acto de mala fé. Los Fenicios de Cádiz tuvieron por vengadores á los bárbaros africanos. El periódo de traiciones que abrió Amilcar Barca en España, lo cerró Masinisa. El África ayudó á los romanos á vencer al África en la península Ibérica, 204 años antes de J. C,, como trece siglos despues debia ayudar á los españoles á vencer á los descendientes de Ismael, hijo de Abraham, que de esc misma África sacaron la mayor parte de los recursos materiales que emplearon para dominar á España.

IV.

DOMINACION ROMANA.

Desde la espulsion de los Cartajineses, 201 años a. de J. C. hasta la muerte de Viriato y la destruccion de Numancia, 133 años a. de J. C.

Llegada la época en que los sucesos mas memorables de la historia de España, desde la total espulsion de los cartagineses hasta la paz de Augusto tuvieron lugar en la Celtiberia y en la Bética, region la primera que se componia á la sazon de todos los pueblos del Nordeste y centro de la Península, que lucharon sin tregua ni descanso durante una larga série de años por la libertad é independencia de España, y la segunda donde, despues de terminada la contienda por conquistar el imperio del mundo entre las dos grandes repúblicas de la antigüedad, se empeñaron porfiadas y sangrientas luchas por el señorío de la España ulterior entre lusitanos y romanos, y por el de la misma Roma entre los partidarios de Sila y Mario, y

mas tarde entre César y los hijos de Pompeyo; llegada esta época, repetimos, creemos conveniente, para mayor claridad de nuestro asunto, hacer una breve reseña geográfica del país cuyos hechos venimos historiando, dado que, como dijo Bacon, la historia camina á tientas cuando le faltan los ojos de la cronología y de la geografía.

La España romana, pues, segun el naturalista é historiador Plinio, y los geógrafos Estrabon y Tolemeo, comprendia toda la península, y se dividia, en la época de la primera dominacion romana, en *citerior* y *ulterior*, provincias que tenian por línea de demarcacion el Ebro. Corrigióse muy luego tan monstruosa division; así esque en la época de que nos ocupamos, la *ulterior* comprendia la *Lusitania* y la *Bética*. Formábase la primera con el Portugal, Estremadura y Leon hasta las orillas setentrionales del Duero y del Guadiana, y la segunda con las provincias que hoy llamamos de Andalucía, una pequeña porcion de la de Almería y otra de la Estremadura.

La *Bética* confinaba al Oriente con la provincia Cartaginense, desde el promontorio *Charidemis* (cabo de Gata) pasando sus límites por *Iliturgis*, (Úbeda) montes Marianos hasta el Guadiana; por el Norte con la Cartaginense y la Lusitania, siguiendo la corriente del citado rio; por Poniente con la Lusitania, y por el Sur con el Occéano y el Mediterráneo. Dividiala en dos partes iguales, el *Bétis*, (Guadalquivir), y la poblaban los *Beturios*, los *Turdetanos*, los *Túrdulos* y los *Bástulos*.

La *Turdetania* ocupaba la region comprendida desde el Guadiana hasta el mediodia del Estrecho, esceptuando un reducido territorio poblado por los célticos.

La *Turdulia*, estaba habitada por un pueblo originario de la Lusitania, que pasó el Guadiana y se fijó en la parte oriental de la *Bética*, es decir, en las Alpujarras, corriéndose hácia el Norte desde el Guadajoz hasta el Guadiana.

La *Beturia*, era, segun Plinio, el pais que mediaba entre el Betis y el Guadiana; dividíase en dos porciones pobladas por los célticos que lindaban con la Lusitania y correspondian al partido de *Hispalis*, y los túrdulos confinantes con la Lusitania y la Cartaginense, cuya capital era Córdoba.

La *Bastulia*, se estendia por la costa del mar interior, desde el estrecho de *Gades*, hasta el promontorio *Charidemi*.

Sus golfos eran el *Calpetanus*, y el *Gaditanus*, (golfos de Gibraltar y de Cádiz.)

Sus montes el *Calpe*, (Gibraltar), y el *Mons Marianus*, (Sierra Morena.)

Sus rios, el *Bétis*, el *Singilis*, (Genil), el *Anas*, (Guadiana), el *Luxia*, (Odiel), *Menoba*, (Guadiamar), *Chisus*, (Guadalete), *Barbesina*, (Guadiaro), *Malaca*, (Guadalmedina), *Salsum*, (Guadajoz), *Urins*, (Rio-Tinto), *Menoba*, (Velez), *Beton*, (Barbate), y *Silici*, (Algámitas.)

Sus promontorios, el *Junoni*, (cabo de Trafalgar), y el *Charidémi*, (cabo de Gata).

Sus ciudades principales además de *Córduba*,

(Córdoba), *Hispalis*, (Sevilla), *Gades*, (Cádiz), eran muchas. Casi todas han llegado hasta nuestros dias, así como no pocas de segundo y tercer órden, lo cual dá lugar á suponer, no solo que esta region de España estuvo muy poblada, sino que fueron merecidos los elogios que á su civilizacion tributaron los historiadores griegos y romanos.

Terminada esta breve reseña geográfica, reanudemos el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Espulsados definitivamente los cartagineses de la Península, el Senado llamó á Roma al vencedor Publio Cornelio Escipion, para concederle los honores del triunfo. Con deseos de premiar á sus valientes veteranos, ántes de separarse de ellos, el afortunado general los reunió, y dióles tierras en un lugar muy ameno en las cercanías de Sevilla, al cual puso por nombre ITÁLICA. Esta fué la primera ciudad que fundaron los romanos en España.

Declarada Cádiz *ciudad franca*, y aliada del pueblo romano, á solicitud de sus habitantes, que hicieron presente no haber sido conquistados, sino convenidos en aceptar la alianza y amistad de Roma, fué fácil á los vencedores de los cartagineses estenderse por toda la Bética que los recibió como amigos; dado que á la sazon, ó mas bien diremos, en todos tiempos, los romanos miraron con particular predileccion esta provincia de la España ulterior, en donde dejaron mas grandiosos y memorables testimonios de su secular estancia. Verdad es que los recuerdos, el contraste entre la raza que

acababa de ser espulsada, y la que la habia sustituido sobre el suelo de *Andalucía*, abonaba en favor de esta última.

La *civilizacion turdetana* debia acomodarse mejor y ser más fácil de asimilar á la civilizacion científico-legístico-artístico-guerrera de Roma, que á la civilizacion del tanto por ciento de Cartago.

Así que en tanto que los pueblos de la Celtiberia varoniles, rudos é independientes, enemigos de la cultura en cuanto pudiera enervar sus robustos cuerpos, comprendian que el triunfo de los romanos sobre los cartagineses solo habia cambiado el nombre de los dominadores de España; y en tal virtud se negaban á admitir ningun género de alianza que no estuviera basada en el reconocimiento de su autonomía, y daban comienzo á nuevas hostilidades que produjeron una sangrienta guerra de independencia, la Bética, satisfecha con la situacion en que se encontraba, se abandonó confiada á la merced de sus nuevos aliados que le ofrecian largos años de paz y prosperidad.

Sin embargo, no fué de larga duracion. Unos dos años mas tarde, en tanto que el cónsul Marco Porcio Caton, conocido por *Caton el censor*, enviado á España por el Senado, á quien produjo vivo sobresalto el sesgo que tomaban los asuntos de la *citerior*, guerreaba con fortuna contra los indómitos celtíberos, los *turdetanos*, que habitaban las márgenes del Bétis, en las cercanías de *Sevilla*, se alzaron en armas, (los historiadores romanos no dicen la causa).

Acudió contra ellos el pretor de la *Bética*, Apio Claudio Neron, con sus legiones. Los *turdetanos* le presentaron batalla en campo abierto, y combatieron tan bizarramente contra los soldados de Roma, que la victoria quedó indecisa, al decir de los escritores romanos. A pesar de su testimonio, creemos que debió coronar el valor de los *andaluces*, puesto que el pretor pidió inmediatamente refuerzos al Cónsul, quien, vencida ya por aquel año la insurreccion celtíbera, se trasladó con su ejército á la *Turdetania*.

A poco de empezada la campaña en la *Bética*, el cónsul tuvo que regresar á marchas forzadas hácia la Celtiberia, algunos de cuyos pueblos se habian sublevado durante su ausencia.

El inflexible y severo Caton ahogó en sangre el heroismo de los celtíberos, y regresó triunfante á Roma.

El año 559 de Roma, 194 antes de J. C., tuvo comienzo aquella sangrienta é implacable guerra, que durante una larga série de años los lusitanos hicieron á los romanos, siendo la *Bética* el principal teatro donde se representó la memorable epopeya guerrera que lleva el nombre de VIRIATO.

Segun Tito-Livio, los lusitanos fueron los agresores, puesto que, sin causa justificada, pasaron el Guadiana, atravesaron toda la *Bética* de Poniente á Sur, y llegaron hasta las cercanías de *Ilipula*, (Lója), en la region de los *túrdulos*, poniendo á saco las poblaciones romanas que encontraron á su paso.

Publio Cornelio Escipion, Násica, pretor de la *Bética*, reunió el mayor número posible de tropas, y se dirigió á marchas forzadas sobre los lusitanos, á quienes alcanzó cerca de *Ilípula* y derrotó en una sangrienta batalla, sufriendo él, por su parte, pérdidas tan considerables, que no bastaron á subsanarlas los laureles de la victoria.

Retiráronse los vencidos á su tierra perdiendo el rico botin que habian hecho en las pingües provincias de Andalucía. Mas dos años despues, el pretor Lucio Emilio Paulo, que habia sucedido á Marco Fulvio Nobilior, queriendo enfrenar la audacia de los lusitanos, cuyas frecuentes y atrevidas escursiones por la *Bética* mantenian en contínua alarma al país, realizó una espedicion á la lusitania resuelto á encerrar en sus enriscadas sierras aquellos temerarios merodeadores. Empero fuéle adversa la suerte de la guerra, puesto que en el primer encuentro que tuvo con los lusitanos sufrió una completa derrota, en la que perdió 6,000 hombres, y salvó los restos de su ejército retirándose aceleradamente. La rota de Ilípula quedó vengada.

Siguiéronle los lusitanos mas acá del Guadiana. Rehízose Lucio Emilio, y con refuerzos que le llegaron á tiempo, empeñó una segunda batalla en los campos de la *Beturia* en donde alcanzó una completa victoria.

Refiere Tito-Livio, á este propósito, que en aquellas primeras guerras de los romanos con los lusitanos, cuantas veces estos penetraban en la *Bética* quedaban vencidos, lo cual acontecia á las

águilas romanas siempre que estendian su vuelo mas allá del Guadiana.

Larga seria é impertinente á nuestro asunto la narracion de la série de triunfos y reveses, de los actos de levantado heroismo que acometieron los españoles, y de repugnante avaricia que caracterizaron á los romanos durante los 23 años que mediaron entre los 134 y 171 antes de J. C. época en que las guerras de Lusitania y Celtiberia comenzaron á tomar ese carácter que habia de inmortalizarlas para siempre. Bastará á nuestro propósito decir, que la dominacion romana, fuera de *Andalucía*, llegó á hacerse tan odiosa como la de Cartago; hasta el estremo, que en el Senado Romano se formó un partido dirigido por Escipion el *Africano* y Caton el *Censor*, en defensa de los españoles vejados y saqueados sin piedad por los pretores, cuyo gobierno bienal, mas bien que gobierno fué un sistema organizado de saqueos y depredaciones, que hizo asomar el rubor á la frente de aquella misma Roma de quien dijo Yugurta: *ciudad venal ¡cuán pronto perecerias si existiese un hombre bastante rico para comprarte!*

En su virtud, el Senado acordó desagraviar á España, nombrando un *Proconsul* para que la gobernase, y mandando procesar á cuantos pretores habian provocado, con su punible conducta, las sublevaciones de la península Ibérica. No limitó á esto su obra de justa reparacion, sino que tambien suprimió el derecho que se habia concedido á los magistrados romanos para tasar el trigo que com-

praban á los españoles, y concedió á estos el de fijar por sí mismos las cuotas de los impuestos que habian de pagar.

Es verdaderamente digna de admiracion la conducta del Senado romano, otorgando á sus *colonias* y *provincias* de España, en el siglo segundo antes de Cristo, lo mismo que negó á las suyas de América, el Parlamento inglés de 1774. Y no es menos honroso para la humanidad, el poder registrar en las páginas de oro de su historia, al lado de los nombres de Escipion y de Caton, *gefes de la oposicion* en el Senado romano, en una cuestion de derecho y de justicia, los de lord Chatham, lord Cambden y Burke, gefes tambien de la oposicion en el Parlamento inglés, en otra cuestion análoga en que el derecho y la justicia estaban de parte de las colonias de la América del Norte.

Esto prueba una vez mas, que los principios de la sana moral y de la justicia son de todos los tiempos, de todas las edades, de todas las sociedades, y forman la religion de los hombres verdaderamente grandes.

En aquel año (171 a. de C.) fundóse en España la primera colonia romana, eligiendo para su asiento en el suelo de Andalucía un lugar junto al Estrecho de Gibraltar. Llamóse *Carteya*, y por la clase de sus habitadores, *Colonia de los Libertinos*. Sus hijos fueron los primeros que en la Península gozaron de la proteccion de las leyes de la República.

En el de 169 antes de J. C. en el consulado de Márco Cláudio Marcelo, estableciόse la segunda

colonia romana, y como la primera en la region de la *Bética*. A diferencia de aquella que tuvo un carácter semi-militar, esta se llamó *Patricia*, por haberse avecindado en ella, con sus familias, varios nobles patricios romanos. Su clima delicioso, fértiles comarcas y pintoresca situacion á orillas del Guadalquivir, al pié de los montes Marianos, granjeáronle desde luego tal reputacion que se hizo moda entre los romanos acaudalados el poseer una quinta en *Córdoba*.

Itálica, Carteya, Córdoba lozanas flores nacidas en el jardin de la *Bética*, en tanto que la guerra asolaba sin trégua las provincias que las cercaban por Oriente, Norte y Occidente, ¿no son el mas elocuente testimonio que viene á deponer en favor de aquella cultura *turdetana*, que asoma en tiempo de los fenicios, progresa con los cartagineses y alcanza con los romanos un grado de esplendor que despierta los celos de todos los pueblos civilizados de Europa?

Aquella civilizacion, aislada, por decirlo así, en medio de España, si nó fué fatal á *Andalucía* al menos le originó grandes quebrantos, puesto que dió motivo á que su suelo se convirtiese en teatro donde la ambicion y la codicia de muchos pueblos estrangeros se disputasen el señorío y la riqueza de España.

En efecto, ya hemos visto como en la region mas occidental de la Bética, los cartagineses arrebataron á los fenicios el dominio de la Península; como los romanos combatieron en ella con la Re-

pública africana por el imperio del mundo, y como en la época que venimos historiando, una de las dos razas mas belicosas que á la sazon pugnaban por romper el yugo romano, los lusitanos, la eligieron por campo de batalla en su guerra de independencia. Mas adelante veremos aparecer el mismo suceso histórico con las guerras de Sertorio y de César contra los hijos de Pompeyo. Veremos, ó hablando mas apropiadamente, continuaremos viendo como la sangre y los tesoros de Andalucía se gastan en contiendas estrañas al interés de la independencia del suelo andaluz.

¿A qué podemos atribuir este hecho particular; *hecho constante que aparece con la misma intensidad en todos los tiempos de la historia de Andalucía?* ¿Son los andaluces, menos belicosos, menos amantes de su independencia, y menos entusiastas por conservar su libertad? Si se nos prueba que *si*, renunciaremos á toda discusion por ociosa acerca de este punto. Si se nos dice que *no*, preguntaremos ¿cómo se esplica, pues, esa facilidad que encontraron todos los pueblos estrangeros, algunos de raza, orígen, carácter y costumbres opuestas constante y obstinadamente al carácter andaluz, para establecerse, permanecer, desarrollarse y fundar un imperio de largos siglos de duracion en su suelo? ¿Fué porque aquellos pueblos estrangeros tuvieron una fuerza irresistible asimilativa, ó porque los andaluces son naturalmente asimilables?

Nosotros creemos en el segundo estremo de la proposicion; es decir, que su carácter es esencial-

mente asimilable; pero no á la barbarie, sino á la civilizacion; no á las razas que pueden despojarle de sus tesoros de inteligencia é imaginacion, sino á los que pueden aumentar el caudal de esa misma inteligencia.

Hemos visto á los *turdetanos* y *tartesios* vivir largos siglos en fraternal armonía con los *fenicios*, raza de hombres ilustrados que mejoraban la condicion moral y material de los pueblos con quienes se aliaban; mirar con ojeriza é instintiva repulsion á los cartagineses, mercaderes sin entrañas, cuya política egoista no tenia mas fin que la esplotacion del suelo donde asentaban la planta; unirse á los romanos, raza de carácter levantado, para espulsar á los cartagineses, y ahora los estamos viendo convertirse lentamente en romanos, porque los romanos llevan al frente de sus legiones, y bajo las álas de sus águilas vencedoras, tesoros de cultura y civilizacion, gérmenes de prosperidad y de grandeza que han de hacer de la Bética un fiel remedo de la Roma de los cónsules y de los buenos emperadores.

Mas adelante veremos á los pueblos andaluces asistir, cruzados de brazos, á la gran catástrofe que sepultó en la corriente del Guadalete á los *bárbaros*, que desde Ataulfo hasta Rodrigo, vejetaron en Andalucía entre las ruinas de los monumentos romanos, y á seguida vivir tranquilos y resignados bajo la dominacion de los *árabes* ese pueblo refinadamente culto, sábio, humano, industrioso, agricultor, navegante y guerrero, que brilló con luz propia y la irradió en medio de la caliginosa oscu-

ridad de los primeros siglos feudales. Mas adelante todavia, los veremos despertar de su letargo, estirar sus entumecidos miembros y desnudar la espada, al oir el grito de guerra lanzado por las hordas de la Mauritania, que vinieron á España á sustituir la civilizacion de Bagdad, Damasco y Córdoba con la barbárie de la cordillera del Atlas, y no volverla á envainar hasta que la grande trasformacion operada por la civilizacion cristiana se hubo completado en España, plantando el estandarte de la cruz sobre la torre de la Vela de la Alhambra de Granada.

Mas no anticipemos los sucesos, y volvamos á nuestra narracion.

El año 135 antes de J. C. los pretores de la *Bética* que habian sido restablecidos en 167, cuatro años despues de haber sido abolidas las preturas, cansados de oir los clamores que levantaban en el territorio de su gobierno las frecuentes correrías de los lusitanos, verificaron algunas espediciones allende el Guadiana, para intimidar á aquellos audaces *salteadores* cuyas poblaciones y campos incendiaron y talaron.

Irritados los lusitanos, juraron tomar ejecutiva y ejemplar venganza. Al efecto reunidos en crecido número cruzaron el Guadiana y se derramaron como un torrente asolador por las fértiles comarcas de la Bética bañadas por las aguas de aquel rio. Salióles al encuentro el pretor Manlio Calpurnio, mas fué completamente derrotado. Vencido este primer obstáculo y alentado con su reciente victo-

ria, *Púnico*, caudillo del ejército vencedor, atravesó la Turdetania y llegó, sin que los romanos se atreviesen á interceptarle el paso, hasta los muros de *Asta* (Jerez de la frontera) cuyo sitio emprendió ejecutivamente. Desgraciadamente para los lusitanos, el precursor de Viriato fué herido mortalmente, y el ejército falto de caudillo, levantó el cerco y repasó el Guadiana.

El año 154 antes de J. C. tuvo principio la guerra de NUMANCIA, originada por la indignacion que causó á muchos pueblos de la Celtiberia la infraccion por los romanos de un tratado celebrado poco tiempo antes con el pretor Graco. Muchos pueblos del interior y los inmediatos al Pirineo, hácia el Norte, formaron alianza para combatir á los romanos.

El año siguiente, Quinto Fulvio Nobilior, uno de los cónsules nombrados para el gobierno de España, puso el primer sitio á NUMANCIA. Mas tuvo que levantarlo atropelladamente antes de formalizarlo, por haber perdido una batalla campal en la que dejó 4,000 hombres muertos sobre el campo.

Fulvio se retiró á pocas millas de la plaza, y se encerró en un campo atrincherado, esperando refuerzos y la buena estacion para abrir una nueva campaña.

El año 152 antes de J. C. el Senado envió á la España citerior el consul Claudio Marcelo con crecidos refuerzos y poderes para ajustar un tratado de paz con los numantinos. Celebróse el tratado á satisfaccion de las partes; mas no tardó en ser que-

brantado á resultas de la general indignacion que produjeron la vandálica conducta del consul Lucio Licinio Lúculo, que saqueó los campos y ciudades españolas para enriquecer el tesoro público romano, y principalmente el suyo, y por la pérfida alevosía del pretor de la España citerior, Sergio Sulpicio Galba, que mandó pasar á cuchillo 9,000 lusitanos que se habian rendido fiados en la palabra de un general romano.

Roto el tratado, renovose aquella formidable alianza de los pueblos celtíberos, que pocos años antes hicieron temblar á Roma.

En tanto que por el centro y hácia el norte de la península, se formaba aquella tempestad que habia de amenazar con un naufragio la grandeza y el poderío romano; hácia el poniente brillaban los relámpagos de otra no menos asombrosa tempestad, que á unirse con la primera hubiera anticipado algunos siglos la destruccion de la que se llamó la *Señora del mundo*.

Entre los pocos prisioneros que se salvaron de la cobarde carnicería decretada por Galba, encontróse Viriato, á la sazon oscuro soldado de la independencia española, que comenzó á darse á conocer pregonando por todos los cantones de la Lusitania la negra perfidia de los romanos y predicando la guerra santa de la emancipacion.

Así tuvieron comienzo aquellas dos memorables guerras, llamada la una de los *Salteadores*, y la otra de *Numancia*, por los historiadores romanos: guerras sin ejemplo en los fastos de la historia del

mundo, que hicieron necesario el empleo de *todas las fuerzas* de la grande república, y que fueron las mas costosas en hombres y en dinero de cuantas sostuvo en el discurso de los siglos.

Lo mas admirable del suceso, lo que le distingue entre todos cuantos acontecimientos *análogos* registran los anales del mundo, es que la primera fué sostenida por espacio de doce años, por un hombre oscuro, montaráz que á fuerza de génio y perseverancia logró trocar su nombre de *gefe de bandoleros*, por el título de gran general, en un siglo que se envanecia de haber visto nacer á Escipion y Aníbal; y la segunda mantenida durante veinte años, sin el auxilio de los *dioses, semidioses y héroes homéricos*, por 10,000 guerreros encerrados en una ciudad, cuyos sitios, forman una epopeya real, mil veces mas resplandeciente que la fábula seductora al sitio de Troya.

Los límites en que debemos permanecer encerrados, nos obligan á condensar los detalles de tan memorables acontecimientos, tocando como de pasada el suceso de la guerra de Numancia, y estendiéndonos un poco mas sobre los de la de VIRIATO, dado que la Bética fué el principal teatro de las grandes hazañas del héroe perfectamente histórico que inmortalizó el nombre lusitano.

Al grito de venganza lanzado por el *pastor* salvado providencialmente de las garras de la hiena romana, respondieron 10,000 hombres, resueltos á dar cumplida satisfaccion á los manes de sus hermanos. Con ellos penetró VIRIATO en la Turdetania,

(año 147 antes de J. C.) de donde fueron rechazados por el pretor Vetilio, que los persiguió hasta dejarlos encerrados en *Tribola* (hácia Aguier de Beira). Disponiendo estaba el pretor el sitio de la plaza, cuando VIRIATO, rehecho y reforzado su ejército le presentó la batalla. Larga y porfiada fué la refriega; mas al fin los romanos quedaron completamente vencidos, dejando 4,000 hombres tendidos en el campo, y mayor número de prisioneros en poder del enemigo. El pretor Vetilio quedó entre los primeros.

Los restos del ejército romano, en número de unos 6,000 hombres, se refugiaron en desorden en *Tarteso* (cerca del estrecho de Gibraltar) donde se fortificaron temiendo verse acometidos de nuevo por los lusitanos.

El año siguiente, el pretor Cayo Plancio, sucesor de Vetilio, buscó y acometió á VIRIATO, que se encontraba guerreando en la Carpetania. Venciòle el caudillo lusitano en un encuentro parcial. Satisfecho con este nuevo triunfo, y no juzgando, acaso, el país á propósito para sostener la campaña con éxito VIRIATO repasó el Tajo, y llegó á cortas jornadas sobre *Ebora* en cuyas cercanías tomó posiciones, sabedor que el pretor le seguia deseoso de vengar su reciente descalabro.

A los pocos dias avistáronse ambos ejércitos, y empeñaron, en una espaciosa llanura, una verdadera batalla campal; la primera en que VIRIATO puso de manifiesto sus dotes de consumado general. A lo acertado de sus disposiciones, á la inteligen-

cia con que supo aprovechar las faltas de su enemigo, á la buena eleccion de sus posiciones, á su denuedo, y á la confianza que supo inspirar á sus soldados, debió la señalada victoria de *Ebora*, que puso su nombre á la altura de los grandes capitanes de la República romana.

Vencidos, y mas que vencidos desmoralizados, los romanos repasaron en desórden el Guadiana, y se encerraron en las plazas fuertes de la Beturia, fronteriza á la Lusitania, dando por terminada la campaña de aquel año, sin embargo de encontrarse mediado el verano.

Desde la batalla de Évora, la guerra entró en condiciones mas ajustadas al arte militar de aquellos tiempos. Cesó el sistema de las sorpresas, emboscadas, rápidas irrupciones ya en la Bética ya en la Lusitania, y los romanos no volvieron á llamarla *de los salteadores*, visto que tenian á su frente un verdadero general. Viriato introdujo en su ejército una organizacion y disciplina tan perfecta, que pudo medirse de poder á poder y en campo abierto con los capitanes romanos, á quienes ya no esperó en sus atrincheramientos y reparos naturales, sino que los buscó y venció cuantas veces llegó á las manos con ellos.

Así que dos años despues (144) aterrado el Senado y sobresaltada Roma al ver vencidos uno despues del otro á los tres Pretores que se sucedieron en el gobierno de la España ulterior, despues de la derrota de Plancio, resolvió hacer un supremo esfuerzo para lavar la afrenta que á su gran nombre

inferia un *oscuro gefe de salteadores*.... Al efecto envió á España, con 15,000 infantes y 2,000 caballos, á Fabio Emiliano, hermano de Escipion el Africano, que acababa de ser nombrado cónsul.

Llegado á la Bética Fabio puso sus reales en *Urso* (Osuna), punto perfectamente elegido puesto que desde él podia acudir en el mismo espacio de tiempo á la defensa de cualquiera de las regiones importantes de la Bética, que se viera amenazada por las armas de Viriato. En tanto que se reunian en *Urso* al ejército que trajo de Roma, las legiones existentes en la Ulterior, y que se allegában formidables recursos para abrir una campaña decisiva, Fabio se dirigió á Cádiz para implorar la proteccion de *Hércules*, en su templo, en favor de las armas romanas.

En tanto que el cónsul ofrecia sacrificios sobre el ara de la divinidad fenicia, Viriato, noticioso de los proyectos del romano, y juzgando humillante para su fama esperar el ataque del enemigo, tomó la ofensiva y penetró en la Bética al frente de un numeroso ejército con el que atacó briosamente al lugar-teniente de Fabio en su mismo campamento de *Urso*. Una completa victoria coronó la atrevida maniobra del caudillo lusitano. Sin embargo, su resultado no fué decisivo, puesto que Fabio regresó aceleradamente de Cádiz, reorganizó su ejército y emprendió una campaña que fué una série continuada de triunfos para las águilas romanas. Viriato, derrotado por primera vez, abandonó el suelo de la Bética, y fuése á atrincherar

en las inmediaciones de Évora, donde reunió un nuevo y formidable ejército para vengar la pasada derrota.

Terminados los preparativos, el año siguiente abrió la campaña por la *Beturia*, y llegó arrollando todos los obstáculos hasta la *Turdulia*, cerca de cuya capital, Córdoba, encontró al ejército de Fabio, á quien derrotó en batalla campal; los fugitivos se encerraron en la ciudad, donde el caudillo lusitano los tuvo estrechamente bloqueados.

La proximidad del invierno le obligó á retirarse á sus cuarteles en la Lusitania. Llegada la primavera del año 142, Viriato vino á buscar á los romanos en la Bética, y dió comienzo á la campaña apoderándose de cuatro ciudades llamadas por los historiadores romanos, *Jesuela, Escadia, Obolcula y Buccia*, cuya situacion geográfica no se ha podido fijar, si bien el sábio Masdeu las supone en la parte oriental de la Turdulia, y supone sean las conocidas hoy por Martos, Porcuna y Baeza. Nos sentimos inclinados á ser de la opinion del erudito jesuita, fundándonos en que la region de la *Bética* poblada por los turdulos fué donde en todos tiempos los lusitanos llevaron mas frecuentemente sus armas, ya fuese por la mancomunidad de orígen, ya porque la riqueza y fertilidad del suelo y lo escabroso del terreno les ayudase á hacer la guerra con éxito.

En el mismo año el cónsul Serviliano, sucesor de Fabio Emiliano, puso sitio á la ciudad de *Erisana*, cuya situacion es completamente desconocida

á los geógrafos modernos; Viriato acudió aceleradamente en socorro de la plaza, atacó á los romanos en su campamento, les obligó á levantar el cerco, y á retirarse poco menos que á la desbandada. Púsose en persecucion de los fugitivos, y maniobró con tanto acierto y conocimiento del terreno, que los acorraló en un estrecho desfiladero, donde cortada la retirada, y envueltos por todas partes, los romanos tuvieron que capitular bajo las condiciones que les impúso el vencedor. Condiciones que se redujeron, en sustancia, á que se mantendrian en sus posesiones anteriores, cuyos límites no habrian de salvar sinó en el caso de ser atacados.

Este convenio parece revelar, que Viriato fatigado ya de tan prolongada guerra, y conceptuándose suficientemente fuerte para tener asegurada la independencia de su pais, pensaba en organizarlo para disfrutar de los beneficios de la paz, despues de haberlo organizado para vencer todos los trances de la guerra.

Segun afirma Apiano, el Senado de Roma ratificó el tratado.

Pero la fé romana tuvo en España no poco de *fé púnica*, segun lo demostraron varios otros hechos posteriores. Así fué, que en el año 140, Q. Servilio Cepion, sucesor de Serviliano, autorizado por el Senado, se apresuró á romper el tratado, pretestando que era humillante para su patria. En su virtud, penetró en la Lusitania al frente de un numeroso ejército y sorprendiendo á Viriato, que

descansaba en la fé de los tratados, taló los campos, saqueó las poblaciones y lo llevó todo á sangre y fuego. Por uno de esos azares de la fortuna bastante frecuentes en la guerra, Viriato, hasta entonces vencedor, no pudo contrarestar en aquella ocasion el empuje de las águilas romanas, y pidió la paz al cónsul. Cepion recibió los enviados del caudillo lusitano y estipuló con ellos las condiciones de un infame asesinato.

De regreso á su campamento, ya muy entrada la noche, los *vendidos* pidieron ser introducidos en la tienda del general, y hallándolo dormido, le despedazaron el corazon á puñaladas.

Con la muerte de Viriato, terminó aquella memorable guerra llamada por algunos historiadores romanos, *de los Salteadores*, y por otros, *el primer terror de Roma*. A merecer la primera calificacion, la vergüenza seria para la gran República que se humilló á los piés de un bandido. Creemos mas exacta la segunda, puesto que la que aspiraba á dar leyes al Universo, tuvo que enviar, para ahuyentar su terror, el único general que podia terminar la guerra y salvarla del aprobio de la derrota; el ASESINATO.

Roma respiró, y con Roma tambien respiró la *Bética*, cuyo suelo fué, como dejamos dicho anteriormente, el principal teatro de las hazañas del héroe cuyo nombre es una de las mas espléndidas glorias militares de España.

Es verdaderamente lamentable, y sobre todo para el asunto que traemos entre manos, que la

historia no nos haya conservado una relacion fiel, estensa y detallada de las campañas de Viriato en *Andalucía*. Descritas estas á grande rasgos por los romanos, mas atentos á ensalzar las glorias de su propio pais, que las de aquellos que sometieron por la fuerza de sus armas, se limitan á narrar los hechos militares mas importantes, descuidando con injustificable abandono todos aquellos que se refieren á la organizacion religiosa, social y política de los pueblos de la Bética; de tal manera, que solo por conjeturas se puede rastrear tal cual hecho que arroja una ténue luz sobre puntos cuyo conocimiento lato es indispensable para escribir la historia crítico-filosófica de un pueblo.

Así es que la observacion se confunde, y la atencion crítica se desvanece, cuando sin tener á la vista otros datos que aquellos que suministran los escritores de aquellos tiempos, el historiador de los nuestros se empeña en buscar las causas, ó esplicar el fenómeno que presenta un pueblo altivo é independiente de suyo, haciendo causa comun con sus dominadores para rechazar la libertad que le ofrece otro pueblo de su mismo orígen, de su misma raza, habitante del mismo territorio y unido á él por los lazos de la sangre, de la fraternidad y de la mancomunidad de intereses de una idéntica nacionalidad.

En efecto, basta un poco de atencion en el estudio de la historia de aquel período de la española, para sentirse herido por la siguiente observacion: ¿Cómo se esplica que una region vastísima de la

Península, habitada en parte por un pueblo de origen lusitano, no se haya unido á estos para rechazar la dominacion romana? ¿Fué temor de la derrota, ó el de remachar las cadenas con que el estrangero la tenia aprisionada? No, porque la victoria coronó todas las empresas de Viriato en la Bética. ¿Fué conciencia de su debilidad y flaqueza? Tampoco, puesto que podia contar con un poderoso aliado que le diera suficiente aliento para conquistar su independencia. ¿Fué miedo, debilidad, afeminacion, falta de energía y hábitos guerreros? Menos, puesto que contra tan humillante suposicion alzan la voz *Astapa*, los campos de *Bécula*, la defensa de *Oringis* (Jaen), las ruinas de *Cazlona*, la destruccion de *Illiturgo*, y cien memorables sitios y batallas en las cuales mostraron los *turdetanos*, *túrdulos* y *Beturios*, en lucha con los fenicios, cartagineses y romanos un heroismo que en nada cedia al de los lusitanos y celtíberos. ¿Qué fué, pues, si no fué temor, flaqueza ni falta de hábitos militares?

Este es un secreto que guarda todavía la historia, porque lo guardaron los escritores romanos. Solo nos queda el hecho seco, árido y descarnado, sobre el cual seria temerario hacer conjeturas con la pretension de hacerlas pasar por verdades: el hecho de haber sido la *Bética* hóstil sistemáticamente á la Lusitania. Vemos á Viriato formar alianzas con los carpetanos y con los celtíberos, para lanzar á los romanos de la Península, pero ni una sola vez entran los pueblos de la Bética en

aquellas alianzas. Las campañas del pastor general tienen todo el carácter de correrías en este suelo; son á manera de un torrente cuyas aguas se desbordan todos los años por los campos de la Bética durante la primavera y el estío, y que retroceden hácia su orígen cuando se aproxima el invierno. No conserva un palmo de terreno aquende el Guadiana despues de sus espléndidas victorias, ni funda nada estable sino el recuerdo de su glorioso nombre.

¿Quién duda que si á la alianza lusitano-celtíbera se hubiese unido la Bética, la dominacion romana en España hubiera terminado por los años 140 antes de J. C.?

¿Por qué no se efectuó esta alianza reclamada por el interés de la pátria comun y por el irresistible sentimiento de la independencia?

A juicio nuestro, porque en aquellos tiempos en que no existía espíritu de nacionalidad, sino de localidad, los andaluces, viéndose obligados á elegir entre la dominacion de los lusitanos, pueblo semibárbaro á la sazon, y la de los romanos, pueblo sábio é ilustrado, cuya cultura se acomodaba á la civilizacion de la Bética, optaron necesaria y fatalmente por esta última, obedeciendo, si se nos permite la frase, á la ley de la atraccion molecular.

Mas dejemos la forma crítica, faltos de datos suficientes para esplicar un hecho envuelto todavía en la oscuridad de los primeros siglos históricos de Andalucía, y volvamos á la narrativa, visto que esta es la que adoptaron los escritores romanos que

nos hablan de las cosas de España en aquellos tiempos.

Hemos dicho anteriormente, que con la muerte de VIRIATO, Roma respiró; y ahora habremós de agregar que fué por poco tiempo.

En efecto; alzóse muy luego hácia el norte de la península Ibérica, un tremendo vengador del cobarde asesinato del héroe lusitano. Este vengador no fué un pueblo numeroso, ni un Estado prepotente, ni un ejército formidable ni un general que tuviera encadenada la victoria á su bandera; fué una pequeña ciudad abierta á todos los vientos, franca para todas las embestidas, sola, aislada en medio de pueblos postrados y desangrados por un conquistador siempre victorioso, huérfana, en fin, y sin otro escudo ni mas defensa que el gran corazon de sus escasos habitantes para resistir el incontrastable empuje de la nacion mas temida y respetada de la tierra.

Bosquejemos rápidamente este hecho sin ejemplo en los fastos de la historia universal: reavivemos con su recuerdo la llama nunca apagada del patriotismo español, y conmemoremos una vez mas el simpar heroismo de un puñado de hombres, que luchando por su libertad sembraron tal *terror* en la gran república de los tiempos antiguos, que su Senado, árbitro del mundo, tuvo que sortear las legiones que formaron los últimos ejércitos enviados á combatir contra seis ú ocho mil ciudadanos armados para la defensa de su libertad.

El mismo año de la muerte de VIRIATO, los ecos

del Duero, del Ter y de las enriscadas escabrosidades que forman el término del pequeño pueblo de Garay, en nuestros dias, repitieron asombrados el grito de independencia lanzado al viento como una provocacion, por los habitantes de NUMANCIA, amenazados por las águilas romanas que acababan de avasallar toda la celtiberia á escepcion de aquella ciudad y de la de *Termintia*.

El consul Q. Pompeyo Rufo recojió el guante, y fué á acampar con 32,000 infantes y 2,000 caballos delante de la ciudad. Numancia no solo resistió gallardamente el ataque, sino que le obligó á levantar el sitio, y á retirarse á invernar á sus cuarteles despues de ajustar una paz que fué una pérfida asechanza puesta á la generosidad de los numantinos, que sin duda no esperaban ver revivir entre los romanos la *fé púnica* de los cartagineses.

El año 138 antes de J. C. el consul Popilio Senas sucesor de Pompeyo, vino á España con poderes del Senado para romper el tratado celebrado el año anterior. Puso nuevo sitio á la ciudad, mas fué completamente derrotado,

En 137, C. Hostilio Mancino fué vencido en batalla campal por los numantinos, y tuvo que retirarse en desorden. Perseguido sin trégua por los vencedores que en número de 4,000 salieran de la plaza, acabó por encontrarse en situacion tan comprometida que tuvo que capitular bajo las condiciones que plugo al vencedor imponerle. La capitulacion de Mancino tuvo la misma suerte que el tratado ajustado por Pompeyo Rufo; es decir, fué de-

saprobada por el Senado Romano, *despues que sus ejércitos hubieron obtenido los beneficios de la capitulacion.*

Seis meses mas tarde vino en reemplazo de Mancino el cónsul Emilio Lépido, que no logró conseguir, á pesar de sus esfuerzos, ventaja alguna sobre los numantinos.

En 136, Lucio Furio Philon se acercó con un numeroso ejército á la plaza; mas se retiró sin atreverse á embestirla. En 135, Calpurino Pison tomó ejemplo de la prudencia del consul su antecesor, y retrocedió á tomar cuarteles de invierno en la Carpetania.

El año 134 antes de J. C. la pequeña ciudad de Numancia, defendida ya solo por unos 4,000 hombres, aparecia mas grande que Roma. Seis cónsules habian tenido que inclinar las águilas romanas delante de las *tápias* que defendian la plaza, y seis ejércitos habian vuelto las espaldas flajelados por un puñado de numantinos.

A la vergüenza de tan repetidas derrotas, sucedió el teror; el SEGUNDO TERROR DE ROMA..... ¡De Roma vencedora de Antioco el Grande, de Cartago, de Corinto, de Macedonia, de la Grecia toda, y del Asia menor! ¡De Roma, árbitro á la sazon de las grandes monarquías del Egipto y de la Siria!

El Senado, pues, comprendiendo la suprema necesidad de cegar la estrecha boca de aquella profunda cima donde durante tantos años se venian sepultando fatalmente sus legiones, sus tesoros, su dignidad, su orgullo y su grandeza, fijóse ansioso

de encontrar quien levantase su honrra yacente á los piés de los numantinos, en Escipion Emilio, el vencedor de Cartago; y encomendó á este gran capitan, que habia tardado cuatro años en apoderarse de la rival de Roma, poblada con 700,000 habitantes, la *árdua empresa*, de someter una poblacion que contaba 4,000 defensores.

Un año invertió Escipion en restablecer la disciplina en los soldados romanos, desmoralizados por las frecuentes derrotas que habian sufrido delante de los muros de Numancia, y por los hábitos de lujo, molicie y desenfreno que habian contraido en un país que les ofrecia para su regalo, si no las seductoras maravillas del arte, los ricos dones de una naturaleza privilegiada; al mismo tiempo se afanó en allegar los formidables recursos que conceptuaba necesarios para formalizar el sitio de un pueblo abierto, que debia poner á prueba su génio militar.

Llegada la primavera del año 133 antes de J. C., segundo de su consulado en la España citerior, Escipion acampó delante la plaza con un ejército de 60,000 hombres, compuesto de soldados veteranos. A pesar de la inmensa superioridad en todos los medios de ataque, el prudente capitan no quiso fiar el éxito de la empresa al trance de una batalla ni á las contingencias de un asalto, y apeló para rendir á Numancia, á un medio que si no debia manchar su memoria, como manchó la de Cepion el asesinato de Viriato, debia oscurecer los laureles de Cartago.

Recurrió al hambre.

Al efecto, bloqueó tan estrechamente la ciudad, y la incomunicó de tal manera con el esterior que no le fué humanamente posible recibir socorros de ninguna especie por tierra ni por el rio; en tanto que un formidable tren de batir, compuesto de balistas catapultas y todos cuantos ingénios de esta especie conocia el arte militar antiguo combatian la plaza sin cesar. En vano intentaron los numantinos romper con furiosas salidas la inquebrantable cadena que los oprimia; las defensas de la línea de circunvalacion hicieron inútiles sus heróicos y desesperados esfuerzos. Al fin debilitados por el hambre, diezmados por las espadas y armas arrojadizas de los enemigos y sin esperanza de socorro próximo ó remoto, se resolvieron á pedir capitulacion. Al efecto, enviaron diputados al general romano para proponerle las dietas cual cumplia al valor de aquellos héroes, y á la fama del capitan á quien cabia la gloria de haberlos sojuzgado. El romano contestó que no recibia ni imponia mas condiciones que la entrega á discrecion.

Sabida tan fria é inhumana respuesta, los numantinos, viéndose en la ineludible necesidad de elegir entre una *muerte inmortal* y una esclavitud afrentosa, no vacilaron un momento en hacer la eleccion. Reuniéronse en el centro de las ruinas de la ciudad que fué Numancia, y despues de incendiar los pocos edificios que todavia permanecian en pié, diéronse muerte los unos á los otros con la espada y con el veneno. Ni uno solo sobrevivió á la pérdida de su libertad.....

Cuando el cruel vencedor penetró en la plaza, su planta solo profanó cadáveres medio sepultados entre los escombros y las cenizas de la ciudad que fué durante nueve años, EL TERROR DE ROMA.

El Senado concedió á Escipion los honores del triunfo, y agregó á su título de *Africano* el de *Numantino*.

Y, sin embargo, Escipion no tomó á Numancia, sino un inmenso sepulcro; grandioso panteon labrado por las manos de los mismos héroes que se sepultaron en él.

Así terminó á los 20 años aquella maravillosa epopeya que se llamó, *La guerra de Numancia*. Drama heróico cuyas palpitantes escenas no han cesado un momento de conmover á la humanidad durante los cuarenta siglos que van trascurridos desde el dia en que se verificó su desenlace; poema inmortal, en fin, cuyas primeras estrofas fueron *Sagunto*, en la Tarraconense, *Astapa*, en la Bética, y que España continuó escribiendo en *Calahorra*, en *Gerona* y en *Zaragoza*.

Sin el testimonio de Polibio, contemporáneo de los sucesos y *amigo de Escipion el Africano*, y del de Apiano, historiadores ambos de merecido crédito, tomaríamos el sitio de Numancia, por una asombrosa y conmovedora fábula inventada para oscurecer el sitio de Troya!

En efecto, no es necesario un exámen muy profundo, para conocer que Numancia fué á Roma en aquellos tiempos, lo que la república de Andorra es al imperio francés en nuestros dias. Ahora bien, ¿cabe

en cerebro humano que este microscópico Estado pudiera resistir durante nueve años, qué decimos, durante nueve minutos, á los conquistadores de Sebastopol, y vencedores de Magenta y Solferino? Y, sin embargo, esto es lo que hizo en la misma desproporcion de poder y de recursos, hace cerca de 2000 años, Numancia, resistiendo á la orgullosa y prepotente República que aspiraba á avasallar el mundo, y venciéndola moralmente, puesto que la superó en heroismo, lealtad y pundonor.

Numancia viva, fué el espanto de Roma; destruida fué su afrenta. Los que dejaron reducir á escombros la inolvidable Sagunto, no debieron pasar el arado sobre la inmortal Numancia. Los romanos dieron comienzo á su dominacion en España, arrasando *Astapa* é *Iluturgo* en Andalucía, y la establecieron definitivamente destruyendo á Numancia en la Celtiberia. Afortunadamente para la memoria de aquel gran pueblo, vemos aparecer á través del humo de las hogueras que redujeron á cenizas las ciudades mas heróicas del mundo, cien y cien soberbios monumentos literarios ó de piedra con los cuales la grandeza romana enriqueció á España, su provincia predilecta.

V.

La Bética, desde la destruccion de Numancia, 133 años antes de J. C., hasta la muerte de Sertorio.

La situacion pacífica en que se encontró la Bética despues de la muerte de Viriato, se consolidó con la destruccion de Numancia. No fué ciertamente de larga duracion este período, pues apenas si contó 35 años; mas fué aprovechado para la prosperidad de la provincia exenta del terror que en el resto de la Península, y señaladamente en toda la Celtiberia produjo el último triunfo de las armas romanas.

Difícil nos seria indicar por qué medios alcanzó aquella prosperidad, ni qué circunstancias la caracterizaron. Puntos son estos sobre los cuales los historiadores romanos guardan un completo silencio; pero á juzgar por las descripciones que nos dejaron de los festejos y honores que se decretó á sí mismo, en Córdoba, por los años de 76 el anciano Metelo, despues de su ilusorio triunfo sobre Ser-

torio, en Calahorra, es indudable que las bellas artes, producto de la paz y de la cultura, alcanzaron en la Bética un grado notable de adelanto, como mas adelante veremos.

El período de paz cuyos límites acabamos de indicar, fué interrumpido por un suceso cuya responsabilidad no debe recaer sobre los habitantes de la Bética, sino sobre el Senado Romano, cuya política imprevisora en aquella ocasion, fué causa de disturbios, que si bien no constituyeron al país en un estado de guerra violenta, originaron perturbaciones parciales que hicieron necesario el empleo de la fuerza para su represion.

Veamos como.

El mismo año de la destruccion de Numancia, el Senado deseoso de mantener en la obediencia un país al que no podia renunciar, por mas que le fuera muy costoso, estimó oportuno, para los fines de sus proyectos ulteriores, hacer una nueva division política de la España; al efecto subdividió las dos grandes divisiones *citerior* y *ulterior* en diez distritos, que pudiéramos llamar militares, cuyo gobierno y administracion confió á otros tantos legados, dependientes de un consul. Como se vé, el sistema de ocupacion militar prevaleció sobre el de civilizacion; se quiso hacer por las armas lo que era infinitamente mas factible por la palabra, el ejemplo y la enseñanza. Error lamentable que hemos heredado y conservamos en nuestros dias, sin pensar en corregirlo á pesar de los frecuentes desengaños que nos ha hecho sufrir.

Ignoramos qué parte correspondió á la Bética en el nuevo reparto político establecido por el Senado; pero es indudable que no debió quedar satisfecha, puesto que protestó de ella en una forma que le costó bastante cara, segun vamos á demostrar.

En el primer año del Consulado de Tito Didio (98 antes de C.) los habitantes de *Castulon*, hoy cortijos de Cazlona en la provincia de Jaen, irritados de los escesos á que se entregaban en la ciudad y en su distrito los soldados romanos, se confabularon con los vecinos de un pueblo inmediato, llamado *Jerision*, y en una noche de invierno sorprendieron la guarnicion durante su sueño, é hicieron una cruel matanza en ella. Entre los romanos que pudieron escapar á la venganza castulonense, encontróse el jóven SERTORIO, gefe que mandaba la corta guarnicion en calidad de tribuno. Este reunió los fugitivos, y puesto á su cabeza volvió sobre la ciudad, cuyos habitantes cojió desprevenidos y trató con el mas despiadado rigor. Igual suerte cupo á los Jeresianos. Tal fué el primer fruto que produjo en la Bética la nueva política adoptada por el Senado romano para pacificar y gobernar la España.

El suceso en sí, no fué de grande importancia, ó por mejor decir, no la tuvo fuera de la localidad donde aconteció; así que no lo hemos citado para datar de él el período de las perturbaciones á que hemos aludido anteriormente, sino para hacer notar dos hechos que no deben pasar desapercibidos.

El primero, que la supremacia concedida al elemento militar sobre el civil en la gobernacion de los pueblos sometidos, es contraria á los intereses bien entendidos de los gobernantes y gobernados. La mejor política es aquella que se esfuerza en hacer desaparecer todo rastro de conquista, allí donde la dominacion tiene ese carácter. El haber desconocido los romanos esta verdad, hizo correr rios de sangre en España, y sublevó contra su dominacion, muchos pueblos de la provincia *mas romana* de toda la península Ibérica.

El segundo hecho notable que se destaca en el suceso de *Castulon*, es la primera aparicion en los fastos de nuestra historia, de aquel hombre estraordinario que hizo de España la émula de Roma, desarrollando en ella el gusto por las ciencias, las artes, la literatura, lengua y filosofía de la grande República, en términos que llegó á dar celos á la que daba leyes al universo, y hasta el estremo de poder concebir en su elevada y magnánima inteligencia un pensamiento que Corneille espresó en el siguiente célebre verso:

Roma no está ya en Roma, sino donde está Sertorio.

No fué, pues, en *Castulon*, sino con Sertorio, donde realmente tuvieron fin los años de paz que disfrutó la Bética despues de la muerte de Viriato, y comienzo los de una época que no debe ser llamada de perturbaciones, sino de gloria y grandeza para España. Época célebre, porque por primera vez, durante el curso de los siglo, la sangre y los tesoros de nuestro suelo se gastaron en provecho de sus

naturales y no del estrangero, si bien el resultado no fué el que podia esperarse atendida la magnitud del sacrificio.

La Bética, como siempre, y como no podia menos de suceder, tomó una parte activa en aquellos sucesos, muchos de los cuales tuvieron por teatro las regiones y pueblos que bañaba el Guadalquivir.

Reanudemos la narracion.

Despues del castigo impuesto á los castulonenses y jeresianos, Sertorio fué destinado como cuestor á la Galia cisalpina, donde se hizo notable por su valor.

Trascurrieron todavia algunos años de aparente calma en España, y de perfecta paz en Andalucía, hasta que en el 87, antes de J. C., estalló la guerra civil en Itália entre Mario y Sila; guerra que se hizo sentir durante muchos años en la Península, acosada alternativamente por los proscritos de una y otra faccion.

Sertorio, que siendo cuestor en las Galias, habia acudido con un cuerpo de galos en socorro de Roma, amenazada de volver á su primitivo humilde origen, por la confederacion de los pueblos de Italia, tomó una parte activa en aquellas sangrientas disenciones, que la historia conoce con el nombre de *Guerra social*, y se declaró por Mario, á cuyas órdenes habia combatido contra los cimbrios en la célebre batalla de *Vercelli* (30 julio 101.) mereciendo el aplauso de su general.

Mas adelante (el año 84) cuando Sila se apoderó de Roma y puso fin á las guerras *Social* y *Civil*, ha-

ciéndose nombrar dictador y publicando aquellas horribles *listas de proscripcion* que le hicieron merecer, de los historiadores de nuestros dias, el nombre de *Marat aristocrático*, Sertorio pasó á España enviado por los partidarios de Mário, para proporcionarse aliados y buscar un asilo á sus amigos.

Desde los primeros pasos en la península Ibérica del verdadero fundador de la *España romana*, los partidarios de Mário, pudieron conocer que tenian al fin un vengador. En efecto; muchos pueblos de la Celtiberia lo aclamaron por su caudillo, y muy luego, merced á su política generosa y altamente humanitaria, no menos que á su génio organizador, se vió al frente de un ejército de 9000 hombres, y de una escuadra de galeras armadas en el puerto de Cartagena, con cuyas fuerzas se preparó á resistir al sanguinario dictador de Roma.

Dábase allí demasiada importancia á cualquier movimiento insurreccional de España para que este pasara desapercibido; así es que Sila envió para sofocarlo ejecutivamente un numeroso ejército al mando de uno de sus lugar-tenientes, Cayo Anio; quien cruzó á marchas forzadas las Galias, y llegó hasta los Pirineos, donde se vió detenido por Livio Salinator, enviado por Sertorio con seis mil hombres para atajarle el paso. No atreviéndose Anio á forzar las posiciones del enemigo, recurrió á la traicion. Salinator fué asesinado por uno de sus oficiales, y el ejército falto de caudillo se dispersó. Conceptuándose Sertorio en la imposibilidad de sostener la campaña con las escasas fuerzas que le

habian quedado, se retiró al África dispuesto á aprovechar la primera coyuntura favorable para volver á la Península.

En tanto que los partidarios de Mário sufrian aquel primero y funesto descalabro en la España Citerior, los de Sila se entregaban á todo género de escesos en la Ulterior, y particularmente en la Bastulia, region la mas oriental de la Bética.

Cuenta Plutarco, que Marco Craso, hijo de Licinio Craso el vencedor de los Lusitanos, como se titulaba á sí mismo, viéndose obligado á huir de Roma para salvar su cabeza de la proscripcion decretada por Mário contra los partidarios de Sila, pasó á España, donde su padre dejára muchos amigos, en casa de uno de los cuales llamado Vibio Pacieco, español principal y acaudalado, recibió la mas generosa hospitalidad. Recelando ser descubierto por sus implacables enemigos, el jóven Craso se ocultó en una profunda cueva que, segun opinion del erudito y diligente historiador Ambrosio de Morales, existe entre Ronda y Gibraltar junto á la villa de Jimena, y en ella permaneció cuidadosamente oculto, si bien asistido con esmero por el generoso Pacieco, por espacio de ocho meses, hasta que muerto Cinna y proclamado Sila dictador, le fué dado salir de su lóbrego retiro, ardiendo en deseos de celebrar el triunfo de su partido.

El primer uso que hizo de su libertad, fué reunir el mayor número posible de aquellos partidarios de Sila que como él habian sufrido los rigores

de la proscripcion, y con ellos y la gente allegadiza que pudo reunir bajo su bandera, formó un ejército de aventureros y merodeadores, con el cual trabajó en establecer en la Bética la autoridad del Dictador de Roma. Con este pretesto y con el fin de resarcirse de las grandes pérdidas que habia tenido su familia durante el tiempo de la proscripcion, recorrió la tierra talando los campos y saqueando los pueblos, despues de imponerles crecidas contribuciones de guerra. Una de las ciudades que mas padeció en aquella vandálica y prolongada algarada, fué Málaga, que el ingrato y codicioso caudillo romano entregó á la merced de una desenfrenada soldadesca.

Todo el oro y plata que pudo recoger en su espedicion de bandido, lo reservó para su tesoro particular.

Así dió comienzo á su vida pública *en Andalucía* el célebre Marco Licinio Craso, triunviro mas adelante con César y Pompeyo, y prisionero el año 53 antes de J. C. en la guerra contra los Partos, cuyo rey, *Surena*, le mandó cortar la cabeza y echar oro derretido en la boca.

La brutal rapacidad de M. Craso en el país que lo habia abrigado generosamente, arrebató muchos partidarios á la causa de Sila, y los hizo amigos de los proscritos por el Dictador. Así que muy pocos años despues, el 81, cuando Sertorio, despues de haber corrido las mas estraordinarias aventuras, guerreando en África y en el Mediterráneo contra los soldados de Sila, se dirigió á España llamado

por los Lusitanos, ansiosos de sacudir el insufrible yugo romano, fuele fácil hacer un desembarco en las cercanías de Tarifa, entrar en la Turdetania que lo aclamó como su vengador, y reunir un ejército con el cual derrotó cuatro generales de Sila, el último en las orillas del Guadalquivir, y hacerse dueño de casi toda la Bética y la Lusitania.

La fama de sus victorias le granjeó la admiracion y la alianza de los pueblos de la Celtiberia, y muy luego se encontró Sertorio en situacion de luchar de potencia á potencia con el temible Dictador de Roma. Alarmado este con el jiro que tomaban los asuntos de España, envió un ejército al mando del pretor Lucio Domicio para restablecer su autoridad; mas fué derrotado por Hirtuleyo, cuestor del de Sertorio. Poco tiempo despues, Manilio, pretor de la Galia narbonense pasó á España por órden de Sila, para vengar la derrota de Domicio, y tuvo la misma ó peor fortuna que su predecesor, pues fué batido tan completamente que se retiró casi solo á Lérida.

Tan continuas y ruidosas derrotas y la insurreccion que se iba estendiendo triunfante por todos los ámbitos de la península, anunciando el término de la dominacion romana, obligaron á Sila á confiar á un general esperimentado la direccion de la guerra de España. En su virtud, envió al anciano Metelo Pio, general famoso que se habia labrado una de las primeras reputaciones militares de aquella época, en las guerras *social* y *civil* que inundaron en sangre la Italia. A pesar de sus grandes dotes,

Metelo no fué mas afortunado que sus predecesores. Su pericia y celebrada prudencia se estrellaron contra el denuedo é impetuosidad de los soldados españoles, instruidos por Sertorio en el arte de hacer la guerra así de montañas como en campo abierto. Venciéronle en batalla campal, y mas tarde le obligaron á levantar el sitio de Lacobriga, de cuyos muros se retiró en desórden dejando todos sus bagajes en poder del enemigo. Vencido Metelo, toda la España citerior se declaró por Sertorio.

Poco tiempo antes de la muerte de Sila, el caudillo romano-español recibió un poderoso refuerzo. Perpenna, otro de los ilustres proscriptos por el Dictador, pasó de la Cerdeña, donde se habia mantenido oculto, á la Península Ibérica con ánimo de crearse en ella un partido á imitacion de Sertorio. Desembarcó en las costas de Levante con 20,000 hombres, que apenas hubieron saltado en tierra, le abandonaron para incorporarse al ejército sertoriano. Perpenna, á fuer de prudente, se puso á las órdenes del afortunado general.

Muerto Sila, víctima de una asquerosa enfermedad (79), el Senado de Roma, restablecido en su esencia por el célebre Dictador, tomó á empeño destruir lo que llamaba los restos de la plebeya faccion de Mário en España. Al efecto, envió contra ella con crecidos refuerzos, al jóven Pompeyo, á quien Plutarco llamó *triunfador barbilampiño*, y Sila dió el nombre de *Grande*, mucho antes de que la historia le confiriese este título.

Ardiendo en deseos de justificar la confianza

que el Senado habia depositado en él, el jóven Pompeyo reunió ejecutivamente sus tropas á las de Metelo, y formó un ejército de sesenta mil soldados, veteranos de las guerras de Italia y España; con él abrió la campaña acudiendo en socorro de la plaza de *Laurona* (ignórase cual fuera su situacion geográfica) sitiada por Sertorio. Ante aquellos muros tuvo lugar el primer encuentro de los dos jóvenes caudillos; encuentro que fué fatal al *discípulo de Sila*, que sufrió una completa derrota perdiendo 10,000 soldados y todos sus bagajes.

Vencidos Pompeyo y Metelo se retiraron á las faldas de los Pirineos, donde pasaron el invierno de aquel año, bloqueados por enjambres de guerrillas españolas que los hostilizaban sin cesar en su campamento. Sertorio fué á invernar á sus cuarteles de la Lusitania.

Al despuntar la primavera del año 76, los beligerantes abrieron la campaña en la España Citerior y en la Ulterior simultáneamente. Sertorio y Perpenna la sostuvieron contra Pompeyo en la Celtiberia, y tomaron, venciendo la obstinada resistencia de la guarnicion romana, la importante plaza fuerte de *Contrebia* (hoy *Trillo* en la provincia de Guadalajara). Hirtuleyo, lugar-teniente de Sertorio, y vencedor de Domicio y de Manilio al comenzar la guerra, la sostuvo en la *Bética* contra Metelo Pio, que desde los Pirineos habíase corrido con su cuerpo de ejército á esta region.

Menos afortunado que su general en el sitio de Contrebia, Hirtuleyo fué completamente derrotado

á la vista de Sevilla, en las inmediaciones de Itálica, por Metelo Pio, que le puso 18000 hombres fuera de combate y le dejó cadáver con uno de sus hermanos entre los de sus soldados.

El resultado de esta campaña quedó indeciso entre los beligerantes, puesto que la fortuna caprichosa repartió entre ellos por partes iguales los triunfos y los reveses. La del año siguiente (75) comenzó favorable para los romanos y terminó con una espléndida victoria para los españoles. Metelo la principió venciendo por segunda vez los generales de Sertorio en la Bética, y Pompeyo derrotando á Perpenna en la region de los Sucsetanios, y arrojándolo de Valencia. Alentados con tan brillantes victorias, los generales romanos convinieron en reunir sus respectivos ejércitos para terminar ejecutivamente y de una vez la guerra. Habian comenzado á poner en ejecucion su plan, cuando Sertorio, noticioso de él, trató de desbaratarlo interponiéndose entre ambos ejércitos para batirlos en detalle. Al efecto salió del pais de los *Berones*, (actual provincia de la Rioja), atravesó la Tarraconense, y dirigiéndose hácia las costas orientales encontró el ejército de Pompeyo en las márgenes del *Sucrona* (hoy rio Júcar). Empeñóse la mas sangrienta y porfiada batalla que registran los anales de aquella guerra, y en ella quedó completamente destrozado el ejército del *Gran* Pompeyo, quien se salvó casi solo, dejando 20,000 hombres tendidos sobre el campo. La pérdida de Sertorio fué casi igual, segun dice Plutarco.

Disponíase el afortunado vencedor á seguir el alcance de los fugitivos, cuando recibió la noticia de la próxima llegada al teatro de la accion, del anciano Metelo, al frente de sus legiones vencedoras en la Bética. Comprendió, á fuer de general esperimentado, lo aventurado que sería dar una segunda batalla á un ejército que llegaba de refresco, con tropas victoriosas eso sí, pero quebrantadas con lo costoso que les fué alcanzar aquella victoria, y en tal virtud dió órdenes para que sus soldados se fraccionasen en pequeñas divisiones, y marchasen por distintos caminos á reunirse en un punto señalado.

Entretanto los dispersos del ejército de Pompeyo se reunieron á Metelo, y ambos generales se dirigieron contra Sertorio, á quien alcanzaron en las inmediaciones de *Segoncia*, (hoy Sigüenza no léjos del nacimiento del Henares.) Trabóse la refriega con tal ímpetu por parte de los romanos, que las tropas españolas comenzaron por perder terreno y acabaron por dispersarse á pesar de los esfuerzos que á fin de contenerlas hizo Sertorio, quien corrió gran riesgo de ser hecho prisionero.

Encerrarónse los fugitivos en *Calagurris Núsica* (Calahorra) donde fué á sitiarlos Metelo: mas antes de que el veterano general formalizase el cerco de la plaza, Sertorio la abandonó. Metelo tradujo por miedo aquella retirada, y se dió á sí mismo el dictado de vencedor.

La proximidad de la mala estacion obligó al engreido general á retirarse á sus cuarteles de invier-

no, en la Bética. Entró en Córdoba donde se hizo tributar honores casi divinos.

Pero en tanto que Metelo escitaba la murmuracion de los pueblos con su petulante arrogancia, Sertorio reunía un numeroso y disciplinado ejército, con el que sostuvo victoriosamente la campaña del año 75, fatigando y estenuando el de los romanos con marchas, contramarchas, sorpresas, emboscadas é interceptándoles convoyes, hasta que sorprendió á Metelo y Pompeyo delante de *Palancia*, ciudad importante de la Celtiberia. Obligóles á levantar el cerco en el momento en que se disponian á dar el asalto á la plaza, púsolos en precipitada fuga y los persiguió hasta *Calagurris* al pié de cuyos muros los alcanzó al fin, y les mató 3,000 hombres.

Metelo regresó á la Bética y Pompeyo traspuso los Pirineos para invernar en la Galia Narbonense.

La fama de los altos hechos de Sertorio llegó al Asia. Mitridates, rey del Ponto, que buscaba en todas partes enemigos á Roma, le propuso (74) una alianza ofensiva y defensiva, que el *Aníbal romano*, aceptó bajo condiciones, que hicieron esclamar al gran rey: *Si así se conduce cuando proscrito; ¿qué sería si fuese dictador en Roma?*

Desgraciadamente para España, este fué el último resplandor de la gloria y de la fortuna de Sertorio. Roma, despues de haber gastado inmensos tesoros de sangre y de dinero para resolver en su favor el problema planteado por las victorias del caudillo de los españoles, es á saber: si España sería de

Roma, ó Roma de España, temorosa de caer en el segundo estremo, recurrió al medio que siempre tenia dispuesto en la Península para cortar ejecutivamente todo nudo que no podia desatar. Apeló al asesinato.

Metelo puso á precio la cabeza de Sertorio, ofreciendo por ella mil talentos de plata y veinte mil arpentas de tierra. Nadie, en España se dejó deslumbrar, por el pronto, por tan brillante ofrecimiento; mas dado el primer paso en la senda de la traicion y de la alevosía, no podia faltar quien la recorriese toda.

En efecto, Perpenna, que haciendo de la necesidad virtud, resignárase mal, de su grado á ocupar el segundo lugar al lado de un hombre que *ni caballero romano era*, juzgó la ocasion propicia para derribar el obstáculo que se oponia á que realizara el bello ideal que le trajo á España algunos años antes, y urdió una infame conspiracion contra la vida de su jefe.

Los conjurados, rpmanos todos, que ningun español manchó su honra con tan negra traicion, convidaron á Sertorio para presidir un banquete que dieron en celebridad de una falsa victoria, pretesto del festin, y en él cosieron á puñaladas al ilustre y memorable varon que hizo de España la rival de Roma.

El historiador latino, Veleyo Patérculo, dice que el suceso tuvo lugar en *Etosca*, hoy Aitona, á pocas leguas de Lérida, (año 78 antes de J. C.)

Perpenna y los principales jefes de la conspira-

cion cayeron en poder de Pompeyo, quien los hizo ajusticiar en castigo de su perfidia. Roma aprovechaba la traicion, mas queria eximirse de la nota de cómplice.

Muerto Sertorio, España resistió todavia algun tiempo á las armas victoriosas de Pompeyo; hasta que dos años despues, con la destruccion de *Calagurris*, pudo el Senado dar por completamente terminada la guerra Sertoriana. Su conclusion se señaló con un hecho no menos memorable que las heróicas defensas de Sagunto, Astapa y Numancia. *El hambre de Calahorra*, que ha pasado á proverbio, pero que no ha tenido segundo ejemplo. Cuenta, Valerio Máximo, que los desgraciados habitantes de aquella memorable ciudad, se vieron tan estrechamente cercados por las armas de Pompeyo, que no repugnaron *en salar los cadáveres para alimentarse con ellos y prolongar la resistencia.*

¿Cuál fué la situacion de *Andalucía* durante el breve pero glorioso período señalado por la existencia en España de aquel grande hombre, uno de los pocos con quienes la historia se ha visto obligada á mostrarse tan verídica como imparcial al referir sus proezas como consumado capitan, y sus hechos como admirable repúblico?

Aparece por la relacion de los escritores latinos contemporáneos ó posteriores á los acontecimientos que dejamos brevemente apuntados, que debió ser menos tormentosa y mas favorable para la prosperi-

dad de las artes de la paz, que la de las otras provincias de España; y que permaneció, durante el curso de aquellos sucesos, adicta á Roma; es decir, al elemento aristocrático que triunfó definitivamente en el gobierno de la gran República con la dictadura de Sila.

Esta adhesion se testifica con los repetidos triunfos que alcanzó sobre los generales de Sertorio el procónsul de la España ulterior, Cecilio Metelo Pio, durante los ocho años que duró *la guerra de la independencia;* se esplica por el título de pretoria la *más romana de todas*, con que desde mucho tiempo atras venia envaneciéndose, y se comprueba, además, con dos hechos importantes que revelan la existencia de un profundo antagonismo entre los habitantes de esta region y el grande hombre que llenó con su nombre la Europa y el mundo entónces conocido.

Vamos á esponerlos.

1.° Nuestros lectores recordarán que Sertorio hizo su primera entrada por la España Citerior, donde sentó sus reales y donde se granjeó desde luego numerosos amigos y aliados, así entre los españoles como entre los romanos proscritos por Sila. Recordarán, tambien, que su segunda espedicion, ó desembarco, se efectuó por las costas de la Bética; pero que inmediatamente se trasladó á las regiones N. E. de la Península, donde se estableció y desde donde estendió su gobierno por toda la Celtiberia, la Carpetania y la Lusitania, paises que dominó durante los ocho años de guerra, sin que en todo

el curso de los acontecimientos sonara su nombre en Andalucia de otra manera que asociado á las derrotas que sufrieron en ella sus lugar-tenientes.

2.° Victorioso de los ejércitos romanos y dueño Sertorio de toda la España citerior y de la Lusitania, establece un gobierno de hecho y de derecho, puesto que tuvo el asentimiento de los pueblos, y viene á constituir, ó estuvo á punto de constituir un grande Estado libre, poderoso é independiente, que llegó á contrabalancear el poder de Roma, árbitra desde mucho tiempo atrás, de los destinos del mundo. Crea un Senado á imitacion del romano, en el que reside el supremo poder legislativo, y del cual dependen todos los majistrados pretores, tribunos, cuestores y ediles, amoldando su carácter y funciones á la índole y necesidades de su nueva pátria; y para dar fuerza y estabilidad á este gobierno y facilitar su accion político-administrativa, conceptuándose dueño de toda España, la divide en dos grandes provincias ó distritos, ó por mejor decir, conserva la última division territorial hecha por el Senado despues dó la muerte de Viriato, señalando á cada provincia una capital, centro respectivo de cada gobierno. Pero, ¿dónde establece aquellos centros? En *Ébora*, ciudad de la Lusitania, y en *Huesca*, en la region de los *Ilerjetas*, (alto Aragon,) casi al pie de los montes Pirineos. En la primera fija su residencia habitual y establece la silla del Senado, y en la segunda funda una escuela pública, á manera de Universidad, donde se enseñaban ciencias y literatura greco-latina, bajo la direc-

cion de profesores venidos de Itália, á los hijos de las principales familias españolas.

Ahora bien; ¿no hubiera sido mas lógico y racional política, geográfica, estadística y hasta comercialmente considerado, que la capital de la España ulterior, es decir, el asiento del gobierno supremo del Estado, se hubiese establecido en Sevilla ó Córdoba, ciudades infinitamente mas importantes por su poblacion y situacion á orillas de un rio navegables que desemboca cerca del Estrecho de Gibraltar, y en el centro de la region mas fértil mas opulenta y mas civilizada de toda la península, que es *Èvora*, pequeña ciudad de la Lusitania?

¿Cuál pudo ser la causa del marcado desvío con que Sertorio miró á la Bética? Contesten por nosotros los campos de Itálica, donde el valiente Hirtuleyo general Sertoriano, fué completamente destrozado por los soldados de Sila, sin duda por no haber podido contar con la alianza de Sevilla. Responda Córdoba, *solar de los patricios*, donde el veterano Metelo Pio, despues de su ilusorio triunfo sobre Sertorio en Calahorra, entró triunfalmente recibiendo honores *casi divinos*, entre fiestas y regocijos públicos, cuya descripcion revela que existía allí un grado de cultura moral y material que en poco le cedia al de Atenas en tiempo de Pericles y al de la Roma de los emperadores. En efecto, delante del desvanecido anciano, se representaron dramas alegóricos en que se ensalzaban sus victorias; coros de niños y de Vestales cantaron himnos de alabanza escritos por poetas cordobeses, y por último,

hallándose Metelo en un magnífico salon colgado de tapices, sentado en un trono de marfil incrustado de oro y plata, bajó de la bóveda un autómata representando la Fortuna, y le puso una corona en las sienes en tanto que sus cortesanos le envolvian en nubes de incienso.

Despues de fijar la consideracion en estos dos hechos que dejamos brevemente indicados, ¿qué mas pruebas se necesitan para confesar la existencia de un marcado antagonismo entre los pueblos de la Bética, cultos y civilizados, y en tal virtud adictos á la causa de la aristocracia romana, representada en España por los parciales de Sila, y el gran Sertorio, hechura y sucesor de Mário, y en este concepto representante de los intereses de esa clase desheredada y oprimida siempre, que se viene llamando pueblo, ó *plebe* desde la plaza de Atenas hasta la de la Bastilla pasando por el monte Aventino?

Andalucía, pues, durante la primera y mas memorable *Guerra de la Independencia* española, en tiempo de los romanos, si no formó alianza espresa, que sepamos, con los dominadores de la Península, se mantuvo neutral en la contienda empeñada por la redencion de la pátria comun. ¿Merece por ello el vituperio de la historia? Sí; si se nos prueba que fué un obstáculo, siquiera una rémora para la formacion de la nacionalidad española. Pero ¿teniase, acaso, en aquellas edades, la idea de unidad nacional? ¿Existia en las imaginaciones el gérmen siquiera de este gran principio que comenzó á florecer al

terminar la Edad media en Europa, y que hoy dia es la base constitutiva de la política nacional é internacional de los grandes pueblos modernos?

¡Cómo habia de existir, si las sociedades de la época histórica que venimos bosquejando tenian por maestros á los pueblos de la Grecia y por modelo á Roma!

Además, suponiendo la existencia, sea embrionaria, de este principio en aquella remota edad, no en *Andalucía*, sino en Sertorio deberia buscarse la causa de que no adquiriese todo su desarrollo.

En efecto; Sertorio mantuvo la division territorial de la Península hecha por el Senado romano; y aun la exajeró creando dos centros de gobierno, dos capitales, *Evora* en la Ulterior, *Huesca* en la Citerior.

Sertorio estableció en España la constitucion política de Roma, esto es, una ciudad y un solo pueblo libre y una nacion y muchos pueblos esclavos.

Sertorio, creó en beneficio de *Evora* y *Huesca* la hegemonía que en épocas desiguales ejercieron las grandes ciudades de la Grecia, y esto debió enagenarle las simpatías de Sevilla, Córdoba y de todas las grandes ciudades de *Andalucía*.

No le hacemos un cargo por ello; era romano antes que español, é hijo de aquel siglo en el que el derecho era privilegio de unos pocos, y la opresion el gobierno de los demás; pero señalamos estos hechos para esplicar la neutralidad, cuando menos, en que permaneció la *Andalucía* durante los años de la gloriosa y memorable *Guerra de la Indepen-*

dencia española en el siglo primero antes de J. C.

Finalmente, si la Lusitania, la Celtiberia y en general la España, impulsadas por Sertorio, dieron los primeros pasos bajo su direccion en la senda del progreso moral y material, *Andalucía* estaba hacia muchos siglos en pleno goce de aquel progreso.

Era la provincia *mas romana de todas*, y no quiso ser provincia Lusitánica ni Celtibérica.

VI.

Desde la muerte de Sertorio, año 73, hasta la paz de Augusto año 19 antes de J. C.

Tomada Calahorra, España quedó sometida á Roma, y tan quebrantada á resultas de sus heróicos é infructuosos esfuerzos por conquistar su independencia, que el vencedor la creyó completamente sojuzgada. En su virtud, Pompeyo y Metelo licenciaron sus tropas y regresaron á Roma, cuyo Senado concedió por segunda vez los honores del triunfo á Pompeyo, antes de que su edad le permitiese tomar asiento entre los padres conscriptos.

A la guerra sertoriana sucedieron algunos años de paz para la Península. Sin embargo, el Senado romano, que no apartaba los ojos de esta, la mas pingüe y á la par temible, de las provincias del imperio, acordó gobernarla, como en otro tiempo, por pretores revestidos de las potestades civil y militar.

El año 69 antes de J. C. pisó por primera vez el suelo español, en Andalucía, Cayo Julio César, en calidad de cuestor del pretor de la Ulterior, Antis-

tio Tuberon. España debia ser la cuna de la grandeza de César, y en ella habia de dar la primera prueba de su audáz ambicion. Cuenta Suetonio *(Vida de los doce Césares)* que recorriendo los pueblos de la Bética en ejercicio de su cargo, llegó á Cádiz, y en una visita que hizo al templo de Hércules lloró ante el busto de Alejandro el Grande, considerando que á la edad en que el hijo de Filipo habia conquistado un mundo, él no se habia dado todavía á conocer. Poco tiempo despues regresó á Italia, donde pasó por todos los grados de la magistratura, necesarios, segun la ley, para obtener el mando de un ejército.

Nombrado pretor, el año 60, de la Bética y la Lusitania, apenas se hizo cargo de su gobierno declaró con razon ó sin ella la guerra á los lusitanos; los venció y llevó sus armas victoriosas por las costas del Occéano, hasta el puerto de *Brigantino* (hoy la Coruña). No fué, ciertamente, el afan de gloria, ni la necesidad de afianzar su dominio el móvil que le impulsó á llevar á cabo tan arriesgada espedicion. César al salir de Roma para España, debia unos 1300 talentos (próximamente 27 millones de reales) que pagó religiosamente á su regreso. El Senado *castigó* este acto de vandalismo poniendo á César en el caso de optar entre los honores del triunfo y la dignidad consular. El descendiente de *Vénus* y de *Anco Marcio*, como él se titulaba, optó por la magistratura suprema, á fin de asociarse á Craso y Pompeyo, y formar con ellos el primer triunvirato que dirigió los negocios públicos durante aquella

época de turbulencia y desenfreno, que debia cambiar la faz del orbe Romano.

Rara coincidencia; aquellos tres hombres que con su talento y desmedida ambicion supieron esplotar en su particular beneficio, la anarquía á que los partidos habian conducido á Roma, y arrojar la República como un cadáver corrompido en la fosa de un cesarismo sin virtudes, sacaron de España vandálicamente el oro con que compraron al Senado y al pueblo romano. Craso, á la cabeza de una compañía de forajidos, á pretesto de restablecer la autoridad de Sila, saqueó á Málaga y otras muchas ciudades de la Bética; César, al frente de un cuerpo de ejército, salió á merodear en grande escala por los pueblos de Lusitania y de Galicia, para allegar los millones que le reclamaban sus acreedores, y comprar los votos que le habian de elevar á todos los cargos hasta la suprema magistratura, y si de Pompeyo no cuenta la historia iguales escandalosos abusos de fuerza y autoridad, tampoco niega que se enriqueciera, despues de vencida definitivamente la causa de Sertorio, como se enriquecieron todos los pretores y pro-cónsules en España. ¿Qué estraño es que Roma tuviese fija constantemente la vista en la Península, y que se impusiera todo género de sacrificios por conservar esta *inagotable mina* que proveia á todos los escesos de su refinada molicie, de su desenfrenada codicia y de su proverbial venalidad?

¡Ah! cuando algunos historiadores estrangeros, cegados por la pasion y sin verdadero conocimiento

de causa, amontonan tremendas acusaciones contra los capitanes españoles descubridores y conquistadores de las Américas, á quienes pintan no como desalmados foragidos, que á tanto no se atreven embargados por un resto de pudor, sino como despiadados aventureros, de cuyo pecho la codicia habia espulsado todo sentimiento de humanidad, sin duda echan un velo sobre los 200 años que duró la conquista de España por los romanos; que á no olvidarlos, disculparian hechos que son meras *faltas*, puestos en parangon con los grandes *crímenes* de aquella que llegó á dar leyes al orbe.

Corria el año 55, y España ajena á las luchas intestinas que precipitaban el término de la República romana, gozaba de una calma parecida á la que precede á los huracanes en la línea Equinoccial.

Trascurrido el año consular de César, los triunviros se repartieron las provincias mas pingües de la República. Cúpole á Craso la Siria y regiones circunvecinas; á César las Galias y la Germania, y á Pompeyo la España y el África romana. Con el oro robado á los españoles, *compraron* del Senado y pueblo de Roma, la ratificacion del tratado que celebraran secretamente entre ellos, merced al cual se hacian dueños de todo el imperio y daban el golpe mortal á la República.

Pompeyo envió á España en calidad de pro-pretores á Afranio, Petreyo y Varron. Encargóse el primero del gobierno de la Citerior, el segundo de la region llamada hoy Estremadura, y el tercero de la Bética, la Lusitania y el país de los Vetones.

Prolongóse todavía la paz en España, hasta que con la muerte de Craso (57), que pereció con todo su ejército en los arenales de la Mesopotamia, vencido por los Partos, se disolvió el triunvirato, quedando frente á frente César y Pompeyo; el primero *aspirando á crearse un trono, el segundo esperando á que se lo dieran.*

Muerto el único hombre que mantenia el equilibrio entre aquellos dos grandes ambiciosos, que aborreciéndose de corazon se respetaban, en la apariencia, por temor de que Craso inclinase la balanza en favor de uno de ellos, cesó todo miramiento, y estalló su rivalidad de un modo fatal para Roma y no menos fatal para España, que eligieron para teatro de su sangrienta y prolongada discordia.

Ocho años hacia que Pompeyo tenia el gobierno de España y África, que regia desde Roma por medio de sus lugar-tenientes, cuando César (50-48), sabedor de que su pretension al Consulado y la de la prolongacion de su gobierno en las Galias y en la Germania, habian sido desechadas por el Senado á influjo de Pompeyo y de sus parciales, pronunció aquellas célebres palabras, puesta la mano sobre la empuñadura de su espada: *Esta conseguirá lo que se me niega con tanta injusticia;* y, en efecto, poco tiempo despues pasó el Rubicon, esclamando: *¡La suerte está echada!*

En 70 dias conquistó la Italia y sojuzgó la Sicilia y la Cerdeña por medio de sus generales. Dirigióse luego sobre Roma, que Pompeyo abandonó precipitadamente, entró en la ciudad, y se apoderó

del tesoro público á pesar de las protestas del tribuno Metello. Retirado Pompeyo á su campamento de Dirrachio, César se hizo nombrar dictador.

Dueño de Roma, resolvió atacar á su rival en el centro de su poder, es decir, en España, dominada á la sazon por los tenientes de Pompeyo, que tenian bajo sus órdenes siete legiones de soldados veteranos: Afranio, con tres, ocupaba la *Citerior;* Petreyo con dos, la Lusitania, y Varron con las restantes, la Bética toda hasta el Estrecho de Gibraltar.

Con objeto de activar la guerra, César encargó del gobierno de Roma al pretor Lépido y del de Italia á Marco Antonio, y se dirigió á España por mar, en tanto que su teniente Fabio, con cinco legiones entraba por los Pirineos.

Noticiosos los pro-pretores Afranio y Petreyo del peligro que les amenazaba, reunieron sus legiones cerca de Ilerda (Lérida) á orillas del Sicoris, donde habian dado cita á Varron. Mas el pro-pretor de la Bética, no estimó conveniente á sus *particulares intereses,* abandonar el país cuya defensa le habia sido confiada. Esta fué la causa y principio de todos los descalabros que Pompeyo sufrió en la Península.

Fabio atravesó sin obstáculo los Pirineos y llegó á la confluencia del *Sicoris* (Segre) y del Cinca donde estableció sus reales. César desembarcó en Ampurias y se encaminó por el Ebro, para unirse con su lugar-teniente. En las inmediaciones de Ilerda se trabó una refriega en la que los soldados

de César tuvieron que ceder el campo á las tropas españolas, cuyo denuedo y briosa manera de combatir era desconocida á los veteranos del Dictador.

Aquel pasajero triunfo fué el primero y el único que obtuvieron las legiones de Pompeyo en toda aquella campaña, que ganó César con su génio militar y sus hábiles maniobras, sin derramar sangre. Tan sábiamente estuvo dirigida, que á pesar de poder ser comparada con una partida de ajedrez, por lo incruenta que fué, César obligó á los generales de Pompeyo á pedir una capitulacion que les fué otorgada bajo las mas honrosas condiciones, puesto que se redujeron á que Afranio y Petreyo saldrian inmediatamente de España, que no volverian á hacer armas contra él, y que licenciarian sus tropas españolas, que se restituyeron á sus hogares con los honores de la guerra.

Así terminó la primera campaña de César contra Pompeyo en la Península; campaña que granjeó al dictador de Roma la admiracion y el cariño de los españoles, poco acostumbrados á ser tratados con tanto desinterés y magnanimidad por los romanos.

Con la capitulacion de los generales pompeyanos, César quedó dueño de toda la España á escepcion de la Ulterior, donde se encontraba Varron con dos legiones, resuelto á conservar aquellas provincias á Pompeyo. Al efecto puso en armas las ciudades y plazas fuertes de la Bética, mandó construir una armada de galeras en los *astilleros de Cádiz y Sevilla*, é impuso al pais una contribucion es-

traordinaria para atender á los gastos de la guerra que veia inevitable.

Noticioso César de los grandes aprestos que hacia Varron para contrarestarle, envió á Q. Casio Longino con dos legiones á la Bética, recomendándole que atrajese con medidas conciliadoras las poblaciones á su partido, y que las invitase á concurrir por medio de diputados á Córdoba, donde habrian de recibirle el dia que señaló para verificar su entrada en la ciudad *solar de los patricios*. Sus órdenes fueron cumplidas fielmente. César entró en Córdoba con un grandioso aparato militar y con demostraciones de júbilo por parte de sus habitantes.

Ni la significacion del recibimiento que la ciudad patricia hizo al dictador de Roma, ni el prestigio guerrero inseparable de aquel gran capitan, intimidaron el ánimo de Varron, quien leal á la causa de Pompeyo, reunió el mayor número posible de tropas, y marchó diligente sobre Córdoba, dispuesto á apoderarse de la ciudad y del ilustre huésped que se abrigaba dentro de sus muros.

Sin la nobleza de los moradores de Córdoba, que se prepararon para hacer una desesperada resistencia, la estrella de César se hubiera eclipsado mucho antes de que el puñal de Bruto la hubiese apagado para siempre.

Frustrado su primer intento, Varron retrocedió hácia Carmona, plaza reputada á la sazon como la mas fuerte de la Bética, con ánimo de establecer en ella la base de sus operaciones futuras. En el camino recibió la inesperada nueva de haberse su-

blevado el vecindario de la plaza, y espulsado de ella la guarnicion compuesta de soldados pompeyanos. Este segundo descalabro que lo colocaba en una situacion por demás comprometida, le hizo pensar en retirarse hácia los pueblos de la costa, donde creia contar con poderosos elementos, si nó de ataque, al menos de resistencia. Emprendió, pues, la retirada hácia Cádiz, donde se proponia hacerse fuerte; mas vióse de nuevo atajado en su propósito con la noticia que recibió de haber los gaditanos lanzado la guarnicion, y estar dispuestos á entregarse á César si intentaba sitiar la plaza.

Detúvose Varron en el punto donde se encontraba, esto es, en las inmediaciones de Sevilla, y plantó su campo para darse lugar á discurrir sobre los medios mas convenientes de salvar lo difícil de su situacion. Sacóle de tan penosa incertidumbre la desercion de una corta legion de españoles, llamada la *Vernácula*, que plegó su bandera y se retiró á Sevilla, cuyos moradores recibieron entre vítores y aplausos á los desertores.

Varron levantó el campo apresuradamente, y se dirigió sobre Itálica, que tambien se negó á recibirle dentro de sus muros. Este último golpe le hizo comprender que la causa que defendía estaba completamente perdida en la Bética. En tal virtud, viéndose en la imposibilidad de permanecer en el pais y aun de retirarse á Itália, resolvió someterse con su ejército á César.

Algun historiador ha atribuido á venalidad la última resolucion del general Pompeyano. Noso-

tros creemos que la codicia terminó la obra que las exacciones y la rapiña habian comenzado en la Bética.

César admitió lo que el pro-pretor le ofrecia, á condicion de que diera estrecha cuenta del tiempo de su gobierno. Varron se conformó, haciendo de la necesidad virtud. Aquel acto sin ejemplo hasta entonces en España, se verificó en presencia de los diputados de las ciudades convocados en Córdoba poco tiempo antes, con motivo de la entrada de Julio César.

Dos dias despues el dictador de Roma se puso en camino para Cádiz. A su llegada mandó devolver al templo de Hércules los tesoros que Varron le habia arrebatado; hizo publicar muchos edictos de utilidad pública, y concedió á todos sus habitantes el derecho de ciudadanos romanos. Hecho lo cual, se embarcó en la misma armada que Varron mandara equipar contra él, y dió la vela para Itália.

Andalucía, pues, como el resto de la Península, quedó sometida á César en una breve campaña, en la que el desinterés y la justicia ocuparon el lugar de las armas: campaña pacífica, puesto que el vencedor derramó beneficios que no costaron una sola gota de sangre, y que hubiera sido duradera como todo lo que se cimenta en los eternos principios de la moral y del bien público, si desgraciadamente, César, no hubiera nombrado pro-pretor de la Bética á Quinto Casio Longino, hombre en cuyas venas estaba inoculado el virus de la codicia que

corrompia la sangre de los romanos de aquella época. Así que no bien se vió al frente del gobierno investido de un poder ilimitado y casi irresponsable, comenzó á cometer tantos y tan repetidos actos de repugnante avaricia, lo mismo sobre los romanos que sobre los españoles, que se unieron todos para concluir con la insoportable tiranía dando muerte á quien tan sin pudor saqueaba el país. Formaron esta conjuracion varios hombres principales naturales de Córdoba é Itálica y algunos patricios romanos, que en un dia señalado sorprendieron al pretor en una calle de Córdoba, donde le acometieron y derribaron en tierra herido de muchas puñaladas. Acudió su guardia, que logró á duras penas sacarle vivo todavía de manos de los conjurados, y conducirle á su palacio, desde donde dictó, no bien hubo desaparecido la gravedad de su situacion, los mas sanguinarios decretos para vengarse de sus enemigos. Aquella tremenda manifestacion del descontento público, en lugar de inducirle á cambiar de sistema, parece que solo sirvió para avivar su insaciable sed de oro; á tal punto, que á partir de aquel dia su rapacidad no tuvo límites, ni se contuvo ante ninguna consideracion.

Tan desapoderada conducta acabó por producir una sublevacion general en el país, que á una voz y como un solo hombre se alzó contra Casio Longino á quien abandonaron en tan apurado trance hasta sus mismas tropas, que unidas al pueblo de Córdoba declararon depuesto al pretor. Este que se en-

contraba á la sazon en Sevilla organizando, por mandado de César, un ejército que debia embarcarse para Africa, dió órden de dirigirle contra la ciudad sublevada para castigar á los rebeldes; pero con gran sorpresa suya no solo fué desobedecida, sino que las tropas que debian embarcarse eligieron nuevo caudillo, quien las encaminó á marchas forzadas hacia Córdoba dispuesto á hacer causa comun con los sublevados.

Longino pidió socorro á Lépido, pretor de la España Citerior, quien se negó á facilitárselo reconociendo la justicia de una sublevacion provocada por los mas irritantes abusos de fuerza y de poder, y legitimada por el derecho que asiste á todo hombre para defender su familia y propiedad contra quien quiera que intente despojarle de ambas cosas.

Casio abandonado de todo el mundo, y cuidadoso ya solo de conservar las inmensas riquezas que habia atesorado por los mas reprobados medios, aprovechó la ocasion de haber espirado el tiempo de su pretura para regresar á Italia á gozar del fruto de sus rapiñas. Entregó el mando á Marcelo, pretor elegido por el ejército sublevado, y se dirigió á Málaga donde se embarcó. Sorprendido por una deshecha borrasca, cerca de los Alfaques, el buque que *conducia á Casio y su fortuna* naufragó sobre la costa, desapareciendo así sepultado entre las olas el pretor con sus riquezas.

El desastroso fin de aquel avaro sin pudor, no dejó desagraviados ni satisfechos á los habitantes de la Bética, no acostumbrados, como las otras provin-

cias de España, á ser tratados por los romanos como país conquistado, privados del derecho de gentes y entregados sin recurso á la rapacidad del conquistador. Así que muy luego quedó olvidada la equitativa y generosa conducta que observó César en Córdoba cuando el proceso de Varron, y el país le hizo responsable de las demasías de su lugar-teniente.

Pronto veremos cuán funestos resultados tuvieron para Andalucía los sucesos que quedan rápidamente bosquejados, y cuánta sangre española y romana costó la animosidad que provocaron los robos y exacciones del pretor Longino.

Mientras *Andalucía* se ajitaba para sacudir la lepra de la codicia romana, la rivalidad entre César y Pompeyo se acercaba á pasos agigantados al término de su *primer desenlace:* y decimos *primero*, porque, en realidad, el definitivo debia tener lugar en la Bética, de una manera infinitamente mas trájica que aquella que el destino le dió en los campos de la Tesália.

Despues del paso del *Rubicon*, y de la toma de *Rimini* por César, Pompeyo y el Senado se retiraron á Grécia, acompañados de la flor de la nobleza romana, y de un ejército y escuadra formidables. Separados con esto los obstáculos que se oponian á la ambicion de César, hízose nombrar sin dificultad dictador y cónsul para el año siguiente. Doce dias despues renunció al poder supremo, y se puso en marcha para hacer la guerra á Pompeyo en Grécia. Llegado que fué, ofreció la paz á su rival, que le

contestó con la guerra, obligándole á levantar el sitio de Durazzo. César se retiró á la Tesalia, donde se atrincheró en las orillas del Enipo, entre *Farsalia* y Tebas. Siguióle de cerca Pompeyo, y muy luego se empeñó (20 de Junio 48) aquella célebre batalla que lleva en la historia el nombre de Farsalia, en la que el gran Pompeyo quedó completamente derrotado, perdiendo 15,000 hombres en tanto que su afortunado rival solo perdió *doscientos*.

Napoleon I esplica esta enorme é increible diferencia, diciendo que los soldados de César estaban ejercitados en las guerras del Norte, y los de su enemigo en las del Ásia.

Vencido Pompeyo, atravesó fugitivo la Tesalia, y se embarcó para Lesbos donde se le unieron su esposa Cornelia y su hijo mayor Sesto. De Lesbos se dirigió á Egipto en busca de un refugio, y encontró la muerte, decretada ó consentida por Tolomeo XII, deseoso de congraciarse con el vencedor, y ejecutada por Aquilas, general egipcio, y Sempronio, antiguo centurion romano.

De regreso en Roma despues de su espléndido triunfo sobre Pompeyo, y de sus fáciles victorias sobre Farnacio, rey del Bósforo Cimerio, y sobre Deyotaro, rey de los Galatas y partidario de Pompeyo, César recibió los mas señalados honores, se le nombró dictador por diez años, y se declaró sagrada su persona.

Parecia llegada la hora de reposo para el imperio romano, y, sobre todo, para la *ciudad* y para España, desgarradas ambas, mas que otro punto al-

guno de la tierra, por las ambiciones de los grandes, por las discordias intestinas, por la anarquía, las facciones y la guerra civil. Sin embargo, no fué así para Andalucía que vió amanecer, cuando menos lo esperaba, el dia de la espiacion de una falta que *no cometió*, y la hora del castigo de un crimen del cual nos es forzoso absolverla, toda vez que no le cabe ninguna responsabilidad en él. Verdad es, que en dos ocasiones tuvo en sus manos la suerte de Roma, y que si en cualquiera de ellas hubiese echado su espada en la balanza, la que en tiempo de Augusto se envaneció con el título de *Señora del mundo*, en los de Viriato ó de Sertorio, hubiera vuelto á los de Rómulo. En efecto, suponed á la Bética aliada de la Celtiberia y de la Lusitania en la *guerra de los Saltcadores*, y el *primer terror de Roma* no hubiese dado lugar al segundo; de la misma manera, suponedla unida á la causa de la independencia española representada por Sertorio, y Roma habria sido trasladada á Évora, Huesca, Córdoba ó Sevilla.

Pero no es dado al hombre anticipar las edades, ni á las sociedades resolver los problemas cuya solucion se ha reservado el tiempo. La humanidad no avanza á saltos desordenados; se adelanta pausada y sistemáticamente, obedeciendo á la ley santa del progreso, á través de los siglos cada uno de los cuales es una jornada de etapa que tiene que recorrer fatalmente para llegar al punto de su destino.

Lo hemos dicho anteriormente y lo repetimos, no para que sirva de disculpa á la actitud en que

se mantuvo la Bética, durante aquellas dos memorables guerras que tuvieron todo el carácter de independencia nacional, sino por que es un hecho perfectamente histórico, y que no debe perderse ni un momento de vista al estudiar los sucesos de aquella dilatada época. Lo hemos dicho é insistimos en ello, la idea de unidad nacional, la de intereses generales, la de provincias unidas políticamente, y, en suma, la de fusion de razas eran completamente desconocidas de los hombres de aquellos primeros tiempos históricos, para quienes no existia otro mundo mas allá de los límites de su localidad, ni otro interés sagrado en materia de defensa nacional, que el de proteger sus hogares y el pedazo de tierra con que alimentaban á su familia. Entonces no habia España propiamente dicha, ni asomos de gobierno central, ni de confederacion de Estados, ni de federalismo, ni, en fin, lazo alguno que uniera los intereses, no precisamente encontrados y antagonistas, sino desligados los unos de los otros, de los varios pueblos de distinto orígen que vivian en las diferentes regiones de la península Ibérica.

No fuera justo, pues, exigir de los hijos de Andalucía lo que no se podria pedir á ningun otro pueblo de la tierra; y por lo tanto, seria una irritante injusticia fallar en esta causa: que la guerra civil que estalló en la Bética, en los tiempos que venimos historiando, fué un merecido castigo, una espiacion inevitable de la falta que cometiera permaneciendo neutral entre los españoles y los romanos, durante las dos guerras de la independencia

de España. Además, que si pecado fué en los andaluces, en él incurrieron los cántabros y los astures, que solo se levantaron en armas para la defensa de la libertad comun, cuando vieron penetrar en sus montañas las águilas romanas guiadas al combate por Augusto en persona.

Bosquejemos brevemente, tales como nos lo permiten los límites que nos hemos trazado en esta reseña general, los sucesos de la primera

Guerra civil en Andalucía.

Vencido el ejército de Pompeyo en los campos de la Tesalia, Caton de *Utica*, que habia abrazado su causa, reunió en *Corcira* (hoy Corfú) algunas cohortes fugitivas de la derrota de Farsalia. Uniéronsele muy luego los hijos del finado rival de César, y muchos hombres ilustres que no desesperaban todavía del triunfo de su causa. Con ellos formó un respetable cuerpo de ejército, pasó al África y se apoderó de *Cirene*, ciudad importante de la Cirenáica, region al O. de la Libia esterior. Dueño del pais, atrajo á su causa á *Juba*, rey de la Mauritania, y tomó á su sueldo y servicio la temible caballería númida. A tener mas union y disciplina los partidarios de Pompeyo, es posible que el vencedor de Farsalia hubiera acabado por ser el vencido de África ó de España.

El génio y la poderosa actividad de César cayeron como un rayo sobre aquellos mal subordinados proscriptos, que quedaron vencidos en la batalla de *Tapso*, en la que perdieron 15,000 hombres.

Neyo y Sexto Pompeyo reunieron las reliquias de su ejército; y en tanto que el vencedor volvia á Roma, despues de dejar asegurada el África romana y sojuzgadas la Numidia y la Mauritania, ellos combinaban el plan para buscar en España un desquite de las derrotas de *Farsalia* y *Tapso*.

Neyo, pues, ardiendo en sed de venganza, hizo un llamamiento á todos los amigos y parciales de su padre, que dispersos por Europa, Asia y África, y soñando con planes de restauracion pompeyana, solo esperaban ser llamados á un punto para reunirse en él. Acudieron á la voz del jóven caudillo, y formaron un numeroso ejército pronto para entrar en campaña.

Terminados los preparativos, embarcáronse en una escuadra que los condujo á las islas Baleares, donde cayó enfermo Neyo, contrariando asi la impaciencia de sus amigos.

Con la ocupacion de las Baleares coincidió un levantamiento general en *Andalucía*, trabajada desde algun tiempo por los parciales de Pompeyo en favor de la causa que tan rudos golpes habia recibido en la Tesalia y en la Cirenáica. Fué tan súbito, tan vigoroso y tan unánime aquel alzamiento, que á los pocos dias de su esplosion, el pretor Cayo Trebonio, que mantenia en la Bética la autoridad de César, perdió todas las ciudades y plazas fuer-

tes á escepcion de *Ulia*, pueblo importante junto á Córdoba.

Muy luego llegaron Sexto con una escuadra procedente de Africa, y Neyo al frente de un ejército, que unido al que el pais habia levantado, constituyó una fuerza militar imponente capaz de sostener la campaña con probabilidades de éxito, contra César. Neyo fué aclamado jefe de los ejércitos aliados, é investido de facultades estraordinarias para la defensa del pais.

Llegó á Roma la noticia abultada del ya formidable alzamiento de la provincia mas importante de España por sus poblaciones, riqueza é inmensos recursos; y con ella la de la completa derrota de las legiones mandadas por el pretor Trebonio. La nueva sorprendió á César, y llenó su ánimo de inquietud, tanto por lo inesperado del suceso, cuanto porque presentaba un aspecto verdaderamente amenazador para el poder, que á fuerza de génio, audacia y fortuna se habia creado el dictador de Roma. En efecto, una sublevacion general de la Bética, que ya se habia estendido por la mayor parte de la Citerior y Ulterior, es decir, que se habia generalizado en un pais que en las guerras anteriores se midiera de poder á poder con la república que daba leyes al mundo, poniéndola en todas ellas al borde del precipicio; una sublevacion que recordaba á Viriato, Sertorio y Numancia, cuya sangre caliente todavia clamaba al cielo pidiendo venganza; una sublevacion, en fin, en un país que no le cedia á Roma en recursos de todo géne-

ro para combatir, y que la superaba en el número y valor de sus soldados, no era una de aquellas rebeliones tan frecuentes como fácilmente reprimidas en la vasta estension de los dominios del imperio, sino una guerra preñada de siniestros presagios, que anunciaban el *tercer terror de Roma*; de Roma, que á la sazon no se encontraba en condiciones de vencer como venció, trabajosamente, en las que le precedieron.

Además, concurria en ella una circunstancia que la hacia verdaderamente terrible para el dictador: esta circunstancia fué, que á diferencia de las anteriores, en las cuales España, puede decirse, luchó con sus solas fuerzas y recursos contra Roma unida, en esta lucha contaba con el auxilio de la parcialidad mas poderosa é influyente, enemiga de César. Mas claro, Viriato, Numancia y Sertorio combatieron solo por la independencia de España contra el poder de la República unida y compacta para defender la integridad de sus dominios; mas en esta ocasion, España tenia por aliados á Sexto y Neyo, representantes de los intereses, de las aspiraciones y de los rencores del partido aristocrático que tuvo por jefes á Sila y á Pompeyo, para disputar á César, continuador de la política de Mario, el derecho de gobernar el mundo.

Estas graves consideraciones debieron mover al dictador á no fiar el éxito de la empresa, es decir, su propia *fortuna* á otro génio político-militar que no fuera el suyo. Asi que vino por cuarta vez á España (año 47 antes de J. C.) con una diligencia

tal, que se revela en ella la inmensa importancia que para su gloria é intereses concedia á esta guerra; la primera, nótese bien, que en el trascurso de los siglos estallaba en Andalucía, region que pocos años antes se habia mostrado muy adicta á César contra los intereses de Pompeyo, cuya defensa tomaba entusiasmada en esta ocasion. Luego veremos por qué causa.

El dictador, pues, salió apresuradamente de Roma, desembarcó en Sagunto, y haciendo prodigios de celeridad, llegó en 27 dias á *Obulco*, (Porcuna) ciudad antigua de la Bética, fundada por los Fenicios. En su rápida marcha, antes de penetrar en *Andalucía*, atrajo á su partido todas las plazas de la España citerior, en las costas del Mediterráneo, que habian secundado el alzamiento de Andalucía en favor de la causa de los hijos de Pompeyo; y esto sin derramar sangre. César pudo repetir, antes de romper las hostilidades en la Bética, aquella célebre y lacónica frase con que poco tiempo antes describiera su rápida y victoriosa campaña contra Farnaces rey del Bósforo Cimerio: *vine, vi, vencí*.

Desgraciadamente para los partidarios de Pompeyo, y para el pais, César no pudo repetir estas palabras en la Bética. Decimos desgraciadamente, porque al fin tuvieron que sucumbir despues de dos años de una guerra acaso la mas cruel y sanguinaria de todas cuantas sostuvieron los romanos en España, en la que comprometidos los hijos de *Andalucía* sufrieron todos los horrores y pasaron

por todas las implacables venganzas que son el fatal acompañamiento de las guerras civiles.

Desde el comienzo de la campaña pudo conocer el dictador de Roma que la fortuna no le habia abandonado todavía, puesto que se encontraba en una situacion ventajosísima para proseguirla con la misma celeridad con que la habia empezado, y para estrechar á su enemigo en términos de que le fuera imposible hacer una larga resistencia.

En efecto, con la adhesion á su causa de toda la España Citerior y con la neutralidad en que perpermanecía una gran parte de la Ulterior, la guerra quedaba encerrada en los límites de Andalucía. Además, habiendo sido vencida junto á Carteya, en el Estrecho, la armada de los hijos de Pompeyo por la de César mandada por Accio Varo, quedaba dueño del mar como ya lo estaba de todos los puertos de la costa, cortando así toda comunicacion á los sublevados con sus amigos de fuera de España; y por último, encontrábase en una posicion estratéjica ventajosísima en el centro mismo de la insurreccion, entre Córdoba donde tenía muchos parciales, y *Ulia* (hoy Montemayor) plaza fuerte donde permanecian defendiéndose los restos del ejército del pretor Trebonio, derrotado en los primeros dias de la sublevacion.

Así que, no bien hubo César sentado sus reales en *Obulco*, recibió mensajeros que le enviaban sus parciales de Córdoba y sus soldados de *Ulia*, pidiéndole que acudiese diligente en auxilio de ambas plazas. Así lo hizo y con esa maravillosa celeridad

que distinguia todas sus operaciones militares, y esa viva perspicacia que le caracterizaba, dividió su ejército, y cayó casi simultáneamente sobre las dos ciudades que le pidieron socorro. Introdujo en *Ulia*, sitiada por Neyo Pompeyo, un cuerpo de tropas, que logró su intento favorecido por el desorden de una noche tempestuosa, y él, con la porcion mas considerable, cuyo mando personal se habia reservado, se puso sobre Córdoba cuyo sitio formalizó ejecutivamente.

Reforzada la guarnicion de Ulia, y alentada con la proximidad de César, hizo una vigorosa salida que obligó á Neyo á levantar el cerco y refugiarse en la capital.

Siendo verdad que las mismas causas producen los mismos efectos, el suceso de Ulia debia tener eco en Córdoba. Y así fué; reforzado Sexto con el ejército de Neyo puso la ciudad en tal estado de defensa, que preveyendo el dictador lo prolongado que habia de ser el sitio, y vista la necesidad en que se encontraba de obtener triunfos rápidos y brillantes para atajar la guerra civil que ya devoraba los recursos de esta su provincia predilecta, levantó el sitio y se trasladó sobre *Ategua* (hoy ruinas de Teba la vieja) fortaleza la mas importante de aquella comarca, donde los hermanos Pompeyo tenian sus almacenes de armas y repuestos de provisiones de boca. Asentó su campo y lo atrincheró fuertemente á la vista de la plaza, en los campos de *Postuncio*, posicion ventajosa, y formalizó el cerco de manera á hacer difícil una larga resistencia por parte de los sitiados.

Entre tanto no se descuidaba Neyo cuya prevision en aquel trance de la guerra no le iba en zaga á la de César. En su consecuencia, dejó encomendada á su hermano la defensa de Córdoba, y juntando un ejército de 60,000 hombres compuesto de soldados romanos, africanos y en su mayor parte de españoles, llegó en horas sobre el campamento del dictador, que atacó denodadamente favorecido por la oscuridad de una noche tempestuosa, y lo puso en el mayor apuro destrozando ejecutivamente sus grandes guardias avanzadas. En la noche siguiente renovó el ataque con no menos fortuna, puesto que logró introducir un considerable resfuerzo en la plaza sitiada.

Conceptuando suficientemente abastecida la fortaleza, y en estado de resistir durante mucho tiempo al enemigo, retrocedió con propósito de asentar su campo allende el *Salsa* (Guadajoz) en la falda de un cerro situado entre *Ategua*, y *Ucubi* (hoy Espejo) desde donde podria tener sitiado el campo de los sitiadores. Una vez fortificado el suyo para asegurarse la retirada, atacó los reales de César, con mala fortuna, puesto que fué rechazado con pérdida considerable. En su vista levantó el campo y fuese á situarlo próximo al del enemigo en una posicion ventajosa, desde donde daba frecuentes rebatos sobre el de César que continuaba estrechando mas y mas la fortaleza de *Ategua*.

Prolongábase el asedio mas de lo que habia previsto el Dictador, y de lo que convenia á sus intereses, puesto que en tanto que se veia obligado á

encerrar sus operaciones militares en los estrechos límites de la jurisdiccion de *Ategua*, el resto de Andalucía continuaba adicto á la causa de Pompeyo, y le facilitaba todos los recursos necesarios para sostener una guerra que amenazaba ser tanto ó mas funesta para la Roma imperial que proyectaba fundar César, como lo fueron las de Viriato y Sertorio para Roma republicana.

Esta consideracion y la inminencia del peligro movieron el ánimo del Dictador á recurrir á un medio que le facilitase la terminacion del conflicto. Como tuviera en la plaza amigos y parciales de su causa, púsose en inteligencia con ellos y derramó el oro á manos llenas para penetrar en la ciudad por la puerta de la traicion. Súpolo á tiempo el general que mandaba en nombre de Pompeyo, y apoderándose de todos los conjurados en número crecido, mandó degollar á los unos, despeñar á los otros y alancear á los mas. Los estremos de crueldad á que se entregaron los parciales de Pompeyo fueron tan inhumanos é impolíticos, que produjeron entre los bandos una lucha sin cuartel que se renovaba todos los dia inundando en sangre las calles de la ciudad. El resultado fué, que quebrantado el teson de todos y acobardados los ánimos, resolvieron entregarse á César, de cuyas manos no era posible recibieran un castigo mas cruel que el que sufrian de la feroz anarquía que los devoraba.

Rendida la plaza bajo honrosas condiciones, César la dejó bien guarnecida, y marchó sobre *Ucubi* (hoy villa de Espejo) plaza fuerte situada á

dos leguas de Ategua, en la que contaba con numerosos partidarios. Mas habíale precedido Neyo, quien los hizo prender antes de la llegada del Dictador, y les mandó dar muerte á todos; estremando su coraje como lo habia hecho su lugar-teniente en Ategua. Tal esceso de ferocidad y tan bárbaras venganzas fueron funestas á la causa de Pompeyo. Cundió la indignacion y comenzaron á desertar de sus banderas los parientes, los deudos y los amigos de las víctimas, recelosos de ser sacrificados uno despues de otro á cada nueva victoria de César.

Para atajar la desmoralizacion que se iba introduciendo en sus filas, á resultas de la política sanguinaria que se habia propuesto para mantener la disciplina entre sus parciales, Neyo puso en movimiento su ejército, marchando y contra marchando en diferentes direcciones á fin de tener entretenidos á sus soldados con operaciones estratégicas que no les dejaran lugar á pensar en otra cosa que no fuera lo concerniente al egercicio de las armas. De *Ucubi*, pasó á *Aspavia*, fortaleza situada á unas dos leguas de la plaza anterior, de donde se alejó despues de un ligero combate empeñado con la vanguardia del ejército de César, que le seguia de cerca, picándole incesantemente la retaguardia y no dejándole un momento de reposo; hasta que pasados algunos dias empleados en marchas y contra marchas estratégicas, ambos ejércitos se encontraron en una llanura que se estendia á los alrededores de Munda, y en situacion que les era ya humanamen-

te imposible evitar la accion, que Pompeyo habia eludido hábilmente hasta entonces y que César deseaba con febril ardor.

Reservándonos para otro lugar mas oportuno dar amplísimos detalles de aquella batalla, una de las mas memorables, si no fué la mas señalada de cuantas registran los anales del mundo, habremos de limitarnos por el momento á condensar sus accidentes para presentar á nuestros lectores sus resultados en general.

Ambos ejércitos pusieron en línea un conjunto de 120,000 hombres, contando cada uno, próximamente, la mitad de aquella cifra. Componíanse de españoles, romanos y africanos; de suerte que si alguna guerra mereció, sin disputa, el nombre de civil, fué la que sostuvieron en España César y Pompeyo, en los años 47 y 45 antes de J. C., puesto que en ella pelearon españoles contra españoles, romanos contra romanos y africanos contra africanos.

¿Qué secreta atraccion, qué fuerza irresistible, qué arcano de la providencia puso en contacto, desde las mas remotas edades históricas, estos tres pueblos que llenaron el mundo con la fama de su nombre, uno durante 12 siglos, otro mezclado con el árabe, durante 8, y el tercero durante 18?

Volvamos á *Munda*.

Llegado el momento supremo de empeñar la batalla que habia de decidir quién entre César y Pompeyo quedaria dueño de Roma, es decir, del mundo todo conocido á la sazon, manifestóse una

ansiedad y congoja inesplicable entre los que se aprestaban al combate. Conocian que iban á fiar á la vuelta de un dado toda su fortuna: los españoles su libertad; los romanos su obra de setecientos años; César el imperio del mundo que creia tener y Neyo Pompeyo la herencia que le dejó su padre.

Mas ya no era posible retroceder; habia llegado el instante fatal, y el decreto de la Providencia tenia que cumplirse. Pompeyo formó su línea de batalla, y César dió la señal de ataque.

Tras un pavoroso alarido lanzado á una voz por ciento veinte mil hombres que iban á morir ó matar á su enemigo en una misma hora, oscurecióse con una nube de armas arrojadizas el sol de aquel dia, que, segun el hiperbólico dicho de Hircio—historiador de esta guerra—*parecia hecho espresamente por los dioses inmortales para alumbrar esta batalla.* Muy luego el crujir de las armas, el golpear de los escudos y el redoblado galope de los caballos, cubrió con su marcial estruendo la voz de los ejércitos y la sangre comenzó á correr á raudales y los cadáveres á amontonarse bajo los piés de los combatientes. Mantúvose indecisa la victoria durante largas horas de mortal angustia para aquellos soldados, ninguno de los cuales queria dar un paso atrás, en tanto que todos querian andar muchas leguas hácia adelante. Parecia que todos iban á morir en su puesto, cuando de improviso, Bogud, caudillo de los africanos á sueldo de César, creyendo que el campamento de Pompeyo estaba mal guardado, arrojóse con sus bárbaros hácia el, lle-

vado en alas de su codicia de la presa. Labieno, uno de los generales de Pompeyo, conociendo el intento de los salvajes mercenarios, acudió presuroso con el cuerpo de ejército que mandaba en defensa de los reales. Esta inesperada evolucion, cuyo móvil era un secreto para todos menos para quien la estaba practicando, produjo general sorpresa que muy luego degeneró en terror. Creyendo que Labieno huia, corrió cual chispa eléctrica por las filas del ejército de Pompeyo la palabra *traicion*. Entró el pánico, desordenáronse las haces, y los soldados, que pocos momentos antes se manifestaban resueltos á morir primero que retroceder un paso, solo pensaron ya en salvar su vida huyendo despavoridos y á la desbandada, perseguidos sin descanso por los de César, que á los gritos de victoria hicieron una espantosa carnicería en los fugitivos.

El suceso que precipitó el desenlace de la batalla de Munda, prueba una vez mas cuán frágil es el edificio de la prevision humana, y como los planes mas vastos y mas hábilmente combinados pueden estrellarse contra lo imprevisto de un accidente de poquísima importancia. ¡Quién habia de decir á los que jugaban su vida por ganar el imperio del mundo, que perderian una y otro por salvar el mísero equipaje de un soldado en campaña! Y, sin embargo, el suceso no era nuevo, y debia repetirse algunos siglos despues, en circunstancias análogas á las que concurrieron en la batalla de Munda. Nos referimos á las de *Arbela* y de *Poitiers*.

En la primera, (dice Quinto Curcio) viendo Parmenion que capitaneaba el ala izquierda del ejército macedonio, que un cuerpo de caballería del de Dario saqueaba el campamento, mandó pedir instrucciones á Alejandro acerca de lo que convenía hacer. El hijo de Filipo le contestó: *Decidle que si ganamos la victoria, no solo recuperaremos lo que es nuestro, sino que nos apoderaremos de cuanto posee el enemigo; que no debilite el cuerpo de batalla, ni se cuide del bagaje, sino de pelear por la gloria de Alejandro y de Filipo.*

Entre Parmenion y Labieno, está el oro de España de por medio.

Muchos siglos despues, (732 de J. C.) encontráronse frente á frente en los campos de *Poitiers* el Evanjelio y el Coran, y las nacientes civilizaciones de Europa y del Ásia. Arrebatados en alas de su entusiasmo religioso, los guerreros de la cruz y los de la media luna se acometen con el mismo brio y con la misma esperanza de recibir la palma del martirio. Siete dias duró la sangrienta contienda. A las cuatro de la tarde del último, el torrente de la caballería Árabe rompe al fin el dique que le oponian las profundas masas de infantería franca. El imperio de Occidente vacila; una densa y siniestra nube envuelve la cúpula de Santa Sofía y la cruz del Vaticano. ¡Ay de la cristiandad.....! Óyese de improviso un espantoso alharido á retaguardia de las filas musulmanas; los *creyentes* vuelven despavoridos los ojos. Es Eudo, duque de Aquitania, que ha entrado furiosamente á saco las tiendas

del innumerable ejército de Abd-el-Rahman. Los árabes se desordenan, acuden atropelladamente á salvar sus riquezas, y mueren alanzeados y heridos á golpe de maza en la espalda por los récios hombres de armas de Cárlos Martel.

Los que siguiendo la senda que les trazára el *Profeta*, marchaban llenos de fé á la conquista del Orbe, perdieron sus esperanzas y la vida con ellas, por la codicia de salvar el oro, las esmeraldas, los jacintos y topacios que habian amontonado en su victoriosa correría por la Aquitania.

Volvamos á las llanuras de Munda.

Fué tal el terror que se apoderó de los soldados pompeyanos, tanto el desórden y tanta la confusion de la derrota, que los restos de aquel poderoso ejército que momentos ántes se creyera ya á las puertas de Roma, se fraccionaron en pequeños grupos, que huyendo á la desbandada se ampararon en Munda y Córdoba, otros en su campamento donde muy luego fueron atacados y pasados al filo de la espada, y los mas se desparramaron por la tierra corriendo sin rumbo fijo y sin voluntad de rehacerse. Neyo se salvó milagrosamente de caer en manos de su rival, y huyó seguido de ciento cincuenta caballos hacia Carteya, ciudad que le era adicta como la mayor parte de las de Andalucía.

El Dictador mandó cesar la persecucion de los fugitivos, y revolvió con su ejército victorioso sobre Munda, tras de cuyos fuertes muros habíanse amparado algunos miles de soldados pompeyanos. Batida en brecha con los arietes y tomada por asal-

to aquella desgraciada ciudad, quedó convertida en un monton de escombros y despoblada por la espada del vencedor. Parecida suerte cupo á Córdoba, donde se habia refugiado con algunas mermadísimas cohortes Sexto el hermano de Neyo. Sitióla ejecutivamente César, y la entró sin combate, favorecido por el desórden que dentro de sus muros produjeron los parciales de los dos bandos en que estaba dividido el vecindario de la ciudad. Córdoba sufrió la dura ley de la guerra. Fué entregada al saqueo, y perdió veintidos mil ciudadanos (segun afirma Hircio) degollados por una soldadesca sedienta de sangre y de rapiña.

Dueño de Córdoba el vencedor dirigió su ejército sobre Sevilla, entregada á la sazon á todos los horrores de la guerra civil, que sostenian los partidarios del dictador y de Pompeyo dentro del recinto de sus murallas. A favor de una hábil estratagema, César logró sorprender á sus contrarios y esterminarlos á todos sin que lograse salvarse ninguno. La ciudad se entregó por falta de defensores, y César pudo dar por terminada la guerra con esta conquista. Así debió creerlo tambien el Senado de Roma, puesto que mandó celebrar el suceso con fiestas públicas y que se consignara en el Calendario romano la toma de Hispalis.

Cúpole á *Osuna* la gloria de ser la última ciudad de Andalucía que resistió al ilustre conquistador de las Gálias, del Egipto, del África y de España, y la de sucumbir heróicamente vencida por César.

Neyo Pompeyo tuvo el mísero fin de su padre;

murió asesinado por un soldado, y su cabeza fué presentada á César que no permitió se espusiera al público. Sexto, despues de la rendicion de Córdoba, se retiró al centro de la Celtiberia, ardiendo en deseos de encontrar una ocasion propicia para vengarse del enemigo de su familia.

Desde Sevilla, César pasó á Cartagena, donde recibió numerosos diputados de todas las ciudades principales de España, que fueron á felicitarle por sus brillantes victorias. Allí dictó algunas importantes disposiciones relativas al gobierno político y civil de la Península, y despues de nombrar á Lépido para la pretoría de la España citerior, y á Asinio Polion para la de la ulterior, regresó á Roma donde le esperaba el quinto triunfo, la dictadura perpétua, el nombre de *Imperator*, el título de *Padre de la pátria* y el *Apoteosis*. Llamáronle *César semi-Dios*, y colocaron en el Capitolio la estátua de *Júpiter Julio* frente á la de *Júpiter Capitolino*.

Así terminó la primera guerra civil que anegó en sangre el suelo de Andalucía, devastó sus campos, y convirtió en montones de escombros muchas de sus florecientes ciudades.

Cosa singular. En esta guerra la mas civil de todas, puesto que, como dejamos apuntado anteriormente, lucharon en ella tres pueblos, españoles contra españoles, romanos contra romanos y africanos contra africanos, el interés del país teatro del pavoroso acontecimiento, no entró para nada en la contienda. César y Pompeyo lucharon por el imperio del mundo, imperio cuyo yugo habia de

pesar sobre Andalucía lo mismo que sobre las demás provincias sometidas al déspota á quien coronara la victoria; Bogud, caudillo de los mercenarios africanos á sueldo de César, y Boco de los mismos que tomaron servicio bajo idénticas condiciones en el ejército de Pompeyo, pelearon por la *paga* que recibian de sus respectivos *amos*, y los andaluces que constituian la principal fuerza numérica en ambos ejércitos, que derramaban su sangre generosa por el dictador de Roma y por los hijos de su rival, y que aprontaban todo el oro que consumian los bárbaros de la Mauritania, combatieron por todos y por todo, menos por si mismos y por la libertad de su pais.

¿Podremos deducir de este hecho singular, que Andalucía, en la época de que nos ocupamos, se encontraba en pleno período de decadencia? No, porque no se advierte en los rasgos que de su carácter nos han conservado los historiadores contemporáneos y testigos de vista de los sucesos, ninguna señal que revele en ella ese estado. Todavia estaban léjos los tiempos en que los ricos españoles fueron citados en Roma como los hombres mas sibaritas y disolutos, y en los que las bailarinas de Cádiz se hacian aplaudir frenéticamente en los teatros de la capital, por una juventud afeminada que deliraba viendo las actitudes y gestos voluptuosos de aquellas víctimas llevadas de Andalucía para satisfacer la sensualidad romana.

Si, pues, no es posible atribuirlo á decadencia física ni moral, dada la virilidad de aquellos espíri-

tus; ni á degradacion de la raza, mas pujante y briosa que nunca en la época de la guerra civil; ni á los hábitos de esclavitud contraidos durante dos siglos de dominacion estrangera, puesto que Andalucía jamás se vió tratada como pais conquistado por los romanos, fuerza nos será buscar las causas de aquel fenómeno, en las leyes fatales, ineludibles de la sábia Providencia que guian á los hombres; en esa necesidad que arrastra á los pueblos hácia la perfeccion individual y social, que procuran alcanzar por medio de una série mas ó menos ordenada de evoluciones necesarias y que han de cumplirse, y entre sacudimientos periódicos, cada uno de los cuales los acerca á través de los siglos y de las trasformaciones de las edades al término de la perfeccion final que Dios les tiene señalado.

Empero renunciemos á esplicárnoslo por medio de la filosofía de la historia, susceptible de inducirnos en error, y estudiemos el suceso bajo una de sus faces principales, ayudándonos de la *crítica histórica*, que nos dará un conocimiento algo mas exacto de los hechos generales y particulares de los tiempos en que tuvieron lugar, y de los hombres mas importantes que tomaron parte en ellos, ó fueron los instrumentos de que se valió la Providencia para cumplirlos.

Desde luego observaremos que en la época á que nos referimos, la fisonomía moral del pais habia cambiado completamente; el tipo primitivo, por decirlo, así, no existia ya: *tartesios, turdetanos, célti-*

cos y bastulios, habiánse fundido en un solo pueblo, y formaban un solo grupo conocido con el nombre genérico de *Béticos;* en una palabra, que la Andalucía, provincia la *mas romana de todas* hasta los tiempos de la muerte de Sertorio, en los de César y los hijos de Pompeyo, era ya, y precediendo de algunos años al resto de España, completamente romana por educacion, por costumbres, por gratitud y casi por idioma. ¿No la hemos visto permanecer neutral en cuantas guerras el espíritu de independencia y libertad suscitó en la Celtiberia y en la Lusitania á los romanos? ¿No tuvo colonias de libertos, colonias militares y colonias patricias todas con derecho romano; poetas, humanistas, y hombres de letras, antes de que Huesca viera abrir las puertas de su Universidad y Evora las de su Senado?

Andalucía, pues, era romana en la significacion de esta palabra, en los tiempos de la rivalidad de César y Pompeyo; en tal virtud, no debemos estrañar que tomase parte activa en la contienda civil *entre romanos*, ni debe sorprendernos que aquella guerra no se trasformase en guerra de independencia, en un país que no se consideraba sometido al estranjero, sino como formando parte integrante del imperio de quien recibia leyes.

Y tan es así, y tan romana era ya á la sazon, que participaba con una intensidad asombrosa de todas las exageraciones políticas, de todas las necesidades sociales y de todas las preocupaciones de casta que atormentaban la existencia de Roma. Di-

galo, si no, la actitud en que se colocó la Bética durante los años de la guerra que los partidarios de Sila y de Mário se hicieron en España. Dícelo tambien con una claridad que deslumbra, y con una elocuencia que convence, el suceso de la guerra civil que terminó definitivamente con la toma de Sevilla.

En efecto, durante los ocho años de la guerra sertoriana en que lucharon tenazmente en España Pompeyo, hechura del aristocrático Sila el restaurador de la antigua república, que devolvió al Senado la autoridad judicial y la eleccion de los pontífices, y arrebató á la plebe todos los derechos políticos que habia conquistado durante muchos siglos de perseverante labor para adquirirlos, y Sertorio, hechura de Mário el *gran plebeyo*, grosero y educado entre campesinos, que intentaba resucitar la ley Agraria de los Gracos, toda la Bética se mantuvo adicta á la causa del primero, completamente ajena á la guerra de emancipacion que la Celtiberia y la Lusitania hicieron sin descanso contra los dos elementos antagonistas, la plebe y el Senado, que se disputaban la soberanía y gobierno de la República y el dominio de la península ibérica.

Mas tarde, cuando á resultas de las derrotas de Farsalia y Tapso, se reunieron en España, y particularmente en la Bética, provincia predilecta de Pompeyo, todos los partidarios del rival de César, que se titulaban los amigos de la libertad, vimos á estos con los *andaluces* alzarse á una voz y como un solo hombre para espulsar, como lo consiguie-

ron, las legiones y los pretores Cesarianos; produciéndose una guerra en la que el elemento español entró solo como auxiliar, y sacrificó su sangre y sus tesoros, no en beneficio de la independencia del suelo de la Bética, sino en provecho de una de las dos facciones que tenian convertida la *capital del orbe*, en un circo de gladiadores.

Pero, ¿á qué móvil obedecieron los naturales de Andalucía al provocar una guerra civil en su propio territorio en favor del estrangero? ¿Qué causa los impulsó á militar con lamentable ceguedad en uno y otro bando? Comprendemos que las depredaciones y la codiciosa rapacidad del general pompeyano, Varron, arrojase al partido de César todas las víctimas de sus extorsiones; de la misma manera comprendemos que las violencias, las rapiñas y el imprudente vandalismo del gobernador cesarino, Casio Longino, engrosasen las filas de los partidarios de Pompeyo; pero el hecho en sí, ¿basta para esplicar y menos justificar la guerra civil que devastó la Andalucía durante los años del 47 al 45 ántes de J. C.? ¿Es posible creer que los *andaluces* sacrificaron vida y hacienda por cohonestar los robos de los generales cesarinos y pompeyanos, y que vertieron á torrentes su sangre generosa por poner en claro quién entre Varron y Longino habia sido menos ladron?

No, ciertamente; y por lo tanto, fuerza nos será buscar en otra parte la causa eficiente, el origen, los móviles de aquel suceso, que hace época en los anales del mundo, puesto que cambió su faz dando

por amo á Roma al continuador de la política de los Gracos y de Mário, al que sobrepuso la *plebe* á la *aristocracia*, al que abrió, en fin, las puertas de Roma á todas las naciones, y quitó á la *Ciudad* el privilegio de ser la única libre en el orbe.

Lo hemos dicho hasta la saciedad, y sin embargo lo repetimos por que esta es para nosotros la clave del enigma. Andalucía, á la sazon era completamente romana; sus intereses, sus aspiraciones, sus necesidades, todo, hasta sus preocupaciones, eran las mismas que las del pueblo romano. Educada por este, civilizada por él, y pobladas sus principales ciudades con los proscritos mas ilustres, que las facciones y la anarquía arrojaban como enjambres de abejas del recinto de la *Ciudad*, perdió aquella fisonomía particular que la distinguiera en las épocas de los Fenicios y de los Cartagineses, y tomó las leyes, los usos, las costumbres, y vistió la toga y la clámide de los romanos.

¿Qué estraño es que participase de las pasiones, de los ódios y de las rivalidades del pueblo rey? Los proscritos de Mário y los proscritos de Sila, aclimataron en ella sus ideas sociales, sus principios políticos, y sus preocupaciones de raza. Hubo aristocracia y hubo plebe: opresores y oprimidos; defensores de la humanidad entera que querian despojar á Roma del privilegio de su unidad, y conservadores del patriciado como poder tutelar de las tradiciones romanas; en suma, quien queria, como Mário y César, sobreponer el pueblo á la aristocracia, y quien queria, como Sila y Pompeyo,

mantener la soberanía de los nobles sobre los plebeyos.

Roma arrojó sus sangrientas rivalidades en la Bética, como en tierra de mucho tiempo atrás preparada para recibir aquella mala semilla que produjo una guerra civil que no fué guerra de independencia, porque como dice Estrabon, *Andalucía tenia ya todas las costumbres de Roma y el trato era tan romano, que casi ya se habia perdido todo lo español antiguo, hasta la lengua natural pues todos hablaban latin.*

Convencidos, pues, de que los romanos no eran estrangeros en Andalucía, ni en Roma estrangeros los hijos de la Bética, queda plenamente justificada la parte que estos tomaron en la contienda de César y los hijos de Pompeyo, y esplicada su neutralidad en la guerra de independencia de Viriato, Numancia y Sertorio; así como la indiferencia con que la Lusitania, la Celtiberia y el resto de España, asistieron á la cruenta tragedia que tuvo su desenlace en Munda.

Mientras que Roma espresaba la inmensidad de su júbilo divinizando al que habia coronado sus triunfos en *quinientas* batallas y *mil* plazas y ciudades fuertes tomadas por asalto, con la victoria de Munda, la mas importante de todas, Andalucía, arrastrada por la corriente de entusiasmo que embriagaba el mundo romano, trocaba el nombre antiguo de muchas de sus poblaciones por el de César. Córdoba y Sevilla arrebatadas por el torrente de la lisonja, grabaron en preciosos mármoles la fecha de aquel ruidoso suceso, y la de los hechos

mas memorables de la guerra de César y los hijos de Pompeyo, y exageraron la adulacion hasta erigir altares al vencedor.

Sin embargo; no estaba completamente apagada la tea de la discordia civil. No bien César se hubo embarcado para Itália, cuando Sexto Pompeyo, que despues de la rendicion y saqueo de Córdoba por las tropas cesarianas, se habia refugiado en la Celtiberia, reunió sus partidarios, y auxiliado por las tropas mercenarias africanas que tomó á sueldo, abrió una nueva campaña por la Lacetania. Recorriendo triunfante las provincias orientales de la Península, llegó hasta la Bética, donde le salió al encuentro con algunas legiones el pretor de la Ulterior, Asinio Polion. Dióse la batalla, en la que fué completamente derrotado el general de César, perdiendo la mitad de su ejército. Con esta victoria quedó Sexto Pompeyo dueño de toda la Andalucía, que estuvo á punto de verse entregada de nuevo á los horrores de la guerra civil, cuando la trágica muerte de César, asesinado en el Senado, junto á la *estátua de Pompeyo el Grande* por los descontentos y los republicanos (15 de marzo 44 ant. de J. C.), atajó por inesperado camino las nuevas desgracias próximas á caer sobre el suelo andaluz.

Alarmado el Senado con la perspectiva de los males que iba á ocasionar á Roma una nueva guerra en España, y precisamente en los momentos en que acababa de perder el único hombre que podia conjurarla ó vencerla, dispuso fiar á los amaños de

la política lo que era dudoso consiguiera por la fuerza de las armas. Al efecto, negoció con Pompeyo la paz, ofreciéndole en pago de su traicion á la causa de su padre y de su abandono de la de España, la devolucion de los bienes confiscados á su familia, y el mando de todas las escuadras de la moribunda República. Sexto depuso las armas y partió inmediatamente para Italia.

Así terminó definitivamente, la primera guerra civil que devastó los campos de la Bética.

Esta es una de tantas lecciones que como la historia dá á los pueblos, que no parecen cuidarse mucho de conservarlas en la memoria.

Muerto Julio César por el puñal *parricida* de su ahijado Junio Bruto, constituyóse, al año siguiente un segundo *triunvirato*, formado por Octavio, sobrino de César, Márco Antonio y Lépido, quienes se apoderaron de la autoridad soberana y se repartieron las provincias del imperio, las legiones y el tesoro de la República. Tocóle á Octavio César el África, la Sicilia, Cerdeña y demás islas; á Márco Antonio las Galias escepto la provincia narbonense, y á Lépido esta última y la España.

Los nuevos *amos* de Roma, se dieron mútuas prendas de seguridad, sacrificando bárbaramente, en satisfaccion de la cautelosa desconfianza con que se correspondian, sus mas próximos y queridos parientes. Lépido dió en arras la cabeza de su propio hermano; Márco Antonio la de su tio, y Octavio la de Ciceron su protector. Así comenzó por un pacto de sangre la alianza de aquellos tres ver-

dugos, que inundaron con ella las calles de Roma, se enriquecieron con los bienes confiscados á sus víctimas y abrieron un período de crueles persecuciones que terminó en las cercanías de Filipos, en Macedonia, con la derrota del ejército republicano y la muerte de Cayo Casio y Junio Bruto, llamados los *últimos romanos*.

El año 41, antes de J. C., hízose por los triunviros una nueva partición del Imperio; Octavio-César tomó para sí la España y dió el África á Lépido.

Diez años mas tarde (31) Octavio, vencedor de los republicanos, trató de deshacerse de sus cólegas los triunviros. Poco trabajo le costó inutilizar á Lépido, mal ciudadano y agitador sin habilidad, á quien humilló y condenó al desprecio y olvido público. No así con respecto á Márco Antonio, general muy querido de sus soldados y dueño de todo el Egipto y de una gran parte del Asia. Pero su buena estrella, los amores de Cleopatra y la derrota de todas las fuerzas marítimas del Oriente, mandadas por Antonio, en el combate naval de Accio, á la entrada del golfo de Ambracia en el Epiro, le hicieron dueño sin rival del poder que ambicionaba.

Roma AGRADECIDA, le saludó con los nombres de *Augusto, Emperador, Soberano Pontífice, Consul, Tribuno, Censor y Padre de la Pátria.*

Fué destino de Roma abrir todas las grandes épocas de su historia, é inaugurar todas sus grandes trasformaciones políticas con un crímen detestable. Rómulo, fundador de Roma-monarquía, ase-

sinó á su hermano gemelo Remo, para reinar solo. Roma-República, nació del parricidio de Tarquino el Soberbio, y del brutal atentado de su hijo contra el honor de Lucrecia; y Roma-imperial, comienza por un pacto de sangre que produce un fratricidio, un parricidio y una cruenta ingratitud.

Desde la defeccion del venal Sexto Pompeyo hasta los primeros años del advenimiento de Octavio César al trono imperial, no aconteció suceso alguno de marcada importancia histórica en Andalucía, salvo que, en la nueva division política, civil y administrativa que hizo *Augusto* de España, concedió la Bética al Senado, entre las trece provincias mas pacíficas que le asignara para que las gobernase, segregadas de las treinta y una que componian todo el imperio romano.

En virtud de aquella reforma, Andalucía tomó el nombre de *provincia Senatorial*, á diferencia del resto de España que se comprendia bajo el de *provincia imperial*. Esta diferente denominacion se fundaba en la diversa organizacion política de los dos Estados. En el primero imperaba sin contrapeso militar, el elemento civil representado por el magistrado supremo delegado del Senado; en el segundo dominaban las legiones imperiales, es decir el sistema puramente militar. En aquel se suponía adhesion, conformidad voluntaria al gobierno de Roma, en este resistencia y un espíritu de rebelion que hacia necesario el empleo de la fuerza para mantenerle en la obediencia.

Muy pronto veremos á todos los españoles, á

semejanza de los andaluces que les precedieron de muchos años convertidos en romanos, echando así los cimientos de la unidad del carácter nacional, que habia de traer en pos de sí el comienzo de la unidad política.

Mas antes de eclipsarse por muchos siglos tenia que brillar todavia en estraordinario resplandor la llama del patriotismo y el denuedo sin par de los españoles. Todavia quedábale al mundo algo que le admirase hasta causarle espanto en materia de heroismo y de desprecio de la vida, despues de creer que lo habia visto todo en Sagunto, Astapa, Numancia y Calahorra.

Corria el año 26, antes de J. C. y el imperio romano que tenia por límites: al norte el Rhin y el Danubio; al este el Eufrates; al sur la península Arábiga, las cataratas del Nilo y el monte Atlas, y y al oeste el Occéano Atlántico, gozaba al fin, en la inmensidad de su estension un momento de reposo, trás largos siglos de guerras implacables y de anarquía sin trégua; de crímenes que afrentaron á la humanidad, y tambien de virtudes admirables y de arranque de sublime patriotismo que salvaron la sociedad cuantas veces estuvo á punto de caer para nunca mas volverse á levantar.

Reposaba el mundo, y parecia solo ocupado en cicatrizar sus llagas y en purificarse para recibir la *buena nueva*, que se anunciaba próxima á aparecer por el Oriente, saliendo del seno del Eterno como el sol entre la púrpura del lejano horizonte; cuando allá, en la region mas apartada y agreste

de España, encerrada entre los Pirineos y el Occéano Atlántico, donde cartagineses ni romanos osaron nunca penetrar temerosos de despertar *aquellas fieras*, oyóse de improviso un rugido de independencia, un grito á manera de desafío y amenaza que azotó el rostro de Roma lanzado por los *astures* y los *cántabros*. En pos de la amenaza vino el ataque y un ataque á la *española*, que interrumpió el reposo del imperio é hizo necesaria la presencia de Augusto al frente de un numeroso ejército para obtener satisfaccion del insulto hecho á Roma por un puñado de montañeses, cuya bravura y ferocidad competía con la de los leones que Sila, Pompeyo y César presentaron al *pueblo rey* en la arena del Circo.

Condensaremos, por ser asunto ajeno á nuestro objeto, por mas que no nos sea estraño del todo, los detalles de aquella sangrienta y dilatada guerra de esterminio y de bárbaras represalias, sostenida en una region de España cuyos habitantes dieron muestras de un heroismo y grandeza de alma, comparable solo al superbo aspecto y á la majestad imponente de sus montañas.

Corria repetimos, el año 26 antes de J. C. cuando los Cántabros y Astures, *nunca domados*, atacaron las comarcas vecinas sujetas á los romanos. El aspecto que presentaba aquella inesperada guerra alarmó á César Agusto, que se encontraba á la sazon, en Narbona, preparando una espedicion militar contra las islas Británicas á cuya empresa renunció por acudir diligente allí donde estimaba mas

necesaria su presencia. Pasó pues, los Pirineos, y vino á sentar sus reales en *Segisamo* (Sasamon, entre Burgos y el Ebro) desde donde intentó todas las maneras de desenriscar á los montañeses y atraerlos á los llanos para darles la batalla. Burlaron estos sus intentos manteniéndose en la defensiva, hasta que cansado Augusto de una guerra que amenazaba prolongarse indefinidamente, se retiró á Tarragona dejando el mando del ejército y el cuidado de la empresa á Cayo Antistio.

Mas afortunado el general de Augusto, logró por medio de una hábil maniobra atraer á los cántabros á las inmediaciones de Vellica, no lejos de las fuentes del Ebro, y allí los derrotó completamente. Los fujitivos de la batalla se guarecieron en el monte *Medulio*, (hoy montañas Medulas) posicion inexpugnable d onde se hicieron fuertes. Antistio circunvaló el monte con un profundo foso de quince millas de estension, dispuesto á esterminar por el hambre al enemigo que no podia reducir por la espada. Viéndose los cántabros obligados á escojer entre la muerte y la esclavitud, optaron denodados por el primer estremo, dándosela los unos á los otros con sus propias armas, y con los venenos que para tales casos llevaban siempre prevenidos. Los romanos debieron apercibirse de aquel bárbaro sacrificio hecho sobre el altar de la pátria; y aprovechando la confusion propia del momento, penetraron en el monte, y arrancaron algunas víctimas de aquella muerte heróica, para dársela en el martirio de la cruz. En efecto, crucificaron á los pocos

que libraron de la matanza general. Las víctimas de aquella feroz y cobarde venganza, murieron todas con estóica serenidad, *cantando himnos guerreros*, cuyos ecos á manera de incienso, envolvian su alma y la acompañaban en su ascension al templo de la inmortalidad.

De igual denuedo dieron elocuentes pruebas los *Astures*, contra Públio Coricio, que los combatió con un formidable ejército, y contra el mismo Augusto que los sitió en su último atrincheramiento dentro de *Lancia*, (tres leguas de Leon). Defendiéronse los sitiados con admirable valor, mas hubieron de rendirse despues de apurar todos los medios humanos de resistencia.

Tomada *Lancia*, Augusto regresó por Tarragona á Roma, donde cerró, por cuarta vez, el templo de Jano, suponiendo que con la terminacion de la guerra de España el mundo quedaba en completo reposo.

Sin embargo, no tardó en renovarse allí mismo donde acababa de ser vencida. La conducta de los gobernadores romanos, siempre codiciosos siempre déspotas é insolentes donde quiera que administraban, provocó una segunda sublevacion de los *Cántabros* y *Astures* no menos terrible ni menos airada que la primera. El gobernador supremo de la provincia acudió ejecutivamente contra los llamados *rebeldes;* taló sus tierras, incendió sus viviendas é hizo cortar las manos á cuantos prisioneros cayeron en su poder. Tanta barbárie, que ninguna razon podía disculpar, exasperó hasta el delirio á las vic-

timas que en el paroxismo de su furor arrollaron en varios puntos las legiones romanas, que tomaron sangrientas represalias. Tan inaudito teson y tan portentoso desprecio de la vida, llenaron de pavor á los soldados romanos, hasta el caso de tener los generales que recurrir á la fuerza para llevarlos al combate. Por fin, tras largos años de una guerra sin cuartel, en la que la ferocidad del hombre en quien ha desaparecido todo sentimiento de humanidad y justicia, se estremó en sobrepujar los instintos de las fieras, Agripa, yerno de Augusto, fué nombrado para dirigir las operaciones de la guerra contra *Astures* y *Cántabros*. El vencedor de los germanos, comenzó la primera campaña perdiendo varios combates, y la terminó retirándose derrotado por aquellos heróicos montañeses.

Tomóse tiempo para restablecer la moral de sus soldados, y para allegar grandes recursos á fin de acelerar el desenlace de aquella guerra que amenazaba convertirse en el *tercer terror* de Roma. Cuando lo tuvo todo dispuesto, abrió ejecutivamente una nueva campaña, y la prosiguió con tanta habilidad y fortuna, que logró atraer á los cántabros á una llanura en la que los derrotó y dispersó en tales términos, que pudo, al fin, recorrer victorioso toda la Cantábria, asolando el pais, incendiando las poblaciones y degollando á cuantos naturales caian en sus manos. Para prevenir nuevas sublevaciones, Agripa obligó á los ancianos, mugeres y niños á trasladar sus viviendas á las llanuras. Obedecieron algunos; pero los mas eludieron

el, despótico mandato del vencedor, dándose la muerte. Viéronse escenas que la pluma se resiste á trazar; madres que sacrificaron sus hijos: hijos que dieron muerte á sus ancianos padres, en cumplimiento de su espresa voluntad.

La guerra de Cantábria concluyó, pues, con el esterminio de todos los naturales de aquella tierra, cuyo heroismo tendriamos por fabuloso, si sus mismos verdugos no fueran sus historiadores. Fué la última que los romanos sostuvieron contra los españoles, y la que puso mas de relieve la briosa arrogancia de las víctimas y la bárbara crueldad de sus opresores.

España toda quedaba ¡AL FIN! reducida á provincia del imperio, despues de doscientos años de incesante lucha contra la dominacion estrangera. Lucha que admiró y admira al mundo, no solo por los portentosos hechos de valor que la señalaron, sinó porque sirvió de escuela militar á Aníbal, á los Escipiones, á los Pompeyos y á los Césares, los mas grandes capitanes de la antigüedad.

Roma recibió con estraordinario regocijo la noticia de la terminacion de la guerra de Cantábria, (19 a. de J. C.) que anunciaba la completa pacificacion de España; de esta heróica nacion que, segun dijo Tito-Livio «fué la primera parte del continente europeo que ocuparon los ejércitos romanos, y la última que sometieron.»

El regreso de Agripa, el *Vencedor de los cántabros*, á Roma, fué la señal para cerrar definitivamente el templo de Jano.

El mundo gozó por primera vez, despues de muchos siglos de guerra, aquella deseada paz que tomó el nombre de *Octaviana*.

VII.

Desde la paz de Augusto hasta Constantino año 306.

¿Cuál fué el estado de Andalucía, considerado bajo el punto de vista político, religioso, administrativo, intelectual, comercial é industrial en los tiempos de la paz Octaviana?—No vacilamos en responder: que próspero y bonancible cual en ninguna otra region de la Península.

Su civilizacion, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos fabulosos; la esplendidéz de su cielo; la incomparable fertilidad de su suelo; sus inmensos recursos naturales; numerosa poblacion y el no haber conocido los horrores de la guerra sino en dos periodos de su existencia como provincia romana, relativamente cortos, dada la larga duracion de aquel azote de la humanidad en el resto de las provincias de España, justifican nuestra aseveracion, que no tardará en verse confirmada por los hechos perfectamente comprobados que vamos á exponer.

Hasta el advenimiento de Augusto, la Bética estuvo administrada por gobernadores militares; y dicho se está con esto, que el régimen que en ella imperó fué arbitrario y despótico; pero erigida en provincia senatorial por César-Octavio, comenzó á predominar en ella el elemento civil, bajo cuyo influjo adquirieron súbito desarrollo los intereses morales y materiales del pais.

No poco contribuyó al movimiento progresivo de su prosperidad la nueva division geográfica que de la Península hizo Augusto, corrigiendo la irregularidad que habian establecido el Senado, y subdividiéndola en tres grandes provincias que se denominaron: Tarraconense, Bética y Lusitania. En cada una de estas grandes porciones se establecieron para la administracion de justicia, vários distritos judiciales, que se llamaron *conventos jurídicos*, los cuales tenian bastante analogía con nuestras modernas Audiencias.

La Bética, que segun Plinio, era la provincia mas rica por su cultivo y por la lozanía de su vejetacion, tenia cuatro, á saber: Hispalis, Gades, Corduba, y Astigis. Contábanse en ella *ciento setenta y cinco* ciudades, de las seicientas catorce que existian en España á la sazon. Entre ellas habia nueve *Colonias*, que se llamaban así por estar pobladas de ciudadanos y soldados romanos, que gozaban de todos los derechos de la metrópoli, y eran considerados como vecinos de Roma ausentes: ocho *municipios*, cuyos moradores se gobernaban por sus propias leyes, nombraban sus majistrados y tenian op-

cion á las dignidades del imperio, sin gozar de todos los derechos de ciudadanos romanos: veintinueve *ciudades latinas*, pobladas por habitantes del Lácio, los cuales se igualaban á los ciudadanos de Roma, tan luego como recibian la investidura de alguna majistratura: seis *ciudades libres*, á quienes se dejaban sus leyes propias y majistrados, y estaban ecsentas de las cargas que pesaban sobre las demas del imperio; esta constitucion político-administrativa, constituia un privilegio muy difícil de obtener del Senado, que solo lo concedió venciendo muchas dificultades, á seis ciudades de España, las cuales, nótese bien, radicaban en *Andalucía*. Tres *aliadas*, que subsistieron en un verdadero estado de independencia; y por último, veintinueve *tributarias*, sobre las cuales gravitaban la mayor parte de las cargas públicas, y en tal virtud, eran las que proveian á las necesidades y alimentaban el desenfrenado lujo de la metrópoli. Aquellas poblaciones estaban unidas por magníficas carreteras, de las que solo en Córdoba terminaban siete, y tres en Sevilla.

Número tan considerable de ciudades importantes, como lo demuestran sus condiciones políticas y su régimen administrativo, revela una densidad de poblacion que hace verosímil el exagerado censo del historiador Paulo Orosio, que señala á España 70 millones de habitantes; censo exagerado, repetimos, por mas que Ciceron dijera, algunos siglos ántes, al espirar la República. «No hemos superado en número á los españoles, ni á los galos en fuerza, ni en las artes á los griegos.»

La consecuencia natural de aquella numerosa poblacion, y del cambio político introducido en el gobierno de la Bética por Augusto, debió ser, y fué indudablemente, un rápido incremento de la produccion agrícola é industrial del país, de su comercio y de sus artes mecánicas y de fabricacion. En efecto, segun testimonio de los mismos historiadores romanos, ya en tiempo de aquel emperador, las naves aparejadas en los puertos de las costas de *Andalucía*, mantenian un comercio sumamente activo entre los mercados de la Bética y Roma, donde trasportaban ricos cargamentos de cereales, vinos, aceites, frutas, minerales, lanas finísimas, cochinilla, miel y salazones. Productos todos, que, por su abundancia y lo muy solicitados que eran en la metrópoli, dan una idea bastante aproximada de la riqueza del país que los producia, y de la industria y laboriosidad del pueblo que los cultivaba.

Region tan pródigamente dotada por la naturaleza, y hombres tan adelantados en el conocimiento de las artes manuales, no podian ser ajenos al de las nobles ó bellas artes. En efecto, cultivaron muchas de ellas con singular maestria, segun lo demuestran las preciosas medallas que se conservan de aquellos tiempos, grabadas con elegancia y notable correccion de dibujo, y sobre todo, en este género de trabajo artístico, las monedas de plata y cobre que se fabricaron en muchas ciudades de la Bética, provincia que tuvo casi sola el privilegio de esta fabricacion, ejecutadas con un primor y

maestria tal, que se revela en ellas el arte griego. (Flores, *medallas de las colonias, municipios y pueblos antiguos de España*). No menos dignos de consideracion fueron sus adelantos en la estatuaria, en la escultura y en la arquitectura; de lo que nos suministran abundantes pruebas las preciosidades de este género halladas en las escavaciones y en los solares de antiguos establecimientos romanos, y en particular el hermoso mosáico encontrado á principios de nuestro siglo, en una casa no léjos del anfiteatro de Itálica. Por último, la habilidad con que trabajaban los metales preciosos, con los cuales en la época que precedió á los cartagineses, construian muchos utensilios del menage de sus casas; la riqueza que usaban en sus vestidos, de tal manera ostentosa, que al decir de Horacio, las damas de la nobleza romana se embelesaban viendo pasear por la via Apia aquellos *advenedizos;* sus armas y arreos militares; la fama que adquirieron las representaciones mímicas ejecutadas por aquellas célebres bailarinas gaditanas, *delicias* de la corrompida juventud romana, y, en suma, los grandiosos monumentos de piedra que embellecian la mayor parte de las ciudades de la Bética, cuya memoria tradicional y cuyas venerandas ruinas producen general admiracion, prueban de un modo indudable el grado de cultura que alcanzaba.

Empero, si notorio se hizo el progreso material de Andalucía, en los siglos que venimos historiando, no menos visible se manifestó su cultura intelectual. La aficion al cultivo de las letras ya muy

desarrollada en tiempo de Sertorio, segun puede deducirse de las magníficas fiestas con que Córdoba, el *solar de los patricios*, solemnizó el ilusorio triunfo del anciano y engreido Metelo sobre el *Anibal romano*, bajo los muros de Calahorra, fiestas en que la oratoria, la poesia, el canto y el baile hicieron los primeros papeles, aquella aficion, repetimos, se aumentó prodijiosamente en el reinado de Augusto, á beneficio de la paz que disfrutó el pais, y del impulso que recibieron todos sus intereses morales y materiales. La Bética, desde luengos siglos atrás civilizada, é infinitamente menos lacerada que las demás provincias de España por los horrores de las guerras de independencia y de conquistas, simultáneas, pudo entregarse á soláz y con holgura al cultivo del idioma del Lacio, y al estudio de las ciencias, de la filosofia y de la poesia, con la viveza de imaginacion, la atraccion pasional por el saber, y la impresionabilidad que caracterizan á los hijos de su privilegiado suelo, y abrir aquel brillante período de la literatura hispano-latino-pagana, que sucedió en Roma al de los escritores clásicos del siglo de Augusto. Los dos Sénecas, Lucano, Floro, Pomponio Mela, Silio Itálico, Columela, hijos todos de Andalucía, y los primeros entre los escritores de Roma despues de la época de Virgilio y Horacio, son la prueba incontestable del grado superior de cultura intelectual que habia alcanzado su pátria, en los tiempos en que todo el saber humano parecia estar encerrado dentro de los muros de la capital del Orbe.

No debemos terminar esta breve reseña del estado en que se encontraba la Bética al proclamarse la paz de Augusto, sin decir algunas palabras acerca del culto y creencias religiosas del país. Pocas serán, y aun estas vagas é inciertas por la falta de noticias y de monumentos referentes á los tiempos prehistóricos. Así, pues, diremos, que en la época de la invasion romana, tres debian ser las religiones que se profesaban en Andalucía: la fenicio-cartaginesa, que comprendemos bajo un solo nombre por proceder de un mismo tronco; la de los griegos y la de los naturales del país. De la primera nos ocuparemos con la estension posible en la historia particular de Cádiz, al describir el templo y culto de Hércules; de la tercera, nada, absolutamente nada podemos decir, por no conservarse de ella ningun rastro, señal ó tradicion, salvo los nombres de los trece dioses de orígen fenicio-cartagineses y céltico, admitidos en el Panteon de Roma.

Dueños los romanos de la Bética, y habiendo sus naturales adoptado los usos, costumbres y legislacion de aquellos, no tardaron en aceptar tambien su religion, divinidades, ritos é institutos religiosos. Así vemos que Andalucía, tenia ya en la época de César Augusto, sus pontífices, flamines, sacerdotes y augures encargados de celebrar las fiestas sagradas y los sacrificios á los dioses hispano-romanos. Tambien vemos figurar comunmente en las medallas y monedas acuñadas en Itálica, Acido, Obulco, Carteya y otras muchas ciudades de Andalucía, la cabeza de Apolo, de Cibeles, el

Cuerno de la Abundancia, las efigies de Castor y Polux, Hércules con sus atributos, Juno con sus pavos reales, Júpiter *Capitolino* y Júpiter *Hospitalario*, la loba de Rómulo y de Remo, y en fin, las divinidades rústicas.

Si la série de hechos que dejamos expuestos en las páginas precedentes, no fuesen bastantes á justificar el título de provincia la *mas romana* con que la historia califica á la Andalucía, la entera adopcion que hizo este país, de toda la teogonía de Roma, probaria hasta la evidencia cuan merecido lo tuvo. Quien quiera que conozca la naturaleza de los lazos que establece una religion entre todos los hombres que la profesan; la facilidad con que funde en un mismo crisol todos los deseos en esta vida y las aspiraciones en la otra; como modifica las preocupaciones de orígen y de raza; como influye en las costumbres, en la vida pública y privada, y como borra todo antagonismo entre los hombres que adoran á un mismo Dios bajo el mismo nombre, con los mismos ritos y las mismas prácticas; quien quiera repetimos, que esto conozca ó considere, verá cumplidamente esplicado el fenómeno de la completa trasformacion moral y material de los andaluces en romanos: máxime si, para disipar toda duda, recuerda ó no pierde de vista, que á diferencia de las otras provincias de España, Andalucía no fué tratada por el Senado de Roma como país conquistado, sino como aliado. De lo cual es una elocuente prueba, la concesion de puerto franco que hizo á Cádiz despues de haber espulsado á los cartagineses de la

plaza; la fundacion inmediata de tres colonias con derecho romano, una de *libertinos* en Carteya, otra de *soldados veteranos* en Itálica, y la tercera de *patricios* en Córdoba; y por último, lo que es mas significativo y disipa toda incertidumbre, el reconocimiento de SEIS CIUDADES LIBRES en la Bética, las únicas que existian en España.

Andalucía, pues, en tiempo de Augusto, estaba ya desprendida, segregada moralmente de la Península Ibérica. Era, si se nos permite la abultada exageracion de la frase, un barrio de Roma, donde se hablaba la hermosa lengua de Ciceron como en Roma; donde se adoraba á Júpiter padre de los dioses y de los hombres, como en el Capitolio, en la Elide y en la Líbia, donde germinaba la semilla que habia de dar los primeros emperadores estrangeros á Roma, y la escuela literaria que, recogiendo las tradiciones clásicas del siglo de Augusto, salvó de inminente naufragio la literatura de Roma y la elevó, en los de Tiberio y Calígula, á una altura como nunca volvió á alcanzar.

Si «España, como dice un historiador contemporáneo, llegó al tiempo de Augusto ensangrentada toda, cubierta de cicatrices y herida cruelmente,» Andalucía, por el contrario, decimos nosotros, alcanzó en él la época de su mayor prosperidad y esplendor. Culta, ilustrada, opulenta, á beneficio de las reformas político-administrativas hechas por Augusto en su sistema de gobierno, y de las importantes ventajas de su comercio marítimo, rica por su abundante produccion agrícola y sus

adelantos en las artes manuales y fabriles, vió correr en el seno de la abundancia siglos enteros de paz y felicidad; en tanto que Roma, de quien recibió los principales elementos constitutivos de su prosperidad moral y material, si bien dió al mundo una paz que ha pasado á la clase de proverbio, vióla desaparecer de su propio seno con su fundador, y con ella las lisonjeras esperanzas que habia concebido de renovar, bajo la monarquía, los memorables tiempos de su virtud y grandeza republicana.

De la misma manera, y con los mismos fundamentos que se ha dicho, que jamás hubo hermanos mas desemejantes que los emperadores Tito y Domiciano, podria decirse del reinado de Augusto y de los de sus inmediatos sucesores. En efecto, Augusto, hábil y profundo político, *buen cómico*, como á sí mismo se llamó en la hora de la muerte, supo disimular con extrema habilidad sus vicios; logró dar su nombre al siglo que le contó entre sus hombres ilustres, engrandecer á Roma dentro y fuera del recinto de sus murallas, y reformar las costumbres públicas del pueblo que le amó, á pesar de haber sido despojado por él de su libertad. Sus inmediatos sucesores, por el contrario, las corrompieron con el mas insolente y repugnante cinismo. Deberiamos *apartar la vista con horror y el estómago con asco,* del espectáculo que presentó la capital del Orbe, durante el reinado de aquellos mónstruos que sentaron consigo en el trono, el parricidio, el fratricidio y el incesto; la lujuria y la glotonería mas desenfrenada; el asesinato, el robo y todos los

crímenes y vicios mas nefandos que puede cometer el hombre mas desalmado en el seno de la sociedad mas perversa y corrompida; deberíamos, en fin, salvar de un salto aquel inmundo lodazal, y escusarnos de pronunciar aquellos nombres, afrenta de la humanidad, repitiendo á nuestros lectores el célebre verso de la Divina comedia:

Non raggionar di lor, ma guarda é passa.

Pero el encontrarse algunos de ellos mezclados en los hechos de cierta entidad que tuvieron lugar en Andalucía durante sus execrables reinados, no nos permite pasarlos en claro como hubiéramos deseado.

Reanudemos, pues, el hilo de nuestra interrumpida narracion de las cosas particulares de Andalucía, haciendo preceder su eslabonamiento con la referencia de un hecho, cuya sola enunciacion nos releva de todo comentario.

En la noche del 24 de diciembre del año 30 del imperio de César Augusto; 753 de la fundacion de Roma, y 4963 de la creacion, *nació* en un establo, en Bethleem, pequeña ciudad de la montuosa Galilea y situada á unas tres leguas al Sur de Jerusalem,

JESUCRISTO, HIJO DE DIOS.

Catorce años mas tarde, el dia 19 de agosto, murió en Nola, ciudad de la Campania, á los setenta y seis de su edad, despues de haber reinado cua-

renta y cuatro, *Cayo Julio César Octaviano Augusto*; de quien se ha dicho, que *nunca debiera haber nacido, ó que nunca hubiera debido morir*.

España agradecida á sus beneficios, le erigió en vida templos y altares; y Sevilla arrebataba por los estímulos de su apasionada gratitud, levantó un monumento á su esposa Lívia, como *engendradora del Orbe*, madre de todos los pueblos del mundo, de los cuales Augusto estaba reputado como padre.

Sucedióle en el trono imperial su yerno é hijo de su esposa, Livia, el infame Tiberio, mónstruo de crueldad y de corrupcion. En el octavo año de su reinado, hubo un levantamiento general en Andalucía contra Vibio Sereno, prefecto de la Bética, nombrado por el Senado por recomendacion de Tiberio, cuyas tropelías y vejaciones se habian hecho insoportables al pais. Alarmado el Senado con la noticia de un suceso tan grave, y penetrado de la justicia que asistia á los sublevados, depuso inmediatamente al prefecto, y envió á Andalucía á Julio Beso, procónsul de África, con algunas tropas, recomendándole que apaciguase los ánimos con medidas conciliatorias mas bien que de fuerza. Esta prudente conducta surtió el mejor efecto. El pais depuso las armas, y envió por consejo de Beso, una diputacion al Senado, para presentarle sus quejas y pedirle justicia. ¡Cosa estraña para aquellos tiempos en que la *diosa* no aparecia siquiera en el templo que Augusto le hizo levantar en Roma! el Senado se la hizo cumplida á los habitantes de

la Bética, condenando al rapaz prefecto Vibio Sereno á destierro en una de las islas del mar Egeo.

El año 19 del reinado de Tiberio, se verificó el misterio de la

MUERTE Y PASION DE NTRO. SEÑOR JESUCRISTO.

Los Fariseos, secta hipócrita y ambiciosa, *Sepulcros blanqueados por fuera y por dentro llenos de hediondéz,* sublevaron al pueblo ignorante y dementado por largos siglos de miseria y sufrimientos, contra su propio REDENTOR. Jesús, vendido por Judas y abandonado de sus discípulos, se dejó interrogar por los sumos sacerdotes; llevar ante el tribunal de Poncio Pilatos, que reconociéndole inocente y *Justo*, no se atrevió á ponerle en libertad, *sacrificando la justicia á la razon de Estado*, y por último arrastrar á la presencia de Herodes II, que lo escarneció y condenó. *Jesús* murió en el suplicio, hasta entónces ignominioso de la cruz, cumpliendo sobre el *Calvario* la redencion del género humano, el dia 3 de Abril, á las 3 de la tarde del año 33 de su nacimiento. Este año concuerda con el 4° de la 202ª olimpiada, en el cual se verificó un grande eclipse de sol. Poncio Pilatos remitió á Roma el acta del proceso de Jesucristo, y Tiberio mandó poner en el número de los dioses á *Jesús Hijo de María.*

Del pié de la cruz (dice Chateaubriand, en sus

Estudios históricos) en que fué clavado por ingratitud y ceguedad de los hombres, partieron doce nuevos legisladores, pobres, humildes y desvalidos, á predicar al mundo la doctrina de la salvacion, y á derramar por todas las naciones la verdadera semilla civilizadora que debia cambiar la faz del mundo.

Cuatro años mas tarde (37) murió Tiberio, á los 79 de su edad, habiendo reinado 22 años, que dejaron honda y triste huella en Andalucía por las vejaciones que impuso á la provincia, en venganza del *desaire* que hizo á su protejido el prefecto Vibio Sereno.

El año 68 de J. C., despues de los reinados del sanguinario Caligula, del imbécil Claudio y del Tirano Neron, subió al trono imperial por eleccion de las lejiones, que despues de la muerte del *parricida incendiario de Roma*, se habian arrogado la facultad de elejir emperadores, M. Salvio Othon, pro-pretor de la Lusitania.

Othon, uno de los tres emperadores que en el discurso de un año, (el 68) los ejércitos, dueños ya de los destinos de Roma, eligieron y asesinaron en las guerras civiles que fueron consecuencia del desquiciamiento social, renovó en Andalucía, en los dias de su efímero reinado (duró poco más de tres meses) los inolvidables tiempos de Augusto. En efecto; no solo procuró cicatrizar las heridas que le habian causado los rencorosos resentimientos de Tiberio, y la rapacidad y torpeza de Neron, dando un vigoroso impulso á su comercio exterior por

medio de nuevos reglamentos marítimos y leyes protectoras, sino que tomó una disposicion de inmensa trascendencia política y de incalculable beneficio económico para Andalucía, que fué incorporar á la Bética las costas mediterráneas de África, poniéndolas en el concepto de colónia, bajo la jurisdiccion de Cádiz, con el nombre de *Hispania Tingitana*.

Es muy digno de notarse, que un emperador romano, en las contadas horas de su reinado, iniciara un pensamiento de inmensa trascendencia para los intereses morales y políticos de España. Pensamiento que hemos dejado dormir durante cerca de diez y nueve siglos, salvo en algunos cortos momentos de lucidez, que no dieron resultado alguno; porque en tanto que la espada obraba quijotéscamente del otro lado del Mediterráneo, los ojos y la inteligencia de nuestros hombres de Estado, permanecian fijos mas allá de los Pirineos.

Othon al incorporar las costas de África á la Bética, echó un puente sobre el Estrecho; puente cuyo paso hemos descuidado los españoles, y que los africanos comenzaron á aprovechar poco tiempo despues de *abierto á la esplotacion*, como se dice en nuestros dias. En efecto, muy luego los veremos, en el reinado de Marco Aurelio, verificar su primera invasion, en son de conquista en España y no cesar de lanzar hordas semi-bárbaras en Andalucía, hasta que D. Alfonso XI, con la Batalla del Salado y la toma de Algeciras, destruyó para siempre aquel puente que no supimos esplotar.

El emperador Othon, de tan grata memoria para la Bética, se suicidó al dia siguiente de haber perdido la Batalla de Bedriaco, (14 de abril del año 69) contra su competidor Vitelio, por no ser causa, segun dijo, de que se derramase mas sangre romana.

Despues de la desastrosa muerte del gloton Vitelio, las legiones de Oriente, que sitiaban á Jerusalem, proclamaron á Vespasiano, general valeroso y hombre magnánimo, sábio y económico, de la ilustre familia Flavia, que dió tres emperadores á Roma. España se declaró desde luego por él, y Vespasiano agradecido, concedió á todos los españoles los derechos del Lacio, en virtud de cuyo decreto quedaron elevados á la categoría de ciudadanos romanos. Pero entre todas las provincias, la Bética fué la que mas beneficios obtuvo del nuevo emperador, quien envió á ella, en calidad de Cuestor al célebre escritor, erudito y naturalista, Cayo Plinio el *Mayor*, que desempeñó su cuestura esmerándose con ahinco en proporcionar cuantos beneficios estuvieron en su mano al pais encomendado á su administracion. Durante los años de su permanencia en España, Plinio hizo un particular estudio de las regiones que recorrió, recojiendo en ellas abundantes materiales para su inapreciable *Historia Natural*.

El reinado de Vespasiano fué para España una época de gran prosperidad, segun puede deducirse de los muchos monumentos erigidos en ella á su memoria.

Bajo el imperio de Vespasiano, Jerusalem y el *Templo* fueron destruidos por su hijo Tito. «Llegaron á once veces cien mil los hombres muertos en esta guerra,—dice el historiador judío Flávio Josefo, que militaba en las filas del ejército sitiador,—y á noventa y siete mil los cautivos.» Esta muchedumbre de esclavos fué repartida por todas las provincias del imperio, y España recibió su contingente, al cual señalóse para habitar la ciudad de Mérida. Estos fueron los primeros judíos que entraron en la Península, donde se establecieron y propagaron durante una larga série de siglos.

Muerto Vespasiano, el año 79, sucedióle su hijo Tito, á quien España dió el nombre glorioso que le ha quedado, llamándole *Delicias del género humano*. Tras un brevísimo reinado de dos años, y frustrando las halagüeñas esperanzas que habia hecho concebir, murió Tito, el año de 81, dejando el imperio á su hermano Domiciano; tirano cruel y sanguinario, cuyo nombre, por lo odioso que se habia hecho, mandó el Senado, despues de su muerte, que fuese borrado de todos los monumentos públicos del Imperio, y derribar todas sus estátuas. En tiempo de este mónstruo, la Bética pidió justicia al Senado contra las depredaciones y atropellos de su procónsul. Plinio el jóven, y Erenio Senecion, natural de Andalucía, defendieron la causa de los andaluces con tanto acierto y habilidad, que á pesar de ser él acusado un hombre muy poderoso por sus inmensas riquezas, fué condenado y sus bienes confiscados.

Domiciano decretó la segunda persecucion contra los cristianos que comenzaban á estenderse por España, á influjo de la elocuente palabra de San Eugenio, que fué enviado de las Galias por San Dionisio el *Areopajita*, y ocupó la primera silla episcopal de Toledo, segun la tradicion de la Iglesia española.

Domiciano el tercer emperador de la familia Flavia, y el último de los que llamamos *doce césares*, murió asesinado (año 96.) por su propia servidumbre.

Sucedióle el anciano Marco Coceyo Nerva, cuyo breve reinado de dos años, fué ventajoso para Roma por la proteccion que acordó á las ciencias y á las artes; por haber abolido el crimen *Lesa majestad*, y mandado devolver sus bienes á los desterrados; y no menos venturoso para Andalucía, por los buenos majistrados que envió para gobernarla, asi como por los magníficos edificios que mandó construir en Córdoba. Este excelente príncipe dió el primer decreto de tolerancia en favor de los cristianos, prohibiendo que fueran procesados por causa de su religion. Finalmente, coronó su breve reinado tan aprovechado para el bien, con el acto que mas le enaltece, cual fué adoptar y nombrar para sucederle en el imperio, á Marco Ulpio Trajano á quien sus contemporáneos llamaron, por su clemencia, el *mejor de los príncipes*.

Trajano, *aquel rayo de la guerra, pio felice, triunfador*, como lo llamó Rioja, nació en *Itálica*, de una familia mas antigua que ilustre. Fué el *primer* em-

perador estranjero que vistió el manto de púrpura de los Césares en Roma; y este primer emperador estranjero, fué andaluz; de la misma manera que andaluz fué tambien el primer estranjero, Balbo, que obtuvo en Roma los honores del triunfo.

Andalucía, dando á Roma el mejor emperador, excelentes generales, poetas, filósofos, historiadores, una escuela literaria, escuadras, soldados, inmensas riquezas, y llenando su mercado con los esquisitos frutos de su suelo, pagó generosamente á la capital del mundo los tesoros que de ella recibió, y justifica lo que hemos dicho en diferentes ocasiones; que esta fué, no solo la primer region de Europa donde asomó el crepúsculo de la civilizacion en la segunda edad post-diluviana del mundo, sino que tambien aventajó á casi todos los pueblos de nuestro continente en el siglo de Augusto, á cuyo brillo y esplendor contribuyó mas que otro alguno.

El reinado de Trajano fué de inolvidable memoria para Roma, para España, y sobre todo para Andalucía. En su tiempo se construyeron magníficas obras públicas y espléndidos edificios; al mismo tiempo que, con la libertad que concedió de pensar, decir y escribir, floreciero[n] las letras y las artes. Sevilla le debe la construccion de hermosos edificios; Itálica señaladamente y en particular el célebre anfiteatro de esta ciudad;—cuya descripcion detallada daremos en otro lugar—así como escelentes gobernadores que administraron fiel y paternalmente la provincia. En su tiempo los habitantes de

la Bética pidieron justicia contra el procónsul Cecilio Clásico, acusado de graves demasías en el egercicio desu autoridad. El Senado se la administró ejecutivamente, y el acusado, sabedor del tremendo fallo que iba á caer sobre él, eludió la ejecucion de la sentencia suicidá dose (114). Fueron restituidos á los pueblos y á los particulares los bienes que les habian sido arrebatados, y los cómplices de las exacciones del procónsul sufrieron un largo destierro.

El andaluz Cecilio Taciano, natural de Itálica, ejerció durante los últimos años del reinado del *clemente emperador*, las funciones de procónsul general del fisco, cargo que equivalia al de ministro de Hacienda en nuestros dias.

Despues de 19 años de glorioso reinado, murió Trajano en Selinunte, en Cilicia (117). Sus cenizas fueron trasladadas á Roma, y colocadas debajo de la columna que recordaba sus gloriosas conquistas. En tiempo de este gran príncipe, comenzó á propagarse con celeridad el cristianismo por los paises meridionales de España, como resultado de lo divino de la doctrina y del edicto de tolerancia publicado por el bondadoso Nerva.

Elio Adriano, hijo de padre andaluz y de madre tambien andaluza, Domicia Paulina, natural de Cádiz; nació en Itálica, fué deudo y sucesor de Trajano, quien instó para que se le nombrase emperador, como así se verificó. Sus historiadores nos lo pintan como hombre de especiales conocimientos en todos los ramos del saberhumano, de

grandes virtudes, mas tambien de repugnantes vicios.

En los años trascurridos entre el 120 y el 131 de su reinado, visitó personalmente todas las provincias de su imperio. En el 122, hallándose en Tarragona, convocó una asamblea de representantes de las principales ciudades de España. Concurrieron todos á escepcion de los de Itálica. Adriano se vengó del desaire negándose á visitar aquella ciudad en el viaje que hizo por Andalucía, en la que dejó grata memoria de su paso, perdonando á la provincia un atraso de contribuciones que debia por valor de un millon novecientos mil *sestercios*, y mandando recomponer, con su propio peculio, la carretera pública desde Munda á *Cartima* (Cártama) en una estension de siete leguas.

Adriano murió en 138, dejando por sucesor á E. Antonino, apellidado el *Piadoso*, *padre de la pátria y segundo Numa*. Antonino gobernó el imperio durante 43 años en medio de la paz y de la prosperidad, y dejó al morir (161), por sucesor á Márco Aurelio, llamado el *Filósofo*; título que mereció por su ciencia y por sus escelentes dotes de príncipe y de general.

Márco Aurelio, fué oriundo de una familia andaluza. Su bisabuelo, el primero de la familia que pasó á avecindarse en Roma, era natural de *Ucubis*, pueblo de la Bética, poco distante de Itálica.

En el año décimo de su reinado (171), los africanos procedentes de la region de la Mauritania, donde mas tarde se fundaron el imperio de Fez y

el imperio de Marruecos, deseosos, sin duda, de protestar contra la dependencia de España, en que el emperador Othon habia puesto al África, pasaron por *aquel puente, que nosotros tuvimos siempre abandonado,* y se lanzaron ávidos de saqueo y de botin sobre la provincia de Andalucía. El gobernador de la Bética, Galo Vallio, y el cuestor Severo, quien mas adelante fué emperador, reunieron tropas y marcharon á su encuentro. Alcanzáronlos delante de *Singilis* (hoy Antequera la vieja) cuyo sitio habian emprendido hacia ya bastante tiempo; obligáronlos á levantarlo y los batieron sin tregua hasta arrojarlos de España, persiguiéndolos despues por mar sobre las costas de Tánger.

Seis años antes de su muerte (174), Márco Aurelio consiguió una célebre victoria, allende el Danubio, sobre los *Sarmatas, Quados* y *Marcomanos.* El emperador, dice un padre de la Iglesia, confesó ser deudor del triunfo, á las oraciones de los *soldados de Cristo.* Este suceso es el conocido con el nombre de *el milagro de la legion fulminante.*

Márco Aurelio murió en 180, antes de acabar de sugetar á los bárbaros. Roma lloró la muerte de uno de los mejores príncipes que se habian sentado en el trono de los Césares, y España, á quien le habia dado otros diez y nueve años de paz y de prosperidad, lo lloró tambien.

La época de Trajano, Adriano, Antonino y Márco Aurelio, los dos primeros y el último, en cuyas venas corria sangre andaluza, fué para España y para Roma la del espectáculo mas grandioso que

nos presenta la historia. En ella triunfó la civilizacion; y la sociedad desde muchos años desquiciada, pareció recobrar su asiento. Ciento veinte millones de hombres distribuidos en la vasta estension del imperio gozaron del bienestar y de la abundancia, gobernados por príncipes que fueron modelos en la antigüedad. Las ciencias, la literatura y las bellas artes florecieron como nunca, y alcanzaron un grado de esplendor, que hoy, á pesar de los progresos de nuestra cultura y civilizacion, nos admiran.

Escusamos decir que en este rapidísimo bosquejo que hemos hecho de la situacion del imperio en el reinado de los Antoninos, está comprendida la Bética, cuya prosperidad moral y material caminó de consumo con la de Roma.

Desgraciadamente, con aquellos venturosos y excelentes príncipes terminaron los buenos tiempos de Roma, y comenzaron á lucir dias aciagos con los de los emperadores que les sucedieron; tiranos, la mayor parte, de notoria incapacidad y de vida licenciosa y corrompida. Elejidos por una soldadesca insubordinada, instrumento de que se valió la Providencia para hacer purgar á Roma los grandes crímenes é injusticias que cometió en el mundo por medio de sus soldados, fueron asesinados por estos con la misma facilidad con que los elevaron al trono de los Césares.

Por mas que los historiadores de aquellos sucesos se hayan ocupado poco ó casi nada de España, y por consiguiente de Andalucía, no nos es posible

pasar por alto los acontecimientos mas importantes y caracteristicos de su reinado, en consideracion á ser la peninsula Ibérica, la provincia predilecta del imperio, donde necesariamente habian de sentirse de rechazo los estremecimientos, las convulsiones que anunciaban la ruina inminente de aquella Roma á cuyo esplendor y grandeza tanto habia contribuido la Bética.

Además, acercándose velozmente la hora de la definitiva trasformacion del mundo antiguo en el mundo moderno: encendida ya la pira que habia de consumir una civilizacion incompleta, por mas que fuera el fruto del laborioso trabajo del Oriente y del Occidente durante una larga série de siglos: ardiendo ya la llama que habia de consumir las impurezas que corrompian la esencia y la vida de la sociedad; que habia de sustituir la esclavitud con la libertad; la materia putrefacta con la sublimacion del espíritu; la filosofía epicúrea, egoista, con la filosofía popular de amor y fraternidad entre todos los hombres; el politeismo grosero, sensual, que ni el nombre de religion merece, con un dogma evidente, absoluto, completo que comprendiese Dios, el hombre y la Creacion; los dioses de *la pátria*, que no salian de las fronteras de un Estado y frecuentemente de los muros de un templo, con el Dios del Universo; el derecho privilegio de unos pocos, con el derecho propiedad de todos; acercándose, repetimos, este grandioso momento, y rujiendo ya en las fronteras del imperio las hordas bárbaras que habian de arrasar el mundo de ayer para

dejare spacio al mundo de hoy, creemos de imprescindible necesidad referir los principales acontecimientos que mediaron entre los primeros frutos próximos á la madurez del árbol plantado por la mano del Eterno en la cima del monte Calvario, y el desmoronamiento del Panteon de Agripa.

Por otra parte, siendo nuestro país uno de aquellos en quienes mas inmediata y profundamente se sintieron los efectos de aquella providencial trasformacion; aquel cuya faz social y política se modificó desde luego mas radicalmente, cambiando su estado mixto de provincia tributaria y de colonia dependiente de lejana metrópoli, en el de Estado constuido en nacionalidad soberana é independiente; el que creó, en fin, la primera vasta monarquía en Europa, y tuvo el primer código de leyes que puso los cimientos del derecho público moderno, parécenos de suma conveniencia narrar los sucesos que acompañaron la gran mudanza, por mas que tuvieran lugar fuera de nuestro suelo, que, en conclusion participó, como dejamos dicho, de ella, mas profunda y característicamente que otro pueblo alguno.

Muerto Marco Aurelio, sucediéronle, su hijo *Commodo*, mónstruo de lujuria y crueldad aun mas odioso que Neron: *Pertinax*, asesinado por sus soldados (193). *Didio Juliano* que compró la púrpura, y que, no pudiendo pagar el precio estipulado, fué muerto á los sesenta y seis dias por los pretorianos; *Séptimo Severo*, conquistador pero cruel y sanguinario, que ordenó la tercera persecucion; y fecun-

dó nuestro suelo con la sangre de los mártires, siendo ya muy numerosos los cristianos en España: *Caracalla*, hijo de Severo, (211) quien hizo asesinar á su hermano *Geta* en los brazos de su propia madre, y fué muerto por Macrino, prefecto del pretorio; el mismo *Macrino*, que elegido emperador fué tambien asesinado á los 14 meses de reinado; por último, *Heliogábalo*, jóven siro, gran sacerdote del Sol, y mónstruo que escedió en impiedad, libertinaje y barbárie, á todos los que le habian precedido. Educado en el afeminado lujo del Oriente, *Heliogábalo*, introdujo en su palacio la mas desenfrenada molicie y sensualidad; se formó un Senado de mujeres, y se hizo adorar como Dios. Avergonzados los soldados de tenerle por emperador, le dieron muerte, así como á su madre, en una cloaca donde se habian ocultado, huyendo de la rebelion que habia estallado en el ejército (11 de marzo de 222).

En el reinado de *Heliogábalo*, puede decirse que tocó en el límite de la demencia el desenfreno, el libertinaje y el esceso del lujo y de la corrupcion en Roma. Los *germanos* y algunos pueblos del Oriente, hicieron frecuentes y venturosas correrías en las tierras del Imperio, contando con la impunidad que les ofrecía la debilidad de los romanos degenerados é incapaces de sufrir las penalidades de la guerra.

Pasados aquellos 42 años de abyeccion y de miseria, Roma gozó un momento de paz bajo el reinado de Alejandro Severo príncipe ilustrado, eco-

nómico y lleno de buen sentido, quien á pesar de sus generosos esfuerzos, no pudo poner remedio á la cancerosa enfermedad que devoraba al Imperio, ni detenerle en su vertijinosa carrera hácia el abismo donde tenia que sepultarse fatalmente. En efecto; la corrupcion de las costumbres continuaba con insolente cinismo y desfachatez; los bárbaros avanzaban, y veíase próximo el dia en que someterian las legiones, y la antigua sociedad desapareceria con su farsa politeista, reemplazada por el culto cristiano, fundamento de una sociedad mas perfecta.

En tiempo de Alejandro Severo, concedióse á los cristianos libertad para practicar su culto en público. El emperador gustaba de su moral y de sus libros, y mandó colocar una efigie del Crucificado en su oratorio particular. Alentáronle para entrar en esta nueva senda de salud, los consejos de su madre *Mamea*, en cuyo pecho germinaba la semilla del cristianismo. Bajo el prudente gobierno de este ilustrado príncipe, Andalucia tuvo buenos gobernadores que mantuvieron la provincia en un estado próspero y pacífico.

A los veintiseis años de edad y trece de reinado, Alejandro Severo, fué asesinado con su madre en *Sicilingen* cerca de Maguncia, por Máximo, godo de nacion, y oficial de su ejército.

Muerto Alejandro, volvieron para el imperio los tiempos de Caligula, de Heliogábalo y de Commodo. Aceleróse su movimiento de descomposicion que no cesó, salvo en algunos cortos espacios

de tiempo, hasta que desapareció bajo los piés de las innumerables hordas de bárbaros, que se apoderaron de él como de presa despreciable por lo fácil.

Al Sirio Alejandro, sucedió en el imperio el godo *Máximo* su asesino, que murió con su hijo de la misma manera en la guerra que hizo á los Germanos y Sármatas.

Muerto Máximo (238) sucediéronse algunos emperadores, cuya clasificacion por órden cronológico es difícil establecer, tan vários y enmarañados son los sucesos de las guerras civiles y crímenes que los elevaron y precipitaron del trono de los Césares, hasta *Valeriano*, el vencedor de los godos, que fué vencido á su vez y hecho prisionero (260) en la Mesopotamia, por *Sapor*. Su derrota dió lugar á que todos los enemigos de Roma Godos, Escitas, Quados, Sármatas, Alemanes y Francos se lanzaran á un mismo tiempo contra el imperio, que tuvo la fortuna de vencerlos bajo la dominacion de *Galieno*, hijo de *Valeriano*. La época de este emperador fué una de las mas deplorables para Roma, hasta que con su muerte desastrosa (268) entró á reinar *Claudio*, el primero de una série de valientes emperadores que sostuvieron durante algunos años el vacilante imperio.

Claudio derrotó un ejército de 320,000 bárbaros, y les desbarató una escuadra fuerte de 2000 velas. Victorias de inmensa importancia que reanimaron el abatido espíritu de los romanos. Muerto en 270, subió al trono de los Césares, *Aureliano*, príncipe

dotado de brillantes cualidades y de grande entereza, que renovó por poco tiempo las antiguas glorias de Roma, y que murió en 275, en ocasion en que meditaba una cruel persecucion contra los cristianos.

Sucedióle, despues de ocho meses de interregno, durante los cuales el mundo estuvo sin dueño el anciano *Tácito*, que tuvo un fin desastroso; y luego el hermano de éste, *Florian*, á quien mataron sus soldados en 276.

Probo, uno de los mas grandes emperadores del tiempo de la decadencia, fué elevado al sólio por las legiones de Asia. Derrotó á los bárbaros que habian invadido las Galias; obligó á los Godos y Persas á pedirle la paz; venció á los Isauros y á los Blemios, y aseguró la paz en las fronteras del imperio. Como administrador mejoró el gobierno interior, protejió las letras y las artes y fomentó la agricultura, derogando el edicto de *Diocleciano*, que habia mandado arrancar las viñas en España, las Galias y la Hungria, reedificó ciudades demolidas, y abrió canales y carreteras. *Si los dioses*, dijo en una ocasion, *me conceden vida, pronto el imperio* NO NECESITARÁ SOLDADOS. Frase sublime que deberia estar escrita con letras de oro en el sólio de todos los reyes; pero que fué funesta para aquel gran corazon, puesto que recojida por las legiones produjo una conjuracion que le arrebató la vida (182).

Caro, *Carino* y *Numeriano*, pasaron por el sólio de los emperadores, sin dejar recuerdo memorable de su efímero reinado.

Sucedióles *Diocleciano*, gefe de los oficiales de palacio, que se hizo proclamar emperador despues de dar muerte con su propia mano á *Ario Apero*, prefecto del Pretorio que aspiraba al imperio.

Diocleciano, príncipe hábil y prudente, comenzó por asociarse en el gobierno algunos cólegas, á fin de satisfacer ambiciones y conjurar los peligros de nuevas conspiraciones contra su vida. Razon tenia para precaverse, pues en los noventa y dos años transcurridos desde *Commodo* «de las veinticinco veces que estuvo vacante el imperio, veintidos fué por muerte violenta del que lo ocupaba; de los treinta y cuatro emperadores elegidos, treinta fueron asesinados por las personas que aspiraban á sucederles. Los soldados eran electores, verdugos, dueños de todo: no sabemos qué podian hacer los Bárbaros para empeorar semejante situacion.» A los diez y ocho años de un reinado que se hizo notable por la prudencia de su gobierno y la firmeza con que reprimió las discordias intestinas, Diocleciano, cediendo á las importunas instancias de *Valerio*, tuvo la debilidad de decretar el famoso *Edicto de Nicomedia*, que empapó la tierra con la sangre de los mártires cristianos. Con él empezó la era de la Iglesia, conocida con el nombre de *era de Diocleciano, ó era de los mártires*.

Los decretos de persecucion publicados antes del Edicto de Nicomedia, fueron parciales, y dejaban al arbitrio de los gobernadores que habian de hacerlos cumplir el empleo del mayor ó menor rigor contra los cristianos; mas este último tuvo el

carácter de general, y ordenábase en él el completo esterminio de los que profesaban la ley del Crucificado. Así se hizo destruyendo las iglesias, destrozando los objetos destinados al culto; quemando los libros santos y las actas de los mártires anteriores, llenando las cárceles de víctimas destinadas al suplicio, y amontonando cadáveres, en términos de horrorizar á los mismos verdugos, que los quemaban sobre inmensas piras, ó los arrojaban en el seno de las aguas.

Andalucía tambien recibió aquel glorioso bautismo de sangre, y pagó gozosa crecido tributo á la ira de los sacerdotes de los dioses *que se iban*. La *Palabra* de Jesucristo estaba ya muy propagada en aquella fecha en su suelo. Entre los numerosos mártires que por este tiempo confesaron su fé en el tormento, cuéntanse las santas vírgenes Justa y Rufina en Sevilla, y S. Zóilo y compañeros mártires en Córdoba.

Dos años duró en Occidente aquella cruel persecucion contra los cristianos, y ocho en Oriente.

Diocleciano, á resultas de una grave enfermedad que contrajo viajando por las provincias ilíricas, resolvió abdicar; lo cual verificó en Nicomedia, (305) dejando el imperio dividido entre *Constancio* y *Galerio;* el primero administró las provincias de Occidente, y el segundo las del Oriente. *Constancio* gobernó la España con templanza y dulzura, diciendo que mas bien queria que fuesen ricos los súbditos que el Estado: procuró suavizar los rigores de la persecucion decretada contra los cristia-

nos, y aun los auxilió en cuanto pudo. Bajo su paternal gobierno dejóse de perseguir en España á los que profesaban la fé de Cristo; abriéronse las cárceles (305) á los que esperaban la palma del martirio, siendo uno de los que vieron frustradas sus esperanzas, al recobrar la libertad, Osió, obispo de Córdoba, que tanta celebridad llegó á adquirir.

Constancio, escelente príncipe, dulce, afable y tolerante, tomó por esposa á *Elena*, muger oscura, —segun dice S. Ambrosio, que tenia una casa de posada,—y de ella tuvo varios hijos, siendo el mayor *Constantino*, nacido en Nisa, en la Mesia, por los años 274 de J. C. Muerto *Constancio* en Yorck, en la Bretaña, las legiones, haciendo el último ensayo de su poder, aclamaron á *Constantino* emperador en memoria de las virtudes de su padre. (306)

VIII.

Desde Constantino (306) hasta la trasmigracion de los Vándalos al África (428).

Cercano el dia de la gran catástrofe que dejó relegado á las páginas de la historia el mundo antiguo, y luciendo ya en el firmamento el astro que hace diez y nueve siglos viene alumbrando con sus vivos resplandores el mundo moderno, parécenos conveniente bosquejar la situacion de Andalucía durante los tormentosos años del principio de la decadencia romana, y durante aquellos que precedieron á su propia trasformacion religiosa, política y social.

Andalucía, pues, tan adicta á Roma, ó por mejor decir, tan romana como Roma, no pudo menos de participar de todas las vicisitudes de aquel pueblo degenerado y de aquella sociedad corrompida, cuya grandeza histórica nos pareceria un mito, si no subsistiesen todavía testimonios fehacientes de que no siempre quemaron incienso delante de las estátuas de *Neron*, de *Commodo*, de *Caracalla* y de

Eliogábalo: empero, si participó de ellas, no debió ser con toda la intensidad de sus desastrosos efectos, alejada como estaba del principal teatro de aquellos desórdenes, de aquella corrupcion y de aquel desenfreno de todas las malas pasiones, que convirtieron al *pueblo-rey* en una trahilla de perros cobardes, tendidos á los piés, y lamiendo la mano de los tiranos que le flajelaban y lo embrutecian con los espectáculos del circo.

Además de su alejamiento, tenia en su favor la riqueza de su suelo, y la que obtenia de su industria y comercio, que la permitian recuperar en el mercado de Roma, con la venta de sus productos, el oro que le arrebataban la insaciable codicia de los gobernadores que el Senado y los emperadores le enviaban para que la esquilmasen. De todas maneras es presumible que la época de la decadencia de Andalucía coincidiese ó fuese el resultado de la de Roma; si bien allí debió ser mas lenta, y menos funestos sus resultados; porque no existian tantos elementos de perturbacion, no se respiraban aquellos miasmas deletéreos que corrompian todas las clases de la sociedad romana. Esto es cuanto puede conjeturarse sobre la situacion de Andalucía durante la época del despotismo de los Césares y de la degeneracion de Roma; dado el silencio que guardan los historiadores de aquellos tiempos, acerca del estado de la Bética, á quien si nombran alguna vez, es comprendiéndola entre las demás provincias del imperio, al dar cuenta de algun acontecimiento de interés general.

No obstante; en la época á que aludimos, ó sea durante el último tercio del siglo que precedió al del advenimiento de Constantino el *Grande*, vemos hacerse alguna claridad que ilumina la situacion de Andalucia, á beneficio del suceso mas estraordinario que registran las edades conocidas del mundo.

Nos referimos á la aparicion del Cristianismo.

En efecto, merced á él, ó con su ayuda, nos será menos difícil descubrir una parte de la verdad que nos ocultan los historiadores de aquellos tiempos, y determinar con alguna claridad el hecho cuyo conocimiento perseguimos.

Hemos dicho que la época de la decadencia de Andalucía coincidió ó fué el resultado de la de Roma; pero tambien hemos dicho que no existian en su suelo los elementos de perturbacion moral y material que arrastraban hácia el abismo al *pueblo-rey*, ni se respiraban en su atmósfera los miasmas ponzoñosos que corrompian y acortaban la vida de aquella sociedad.

¿Por qué, pues, en tan distintas condiciones se produjeron resultados iguales y semejantes? es decir; ¿por qué, Andalucia, siendo noble y honrada, tuvo la misma suerte que Roma corrompida y disoluta, en lo relativo á su prosperidad material, y á la cultura intelectual que introdujeron en ella las letras y las artes greco-latinas?

¿Por qué? Porque así como en Roma la corrupcion de las costumbres públicas y privadas ahuyentó las virtudes y produjo la decadencia moral y

material de aquel pueblo, así en Andalucía la predicacion del Evangelio y la voz de los Apóstoles de la verdad, al disipar los errores del politeismo, produjeron la declinacion de su progreso material y la de su cultura, que tenian por base aquel deleznable cimiento.

Al difundirse el cristianismo en Andalucía (y creemos que comenzó á difundirse mucho tiempo antes de lo que suponen algunos autores estranjeros), hubo necesariamente de trastornar hasta en sus fundamentos el modo de ser de la sociedad que lo recibió en su seno; sociedad que descansaba sobre principios y sobre *intereses*, que tambien á la sazon se llamarian *permanentes*, diametralmente opuestos á la moral cristiana y á los nuevos intereses que esta venia á crear, y como estos nuevos intereses y aquella sublime moral estaban en perfecta armonía con las aspiraciones indudablemente sentidas, pero todavia mal definidas del pueblo, de aquí procedió el trastorno de aquella sociedad, que debió verse detenida en su movimiento por la senda que le trazara la filosofía hasta entonces dominante, y muy luego paralizada, ó mas bien diremos, oscilando entre la civilizacion imperfecta de su pasado y presente, y la civilizacion perfecta que veia en cercana perspectiva.

Su incertidumbre no pudo ser, y no fué de larga duracion; entre una religion, un culto, una organizacion política, leyes y doctrinas filosóficas que trajeron los tiempos de Caligula, de Commodo y de Heliogábalo, que dejaban los bienes y la familia

de todos los ciudadanos nobles ó plebeyos á merced de cualquier loco revestido de la púrpura imperial, ó de uno de sus delegados; que autorizaban la ereccion de templos á la prostitucion y á la concupiscencia; que constituian en esclavos de una sola ciudad á todos los pueblos de la tierra, y que hacian un Dios de cada mónstruo coronado que se embriagaba con la sangre de sus súbditos, y un mónstruo de cada Dios á quien los hombres rendian culto; entre aquella religion, gobierno, leyes y filosofía, repetimos, y una doctrina que anunciaba *un solo Dios verdadero, padre misericordioso de todos los hombres,* que imponia como un deber el *amor,* la *caridad* y el *perdon de las ofensas;* que proclamaba la *igualdad* y la *fraternidad,* la *abnegacion* y el *sacrificio,* y que arrancando la humanidad de las manos de la fuerza bruta, abolia la esclavitud y proclamaba la libertad, la eleccion no podia ser dudosa para los hombres en cuyo corazon existia el gérmen de aquella moral divina.

Así nos esplicamos la decadencia en que, á semejanza y simultáneamente con Roma, se encontró Andalucía; decadencia de que muy luego la historia nos suministrará abundantes pruebas, y decadencia, en fin, que si bien fué en lo que se referia al progreso material y á la cultura intelectual cuyos gérmenes recibiera de Roma, no así en lo relativo á los tesoros de su inteligencia, á su intensidad de accion y á la exuberante vida con que el cielo la dotó. Fué, en suma, un retroceso en el órden material, para buscar en el moral un nuevo

orígen que constituyese el fundamento de una nueva civilizacion, nacida del Evangelio de Jesucristo.

Pero, se nos dirá: ¿tantos progresos habia hecho el cristianismo en Andalucía en la época referida, para que pueda atribuírsele, sin notoria exajeracion, un poder suficiente para llevar á cabo la trasformacion que se habia operado en el pais? Contestaremos; pero sin ánimo de tratar la cuestion en el terreno de las abstracciones filosóficas, sino considerándola como un hecho histórico del cual se deriva una série de observaciones críticas.

Se ha discutido mucho en libros escritos por publicistas é historiadores nacionales y estrangeros, acerca de los progresos que en España hizo el cristianismo en los primeros siglos de nuestra era; llegando algunos de los segundos á afirmar, que al *advenimiento de Constantino*, el número de los cristianos era muy reducido en España; en tanto que los primeros desmienten esta afirmacion, presentando como prueba privilegiada, la piadosa y no interrumpida tradicion de la venida á España del Apóstol Santiago el Mayor y su predicacion evangélica en varias regiones de la Península; y la de San Pablo, el *Apóstol de las gentes*, el *Apóstol filósofo*, que se tiene por cierto haber venido á España por los años 60 de la era vulgar, habiendo desembarcado en Tarragona, desde donde comenzó á predicar la palabra de Dios en la España Oriental, como lo habia hecho en la Occidental el Apóstol Santiago.

Ahora bien, demos por cierto que las afirmacio-

nes de los escritores españoles se apoyan en débiles fundamentos, y que se han tomado por hechos incontestables lo que solo puede fundarse en conjeturas; pero entonces, ¿cómo se esplican las siguientes contradicciones?

Afirman unos historiadores estrangeros, que hasta el advenimiento de *Constantino* (306, nótese bien la fecha) el número de los cristianos era *muy reducido en España*: dicen otros, que Daciano, gobernador de esta provincia, fué un *ejecutor feroz* del Edicto de Nicomedia (febrero de 303), y, por último, Mr. Beugnot asevera, que «en *ninguna parte*, por el Occidente trastornó la última persecucion (la de Diocleciano) tantas conciencias, frustró tan firmes propósitos, ni causó *tantas apostasías como en España.*»

¿Cómo se compagina, pues, el que si en 306 todavía era cortísimo el número de cristianos en la península Ibérica, en 303 se hiciera necesario usar de un *rigor feroz para esterminarlos*? ¿Para qué emplear aquel lujo de arbitrariedad y tiranía siendo tan pocos y tan insignificantes las víctimas de la intolerancia? ¿Cómo habia de ser en España mayor que en otra parte alguna del Occidente, el número de las apostasías, si era, por lo visto, menor el de los que se vieron compelidos á negar la fé de Jesucristo?

Esta duda, si es que para alguno existe, la resuelve terminantemente el Concilio de Iliberis, celebrado el año 300, segun la inapreciable Historia Universal, escrita por los padres Benedictinos, ó en

alguno de los años que mediaron entre el 306 y el 310, como pretenden otros cronologistas, ó en el 324, segun dice Ambrosio de Morales, refiriéndose á los dos originales de Toledo y de San Millan de la Cogulla. Sea cualquiera de aquellas fechas la del Concilio de Iliberis, lo que está fuera de toda duda es, que fué anterior al de *Nicea*, celebrado el año 325 de Jesucristo.

«Han llegado hasta nosotros—dice Carlos Romey, uno de los escritores estrangeros que afirman que al advenimiento de Constantino era cortísimo el número de cristianos que habia en España—las actas de aquel Concilio (el Iliberitano) que derraman copiosa luz sobre la materia; en ellas se vé cual era el verdadero estado de la religion en aquella época..... Este precioso documento puede servir tambien para justipreciar el alcance moral é intelectual de los primeros cristianos que lo compusieron.»

En los cánones de aquel concilio—publicados por Aguirre, en su Coleccion de los españoles,—se contienen curiosísimas noticias que robustecen estraordinariamente la opinion que venimos sustentando. Háblase en ellos de *obispos sacerdotes* y *diáconos*; de cristianos que hubieron aceptado el cargo de *flamines* y *sacrificadores;* de *duumviros cristianos,* ó sean majistrados que venian á ejercer las funciones de alcaldes ó regidores; de mugeres cristianas que prestaban sus galas y alhajas para aumentar el esplendor de las fiestas paganas; de cristianos que tenian muchos esclavos; de iglesias, de cuadros y

de efigies de santos; de pantomimos y cocheros que no puedan ser admitidos á la comunion de los fieles si no abandonan antes su profesion, y en suma, de multitud de disposiciones disciplinarias, que pueban que los cristianos se encontraban en todas partes, y que la religion del crucificado habia penetrado por todas las clases de la sociedad; finalmente, se mencionan 19 obispos, 36 sacerdotes y muchos diáconos que asistieron á él.

Ahora bien, en lo que dejamos apuntados ¿no se manifiesta con una claridad que deslumbra el error ó falta de criterio de los escritores que aseveran que al advenimiento de *Constantino*, eran contados los cristianos que habia en España? Pues que, 19 pastores, la mayor parte procedentes de una misma provincia (la de Andalucia) ¿no suponen un numerosísimo rebaño? Pues que, ese número de sacerdotes, esas iglesias, esas imágenes y esa intrusion de una asamblea religiosa en los asuntos puramente civiles, y esa manera de decretar contrariando, ó prescindiendo de las disposiciones del poder constituido ¿no revelan, cuando menos, el principio de la formacion de un Estado dentro del Estado?

¿Y, cuándo, cómo, en qué momento tuvo lugar la reunion del Concilio Iliberitano? A la misma raiz ó muy pocos años despues de publicado y puesto en ejecucion el Edicto de Nicomedia, que inundó en sangre cristiana el suelo español, donde, segun opinion generalmente admitida, la persecucion y el esterminio de los que profesaban la fé de Cristo, fué mas sañuda, mas implacable y mas feroz que

en parte alguna del Occidente.

Si, pues, bastó el advenimiento al trono de los Césares de un príncipe tolerante, que profesaba sin rebozo el cristianismo, para que en los dias de la abdicacion de otro príncipe que por debilidad autorizó una persecucion inaudita y la mas sanguinaria contra los fieles, estos, los salvados milagrosamente del degüello general, se reunieran en número relativamente considerable de obispos, y legislasen y decretasen con una fuerza tan exuberante de autoridad como lo manifiestan las actas del Concilio de Iliberis, ¿cómo es posible sostener que el cristianismo habia hecho pocos progresos en España al advenimiento de Constantino, en 306, esto es, tres años despues de publicado y puesto en ejecucion el sanguinario edicto de Nicomedia?

Creemos, pues, que el cristianismo comenzó á propagarse en España mucho ántes de lo que suponen algunos autores estrangeros, y que tenia ya reconocida importancia, por el número de sus adeptos, al advenimiento de *Constantino*. Así como creemos que á su influjo se puede atribuir la decadencia en que, bajo el punto de vista de los intereses materiales, se encontraba en estos tiempos Andalucía, combatida por los dos ajentes destructores de la civilizacion politeista: la *verdad* que se sobreponia irresistiblemente al error, y los desórdenes de Roma que hacian imposible todo progreso en el imperio y abrian de par de en par las puertas de la Europa Occidental á los Bárbaros.

Sin embargo, mas bien que postrada, mas bien

que rendida al peso del sentimiento que le causaba la pérdida de su lisongero pasado y la renuncia de sus esperanzas en el porvenir con que le brindaba la civilizacion pagana, creemos que lo que hizo Andalucía, fué replegarse sobre sí misma para lanzarse, repuesta y fortalecida por la nueva senda de verdadero progreso y civilizacion que el cristianismo abria al mundo; y en la que ella entró, no diremos la primera en el órden cronológico, porque á ello se opone la no interrumpida tradicion de la venida á España del apóstol Santiago y su predicacion evangélica en las regiones del Norte y Nordeste de la Península, pero sí en cuanto al número de fieles que contó y al ardor con que abrazó la ley de Cristo, por mas que fuera la provincia donde mas obstáculos opuso á su propagacion el paganismo.

En efecto, Andalucía la primera que abrió su suelo para recibir las semillas de la cultura intelectual y material, lo mismo en tiempo de los Fenicios, que de los Cartagineses y de los Romanos, no podia faltar á sus antecedentes cuando la única, la verdadera civilizacion se difundia como la luz por el mundo. Así la vemos reunir cerca de Granada el PRIMER CONCILIO QUE CELEBRÓ ESPAÑA, y enviar ella sola, á aquella augusta asamblea, tantos ó mas obispos como el resto de la Península; y entre ellos Osio, *obispo de Córdoba*, que fué una de sus lumbreras, y quien mas adelante presidió en nombre del Papa y por órden del emperador Constantino, el Concilio ecuménico de Nicea en Bitinia, al que concurrieron 318 obispos de todas las provincias del

imperio, y en el que, el mismo Osio, segun se asegura, compuso *el Símbolo de la Fé*, que hace mas de quince siglos repiten los cristianos en toda la superficie de la tierra.

Desde la congregacion del Concilio Iliberitano hasta la invasion de los Vándalos en Andalucía, la historia profana guarda un completo silencio acerca de las cosas de este pais. Sin embargo, fueron tantos y tan notables los que acontecieron en el imperio del cual la Bética era una provincia, que por esta razon y porque no deben dejarse olvidar ninguna de las enseñanzas que á los pueblos dá la Providencia, los narraremos sea sucintamente. Prosigamos, pues.

Constantino proclamado emperador por las legiones de las Galias, entró en Roma donde fué aclamado como libertador, y donde recibió el título de *primer Augusto*, despues de haber vencido en *Saxa rubra*, (312) á unas tres leguas de la ciudad, á *Maxencio*, el mas temible de los seis competidores que le disputaron el imperio. Pocos dias antes de este célebre encuentro, en el cual por primera vez se vieron frente á frente sobre el campo de batalla, la religion de *un solo Dios verdadero* y la del politeismo, *Constantino* habia visto en el cielo, al pasar los Alpes, una cruz resplandeciente, en la que estaba escrito: *Con esta enseña vencerás*. Fuertemente impresionado con el sobrenatural aviso, Constantino hizo poner en los estandartes de las legiones la

Cruz con el monógrama de Cristo; y el signo de la Redencion reemplazó en el *Lábarum*, los atributos é imágenes de los dioses paganos.

Dueño ya del Imperio, dispensó agradecido, la mayor proteccion al nuevo culto, que desde el humilde establo de Betleem, pasando por el monte Calvario, habia subido al trono de los Césares, sus mas implacables enemigos hasta *Constantino*.

El *primer Augusto*, publicó numerosos edictos y leyes favorables á los cristianos; adoptó públicamente el cristianismo, y dió en 313, el célebre *Edicto de Milan*, en el cual decretó *proteccion* al nuevo culto en el Occidente, y *tolerancia* en el Oriente.

Mas así que la Iglesia de Occidente se vió convertida de perseguida en soberana, comenzó á ser trabajada por las heregías. Celoso *Constantino*, de la ortodóxia de la Fé, congregó un concilio en *Arlés* donde fué condenada la secta de los *Donatistas*, que afirmaban que solo en ella se conservaba la verdadera Iglesia, y negaban la superioridad del Papa y la eficacia de los sacramentos conferidos fuera de ella; y celebró el primero ecuménico en Nicea de Bitinia, donde quedó anatematizada la célebre heregía de *Arrio*, que negaba la consustancialidad de naturaleza del Padre con el Hijo, y llamaba á Jesucristo, *la primera de las Criaturas*.

En 329, trasladó la silla del Imperio de Roma á Bizancio, y erigió en la nueva ciudad imperial, que de su nombre comenzó á llamarse Constantinopla, un templo á la *Sabiduría Eterna*, bajo el nombre de *Santa Sofía*. Llevó á cabo, además, una

nueva division del imperio en 4 grandes prefecturas, una de las cuales, las Galias, comprendia las siete provincias en que fué dividida España, á saber: Bética, Lusitania, Galicia, Tarraconense, Cartagineses, islas Baleares y la Tingitana, que desde aquella fecha quedó separada de Andalucía, á la que estuviera agregada desde el breve reinado de Othon.

Constantino, que cometió el error de romper la unidad del imperio, suceso que venia preparándose desde Diocleciano, publicó leyes altamente beneficiosas para el mundo romano. La autoridad civil se vió completamente emancipada del poder militar; las provincias fueron convertidas en prefecturas; el despotismo de la corte se sustituyó al de los campamentos, y el cristianismo, profesado por el emperador, derrocó los dioses del politeismo.

El primer Augusto, y primer emperador que profesó públicamente la religion de Jesucristo, murió el dia 22 de Mayo del año 337 en Nicomedia, pidiendo en aquel supremo instante el agua del bautismo que hasta entonces no habia recibido.

Su génio, su reinado glorioso, y sobre todo, los servicios que hizo al Cristianismo declarándole religion dominante en sus Estados, le hicieron merecedor del sobrenombre de *Grande*, conque le distingue la historia.

Bajo el reinado de sus hijos Constantino y Constancio, el imperio fué lanzado de nuevo por la ruinosa senda donde le habia detenido durante 31 años el grande emperador. El primero murió de-

sastrosamente en lucha fratricida, y el segundo que quedó dueño del imperio (355) convocó el concilio general de *Sardica*, que fué presidido por nuestro Osio, obispo de Córdoba. Constancio murió en 361.

Sucedióle Juliano, llamado el *Apóstata*, porque apostató de la fé cristiana en que habia sido educado. Juliano, cuyo génio militar, habilidad política, aficion al estudio de las ciencias, talento, elocuencia y austeridad de costumbres, detuvieron el imperio en la pendiente donde los hijos de Constantino lo habian colocado, oscureció sus brillantes cualidades con su escesiva vanidad, su cinismo y carácter bufon, con su fanática supersticion politeista, y con la implacable persecucion que promovió contra los cristianos, cuyo culto se empeñó en destruir totalmente.

Afortunadamente para la cristiandad, su reinado solo duró tres años. Habíase propuesto conquistar la Persia; mas se vió atajado en su deseo, recibiendo una mortal herida en la segunda batalla que dió al rey Sapor II. *¡Vencistes, Galileo!* esclamó al espirar. Este fué el último emperador pagano.

Muerto Juliano, la decadencia romana caminó á pasos ajigantados, á pesar de los esfuerzos que hicieron algunos emperadores para contenerla. Los Bárbaros que habian sido incorporados al imperio, ocupaban ya muchos puestos importantes en la magistratura y en el ejército. El emperador Valente, permitió á una numerosa horda de *Godos*, lan-

zada de la Panonia por los *Hunos*, establecerse en la Tracia; pero muy luego fué preciso hacerles la guerra para contenerlos dentro de los límites de las tierras que se les habian señalado. El año 378, los romanos y los godos empeñaron una reñida batalla campal en *Marcanópolis*, cerca de *Andrinópolis*, donde los primeros quedaron completamente derrotados, perdiendo las dos terceras partes de su ejército con los principales caudillos, incluso el emperador que murió quemado en una cabaña donde mal herido se habia retirado durante la batalla.

Al tener noticia del desastre de Andrinópolis y del asolamiento de la Tracia, *Graciano*, sobrino de Valente y emperador de Occidente, que se encontraba en guerra con los germanos y alemanes, imposibilitado de enviar socorros á Oriente, buscó un general capaz de resistir al torrente asolador de los bárbaros; y lo encontró en el ilustre Teodosio, español, que habia servido gloriosamente en África y que á la sazon se encontraba, cual otro Cincinnato, cultivando su patrimonio en el tranquilo retiro de su pátria. Graciano lo hizo venir á su lado, y en presencia del ejército lo proclamó emperador de Oriente, (379).

»Teodosio cumplia entónces 33 años, y el pueblo que admiraba su varonil belleza y su magestad dulcificada por la gracia, recordaba con placer y confianza que era de la misma pátria que Trajano y Adriano, de cuya gloria no dudaba fuera fiel continuador.»

No se equivocó en su pronóstico. Teodosio, consumado general y hábil político, restableció la disciplina en el ejército, reavivó en los soldados la antigua confianza en la victoria, y fomentó las divisiones y rivalidades entre los ostrogodos y visigodos, acabando por incorporar cuarenta mil de aquellos bárbaros á las tropas imperiales, con lo que consiguió restablecer la tranquilidad en el imperio de Oriente.

Quince años despues, habiendo muerto desastrosamente *Graciano*, *Máximo*, *Valentiniano* y el franco *Arbogasto*, que desde el año 383 al 394 se disputaran el imperio de Occidente, Teodosio quedó único y absoluto dueño del mundo romano, que bajo su imperio se conservó íntegro sin perder una sola pulgada de territorio; á pesar de los bárbaros que le inundaban, y que se mantuvieron tranquilos enfrenados por la poderosa mano que los sujetaba.

A los 16 años de glorioso reinado, *Teodosio* á quien con justicia llama la historia *Grande*, falleció en Milan, dejando el imperio dividido, entre sus dos hijos *Arcadio*, niño imbecil, de corta estatura y de carácter miserable, y Honorio, jóven ligero, casquivano, atolondrado. Al primero dejó el imperio de Oriente, y al segundo el de Occidente, bajo la tutela del alano Estilicon, con cuyas dos hijas se casó sucesivamente.

La unidad del imperio quedó definitivamente rota.

Los Godos, á quienes hemos visto bajo el emperador Valente, esterminar un ejército romano en *Marcanópolis*, cerca de Andrinópolis, y mas tarde someterse á Teodosio, muerto el que supo conservar durante su vida la integridad del imperio romano, y no encontrando ya dique que se opusiera á sus proyectos de conquista, se precipitaron como un torrente impetuoso acaudillados por *Alarico*, sobre la Tracia, Dacia, Macedonia y la Tesalia, y penetraron en la Grécia. Aterrado Arcadio ante la irresistible pujanza de aquel fragoroso huracan, cedió á los Godos la Iliria, donde estos proclamaron á Alarico, primer rey de los Visigodos.

Creemos este momento el mas oportuno para dar una breve noticia de esta raza que tanto nos importa conocer, dado que llegó á fundar en España la primera monarquía estensa, poderosa é independiente que se constituyó en Europa con los despojos del imperio romano.

Entre las innumerables tribus de Bárbaros que invadieron el imperio, figuraron, como los menos bárbaros de todos, los Godos, que originarios del Asia y divididos en dos pueblos, habia pasado uno de ellos á la Escandinavia, donde se encontraban ya en los primeros siglos de la era cristiana establecidos en las costas del Báltico, en tanto que el otro se estableció entre el *Tanais* y el *Danubio*. Aunque del mismo orígen, los Godos se diferenciaban por la situacion geográfica de los paises que ocupaban mas allá del Danubio, en *Ostrogodos* ó Godos Orientales, y en *Visigodos* ó Godos Occidentales.

En sus incesantes correrías hubieron al fin de verse detenidos por la rápida y profunda corriente de aquel rio, y por las armas romanas que dominaban los pueblos vecinos. Acamparon, pues, en las márgenes del Dios-rio de los Getas, de los Dacios y de los Tracios, y desde allí comenzaron á chocar con el mundo civilizado, y á recibir los primeros rudimentos de aquella civilizacion que habia de caracterizarlos mas tarde, y que á la sazon suavizaba sus costumbres enseñándoles los elementos de la cultura griega y romana.

Por los años de 375, los Visigodos, viéndose comprimidos en los bosques y en las comarcas que habitaban por la grande invasion de los *Hunos*, raza la mas salvaje de todas, que procedia del fondo de la Tartaria, pidieron permiso á Valente, por medio de su obispo Ufilas, que los habia convertido al arrianismo, para establecerse en la orilla derecha del Danubio. El emperador accedió á su peticion, y les señaló tierras para habitar. Poco tardó como ya hemos visto en pagar con la vida su condescendencia.

Volvamos al primer rey de los Visigodos.

Ensoberbecido Alarico con el éxito de su invasion en la Grécia, pasó en 402 los Alpes Julianos, é invadió la Italia. Salióle al encuentro Estilicon, el tutor del indolente Honorio, y le derrotó completamente en los campos de Polencia. Alarico huyó de Italia con las reliquias de su ejército.

En 405, los Bárbaros en número de 200,000 guerreros Vándalos, Suevos, Borgoñones y Ala-

nos, verificaron una nueva invasion en Italia, y llegaron hasta Florencia, bajo cuyos muros, los derrotó otra vez Estilicon. Cien mil Bárbaros perecieron en aquella sangrienta refriega. Los restos de su destrozado ejército, Suevos, Vándalos y Alanos, pasaron á las Galias, donde durante tres años recorrieron y saquearon la Germania, las dos Béljicas y la segunda Leonesa. Dirigiéronse luego á las provincias meridionales, y ocuparon la Aquitania y la Narbonesa hasta el pié de los Pirineos.

La fama de las riquezas que atesoraba el país que se ocultaba detrás de aquella formidable barrera; la inquietud genial de aquellos sanguinarios merodeadores ávidos de botin, y la situacion de España, víctima de la guerra que se hacian los ambiciosos que se disputaban entre sí un retazo de la desgarrada púrpura romana, los empujó á pasar los Pirineos. (409).

La pluma se resiste á trázar el cuadro horrible, que, segun los historiadores de aquellos tiempos, presentó la península Ibérica invadida por las hordas salvajes, que todo lo llevaron á sangre y fuego, en términos de producirse una peste con los montones de cadáveres que quedaban insepultos, por falta de brazos para cubrirlos de tierra, y una hambre general en el país á resultas del completo abandono en que quedaron los campos.

Las provincias donde mas se dejaron sentir los efectos de tantas calamidades fueron Galicia, la Lusitania y la Bética. La primera, se vió invadida y saqueada por los *Suevos*, raza la mas grosera, la

mas brava y la mas temida de los germanos. La segunda fué ocupada por los *Alanos*, pueblo de raza escita, tan salvaje y feroz como dado al pillaje y á la destruccion; fueron, entre todas las hordas bárbaras que inundaron el imperio, los mas sanguinarios é implacables; por último, la Bética tocó en suerte á los *Vándalos*, de quien recibió, segun opinion de algunos historiadores, el nombre de Vandalucía, ó Andalucía con que desde entonces es conocida. Los *Vándalos*, pueblo que se cree pertenecia á las razas puramente germánicas, fueron los mas inquietos, los mas revoltosos y los mas depredadores de los tres primeros pueblos bárbaros que invadieron la península; así es, que el nombre de vándalo se viene usando desde entónces para calificar á todos los destructores de los monumentos y de las obras de las bellas artes.

Algunas otras provincias, y en particular las orientales, se pusieron en estado de defensa, y sufrieron algo menos que las anteriormente citadas, las desvastaciones y horrores de aquella imponderable calamidad; tan inmensa é inaudita, que, segun refiere Paulo Orosio, contemporáneo y testigo ocular de los sucesos, en algunas poblaciones se llegó á comer *carne humana;* y una madre acosada por el hambre, dió muerte á sus propios hijos y se alimentó con sus carnes; barbarie que dió lugar á que el pueblo indignado la matase á pedradas.

Entre tanto que los Vándalos, Suevos y Alanos, saqueaban y demolian todo cuanto encontraban á su paso en las provincias de España donde se ha-

bian establecido, y sepultaban entre escombros y cenizas á sus moradores, Alarico, aprovechando la debilidad é inercia del emperador Honorio, que permanecia retirado en Rávena, *engordando una gallina que llamaba Roma*, verificaba (408) una segunda invasion en Italia, y ponia sus tiendas delante de los muros de Roma (209), de la que se apoderó en 810 despues de un largo y estrecho asedio.

El dia 24 de Agosto de aquel año, el mundo asombrado vió ondear en lo alto del Capitolio el estandarte de los godos. El año 753 a. de J. C., una colonia procedente de Albalonga, que algunos historiadores llamaron banda de salteadores, puso los cimientos de aquella ciudad que durante muchos siglos se envaneció con el dictado de capital del Orbe; el 810, es decir, 1163 años despues de su fundacion, un enjambre innumerable de bárbaros, verdadera banda de espoliadores, destruyó en *seis dias* la obra y las riquezas acumuladas durante once siglos. El saqueo fué horroroso; solo se salvaron los templos destinados al culto cristiano, y con ellos todos cuantos se ampararon al abrigo de aquellos sagrados recintos.

La toma y saqueo de roma por los Godos, coincidió con la ocupacion y saqueo de Andalucía por los Vándalos. Estaba escrito, que la *provincia predilecta*, debia sufrir los mismos dolores que la metrópoli; y que en un mismo dia y una misma hora ambas á dos debian sepultar en una misma cima todo su pasado, para renacer como el Fénix, de sus

propias cenizas; la una cimentando sobre los escombros de la ciudad pagana los muros de la ciudad Eterna, y la otra purificándose por el hierro y por el fuego de las hordas salvajes, para entrar limpia de toda mancha en la nueva senda que le abria la civilizacion cristiana.

Los Godos cargados de botin se retiraron á la Italia meridional. A los pocos dias murió Alarico en Cosencia, en la Calabria. Habia cumplido la mision que le señalara la Providencia. Los bárbaros proclamaron rey á Ataulfo cuñado del destructor de Roma. Este, no viendo la posibilidad de fundar un imperio Godo tal como lo habia concebido su acalorada fantasia, resolvió reconstruir el imperio Romano, de cuya obra pensaba aprovecharse. Al efecto ofreció su amistad y alianza al emperador Honorio, quien la aceptó complacido. Ataulfo se encargó de combatir en las Galias á los rebeldes que tenian usurpado el poder romano en aquellas provincias; y realizó su propósito con tanta fortuna que en 412 estaba ya en posesion de Burdeos, Tolosa, Narbona, y todo el país que se estiende desde Marsella hasta el Occéano.

En Narbona se desposó, á despecho de Honorio, con su hermana Plácidia, á quien los Godos hicieron prisionera con otras damas en la toma y saqueo de Roma.

Este consorcio, en el que la razon de Estado debió influir tanto, ó acaso mas, como el amor, fué el medio elegido por los inescrutables designios de la Providencia para trasformar completamente la fiso-

nomía política y social de España. En efecto á él fué debido el ejecutivo comienzo de la obra hasta entónces no intentada y hoy, á pesar de los siglos trascurridos, no realizada todavía, de la unidad nacional.

Casado Ataulfo con Placidia, Constancio, á la sazon ministro y consejero de Honorio, hombre de gran corazon y profundo político, que aspirara á la mano de la princesa como escala para el imperio, viendo frustradas sus esperanzas escitó los resentimientos del emperador contra los esposos, y consiguió de él que exigiera á Ataulfo la restitucion de su hermana. Negóse el godo; exacerbóse la cólera del emperador, y de ello resultó un rompimiento formal entre los dos cuñados. Esto era precisamente lo que deseaba Constancio; quien de acuerdo con Honorio y estimulado por la ambicion y los celos, hizo alianza con los bárbaros procedentes del Rhin, y formó un numeroso ejército con el cual penetró en son de guerra en las Galias. Viéndose Ataulfo hostilizado sin trégua por las legiones imperiales, resolvió abandonar el pais, ya cediendo al arrebatado empuje de Constancio, ya obedeciendo al pensamiento que debia acariciar su mente y halagar su ambicion de fundar un poderoso imperio Godo en España, aprovechando el estado desesperado en que á la sazon se encontraba la Península, devastadas por hordas feroces y salvajes.

El año 414, Ataulfo pasó los Pirineos orientales, entró en la Tarraconense, y se apoderó de Barcelona, donde al poco tiempo encontró la muerte,

asesinado por el godo Sigerico ansioso de reemplazarle en el mando.

Siete dias despues, el asesino recibió el premio de su alevosía, muriendo á manos de sus soldados, indignados al ver las bárbaras violencias que ejecutó contra la familia de su ilustre víctima.

Muerto Sigerico, fué proclamado Walia.

El nuevo caudillo-rey de los Godos dió comienzo á su reinado con un acto de habilidad política, que revela cuán acertada fué su eleccion. Negoció un tratado de paz con Constancio, ministro y consejero de Honorio, bajo las condiciones de que fuera devuelta la viuda de Ataulfo á su hermano el emperador, que los godos combatirian á los bárbaros que los habian precedido en la conquista de las provincias del Oeste de España, y que los romanos les suministrarian, para dar comienzo á la campaña, los víveres de que habian gran menester, dado el estado deplorable en que se encontraban las tierras que ocupaban.

Walia que abundaba en los mismos pensamientos que movieran á Ataulfo á salvar los Pirineos, respecto á fundar un imperio gótico en la Península, puso inmediatamente en ejecucion el tratado en todo aquello que podia conducir á la realizacion de su proyecto.

Otra vez, como habia venido sucediendo desde el establecimiento de los Fenicios, y como acontecerá de continuo hasta la época de la definitiva consolidacion de la nacionalidad española, Andalucía va á ser el teatro donde los pueblos bárbaros

estrangeros que invadieron la Península se disputen el dominio de España.

Dicho se está cuál debió ser la situacion de la Bética romana, en los años de su ocupacion por los *Vándalos* y los *Silingios*, pueblo que aquellos habian traido consigo de la Germania. Devastada, empobrecida, despoblada y reducida á escombros sus grandes y florecientes ciudades y los magníficos monumentos erigidos en los buenos tiempos de Roma, yacia perdida su agricultura, su industria y su opulento comercio, postrada cual ninguna otra provincia de España al rigor del mas despiadado destino. Fué la mas infeliz porque era la mas culta, la que mayor y mas rica presa ofrecia á sus bárbaros devastadores, y amontonáronse en su suelo mas ruinas porque ofreció mas alimento al vandalismo asolador de las hordas salvajes que acamparon en su suelo.

Sin embargo; del esceso del mal se produjo un principio de reaccion hácia la senda del bien. Gunderico, caudillo y rey de los Vándalos, en cuanto creyó tener asegurada su conquista, ajustó, segun escribe Procopio, (Guerra de los Vándalos) un tratado con el débil Honorio, por el cual el emperador se obligaba á dejarle en tranquila posesion del país que ocupaba, bajo la condicion de que los bárbaros permanecerian dentro de los límites que se les señaló; que se reconocerian tributarios del imperio; que respetarian la vida y hacienda de los hispano-romanos, y que no contestarian el derecho que tenian las familias que emigraron para salvar-

se de las violencias de los conquistadores, á reclamar sus bienes, á pesar de la prescripcion de treinta años que concedian las leyes romanas. Este tratado debió ser fielmente observado por *Gunderico* y sus vándalos, despojados ya probablemente de una parte de su ruda ferocidad á influjo del clima de Andalucía, y de las comodidades y regalo que debieron encontrar en la region de España mas pródigamente dotada por la naturaleza. En efecto, segun dice Paulo Orosio, los vándalos no solo cesaron en sus inauditas devastaciones, sino que se mostraron tan solícitos en establecer la paz y la confianza en el pais, y en cultivar la tierra, como crueles y depredadores se habian manifestado en los primeros tiempos de su estancia en ella. Y hay más; llevaron su tolerancia y humanidad á tal punto, que segun afirma el mismo historiador, vivieron en tan buena amistad con los naturales, y de tal manera se acomodaron á subsistir en una condicion cercana á la cultura, que, «algunos españoles se hallaban mejor con la pobreza libre en que ahora vivian que con la servidumbre rica y cargada de tributos que con los romanos habian tenido» Empero lo que prueba cuanto se habia amansado la feroz y bravía condicion de aquel pueblo en los pocos años que permaneció en Andalucía, es lo que de él cuenta Procopio, refiriéndose á su estancia en la Mauritania. «Se regalan estos hombres, dice, con mucha afeminacion, en medio de la miseria de los mauritanos. En sus mesas se sirve diariamente lo mas regalado que produce el África. Se visten

con ropajes magníficos. Su vida es un continuo pasatiempo en teatros, carreras de caballos, cacerías, bailes, música y canto; celebran opíparos banquetes en los jardines y en el campo.» Como se vé 18 años de mansion en Andalucía, les habian hecho cobrar aficion á los deleites.

Los Vándalos, pues, cansados de destruir, dejaron descansar la tierra de Andalucía para que no les faltase el necesario sustento. Desgraciadamente este reposo no fué de larga duracion. Los Alanos, pueblo el mas feroz y montaraz de los cuatro que en estos años ocupaban grandes porciones de la Península, irritados con la paz que los Vándalos habian hecho con el emperador, ó envidiosos del relativo bienestar que estos y los Silingios disfrutaban en Andalucía, salieron de la Lusitania y se lanzaron á saquear las comarcas andaluzas. La irrupcion de los Alanos debió coincidir con la acometida que Walia, en cumplimiento del tratado celebrado con Constantino, llevó á cabo contra los Vándalos de Andalucía.

En vano Gunderico trató de resistir el tremendo empuje de la doble acometida: vióse arrollado por el número de sus enemigos, y se retiró á Galicia en busca de un refugio entre los Suevos. Estos debieron dispensarle buena acogida, puesto que con su auxilio regresó sobre Andalucía, de donde á su vez espulsó á los Alanos que se retiraron por la Celtiberia y la Carpetania, cuyas tierras asolaron ferozmente, y de cuyas ciudades arrojaron á los romanos que hasta entonces habianse sostenido en ellas.

Desde luego se deja comprender cual seria la suerte de los pueblos andaluces víctimas de la rapacidad y de las sanguinarias rivalidades de aquellos bárbaros sin freno, destructores por costumbre y por la soez ignorancia que sacaron de sus bosques, y de la que no se despojaron en los años que llevaban de acampados en medio de pueblos cultos.

Entre tanto, Walia, despues de su campaña en Andalucía, intentó una espedicion á África para apoderarse de los paises que en ella poseia el imperio; espedicion que frustró una recia borrasca que dispersó su flota, y puso en el mayor aprieto á los godos que á duras penas pudieron regresar á las costas de donde acababan de salir.

No bien repuesto del pasado quebranto, Walia que no dejaba de insistir en sus proyectos de fundacion de un imperio godo en España, dió comienzo á nuevas hostilidades contra los Vándalos; tomóles parte de la tierra que ocupaban y los obligó á vivir en mayor estrechura de la que antes tenian. A seguida, revolvió contra los Alanos de la Lusitania; los batió en todos los encuentros y los deshizo en términos de que los escasos restos de su anterior poder tuvieron que refugiarse entre los Vándalos en Andalucía. Alentado con tan repetidas victorias, proyectó dirigir sus armas contra los Suevos de Galicia; mas tuvo que desistir de su propósito al saber que habian reconocido la soberanía de Roma, y héchose tributarios del imperio.

Satisfecho el emperador Honorio con los triun-

fos de Walia, que suponia redundaban en favor del imperio, recompensó al caudillo-rey de los Godos, dándole la segunda Aquitania, ó país de Burdeos, y la tercera, esto es, el país de Auch, (Gascuña francesa) junto con una parte de las provincias que habia conquistado en España.

Walia fijó su asiento y la córte de su imperio en Tolosa, que fué por largo tiempo la capital de los Godos en las Galias. En ella murió por los años 420, el primero que comenzó los cimientos del edificio de la monarquía Goda en España.

En aquel mismo año, Paulo Orosio, que repetidas veces hemos citado, presbítero y natural de Tarragona, concluyó de escribir su historia que lleva el título de *Historiarum adversus paganos*, la que dirigió al glorioso doctor S. Agustin, de quien fué amigo, así como del bienaventurado doctor San Gerónimo. La historia de Orosio ha sido traducida varias veces á la mayor parte de los idiomas de Europa.

Muerto Walia, á los tres años de su reinado, los Godos aclamaron á Teodoredo (ó Teodorico). Al poco tiempo del advenimiento de este príncipe, Gundérico, rey de los Vándalos, repuesto del pasado quebranto ó juzgando la ocasion oportuna, dada la anarquía en que se encontraban sumidas todas las provincias del imperio «tomó avilantez,—como dice Ambrosio de Morales refiriéndose á San Isidoro, á Paulo Diácono y á la Crónica antigua,—de alterar á España y quererse hacer señor de toda ella.» En efecto; parece que olvidando los bene-

ficios recibidos y atropellando lo que Walia pocos años, acaso meses ántes habia respetado, es decir, la soberanía que habia reconocido Roma, marchó contra Hermenerico, rey de los Suevos, y se entró por Galicia talando sus tierras y saqueando sus ciudades.

Este hecho, á mas de confirmar la alusion que anteriormente hicimos respecto al estado de completa anarquía en que se encontraban todas las provincias del imperio, revela cuántos eran los recursos naturales y la riqueza de Andalucía, cuando á pesar de los años de desolacion y esterminio que venian pesando sobre ella, todavía suministraba medios á sus bárbaros opresores para emprender espediciones militares tan costosas y arriesgadas.

Los Suevos, no solo resistieron gallardamente el ataque de los Vándalos, sino que los obligaron á abandonar la temeraria empresa que habian acometido. Gunderico regresó á Andalucía, donde su genial movilidad, y la desatentada ambicion de engrandecimiento que se habia apoderado de él no le dejaron permanecer mucho tiempo en reposo. En efecto, verificó muy luego una nueva espedicion militar; por esta vez por las costas de Valencia, cuyas ciudades marítimas saqueó, incluso Cartagena que destruyó hasta asolarla del todo; y despues de hacer sufrir el rigor de sus vandálicas depredaciones á las islas Baleares, y de haber pirateado con incansable fortuna por aquellos mares, regresó á Andalucía cargado de botin y con ánimo de espulsar de ella á los Silingios, pueblo en cuya

compañia los Vándalos habian vivido desde su salida de la Germania. Las breves y descarnadas crónicas que refieren aquellos sucesos, nada dicen de las causas que motivaran la guerra entre Vándalos y Silingios, solo sí que Gunderico tomó y saqueó á Sevilla, donde murió á los diez y ocho años de reinado (421).

Muerto Gunderico, los Vándalos eligieron para reemplazarle á su hermano bastardo llamado Geneserico, quien continuó tiranizando la infortunada tierra de Andalucia, hasta que un acontecimiento inesperado vino á libertarla de aquella plaga asoladora.

El emperador Honorio, á su muerte acaecida en 424, dejó el trono al niño Valentiniano III, hijo de su hermana Placidia, que quedó encargada de la regencia durante la menor edad del nuevo emperador. Una intriga de córte destituyó al conde Bonifacio de la prefectura de África que estaba desempeñando por nombramiento de la Regente. Ardiendo en sed de venganza, Bonifacio, solicitó el auxilio de los Vándalos de Andalucía, á quienes ofreció las dos terceras partes de las tierras que conquistasen á los romanos si le daban ayuda. Geneserico, no, la Providencia que por los mas ocultos y desconocidos caminos conduce á los pueblos al término que les tiene señalado, aceptó la proposicion; y halagado con la esperanza de abrir un nuevo campo á sus instintos espoliadores, dispuso ejecutivamente la trasmigracion de su pueblo de soldados, que en número de ochenta mil, con sus mugeres, sus hi-

jos y cargados con el rico botin fruto de sus saqueos y piraterías, cruzaron el estrecho de Gibraltar (428), y entraron en la Mauritania, de la que se apoderaron enteramente, á despecho del conde Bonifacio, que muy luego hubo de arrepentirse de su traicion.

Andalucía respiró al verse libre de aquellas hordas feroces que la despedazaran sin piedad durante tantos años. Desgraciadamente su alegria fué de corta duracion.

Los Suevos, los únicos que habian quedado en España, despues del esterminio de los Alanos por los Godos al mando de Walia, y de la trasmigracion de los Vándalos llamados al Africa por el resentimiento de un prefecto romano, viendo abandonadas las provincias meridionales dispusieron apoderarse de ellas. Al efecto llevaron á cabo una invasion contra la cual se opusieron en vano los hispano-romanos, que fueron vencidos en una batalla campal empeñada cerca del Genil. Victoriosos los Suevos, ocuparon á Sevilla y Mérida, y en pocos años llegaron á dominar las tres provincias de Galicia, Lusitania y Andalucía.

IX.

LOS GODOS EN ANDALUCÍA.

DESDE LA TRASMIGRACION DE LOS VÁNDALOS AL ÁFRICA 428, HASTA LA MUERTE DE RECAREDO, 601.

Hemos llegado al segundo período, el mas corto, pero indudablemente el mas importante y digno de estudio, de aquellos en que se divide la historia general de España; período en el cual comenzaron á echarse los cimientos de nuestra nacionalidad; en el que tuvo principio nuestra unidad de raza y carácter; en el que se redondeó, por decirlo así, la Península políticamente hablando, y en el que se operó la inmensa, la radical trasformacion religiosa, social, política, económica y administrativa de la nacion española.

Y sin embargo; en este período tan fecundo en acontecimientos; en este período durante cuyo curso nuestro país caminó al frente de la civilizacion de Europa, salvo el Bajo-imperio; en este período,

en suma, que marca una línea divisoria perfectamente perceptible y hondamente acentuada entre el mundo antiguo y el mundo moderno, siendo España quien en realidad la trazó constituyendo la primera monarquía en Europa y sentando la piedra angular sobre la que descansa todo el edificio constitucional moderno; en este período, repetimos, no es la historia propiamente dicha de España la que vemos desarrollarse á nuestros ojos, sino la de un pueblo ó raza estrangera, que acampó en nuestro suelo, al que llegó semi-bárbaro, y del que desapareció completamente en *una hora*, despues de una dilatada estancia de 297 años, tiempo trascurrido desde que *Ataulfo* (414) tomó posesion de Barcelona, hasta que *Rodrigo* (711) se sepultó en las aguas del Guadalete.

Ociosa tarea seria, por lo poco pertinente á nuestro asunto, dado que no es la historia general, sino la de una provincia de España la que escribimos, el desarrollar ámpliamente la tésis que dejamos sentada, y aducir pruebas y razones que justificasen una opinion de que participan muchos de los que han dedicado sus vigilias al estudio de este período de nuestra historia nacional.

Empero no podemos dejar pasar en silencio un hecho capital; hecho que por sí solo revela lo atinado de aquel juicio. Este hecho es, el total esterminio en un dia, á resulta de una primera y última batalla, de un pueblo entero, que durante tres siglos se estuvo nutriendo y robusteciendo para formar una nacionalidad libre, poderosa é indepen-

diente. Si la historia de aquel pueblo fué la historia del país que habitaba ¿por qué este país no desapareció con él? Preguntádselo á la ley de razas, que dividió la España en dos porciones; la una con su historia desconocida, por mas que fuera la verdadera nacional: la otra con su historia conocida que es la de la raza goda, acampada en nuestro suelo, donde se mantuvo en tanto que no vino otra raza estrangera á lanzarla de él.

Los Godos, pues, fueron mas estrangeros en España, y particularmente en Andalucía, que ninguno de los otros pueblos que la invadieron y dominaron durante una larga série de siglos. Andalucía que fué completamente romana desde Escipion hasta los primeros años de la reconquista, durante los cuales los árabes llamaron todavía romanos á los españoles; que fué enteramente musulmana hasta que el flujo y reflujo de los acontecimientos de la guerra lanzó la irresistible oleada del cristianismo por encima de los montes Marianos, y acabó por encerrar en el estrecho recinto de los muros de Granada el espirante islamismo, nunca fué goda en la acepcion de la palabra, por mas que el gobierno de los Godos se estableciera en Sevilla desde Amalarico hasta Atanajildo, es decir, durante los 43 años que mediaron entre el 511 al 554.

Sin embargo; no es posible separar completamente una de otra ambas historias, ni los dos pueblos en la referencia de los hechos, y sobre todo en razon á la influencia que el uno ejerció sobre el

otro; el hispano-cristiano-romano civilizando al Godo, el Godo levantando el carácter, la dignidad, la entereza y las costumbres públicas y domésticas del español.

Existe, además, un lazo que los une estrechamente; un principio, á manera de crisol, en el que se funden los dos, en todo, menos en lo que se refiere á la organizacion político-administrativa del pais, en la cual se mantiene rijido é inflexible el antagonismo de razas; una base, en fin, sobre la que se levanta en comun el edificio de la sociedad goda y el de la sociedad española. Este lazo, este principio, esta base, es aquella cultura amasada con los restos de la civilizacion romana salvados del naufragin general, y son los grandes principios de la civilizacion cristiana que tan profundamente se arraigaron desde luego en España.

Suprimid el poderoso elemento cristiano, y ni España ni la monarquía goda subsisten un solo dia despues de la irrupcion de los Vándalos, Suevos y Alanos: suponed, tambien, si quereis, existente España, y verificada la invasion de los Godos á pesar de aquella inmensa catástrofe, y la separacion de las dos razas se hace irresistible y completa; es mas, no llegan á formar, ni la una ni la otra, ni unidas ambas por los lazos del suelo que las sostiene en comun, una verdadera nacion en condiciones de existencia libre, independiente y respetada como tal por sus vecinos.

En efecto; sustraed el cristianismo; suponed efectuada la invasion de los Bárbaros en las pro-

vincias del imperio, y particularmente en España antes de la predicacion del Evangelio; imaginad á *Odin* con sus fiestas en que se degollaban 99 hombres y otros tantos gallos, perros y caballos; los lúbricos escesos á que se entregaban los Bárbaros en memoria de *Freya* diosa del amor, de la mitologia escandinava, abandonada por su esposo *Odrr*, y *Herta*, la tierra á quien se ofrecian sacrificios humanos; imaginad, repetimos, este Olimpo de fieras en lucha con los Dioses del politeismo romano, *Júpiter Prædator*, Júpiter convertido en lluvia de oro para seducir las mugeres; Venus, Adonis, Priapo, es decir, el sensualismo y la lascivia; las fiestas Lupercales, las lúbricas danzas de Flora y los combates de los gladiadores, verdaderos *sacrificios humanos* hechos en honor del Dios-pueblo de Roma..... y decidnos, ¿hubiera llegado á formarse la nacionalidad española? No; ambas se hubieran sepultado en el cáos de la barbárie despues de háber sido hechas pedazos por los Vándalos, y amasadas con sangre bajo los piés de los Alanos. Porque, no hay que perder un momento de vista, que si los Godos tuvieron mas partido en España que otra raza alguna de Bárbaros, lo debieron á su cualidad de cristianos con la que aparecieron desde luego en el país.

En el cristianismo, pues, y solo en el cristianismo llegaron á fundirse los dos pueblos, el conquistador y el conquistado; fuera de él cada uno vivió dentro de sus costumbres y de su ley civil; los Españoles con el derecho romano, los Godos

con el *Breviario de Alarico*, hasta el tiempo de Recesvinto, unos sesenta años antes de la catástrofe de Rodrigo.

Solo hay una gloria que se hizo comun á los dos pueblos en el periodo histórico que venimos bosquejando; y esta es, la gloria de la Iglesia española. Los concilios, sus leyes civiles y canónicas: el célebre código conocido con el nombre de *Fuero Juzgo* y *Libro de los Jueces*, monumento legislativo el mas ordenado y completo de cuantos cuerpos de leyes se hicieron despues de la caida del imperio romano; Paulo Orosio; Orense, obispo de Iliberis; Severo de Málaga; Quirino de Barcelona; Bráulio de Zaragoza; Eutropio de Valencia, Eugenio de Toledo; Isidoro de Beja; Máximo, historiador de España; Pablo, diácono de Mérida, y San Leandro y San Isidoro de Sevilla, nombres que hacen honor á la literatura sagrada de su época, y en particular el último, que merece el dictado de restaurador de las letras y de los estudios en España, son glorias comunes, repetimos, á los dos pueblos; pero fuera de ellas cada uno gira dentro de su órbita; estrecha la del uno, dada la inferioridad á que le condena el orgullo y altivez de sus conquistadores; ámplia y dilatada la del otro, como que contiene la política, la administracion, el gobierno, toda la vida oficial, todas las fuerzas activas del país, es decir, el poder supremo, la diplomacia, la magistratura, el ejército, el gobierno de las provincias y el de las ciudades y plazas fuertes.

Hé aquí por qué hemos dicho que no es la his-

toria de España la que vemos desarrollarse á nuestros ojos durante este período, sino la historia del pueblo Godo; que si bien dió á los españoles una nueva constitucion política y civil, recibió de ellos en pago una cultura de que carecia á su llegada; cultura que algunos autores llaman *gótica*, y que nosotros llamamos sin vacilar, *hispano-cristiana*.

Una palabra todavia y terminamos esta impertinente digresion, que pertenece mas bien á la historia general de España que á la particular de Andalucía. Hemos tenido una España de los Cartagineses; una España de los Romanos; ahora, en los tiempos que venimos historiando, tenemos una España de los Godos; pero una España de los Españoles, no la tendremos hasta que suene por primera vez en la historia el nombre de COVADONGA.

Y, cosa verdaderamente estraordinaria; ni aun entonces Andalucía será de España. Continuará separada del concierto de las otras provincias de la monarquía, hasta que Fernando III é Isabel I pongan término á esta monstruosa irregularidad, que constituyó, desde su orígen hasta el último tercio de la Edad media, el carácter peculiar, distintivo de esta region de España.

Desde la trasmigracion de los Vándalos al África, y la irrupcion y establecimiento de los Suevos, procedentes de Galicia, en las provincias del Mediodia hasta los reinados de Amalarico, Atanajildo y principalmente de Leovigildo, la provincia de

Andalucía no suena en la historia de una manera que merezca particular mencion. Debiéramos, pues, hacer caso omiso de todos los acontecimientos que se sucedieron hasta llegar á los años desde el 511, hasta el 585, durante los cuales Andalucía vuelve á figurar, principalmente, como dejamos dicho, en el reinado de Leovigildo, si la importancia de aquellos sucesos, y el deseo de rectificar un error histórico demasiado generalizado, no nos indujera á referirlos aunque sea compendiosamente.

Hélos aquí.

Conceptuando *Teodoredo*, que sucedió á Walia por los años de 420, demasiado estrechos para contener su noble ambicion los límites de la Aquitania, formó el propósito, aprovechando la espantosa anarquía que devoraba las provincias del imperio de Occidente, de recobrar toda la tierra de la Galia que Honorio cediera á *Ataulfo*. Siguiéronse de aquí largos años de guerra que terminaron hácia el 439 pidiendo la paz la corte imperial, y dejando á Teodoredo en posesion de todos los Estados de la Galia que ambicionara y que habia conquistado.

Poco tiempo despues un suceso memorable en los anales de la historia universal, obligó á los romanos, francos y godos que continuaban guerreando ferozmente en las Galias, á reunirse para combatir una nueva y la mas terrible invasion de los bárbaros procedentes del Septentrion. ATILA, el *azote de Dios*, habia penetrado en la Galia (451) al frente de mas de medio millon de guerreros. El ejército franco-romano-godo, le salió al encuentro

en los célebres *Campos Catalaunicos* cerca de *Chalon-Sur-Marne*. La batalla fué la mas porfiada y sangrienta que vieron los siglos. Se calcularon en 200,000 hombres próximamente, los que murieron en ella. El cadáver del valeroso Teodoredo encontróse debajo de un monton de hunos. ATILA quedó vencido.

Los Godos proclamaron á su hijo *Turismundo*, que al año de reinado fué asesinado por sus dos hermanos Teodorico y Frederico. El primero fué alzado rey, y el segundo enviado á la Tarraconense.

El año 456, Teodorico traspuso los Pirineos al frente de un ejército para combatir á los Suevos y su rey Rechiario, que despues de haber saqueado la provincia de Cartajena regresaban á Galicia cargados de botin. Alcanzólos en la llanura de Páramo, á cuatro leguas de Astorga, y los derrotó completamente. Despues de esta victoria Teodorico continuó estendiendo su dominacion en la Península, se apoderó de Andalucía y de casi toda la España; pero no por cuenta propia, sino en nombre del Emperador de Occidente.

Teodorico murió asesinado por su hermano Eurico (466) en Tolosa, donde continuaba establecido el gobierno y la corte de los reyes Godos.

Ascendido al trono el fratricida Eurico, procuró realizar á fuerza de valor é infatigable perseverancia el pensamiento de Ataulfo, al que ninguno de sus sucesores habia renunciado; esto es, el fundar un imperio Godo independiente con todas las pro-

vincias que Roma habia poseido en las Galias y en España. Favorecióle la fortuna aun mas allá de lo que su ambicion podia esperar, visto que en pocos meses se hizo dueño de la Galia, ocupó Arles, Marsella, Clermon, y Burdeos, y en cosa de tres años realizó la conquista de toda España, escepto la region que ocupaban los Suevos en Galicia.

¿En qué estado se encontraba á la sazon, el imperio romano de Occidente? Deshacíase á pedazos como cuerpo muerto cuya descomposicion aceleraban á ojos vistas las desordenadas pasiones de Valentiniano, hijo de Placidia; la cobardía de Máximo, su asesino y sucesor; el saqueo de Roma por Genserico y sus vándalos que vinieron de África llamados por Eudoxia, viuda de Valentiniano; la ineptitud de Avito, proclamado emperador de los romanos por los Godos congregados al efecto en Arles; y, en fin, otro sin número de emperadores de pura raza bárbara hasta *Rómulo Augustulo*, hijo de Orestes, secretario que habia sido de Atila, quien fué despojado de la púrpura y desterrado por Odoacro, gefe de los Hérulos, que se hizo proclamar Rey de Italia.

En Agosto del año 476 despues de J. C. el Senado de la que fué Roma, declaró que el Capitolio abdicaba el imperio del mundo.

Asi concluyó el de Occidente á los 1229 años de la fundacion de Roma, 507 despues que la batalla naval de Accio dió el primero de los sesenta y tres emperadores que tuvo la ciudad de Rómulo. De sus ruinas nació la Europa moderna.

Uno de los primeros actos del *primer rey de Italia*, Odoacro, fué confirmar á Eurico en el derecho á la posesion del imperio que se habia formado aquende y allende el Pirineo. No la necesitaba por cierto el rey de los Godos, cuyas conquistas pusieron término para siempre á la dominacion de Roma en España. Bajo Eurico, *primer soberano independiente de España*, el reino Visigodo alcanzó el punto culminante de su grandeza y estension, puesto que comprendia aquende los Pirineos, la Península toda, escepto Galicia, y allende, la Galia desde el Ródano y el Loira hasta el Occéano, y además todo el pais de Durazo, el mar y los Alpes Ligurios. Fué la mayor monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente.

Eurico, pues, fué real y verdaderamente, el *primer* rey Godo de España. Los que hacen comenzar la cronolojía de aquellos soberanos en Ataulfo, olvidan que este, así como Sigerico, Walia, Teodoredo, Turismundo, Teodorico, y el mismo Eurico durante los primeros años de su reinado, solo poseyeron en España la Tarraconense; y esto bajo la autoridad de los emperadores de quienes fueron tributarios; que cuantas guerras y conquistas hicieron en la Península tuvieron por objeto mantenerla bajo la obediencia de Roma por mandato de la cual las llevaron á cabo; que de la misma manera que los Godos poseyeron la Tarraconense, los Vándalos poseyeron la Bética y los Suevos Galicia, es decir como grandes feudos dependientes de los emperadores, á quienes pagaban crecido tributo; y sin

embargo nadie ha llamado reyes de España á los soberanos que se dieron aquellos pueblos; y por último que todos los reyes Godos hasta Amalarico, tuvieron su corte y el asiento de su Gobierno, en Tolosa, capital de la tercera Aquitania; de forma que con la misma ó mas razon que se llamaron reyes de España, pudieron llamarse reyes del Mediodia de la Galia, donde poseyeron hasta Eurico muchísimo mas territorio que en España.

Eurico murió en la ciudad de Arlés, en Setiembre del año 484, habiendo reinado gloriosamente por espacio de 19.

Sucedióle su hijo, Alarico II, príncipe tan débil como enérgico y valeroso habia sido su padre. Sin embargo, dotó á su pueblo de un código de leyes conocido por el *Breviario de Alarico*. Murió el año 507 en una sangrienta batalla empeñada en Vouglé, cerca de Poitiers, contra los francos, cuyo rey Clodoveo la provocó «no pudiendo sufrir, como decia, que los Visigodos arrianos imperasen en la mas bella porcion de la Galia.»

Las consecuencias de aquella derrota fueron para los Godos la pérdida de toda la Galia meridional, escepto la Septimania Narbonense, y el tenerse que reconcentrar en España; lote que les habia señalado la Providencia en el reparto de las provincias del imperio romano, y en donde estaba su porvenir.

Alarico II dejó dos hijos; uno legítimo llamado Amalarico, de edad de cinco años, y otro ilegítimo, Gesaleico de 19; á este alzaron rey los Godos te-

niendo las consecuencias de una larga minoría. Por mas que esta eleccion se fundara en una razon de interés y utilidad para la república, y que el principio hereditario en la monarquía no formase parte de la constitucion política del pueblo Godo, es lo cierto que fué causa de una porfiada guerra entre los Visigodos y Ostrogodos, promovida por Teodorico, rey de Italia, y abuelo de Amalarico, como padre de su madre Teudetusa. Tras várias vicisitudes, Gesalico fué muerto en una batalla empeñada cerca de Barcelona entre el ejército Ostrogodo de Teodorico y los parciales del bastardo. El rey de Italia nombró regente del reino durante la menor edad del príncipe, á un noble de reconocida virtud y prudencia, llamado Teudis; mas andando el tiempo, receloso de la popularidad que se habia granjeado el regente, apresuró la declaracion de mayor edad de su nieto (524). Viéndose Amalarico en situacion de gobernar por sí mismo el reino, pidió y obtuvo por esposa á la princesa Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los cuatro reyes Francos. Este matrimonio fué desgraciado por ser Amalarico acérrimo arriano, y celosa católica su esposa; diferencia de religion que fué causa de una sangrienta guerra entre los cuñados. Murió en ella desastrosamente Amalarico, y los Godos perdieron la mayor parte de sus posesiones en la Galia meridional.

En tiempo de este rey, el gobierno y córte de los visigodos, que estuviera hasta entonces en la Galia gótica, SE TRASLADÓ Á SEVILLA, cuya silla me-

tropolitana egercía á la sazon «cierta manera de primacía, y estaba considerada casi como la cabeza de la Iglesia de buena parte de España.»

Así lo dice Ambrosio de Morales, con referencia á las crónicas de aquellos tiempos. Como se vé, pues, Andalucía continúa siendo la region predilecta de los pueblos conquistadores de España; la que vé en su suelo nacer y fenecer todas las dominaciones, desde los Fenicios, quince siglos antes de J. C., hasta la musulmana, quince siglos tambien despues del nacimiento del Hijo de Dios.

No habiendo dejado sucesion Amalarico, los Godos aclamaron á Teudis, (532) el ex-regente de grata memoria para el país. Durante su reinado los reyes Francos Childeberto y Clotario llevaron á cabo una invasion en España. Tomaron por fuerza de armas á Pamplona y Calahorra y pusieron sitio á Zaragoza. En su retirada á Francia fueron atacados por un ejército godo en los desfiladeros de los Pirineos, donde la retaguardia del suyo fué pasada á cuchillo.

Teudis murió asesinado por un loco, (548) poco tiempo despues de la derrota que sufrió delante de la plaza de Ceuta, de la que se habian apoderado los imperiales al mando de Belisario, despues de haber destruido el reino de los Vándalos en África.

A Teudis sucedió Teudiselo; quien al año y medio de reinado, murió asesinado en Sevilla, en un banquete que diera á los principales de la ciudad. Su vida relajada y sus inauditas tropelías le condujeron á tan triste fin.

Diéronle los Godos por sucesor á Agila, hechura, probablemente, mas bien de una parcialidad que de la mayoría de la nacion; puesto que á los pocos dias estalló una sublevacion en Andalucía, cuyo orígen callan las breves crónicas de aquellos tiempos. Entre las ciudades que recurrieron á las armas para protestar contra su eleccion, aparecen en primer lugar Córdoba y luego Sevilla. Contra la primera marchó Agila al frente de un numeroso ejército que fué derrotado á la vista de la plaza por los cordobeses. El rey perdió un hijo en la batalla, y se retiró inmediatamente despues de haber sufrido el descalabro. La noticia del suceso de Córdoba, produjo un movimiento en Sevilla, que muy luego tomó el carácter de abierta rebelion. Un magnate llamado Athanagildo, hombre ambicioso y astuto político, que parece fué el principal motor de aquella discordia civil, se puso al frente del movimiento y lo dirigió hasta su desenlace. Para asegurar el triunfo de su causa, hizo alianza con el emperador de Oriente, Justiniano, quien le proporcionó tropas y recursos de todas clases, recibiendo en pago las costas españolas del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta los confines de Valencia. Los historiadores de aquellos tiempos no dan pormenores de la guerra civil que durante tres ó cuatro años turbó la paz de Andalucía, la única provincia de España que, al parecer, sufrió sus terribles consecuencias. Solo refieren, que por los años de 554, Agila marchó con numerosas tropas contra Sevilla, principal centro de la insurreccion, y que

fué derrotado bajo sus muros por el ejército aliado godo-romano. Perdida la batalla, retiróse Agila á Mérida, donde le dieron muerte los suyos para poner término á las calamidades que afligian al país, y proclamaron á Atanagildo (554).

No se mostró el nuevo rey muy agradecido con el país á quien debia su engrandecimiento; puesto que en el mismo año de su proclamacion, trasladó la córte y asiento del gobierno á Toledo, despues de 43 años que habia permanecido en Sevilla. Andalucía no obtuvo de tan señalado honor otro beneficio, que sepamos, sino los desastres de la guerra civil que provocó y sostuvo durante 4 años por ceñir la corona en las sienes de quien le pagó con tan señalada ingratitud.

Atanagildo falleció en Toledo á los trece años de pacífico reinado (567).

Despues de Atanagildo hubo un interregno cuya duracion no fijan los historiadores de aquel tiempo, al que pusieron término los grandes de la Galia Gótica, proclamando á *Liuva*, hombre de carácter modesto y de rectas intenciones, quien no encontrándose con fuerzas suficientes para llevar tan pesada carga, pidió á los grandes que le dieran por compañero en la gobernacion del Estado á su hermano Leovigildo. Hiciéronlo así, y Liuva dividió el imperio, señalando á su hermano el gobierno de la España toda, y reservando para él la pequeña porcion de la Galia Gótica. Este buen rey murió en sus Estados en 572.

Con su muerte quedó todo el reino encomen-

dado á la superior inteligencia de Leovigildo, »príncipe animoso y de altos pensamientos.»

Guerra civil en Andalucía.

Vamos á bosquejar en grandes rasgos, tal cual lo exige la índole de nuestro trabajo, y tal como nos lo permite la falta que tenemos de documentos suficientemente extensos, y de noticias circuntanciadas, que no se encuentran en ninguna de las crónicas contemporáneas de los sucesos ni en las posteriores que se ocupen de ellos, una de las épocas mas interesantes de la historia de Andalucía, durante el período de la dominacion goda en España. Solo han llegado hasta nosotros los acontecimientos de mas bulto que tuvieron lugar durante su curso, ó hablando con mas exactitud, solo conocemos los resultados y los efectos de una causa que permanece todavía oculta; si bien creemos vislumbrarla por entre las noticias confusas y frecuentemente contradictorias que nos suministran los cronistas contemporáneos ó testigos de los sucesos; como Juan de Valclara que los escribió desde la celda de su monasterio fundado en la falda del Pirineo, y San Gregorio Obispo de Tours, historiador de los Francos.

Para mayor claridad debemos retroceder un poco, á fin de encontrar el orígen, el principio, la causa, impulsiva de la guerra civil-religiosa que

durante el reinado de Agila y los primeros años del de Leovigildo, conmovió hondamente la Andalucía; guerra cuyas consecuencias, despues de haber modificado las condiciones de la existencia política y social de los Godos en España, han llegado hasta nosotros y alcanzarán á las generaciones que nos sucedan.

Hemos indicado, en uno de los capítulos anteriores, que Andalucía fué una de las provincias de España donde mas progreso hizo el cristianismo desde los primeros siglos de nuestra era. Invocamos de nuevo en favor de esta opinion, el Concilio Iliberitano y los resultados que inmediatamente produjo. Mas tambien hemos dicho repetidas veces, que fué la *provincia mas romana de todas;* y ahora agregamos, que fué aquella donde por mas largo tiempo se conservaron despues de la caida del imperio de Occidente, las tradiciones romanas, así en lo relativo á los usos y costumbres, como en lo que se refiere al derecho civil, que se mantuvo hasta el reinado de Rescesvinto y al régimen municipal que todavía duró mas tiempo.

La invasion y estancia en su suelo de los Vándalos bárbaros é idólatras, y sus escesos y devastaciones en lugar de destruir las bases constitutivas de aquella sociedad, debieron afirmarlas, puesto que nada importaron ni en el órden moral ni en el material para reemplazarlas. Además, aventados los dioses del Panteon, y próximo á derrumbarse el Capitolio, no quedaba en Andalucía otro culto si no es el del *Dios verdadero,* ni otro poder alguno

religioso ni político que ejercieran presion sobre las conciencias.

Esto sentado, no creemos deba calificarse de temeridad, el afirmar, que siendo Andalucía eminentemente cristiana ortodoxa y esencialmente romana, es decir, culta como este pueblo y civilizada por la moral del Evangelio, no debió ser afecta á los Godos, arrianos acérrimos y semi-bárbaros todavía en tiempo de sus primeros reyes.

Hé aquí, á nuestro juicio, la verdadera causa de la guerra civil que estalló en Andalucía en cuanto los dos pueblos se pusieron en contacto inmediato, con la traslacion de la corte y gobierno de los Godos á Sevilla, por los años de 511.

Pruébalo, en efecto, la naturaleza y el resultado de la rebelion que se alzó contra el rey Agila, cuyo gobierno arriano parecía estar fuera de su lugar, establecido junto á la Silla metropolitana de Sevilla, *que ejercía cierta manera de primacía y estaba considerada casi como la cabeza de la Iglesia de buena parte de España*; y pruébalo tambien el que aquella rebelion, así como la que vamos á historiar en seguida, nacieron en Andalucía; no salieron de los límites de la provincia, y tuvieron su centro de movimiento en Sevilla, donde como hemos dicho, residia la cabeza de la Iglesia de buena parte de España.

Mas, ¿cuál fué la bandera ó el pretesto que invocó la rebelion en tiempo de Agila? ¿Quién la acaudilló? Respecto á la causa eficiente, las diminutas crónicas contemporáneas de los sucesos, pa-

recen ignorarla; respecto á su gefe, nombran á Atanagildo. ¿Quién fué Atanagildo? Un magnate godo ambicioso y astuto de quien dice Gregorio obispo de Turs, *que ocultamente era católico*. ¿Quién fué Agila? Un rey legítimo dentro del derecho constitucional de la monarquía goda, pero celoso arriano como todos sus predecesores.

Agila se apoya en su derecho y en las armas de su pueblo arriano. Atanagildo en los pueblos de Andalucía católicos, y en las tropas que á solicitud suya le envió el emperador de Oriente, católicas tambien, y además romanas; por cuya razon fueron recibidas como hermanos en la provincia sublevada. Aquí tenemos, pues, frente á frente en contienda civil, el catolicismo y el arrianismo: los andaluces y sus aliados los imperiales, católicos, y los godos arrianos.

Los primeros salen triunfantes, y el vencido Agila muere asesinado por los suyos, que proclaman rey á su victorioso competidor.

Pero se dirá; ¿cómo es que habiendo triunfado el partido católico y profesando aunque en secreto la misma religion, Atanagildo, abandona este inmediatamente despues de su eleccion el país á quien debe su encumbramiento, y traslada la corte y el gobierno á Toledo de donde ya no salió hasta la destruccion de la monarquía goda? Lo ignoramos, y nada dicen las crónicas acerca de este particular. Mas ¿no pudo ser resultado de una concesion hecha al arrianismo, harto poderoso todavía en la España goda para que un rey *electivo* que to-

maba posesion del trono despues de dos, de muchos reyes asesinados por sus electores, se atreviese, fuesen las que fueran sus secretas creencias religiosas, á chocar violentamente con la religion que profesaba su pueblo? ¿No pudo haberle sido impuesta aquella condicion por los grandes que le proclamaron, deseosos de trasladar la corte á otra provincia donde pudiese subsistir y desarrollarse mas á sus anchas el arrianismo, sin temor á la peligrosa vecindad del catolicismo, y á los obstáculos que á su espansion debia oponer un culto contrario y profundamente arraigado en el país donde hasta entónces habia residido el gobierno?

La razon de Estado, su própia conservacion y las exigencias de una secta intolerante pudieron muy bien obligar á Atanagildo, á pesar de ser católico en secreto, á salir de Andalucía, país á quien debia, hasta cierto punto, la corona que ceñia sus sienes.

Muy luego veremos desarrollarse en mayor escala el antagonismo entre el elemento católico y el elemento arriano en Andalucía, y quedar justificado por medio de una sangrienta y porfiada guerra civil-religiosa que duró cerca de seis años, el juicio que acabamos de emitir.

De lo que dejamos expuesto anteriormente, se deduce cuán poco lisonjero y favorable para los intereses po íticos y morales de los godos seria el

estado de Andalucía. Así debió comprenderlo Leovigildo, puesto que uno de sus primeros cuidados, á los pocos dias de haber quedado único dueño del trono, fué disponer una espedicion militar contra esta provincia, donde el elemento católico prevalecia cada vez mas pujante, á resultas del señalado triunfo que habia obtenido en la pasada contienda civil.

Aumentábase la gravedad de la situacion para los Godos con la presencia de los imperiales llamados á España por Atanagildo para combatir á Agila; los cuales, como católicos tambien, ayudaban con el prestigio del nombre del emperador de Constantinopla, y con la fuerza de sus armas, á mantener vivo el espíritu de rebelion y el descontento público en Andalucía; refugio á la sazon, de todos los mal avenidos con la dominacion goda, que subsistian en él como una constante amenaza á la religion dominante en el gobierno de la Península.

En su virtud, Leovigildo, abrió ejecutivamente la campaña en Andalucía contra los imperiales, el mas importante elemento de fuerza con que contaban los católicos; tomando por pretesto de su violenta agresion el peligro que para la unidad é indepencia de España ofrecian aquellos advenedizos, que despues de haber arrebatado el África á los Vándalos, se habian establecido en las costas meridionales que tan imprudentemente les fueron cedidas por Atanagildo. Esto es lo que aparece de la relacion de las Crónicas de San Isidoro y de Valclara. Mas creemos que á Leovigildo le movieron

dos consideraciones para llevar á cabo su intento; la primera, la que queda expuesta; y la segunda, el quitar, á fuer de político hábil y previsor, la gran fuerza material que la alianza con los imperiales prestaba á los católicos andaluces, para destruirlos luego mas fácilmente, ó al menos someterlos sin resteneia á lo que la intolerancia de su secta pluguiera imponerles.

Andalucía, pues, se vió de nuevo trabajada por los males de una guerra que tuvo todo el carácter de religiosa. Leovigildo llevó sus armas por la region de los Bastetanos, que ocupaban casi toda la costa de Granada; despues pasó á tierra de Málaga de donde espulsó á los imperiales, y por último, les tomó todas las plazas fuertes que ocupaban, entre ellas Baza, Medina Sidonia, que le entregó la traicion despues de una larga y desesperada resistencia, y Córdoba, que desde su triunfo sobre Agila se habia mantenido en cierto estado de indepencia, gobernándose con el régimen municipal que los romanos establecieran en la ciudad en los tiempos de su dominacion. No hay que decir si la sangre corrió en los campos y ciudades de Andalucía, vertida copiosamente por el severo Leovigildo, y por la implacable crueldad de la intolerancia arriana.

Realizado tan felizmente el objeto de su espedicion (572), Leovigildo regresó á Toledo, donde fué recibido con inequívocas muestras de adhesion y respeto por los grandes del reino. El político príncipe juzgó la ocasion oportuna para insinuar una novedad de inmensa trascendencia en la constitu-

cion de su pueblo; que fué introducir cautelosamente el principio hereditario en una monarquía que desde su fundacion venia siendo electiva. Tomando, pues, pretesto de los grandes desórdenes que habia ocasionado en el reino la larga vacante del trono, y aduciendo el precedente de su propia participacion en tiempo de su hermano Liuva, propuso á los nobles, congregados al efecto, asociarse en la soberanía y autoridad real, á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Los magnates aprobaron la proposicion, y los dos hermanos fueron declarados príncipes de los godos y herederos del trono de su padre.

Leovigildo triunfaba como político y como guerrero. Encontrándose en tan buen camino, quiso continuar, sin darse descanso, la obra de la unidad nacional, como medio de asegurar definitivamente la estabilidad del imperio que su raza habia fundado en España. Al efecto llevó sus armas contra los cántabros, que se resistian al dominio godo, y los sujetó en 575. El mismo año firmó una tregua con el rey de los Suevos, Miro; tregua que fué una añagaza, y por último, dos años despues (577) subyugó igualmente á los habitantes de la Orospeda (hoy sierras de Alcaraz y de Cazorla) que por dos veces se habian rebelado.

En medio del camino de su prosperidad, vióse detenido aquel gran rey por un acontecimiento que forma uno de los dramas históricos mas interesantes de España; y que para Andalucía es de recuerdo imperecedero, dado que su suelo fué el

vasto escenario donde se representó todo entero, desde su prólogo hasta la catástrofe con que terminó.

Hélo aqui.

Mucho antes de su elevacion al trono, habíase casado Leovigildo con Teodosia, hija de Severiano, gobernador romano de la provincia de Cartagena, y hermana de los «cuatro santos hermanos, Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina» segun dice Lucas de Tuy, y certifica san Isidoro en su libro de *Claros Varones*. De aquel matrimonio tuvo dos hijos, Hermenegildo y Recaredo. Muerta Teodosia, contrajo segundas nupcias con Gosuinda, viuda de su antecesor Atanagildo. Teodosia fué católica ferviente, y dicho se está, que procuraria inculcar su creencia en el corazon de sus hijos; Gosuinda era arriana furiosa.

Victorioso Leovigildo de los imperiales; sometidas las provincias que se resistieran á la dominacion goda; sosegadas todas las turbulencias interiores y gozando el reino de una paz como hacia mucho tiempo que no disfrutaba, el afortunado rey se propuso asegurarla, así en el esterior como en el interior, por medio de una alianza de familia, que le proporcionase poderosos amigos allende sus fronteras. Al efecto, negoció el casamiento de su hijo primogénito Hermenegildo, con la princesa Ingunda, hija de Sigiberto, rey de los Francos Austracios, y de Brunequilda su muger, «por donde dice Ambrolio de Morales, Ingunda era nieta de Gosuinda, madrastra de su marido.» Celebráronse las bo-

das con fiestas y regocijos públicos, á satisfaccion de ambas familias reinantes, y con alegria de los dos jóvenes esposos, á quienes unia, cuando menos, un mismo sentimiento religioso, puesto que la princesa era católica fervorosa, y el príncipe participaba, en el fondo de su corazon, de aquella creencia, como hijo de una reina católica y sobrino de cuatro lumbreras del catolicismo.

No fué de larga duracion la felicidad del matrimonio. Desde los primeros dias de la estancia en la córte de Toledo de los dos esposos, Gosuinda, acérrima arriana, como dejamos dicho, quiso, arrastrada por el espíritu intolerante de su secta, y valida de la autoridad que le daba su título de reina, madrastra y abuela de los príncipes, convertir á Indegunda al arrianismo. Resistió con valor la esposa de Hermenegildo, y estalló la mas violenta discordia en el seno de la familia real, sostenida por el heróico teson de la nieta, que se mostró sorda á todo género de halagos y de amenazas, y por la terquedad y dureza que usó con ella su abuela.

Con deseo de poner fin á los disgustos que turbaban la paz de su familia y córte, Leovigildo ideó separar de su lado á Hermenegildo. Al efecto, autorizado como estaba, y por lo visto, sin limitacion alguna, por los magnates del reino para asociarse en la gobernacion del Estado á sus dos hijos, dispuso constituir un gobierno á parte, pero dependiente del central, en favor de su primogénito Hermenegildo.

La Providencia, cuyos inescrutables arcanos

dispone las cosas á los fines de su alta sabiduría burlando todos los cálculos de la estrecha prevision humana, sugirió á Leovigildo la idea de formar aquel Estado con la provincia de Andalucía; que parece haber sido destinada para alimentar en su seno todas las grandes revoluciones y trasformaciones que se han operado en España.

Instalado Hermenegildo en Sevilla, donde fijó la córte de su gobierno; léjos de la presion que su padre y el arrianismo oficial ejercieran sobre su voluntad y conciencia; respirando aquella atmósfera saturada de catolicismo al lado de su tio el ilustre Leandro que ocupaba la silla metropolitana de Sevilla, *cabeza de la Iglesia de buena parte de España*, y cediendo á los reiterados ruegos y al ejemplo de su esposa, y á las exhortaciones de los hermanos de su madre, se convirtió á la fé católica y recibió por segunda vez el bautismo.

El regocijo fué inmenso, como no podia menos de suceder, en toda la católica Andalucía; pero la indignacion de la esposa de Leovigildo no tuvo límites. Conociendo, aunque tarde, el desacierto que habia cometido, y cediendo á las instigaciones de Gosuinda, el rey, llamó á Toledo á su hijo con propósito de pedirle estrecha cuenta de su conducta. Hermenegildo informado, sin duda, por sus amigos de la córte de lo que se tramaba contra él, y recelando de la conocida severidad de su padre, se negó á obedecer la órden.

Este acto de manifiesta desobediencia, debió producir ágrias contestaciones entre el padre y el

hijo, las cuales terminarian muy luego en un formal rompimiento, cuando, segun refiere la crónica del abad de Valclara, el príncipe Hermenegildo alzó el estandarte de la rebelion en Sevilla, insurreccionó á Córdoba, ocupó algunos otras ciudades y castillos y pronunció la Andalucía entera contra el rey Leovigildo.

No necesitamos apretar mucho el argumento para probar que aquella rebelion y la guerra civil que le sucedió, fueron puramente religiosas, y que sus causas deben buscarse mas bien en las violencias de Gosuinda, en la intransigencia de Leovigildo, y en la intolerancia de los sectarios arrianos, que en la ingratitud y ambicion de reinar de Hermenegildo; sin que por esto neguemos que el elemento católico que dominaba en Andalucía ayudase á la rebelion, tal como se lo aconsejaba su interés, y tal como cabia en su derecho, puesto que los Godos no eran señores de España sino á título de conquistadores.

El suceso tuvo lugar en el mismo año del casamiento de Hermenegildo con Ingunda; y segun parece tambien, solo tres años mas tarde, esto es, en 583, Leovigildo movió su ejército contra los sublevados. Sin embargo, durante aquel espacio de tiempo, padre é hijo no permanecieron ociosos ni se descuidaron en allegar los medios necesarios para asegurar el triunfo de su respectiva causa.

No pudiendo desconocer, Leovigildo, la trascendentalísima importancia del alzamiento de Andalu-

cia, en tiempos en que el partido católico tenia una inmensa superioridad moral y material sobre el arriano en España, estendiendo su irresistible influjo lo mismo en las poblaciones de corto vecindario que en las ciudades populosas, dispuso recurrir á artes de la diplomacia para desarmar, á serle posible, sin efusion de sangre, al partido católico. En su consecuencia, convocó un concilio de obispos arrianos en Toledo al cual sometió aquellas cuestiones de dogma y prácticas religiosas que mantenian separados á los godos arrianos de los católicos españoles. Este concilio, segun el abad de Valclara refiere, «dió muestras de querer ablandar algo su error, y quitarle lo que á los católicos en él mucho ofendia.» En efecto, reformó entre otras cosas la práctica del segundo bautismo que la iglesia arriana administraba á los católicos que apostataban de su fé, «y *enmendó algo* el error en que yacía la secta, en cuanto á la desigualdad que establecia entre las personas de la Santísima Trinidad.»

Entre tanto Hermenegildo no descuidaba nada de cuanto podia sacar triunfante la causa del catolicismo. Negoció en secreto con los godos católicos, y con los reyes franceses católicos tambien y padres de su esposa; llamó en su auxilio las fuerzas imperiales que estaban posesionadas todavia de los pueblos de la costa, é hizo alianza con Miró rey de los Suevos de Galicia; en suma, obró con tanta energía y habilidad, que la rebelion tomó un carácter imponente y formidable.

Llegó el año 583, y terminados ya por ambas

partes beligerantes todos los preparativos militares, Leovigildo abrió la campaña invadiendo la Andalucía al frente de un numeroso ejército. Tras varios sucesos que racionalmente se suponen por mas que los cronistas contemporáneos solo hagan referencia de dos, el haber cohechado por treinta mil sueldos de oro al general de los imperiales para que abandonase la causa de su hijo, y el haber cortado en un desfiladero el ejército Suevo, que acaudillado por Miró se dirigia en auxilio de los sublevados de Andalucía, obligándole á capitular bajo la condicion de que renunciaria á su alianza con Hermenegildo, y se prestaria á ayudarle á él con un numeroso cuerpo de tropas, el severo y diligente rey de los godos, obligó á su hijo á encerrarse dentro de los muros de Sevilla; donde le cercó tan estrechamente, é hizo obras tan gigantescas para tomar la ciudad, como el *torcer el curso del Guadalquivir*, «abriendo un canal desde la Algaba en línea recta hasta frente al campo de Tablada»—segun razonablemente supone Ambrosio de Morales,—á fin de quitar á la plaza todos los socorros que recibia por el rio.

Dos años, hasta el 585, duró el sitio de Sevilla, combatida y defendida con el mismo tesón y rigor por sitiadores y sitiados. Durante su curso Leovigildo mandó levantar los muros de la antigua ciudad de Itálica, arrasada por los Vándalos y estableció en ella, segun todas las probabilidades, un campo atrincherado para hostilizar sin trégua, y con el menor daño posible de su ejército, la plaza,

que al cabo tuvo que rendirse sin que sepamos bajo qué condiciones.

Hermenegildo logró huir secretamente de Sevilla, donde dejó á su esposa Ingunda y á su hijo de muy tierna edad. Refugióse en Córdoba y tomó asilo en una iglesia, donde muy luego llegó su hermano Recaredo á ofrecerle el perdon en nombre de su padre, siempre que lo pidiese humildemente arrodillado á los piés del rey. Cedió el príncipe á la fraternal amonestacion, y se prosternó ante el severo Leovigildo; quien advertido que su hijo *vencido*, se presentaba á él todavía cubierto con las insignias reales, irritado mandóle despojar de ellas, y lo envió desterrado á Valencia.

Así terminó, segun el abad de Valclara, ó Juan de Viclara, la guerra civil religiosa de Andalucía, que duró unos seis años, y fué señalada con todos los horrores y desmanes que forman el cortejo obligado de este género de contiendas.

Mas al terminar la guerra quedó mas esparcida por España la fecunda semilla, que si hasta entonces solo habia germinado entre el pueblo conquistado, muy luego habia de florecer entre el pueblo conquistador. El arrianismo salió tan quebrantado de ella, y el catolicismo tan robustecido, aun en medio de su derrota material, cuanto que el primero no pudo hacer, á pesar de su victoria, un solo prosélito, en tanto que el segundo se acercaba á las gradas del trono, donde habia de sentarlo el hermano del primero que fué su caudillo militar en Andalucía; *primera* y única region de España que

se alzó en armas contra los godos, *por ser arrianos*.

Fáltanos ya solo referir el desenlace final del drama que hemos historiado á grandes rasgos. Las crónicas contemporáneas de los sucesos no están de acuerdo respecto al lugar donde tuvo efecto uno de sus mas interesantes detalles, el que se refiere al suplicio del príncipe Hermenegildo; pero sí en los pormenores del suceso, que Juan de Viclara refiere en poquísimas palabras y que el Papa San Gregorio, describe algo mas estensamente.

Llegado el dia de la páscua de Resurreccion, Hermenegildo, que se hallaba en un estrecho y oscuro calabozo, en Tarragona,—segun unos escritores, ó en Sevilla, segun otros,—recibió la visita de un obispo arriano, que por mandado de Leovigildo, debia administrarle la comunion. El príncipe se niega á recibirla de manos de un prelado hereje, y sordo á todas las amonestaciones, despide con desabrimiento al obispo, que se apresuró á dar cuenta al rey del mal éxito de su mision. «Arrebatado en fúria inhumana Leovigildo, y trocando el amor natural de padre en crueldad, mandó ir luego algunos de sus ministros, y entre ellos uno, llamado Sisberto, que allí en la misma cárcel matasen al príncipe. Esto hicieron dándole con un hacha en el cuello, y cercenándole la cabeza, que cayó separada del cuerpo» (13 de abril de 505).

Esto es lo que San Gregorio escribe acerca de la muerte del hijo mayor de Leovigildo.

La Iglesia ha colocado á Hermenegildo en el Catálogo de los santos mártires.

La desventurada princesa Ingunda, que se hallaba en poder de los imperiales, murió en África al ser conducida con su tierno hijo á Constantinopla. El huérfano llegó á su destino, y creció y se educó en la córte del emperador Mauricio, hasta que su abuela Brunequilda consiguió su rescate y libertad.

Sofocada la rebelion de Andalucía, y enfrenados momentáneamente los católicos de España con una persecucion sangrienta é implacable que recordaban en el siglo VI la de los emperadores romanos del siglo III y IV contra los cristianos, Leovigildo volvió sus armas contra los Suevos de Galicia, cuya nacion hizo desaparecer uniéndola definitivamente á la monarquía goda, á los 176 años de su primera invasion. Despues de dejar asentadas las bases de la unidad del reino, y de haber obtenido repetidos triunfos por mar y tierra sobre los Francos, el ilustre monarca lleno de años y cubierto de gloria, falleció en Toledo á fines del año 586.

Hé aquí el retrato acabado, que hace de este rey, D. Modesto Lafuente, en su historia general de España, P. I. L. IV. «Fué Leovigildo uno de los »monarcas mas grandes que tuvo el imperio Godo. »Guerrero de gran corazon y astuto político, así »supo vencer y sosegar todas las alteraciones intes»tinas, como refrenar y tener en respeto á los im»periales, restablecer la disciplina en su ejército, »aniquilar la monarquía de los suevos y unirla á su »corona, escarmentar á los Francos y conquistar»les plazas, y redondear y aun estender el imperio

»Godo. Era diestro en el soborno y mañoso en sem-»brar la discordia entre los enemigos. En la paz no »desplegó menos energía que en la guerra. Como »administrador asentó un sistema completo de Ha-»cienda: como legislador modificó muchas de las »disposiciones del *Breviario de Alarico*, y le añadió »leyes nuevas. Creó instituciones que han llegado »hasta nuestros dias; fué el primero que estableció »el fisco real; el primero que adoptó las insignias »que aun distinguen á los reyes de España, el tro-»no, el manto, el cetro y la corona; el primero que »se presentó en una asamblea pública revestido con »estos atributos, y que sentado en un magnífico só-»lio en su palacio de Toledo, recibia en audiencia »los grandes, los obispos y el pueblo. Mas Leovi-»gildo por otra parte era avaro, cruel, fanático por »el arrianismo, y hemos visto hasta qué punto lle-»vó su severidad con su hijo Hermenegildo.»

Sin embargo, añadimos nosotros, se cree que Leovigildo se convirtió á la fé católica, poco antes de morir, movido por las exhortaciones del metropolitano de Sevilla, el ilustre Leandro, hermano de su primera esposa. Por mas que, en realidad, solo conjeturas puedan formarse sobre este punto, no es la menos verosímil la que afirma su conversion, considerando que Teodosia, fué ferviente católica, que su hijo primogénito Hermenegildo, murió martir de la Fé del Crucificado, y que su hijo Recaredo que le sucedió en el trono, proclamó el Catolicismo religion del Estado en España.

Con Recaredo restablecióse la sucesion dinásti-

ca iniciada en tiempo de Teodoredo; mas no fué esta la novedad mas importante que con su advenimiento al trono se estableció en la constitucion de la monarquía goda. Recaredo, educado por una madre católica é instruido por el ilustre prelado Leandro de Sevilla, á los diez meses de haber ceñido á su frente la diadema, anunció públicamente que abrazaba la Fé católica en la forma que se contenia en el Símbolo de Nicea. Siguieron su ejemplo la mayor parte de los Godos arrianos; y despues de vencidas várias conjuraciones que se fraguaron en España, en la Galia gótica y dentro de su mismo palacio, convocó (589) en Toledo un Concilio general, que fué el tercero de los celebrados en aquella ciudad, al cual asistieron todos los obispos de España en número de sesenta y dos prelados y cinco metropolitanos, en el cual Recaredo renovó el acta de su abjuracion del arrianismo, y declaró que abrazaba la Fé católica y el símbolo de Nicea, reconociendo la igualdad de las tres personas de la Santísima Trinidad. Despues de esto hizo preguntar por un prelado á los obispos arrianos y á los grandes que asistian al Concilio, si se adherian á la nueva profesion de fé del rey, y todos, cual movidos por una misma y súbita inspiracion suscribieron á ella.

Causa maravilla el ver, como á los cuatro años del martirio de Hermenegildo y del ruidoso triunfo obtenido en Andalucía por la secta arriana sobre la religion católica, el edificio levantado en 312 por el célebre heresiarca Cirenáico, cayó desplomado en

589, en un solo dia, cuando mas injente y sólido se encontraba para no volver á levantarse jamás. Y esto sin sangre, sin violencias por la sola voluntad de un hombre, hijo de otro hombre que habia resistido durante seis años al clamor y á las armas de los Andaluces, de los Suevos, de los Imperiales y de los Francos católicos, y que acabó por vencer á los primeros, por borrar á los segundos del número de los pueblos independientes, y por espulsar casi del todo de España á los terceros.

Realizado con tanta fortuna el principio de la unidad religiosa en España, hecho sin ejemplo que durante doce siglos y medio—desde 589 hasta la constitucion de 1869—ha sido el distintivo de la nacion española, Recaredo se esforzó durante los años que siguieron á sus victoriosas guerras con los reyes Francos, y á sus negociaciones para espulsar á los imperiales del suelo de Andalucía, en promover la unidad nacional y en asegurar la paz interior y el respeto y consideracion esterior á su pueblo.

Al efecto, «reunidos ya todos sus súbditos Godos, Suevos, Galos é Hispano-Romanos, quiso igualarlos en los derechos civiles sometiéndolos á todos á una misma legislacion. Si no abolió el *Breviario de Alarico*, hizo por lo menos muchas leyes que mandó fuesen obligatorias indistintamente para los dos pueblos; echando de este modo los cimientos de la unidad política sobre la base de la unidad religiosa, que eran los dos principios de que habia de partir la civilizacion moderna.»

Murió este escelente príncipe, despues de quince años de reinado, en Toledo (Febrero de 601).

No se hallará acaso, dice un escritor de nuestros dias, en aquella época triste, un reinado en que se vertiera menos sangre, en que se cometieran menos violencias, menos atentados á la fortuna pública ó privada.»

X.

Desde la muerte de Recaredo (601) hasta la batalla del Guadalete (711).

En los 110 años trascurridos desde la muerte de Recaredo hasta la catástrofe del Guadalete, nada aconteció que merezca particular mencion en Andalucía, segun aparece del contesto de las crónicas y documentos que el historiador puede consultar; escasísimas, confusas y aun inciertas aquellas, y poco apropósitos estos, para adquirir un esacto conocimiento de la multitud de sucesos que debieran verificarse en tan largo trascurso de tiempo, en una provincia que, desde el comienzo de los tiempos históricos hasta la muerte de Leovigildo, llenó sin cesar los anales españoles. La situacion de Andalucía, en aquel largo periodo, fué sin duda la misma que la del resto de España. Dejó de tener vida propia, vida aparte y se confundió con la vida general del país, cuya cabeza estaba en Toledo, centro de donde partia el movimiento político, religioso y civil que animaba á toda la Península. Esta preeminencia que ejerció la capital elegida por

los reyes Godos sobre todas las demás ciudades de España, muchas de las cuales hasta aquel entónces habian gozado de una especie de soberanía independiente, prueba con harta elocuencia, que la unidad nacional estaba completamente realizada un siglo antes de que la rompieran, para no volverse á constituir, hasta sabe Dios cuando, las armas musulmanas; bajo cuya dominacion y memorable imperio, Andalucía volvió á quedar segregada del resto de la Península, y á vivir, no su vida propia, sino la del pueblo ó razas que la ocuparon, é hicieron independiente hasta el siglo XIII, y tributaria en parte y en parte vasalla de los reyes de Castilla hasta fines del XV.

Sin embargo, no nos es posible salvar con un trazo de pluma aquel largo espacio de tiempo en el que tuvieron lugar grandes acontecimientos que afectaron á nuestra provincia con el mismo grado de intensidad que á las demás de España; que pusieron los cimientos de la constitucion monárquica, religiosa y civil que todavia conservamos, y que prepararon el prodigioso suceso, único, sin ejemplo en los anales del mundo, de la muerte, en un solo dia de una raza guerrera, cuya cultura y valor se habian hecho proverbiales en toda la Europa, y cuyo número era superior, en una proporcion difícil de establecer, al de los guerreros advenedizos que la combatieron y esterminaron completamente.

Habremos, pues, de condensar la narracion de aquellos sucesos para llegar lo mas ántes posible á

reanudar la historia de Andalucía, que fué la mas importante, casi la única de España, durante los dos primeros tercios de la Edad Media; sin que decrezca su interés durante el último, ni durante el primer siglo de la moderna.

Muerto Recaredo, le sucedió su hijo Liuva II, jóven de 20 años, que murió desastrosamente á los dos años de reinado (603) víctima de una conjuracion dirigida por Viterico.

El regicida subió al trono, y parece que intentó restablecer el arrianismo. Esta demente pretension le enajenó el respeto y la obediencia de los católicos, que se sublevaron contra él. Murió (610) asesinado en un banquete por sus mismos capitanes.

El clero y los magnates católicos eligieron á Gundemaro, cuyo reinado fué tan oscuro como breve, puesto que murió en 612.

Sucedióle Sisebuto, uno de los reyes mas notables que se sentaron en el sólio gótico. En los primeros años de su reinado redujo á la obediencia á los montañeses del norte de España, que rechazaban tenazmente la dominacion goda; venció en dos batallas á los imperiales y les obligó por fuerza de armas y en virtud de un tratado celebrado con Heraclio, emperador de Oriente, á evacuar todas las ciudades que ocupaban en la costa meridional y á encerrarse en determinadas plazas de los Algarbes. Sisebuto decretó la primera persecucion contra los judíos que desde los tiempos de Vespasiano se habian refugiado en crecido número en España donde vivian oscurecidos. Dióles de térmi-

no un año para elegir entre recibir el bautismo, ó perder todos sus bienes y salir de la Península. Mas de 90,000, al decir de algunos escritores se bautizaron, y un número bastante mayor optó por el destierro y la confiscacion de sus bienes. Sisebuto murió de repente, el año 621, y le sucedió su hijo que solo reinó dos ó tres meses.

Los godos aclamaron á Suintila, bajo cuyo reinado se sometieron definivamente los Cántabros y Vascones, y fueron espulsados para siempre del suelo español, los imperiales (624), aquellos huéspedes molestos, traidos por Atanagildo, que durante 80 años habian vivido adheridos como planta parásita al litoral de la Península. Suintila fué el primer rey godo que vió reunido bajo su cetro la España entera. Parece que en los últimos años de su reinado se hizo avaro, sensual y tirano; por cuya razon fué destronado (621) á impulso de una conspiracion á cuya cabeza se habia puesto Sisenando, que fué aclamado rey.

Lo único notable del reinado de este monarca, fué la convocacion (633) del cuarto concilio de Toledo, que egerció una influencia decisiva en la condicion religiosa, política y social de la nacion. En él se establecieron las mas severas penas y censuras contra todo el que atentara en lo sucesivo contra la idea y el poder de los reyes; se prescribieron á estos las reglas y principios con que habian de gobernar al Estado; mándose que á la muerte del rey se juntaran los prelados y los grandes del reino para *elegir* pacíficamente el sucesor; se revocó

el decreto de Sisebuto que obligaba por la fuerza á los judios á recibir el bautismo, en cuya derogacion tuvo gran parte San Isidoro, metropolitano de Sevilla; y, por último, se ordenó que todas las iglesias siguieran la misma liturgia, que mas tarde se denominó *mozárabe*. Murió Sisenando el año 636, á los cinco de reinado.

Los grandes y los obispos le dieron por sucesor á Chintila, quien convocó inmediatamente el quinto Concilio de Toledo, y, en 638, el sesto. En este último, declaráronse inhábiles para ceñirse la corona gótica á los decalvados, á los de origen servil, á los estrangeros y á los que no descendieran del noble linage de los godos. Decretóse tambien en él, que el rey se obligase con juramento á no tolerar en el reino á los judios, ni á *ninguno que no fuese cristiano*. La tolerancia decretada en el cuarto Concilio, quedó anulada en el sesto. El año 640 murió Chintila, cuyo reinado «fué por los Obispos y para los Obispos.» Dejó por heredero, con el beneplácito de aquellos, á su hijo Tulga, príncipe jóven y débil, contra el cual se levantó un partido poderoso que lo destronó (642) y proclamó en su lugar á Chindasvinto.

Chindasvinto, anciano de noble raza, y guerrero de carácter firme y enérgico, se propuso reprimir con rigor el espíritu turbulento de los magnates godos. Al efecto condenó á muerte á un número considerable de aquellos que habian promovido desórdenes en los reinados anteriores, y obligó á otros muchos á espatriarse. En 649, ya fuese que

se rindiera al peso de los años, ó que intentase hacer la corona hereditaria en su familia, se asoció en la gobernacion del Estado á su hijo Recesvinto. Tres años despues, y á los noventa de su edad, murió en Toledo.

En los comienzos de su reinado, Recesvinto tuvo que combatir una sublevacion de algunos nobles descontentos. Venciólа, y al poco tiempo convocó el octavo concilio de Toledo, en el que se establecieron nuevas reglas para la eleccion de los reyes, y en el que se decretó una nueva persecucion contra los judios. Pero la mayor y mas imperecedera gloria de Recesvinto, fué el haber realizado la fusion entre el pueblo godo y el español, anulando la impolítica ley que vedaba el matrimonio entre personas de las dos razas. La que la sustituia, consignada en el *Fuero Juzgo*, dice: «Establescemos por esta ley que á de valer por siempre, »que la mugier romana pueda casar con omne godo, »é la mugier goda pueda casar con omne romano.. »É que el omne libre pueda casar con la mugier »libre qualquequier, que sea convenible por con»seio, é por otorgamiento de sus parientes.» Esta ley y la confirmacion de la de Chindasvinto que prohibia el uso del derecho romano mandando que los godos y españoles se rigiesen únicamente por la visigoda, acabaron de completar la unidad política y civil entre los dos pueblos. Recesvinto falleció de enfermedad el año 672, á los veintitres de su reinado el mas largo y el mas pacífico que se cuenta en los anales de los godos.

A los diez y nueve dias de la muerte de Recesvinto, fué proclamado torciendo solo la fuerza su obstinada resistencia á dejarse ceñir la corona, un noble y anciano Godo modelo de virtudes, llamado Wamba. Nunca hicieron los Godos eleccion mas acertada, ni España vió un reinado mas interesante y dramático que el de este gran rey, *hecho á la fuerza.*

Ya en el primer año de su reinado, tuvo que hacer la guerra á los Vascones. En el momento de comenzar las hostilidades le anuncian la rebelion de la Septimania, ó Galia gótica, que se negaba á reconocer su autoridad. En la imposibilidad de acudir en persona á los dos puntos á la vez, Wamba envió contra los rebeldes de allende los Pirineos al conde Paulo con un cuerpo de tropas escojidas. Paulo cohecha á sus oficiales y se hace proclamar rey en Narbona. Wamba recibe la noticia de la felonía de su general, en los momentos en que habia dado principio á las operaciones contra los montañeses. Actívalas en términos que á los siete dias tuvo sujetos á los rebeldes, y marcha ejecutivamente contra Paulo; que falto de valor para esperar al rey abandona la ciudad de Narbona y se retira y fortifica en Nimes. Allí lo sitia Wamba y le hace prisionero (agosto de 673) con sus principales cómplices, entre ellos Gulmido, obispo de Magalona. Conducelos á Toledo, donde les conmutó en encierro perpétuo la pena de muerte que les habia sido impuesta en Nimes. Poco tiempo despues de la pacificacion de la Septimania, vióse, por primera vez en los anales de la historia de España, desde las

ciudades de las costas meridionales de la Península, una armada musulmana cruzar las aguas del Mediterráneo. Wamba no debia estar desprevenido, puesto que se hizo á la mar con otra flota, que batió y dispersó casi completamente la enemiga. En tiempo de este rey celebráronse dos concilios, uno en Toledo y otro en Braga. Por último, en el año 680, una pérfida intriga puso fin al glorioso reinado de este príncipe. Dirigióla un conde palatino llamado Ervigio, descendiente de la familia de Chindasvinto, que gozaba de gran privanza con el rey. El desleal Ervigio dió á beber á Wamba un brevaje que le sepultó en profundo letargo; cuya situacion aprovechó el traidor para tonsurarle y vestirle el hábito de penitencia. Recobrado Wamba y viéndose en aquel estado, no quiso infringir el decreto del concilio que privaba del trono al príncipe que hubiese sido despojado de su cabello y vestido el hábito de monje, y renunció gustoso á una corona que habia aceptado con tanta repugnancia. Wamba se retiró al monasterio de Pampliega (cerca de Búrgos), donde vivió ejemplarmente por mas de siete años.

Ungido Ervigio con el óleo santo por mano del metropolitano de Toledo (680), subió al trono de los godos que fué para él silla de espinas; tan acerbos eran los remordimientos que atenazeaban su pecho. A los pocos meses de su advenimiento, convocó un concilio en Toledo, que fué el duodécimo de aquella ciudad. Presentóse Ervigio ante la augusta asamblea en actitud humilde, para obte-

ner la confirmacion legal de un título, contra cuya legitimidad protestaba la voz de su conciencia. Diéronsela los padres del concilio, y con ella creyó poder acallar las murmuraciones del pueblo que le aborrecia sospechando el torcido camino por donde habia llegado al trono. Nunca tranquilo y siempre receloso, murió el año 687, á los siete de su reinado, dejando por abdicacion pocas horas antes de su fallecimienio, la corona á Egica sobrino de Wamba, á quien habia casado con su hija Cixilona.

El primer acto del reinado de Egica, fué convocar un concilio (688), el décimo quinto de Toledo, que no tuvo mas objeto que acallar ciertos escrúpulos que traian desasosegado al rey. En 693, reunió otro, á cuyo fallo sometió la causa de conspiracion tramada por el metropolitano de Toledo, Sisberto, para asesinarle á él con todos sus hijos. El concilio decretó la deposicion del metropolitano y su destierro perpétuo. El año siguiente (694) convocó otro concilio con objeto de castigar á los judíos de España, acusados de mantener secretas inteligencias con sus correligionarios de África, para romper la dura eslavitud en que vivian en la Península. Recargáronse en él las penas decretadas en los anteriores contra aquella raza desventurada, declarando á todos sus individuos esclavos, y mandando que les fueran quitados sus hijos de uno y otro sexo, en llegando á la edad de siete años. Finalmente, siguiendo el ejemplo de algunos de sus predecesores, á pesar de las leyes hechas en los concilios sobre la libre eleccion de los monarcas

compartió con su hijo Witiza la autoridad real; y con objeto de amaestrarlo en los negocios del Estado, dióle el gobierno de todo el país de Gàlicia, en una de cuyas ciudades, Tuy, Witiza estableció su córte y el centro de su gobierno. Cinco años reinaron juntos el padre y el hijo, de los trece que duró el de Egica, que falleció en 701, dejando ya en visible decadencia la monarquía goda.

Witiza señaló su advenimiento al trono con actos de justicia, de humanidad y de notorio beneficio para el país; como fueron un indulto general y la devolucion de sus bienes á todos los que habian sido encarcelados ó desterrados por su padre, y la condonacion á sus súbditos de todos los tributos atrasados, actos que le grangearon el aplauso y cariño de su pueblo. Pero despues..... Despues, si hemos de dar crédito á la mayor parte de los cronistas é historiadores españoles, Witiza se encenagó en todo género de vicios, de crímenes, de torpezas y sensualidades. Su liviandad y desenfreno lo atropellaba todo, sin reparar en que las víctimas de su lascivia casadas ó doncellas, fuesen nobles ó de humilde condicion; dió licencia á los clérigos para que se casaran, mató de un bastonazo á Favila, padre de *Pelayo*, é hizo sacar los ojos á Teodofredo, que lo fué de *Rodrigo*, individuos todos de la familia de Chindasvinto: mandó demoler casi todas las fortalezas y murallas de las ciudades de España; autorizó á los judíos para volver á España, y practicar libremente su culto; y, por último, negó la obediencia al papa Constantino.

«Tal es en resúmen, dice D. Modesto Lafuente, »en su historia general de España, P. I. L. IV., el »famoso proceso de culpas que la mayor parte de »los historiadores españoles han formado al rey »Witiza, y con que por espacio de muchos siglos »ha aparecido ennegrecida su memoria atribuyen»do á su relajacion y desenfreno, tanto como al de »su sucesor Rodrigo, la pérdida de la monarquía »goda y haciéndole causa de que esta cayese bajo »el dominio y poder de los moros. Pero hé aquí que »despues de tan larga y constante tradicion en que »tan abominable se nos presenta el retrato de Witi»za, aparecen otros no menos respetables y sábios, »que ó nos pintan á Witiza como uno de los reyes »mejores y mas justos, ó por lo menos descargan »su retrato de la mayor y mas oscura parte de las »sombras que lo ennegrecian. En el último tércio »del siglo XVIII vinieron á disipar muchas de las »tinieblas que envolvian algunos puntos importan»tes de la historia de España los luminosos escritos »del sábio español don Gregorio de Mayans y Cis»car. Pues bien, el celebérrimo y elegantísimo Ma»yans, como le llama Heineccio, el Nestor de la »literatura española, como le nombra el autor del »*Nuevo viaje á España* en 1777 y 1778, ha hecho la »vindicacion y defensa del rey Witiza, pintándole »como un monarca justo y benéfico. El erudito »Masdeu, en su historia crítica de España, califica »de fábulas, locuras y falsedades la mayor parte de »los excesos que se atribuyeron á Witiza.» *Toda esta narracion*, dice el sábio jesuita, *debe tenerse por fa-*

bulosa ó á lo menos por incierta, pues su mayor antigüedad es del siglo XIII, y los testimonios con que se ha pretendido fortificarla mas modernamente son los de Luitprando y otros semejantes. «Escusado es decir »que los historiadores y críticos estranjeros de »nuestro siglo, convierten en actos plausibles, si »hubieran existido, algunos de los que Mariana y »otros autores aplican á Witiza como iniquidades, »tales como la ley en favor de los judios y la ente»reza en rechazar la omnipotencia de Roma.»

Dedúcese de la crónica de Isidoro de Beja, que Witiza fué lanzado del trono por una revolucion que puso en su lugar á Rodrigo. Es verosímil que los españoles, llamados todavia por los godos romanos, tomasen una parte activa en ella, por ser Rodrigo descendiente de Recesvinto, cuyas leyes habian establecido la igualdad de derechos para las dos razas que poblaban la Península, en tanto que Witiza pertenecía á una familia que en todos tiempos se habia señalado por su esclusivismo en favor de los godos. No se sabe con certeza como ni donde fué la muerte de Witiza, y solo por conjeturas se supone que debió acontecer en febrero del año 709.

Vamos á terminar el cuadro de la España gótica, narrando compendiosamente el suceso del advenimiento al trono, y el de la muerte del último rey que arrastró consigo al sepulcro en una hora, una raza valerosa que hacia tres siglos estaba constituida en nacion preponderante en Europa.

Desgraciadamente á medida que nos acercamos

al desenlace del drama de la dominacion goda en España, y á los principios de la musulmana, comienzan á faltarnos documentos auténticos contemporáneos de los sucesos, leyendas y aun tradiciones orales dignas de fé que hagan alguna luz en la oscuridad de aquellos tiempos de triste recordacion. Quédannos solamente algunas áridas y descarnadas crónicas que se escribieron en tiempos muy distantes de los sucesos. (Lafuente).

Resulta de ellas que elevado al trono en brazos de una revolucion—precedente obligado del advenimiento de casi todos los reyes godos—Rodrigo, de la familia de Chindasvinto, á imitacion de sus predecesores se estremó en perseguir á los vencidos, siendo una de las víctimas de sus rigores el mismo Witiza á quien se supone que hizo sacar los ojos, como el monarca destronado habia hecho con el padre del rey entronizado; resultando de aquí una lucha enconada entre las parcialidades que dividian la familia goda. Las crónicas nos han conservado los nombres de los principales personajes parientes del destronado Witiza, Oppas, metropolitano de Sevilla, tio de los huérfanos, y Julian, gobernador de Ceuta, deudo de la familia perseguida.

Estos y sus parciales ardiendo en deseos de vengar las ofensas hechas á su familia derrocando del sólio al autor de ellas, de acuerdo con los judios tan perseguidos y vejados por los godos desde el reinado de Sisebuto, y que á la sazon, con el destronamiento de Witiza que los habia tratado benignamente temian ver decretadas nuevas persecucio-

nes contra su misma raza, solicitaron la alianza de Muza-ben-Noseir, gobernador del África setentrional, en nombre del califa de Damasco.

Muza dió oidos á su demanda y autorizado por su soberano Al-Valyd, envió una corta espedicion á las costas occidentales de Andalucía (Julio de 710), que desembarcó en el sitio que hoy ocupa Tarifa, y recorrió impunemente algunos pueblos del litoral.

El buen éxito de aquella primera algarada, alentó al wali del Magreb para disponer otra mas importante, que al mando del africano Tarik-Ben-Teyad, desembarcó en *Alghezirah Alhadra* (Algeciras). Noticioso de que el ejército godo al mando de Rodrigo se habia puesto en marcha para combatirle, Tarik le salió al encuentro, y le avistó á orillas del *Guadi-Becca*.

Empeñóse la sangrienta batalla que segun unos cronistas duró tres dias, y segun otros ocho, y terminó el viérnes 31 de Julio de 711. Con ella feneció la monarquía goda, sumerjida con su último rey Rodrigo, en las aguas de un pequeño rio de Andalucía, en la misma region de España donde se estableció por primera vez y definitivamente.

Así desapareció para siempre de la haz de la tierra en un solo dia la obra de tres siglos, barrida por el viento del Hedjaz que arrebató hecho polvo el monumento que el pueblo godo levantara, señalando con él, al menos para España, los confines perfectamente deslindados entre la Edad Antigua y la Edad Media.

«Fué una grande época, dice D. Joaquin Fran»cisco Pacheco en el notable discurso que precede »al Fuero Juzgo, un periodo interesante.... el que »corrió desde el siglo V hasta el VIII.... Fué una »gran nacion la que venció á los romanos, rechazó »los hunos, soguzgó á los suevos y se estableció »desde el Garona hasta las columnas de Calpe. »Fueron una gran iglesia y una gran literatura las »que tuvieron á su frente á Ildefonso y á Eugenio, »á Leandro y á Isidoro. Y fué mas grande aun que »todos estos elementos que le dieron vida, el céle»bre código que nació en esa sociedad, que ordenó »esa monarquía, que caracterizó esa época, que »fué redactado por esos literatos y esos obispos. »Cuando faltas y yerros por una parte, cuando la »ley de la naturaleza por otra, acabaron con el »pueblo y con sus monarcas, con los próceres y con »los sacerdotes, con el poder y la ciencia de aque»lla Edad, el código se eximió justamente de ese »universal destino, y duró y quedó vivo en medio »de las épocas siguientes, que no solo le acata»ron como monumento, sino que le observaron »como regla y se humillaron ante su sabidu»ría.»

Y, sin embargo, repetimos nosotros, toda esa grandeza fué barrida en una hora por el viento procedente del *Hedjaz*. Aquella iglesia, aquella literatura, aquel código y aquella gloria militar, no fueron bastante poderosas para impedir que España retrocediera otra vez en el camino de la civilizacion; si bien sirvieron de cimiento para que se

constituyese definitivamente tal como ha llegado hasta nosotros.

Gran nacion, gran iglesia y gran literatura fué la goda, convenimos en ello; mas, sin el heroismo del puñado de españoles enriscados en Covadonga, sin el teson y la perseverancia de las generaciones que les sucedieron, ¿qué hubiera sido de España? Y si en *Calatañazor*, en las *Navas de Tolosa*, y en el *Salado* hubiera lidiado por su pátria y religion la misma raza que peleó en el *Guadi-Becca* ¿quién hubiera contenido, salvo Dios, el torrente africano que amagaba inundar la Europa?

Gran nacion y gran iglesia..... que cedieron el suelo de España vencidas en una sola batalla, á las tribus árabes del Yemen, á las feroces kábilas del Africa.....

¡Inescrutables arcanos de Dios, que permitió qué el único pueblo de Europa que desde los primeros años del segundo tercio del siglo VII, hasta nuestros dias tiene por distintivo la unidad católica, fuese tambien el único de Europa donde el mahometismo fundase un grande imperio, que duró mas de 300 años, desde la batalla del *Guadi-Becca* hasta la desmembracion del califato de Córdoba!

En el tomo siguiente detallaremos con mas estension este memorable acontecimiento.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

Páginas.

Introduccion. V

I.

Tiempos pre-históricos. 1

II.

Época de los Fenicios. 21

III.

Dominacion Cartaginesa. 33

IV.

Dominacion romana.

Desde la espulsion de los Cartagineses, 201 años antes de J. S., hasta la muerte de Viriato y destruccion de Numancia, 133 años antes de J. S. 60

V.

La Bética, desde la destruccion de Numancia hasta la muerte de Sertorio. 92

VI.

Desde la muerte de Sertorio, año 73, hasta la paz de Augusto, año 19 antes de J. C. . . 114

VII.

Desde la paz de Augusto hasta Constantino, año 306. 165

VIII.

Desde Constantino (306) hasta la trasmigracion de los Vándalos al África. 197

IX.

Los Godos en Andalucía.

Desde la trasmigracion de los Vándalos al África, 428, hasta la muerte de Recaredo, 601. . 230

X.

Desde la muerte de Recaredo, 601, hasta la batalla del Guadi-Becca, 711. 267